



El distrito de Chamberí 1860-1880. El nacimiento de una nueva ciudad.

Rubén Pallol Trigueros

**Trabajo Académico de Tercer Ciclo.
Departamento de Historia Contemporánea
Universidad Complutense de Madrid**

Lectura: 10 de Septiembre 2004

Director: Luis Enrique Otero Carvajal

ÍNDICE

I.- OBJETIVOS Y ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN.....	3
I.1.- Razones para la elección de un objeto de Estudio: Chamberí, 1860-1939	
I.2.- Historia urbana y microhistoria.	
I.3.- Objetivos y alcance del presente estudio: Chamberí a través de los padrones municipales de 1860 y 1880.	
II.- MADRID. 1860-1880: CRECIMIENTO Y ENSANCHE DE LA CIUDAD.	11
II.1.- El crecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XIX.	
II. 2.-Nuevas y viejas actitudes en el diseño del Ensanche: el proyecto de Castro.	
II.3.-La puesta en marcha del plan Castro.	
III.- UN NUEVO MADRID: SURGIMIENTO E INSERCIÓN DEL ARRABAL DE CHAMBERÍ EN EL CRECIMIENTO DE LA CIUDAD.....	37
III.1.- El desarrollo de la periferia norte de la ciudad de Madrid hasta 1850.	
III.2.-La inserción de la periferia norte madrileña en el proyecto de Ensanche de la ciudad.	
III.3.- El peso de Chamberí en el crecimiento demográfico madrileño.	
III.4.- Chamberí, un arrabal inmigrante.	
III.5.- Composición social de un espacio urbano inmigrante.	
IV.- UN NUEVO BARRIO DE MADRID: TRANSFORMACIONES DE LA POBLACIÓN DE CHAMBERÍ CON EL DESARROLLO DEL ENSANCHE.....	75
IV.1.- Chamberí: un foco especialmente dinámico en el crecimiento demográfico madrileño.	
IV.2.- Un distrito intermedio en una ciudad demográficamente diferenciada.	
IV.3- Urbanización de la composición social de Chamberí. La irrupción de la burguesía en el Ensanche.	
IV.4.- Clases medias en el nuevo espacio urbano.	
IV.5.- Las clases populares en un distrito jornalero.	

V.- SEGREGACIÓN Y CONVIVENCIA DE CLASES SOCIALES EN EL ENSANCHE NORTE DE MADRID.....	117
V.1.- Evolución diferenciada de los distintos barrios del Ensanche Norte.	
V.2.- Almagro: asentamientos burgueses y barreras sociales	
V.3.- El surgimiento de un espacio urbano socialmente segregado: el barrio de Almagro Oriental en 1880.	
V.4.- Tierra de nadie e infravivienda en Almagro occidental.	
V.5.- Trafalgar y Arapiles: segregación y convivencia entre clases medias y clases populares en el arrabal fabril de Chamberí	
V.6.- El arrabal, jerarquía y convivencia de clases medias y jornaleros.	
V.7.- El arrabal tras el Ensanche	
V.8.- Arapiles: entre fábricas y cementerios:	
V.9.- Fábricas, obreros e industriales en el Ensanche Norte.	
VI,. LA FAMILIA EN LA NUEVA CIUDAD DEL XIX.....	187
VI.1.- Familias nucleares, familias extendidas: los mecanismos de la solidaridad	
VI.2.- Las familias de los propietarios	
VI.3.- Las familias de los empleados	
VI.4.- La familia de los jornaleros	
CONCLUSIÓN.....	228
APÉNDICES.....	242
BIBLIOGRAFÍA.....	254

I.- OBJETIVOS Y ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN

Este texto representa el primer ejercicio de sistematización de resultados de un proyecto de investigación mucho más amplio y que tiene por objetivo final la reconstrucción histórica del proceso por el que Chamberí, arrabal surgido en el Norte de Madrid en torno al ecuador del siglo XIX, se incorporó a la ciudad, primero como una de sus zonas de Ensanche, finalmente como uno de sus barrios más característicos en el momento de la cristalización de la capital como una metrópoli, una auténtica ciudad de masas, en los años 30 del siglo XX. El interés y la intención que guían el diseño de una investigación centrada en un espacio urbano reducido, como es el distrito de Chamberí, en un periodo de tiempo relativamente largo, entre 1860 y 1939, tiene poco que ver con la reivindicación o el rescate de una historia local más o menos olvidada; en este sentido, la elección del objeto de estudio es en cierta medida irrelevante. El objetivo final que preside el proyecto de investigación es aplicar al estudio de la ciudad de Madrid las técnicas y métodos que una historia urbana que se ha abierto progresivamente a la sociología histórica, la antropología cultural y a los campos temáticos descubiertos por la nueva historia cultural y la historia de la vida cotidiana y que ya han demostrado su interés y eficacia explicativa para otros lugares y épocas.

I.1.- Razones para la elección de un objeto de Estudio: Chamberí, 1860-1939.

Chamberí, fue una de las tres zonas que nacieron del proyecto de Ensanche de la ciudad de Madrid elaborado por Castro para 1860. A partir de esta fecha, lo que había sido un territorio de las afueras se convirtió, para el periodo escogido (1860-1939), en una encrucijada en que se enfrentó una ciudad, que pugnaba por crecer, con una población, en su inmensa mayoría venida de medios rurales y que abandonaba sus viejos valores y formas de vida para integrarse en un espacio urbano en radical transformación. Chamberí es así una de esas zonas (con el distrito de Salamanca, con el Ensanche Sur) de un Madrid que excede sus límites, que en su despliegue sobre su entorno,

se somete a la tensión entre sus viejos hábitos de vida de ciudad centenaria y una realidad cambiante: inmigración que hace doblar la población de la ciudad, desarrollo (aunque sea lento) económico e industrial, avance (aunque sea insuficiente) en las formas de participación y organización política. Advenimiento de las masas y de sus nuevos comportamientos sociales. El Ensanche se muestra así como el lugar privilegiado para el estudio de estas transformaciones en la ciudad que corren paralelas a un proceso de aculturación experimentada por una masa de población inmigrante. Las razones que llevan a elegir la zona Norte del Ensanche madrileño frente a las demás se relacionan con su carácter heterogéneo (frente a un barrio de Salamanca claramente burgués, frente a un Sur claramente obrero), el carácter diverso de su población (desde la gran burguesía del Paseo de la Castellana a los obreros de la zona de Cuatro Caminos), que permitirá observar un espacio urbano reducido y con coherencia en sí mismo (en tanto que se trataba de una división administrativa con entidad) que se encuentra en plena transformación y por ello se constituye en una zona de germinación casi ex novo de la sociedad de masas para, así mejor, analizar la manera en que se articularon las relaciones entre los distintos grupos sociales que ocuparon dicho espacio, así como la descripción y comprensión del significado de las conductas y comportamientos culturales que reforzaban tales relaciones o que buscaban desafiarlas.

I.2.- Historia urbana y microhistoria.

Como ya pusiera de manifiesto hace algún tiempo Ángel Bahamonde, la historia urbana se ha constituido en una de las disciplinas fundamentales de la reciente historiografía, no sólo por la centralidad de su objeto de estudio, sino también por las posibilidades que ofrece a la aplicación de las últimas propuestas metodológicas en historiografía¹. En el mismo lugar, este autor subrayaba la necesidad de distinguir entre una historia urbanística, que pondría el énfasis en los aspectos arquitectónicos de la evolución de las ciudades y una historia urbana, en la que sería obligatorio “tener en cuenta la relación

¹ BAHAMONDE, Ángel: “La Historia urbana” en *Ayer*, 10 número dirigido por J. P. Fusi, Madrid, Marcial Pons, 1993, pp. 47-61.

dialéctica entre la construcción de la ciudad y las realidades sociales, económicas, políticas y culturales que configuraron este proceso”². Desde este punto de vista, la historia urbana madrileña, en lo que se refiere al Ensanche, ofrece un profundo desequilibrio entre una producción de historia urbanística en notable estado de avance³ y una profunda carencia de estudios que se adentren en las implicaciones sociales, políticas y culturales que tal proceso conllevó. Para ello parece exigirse un acercamiento desde las propuestas de la historia de la vida cotidiana que tan fértiles se han revelado para otros casos y que han permitido el desarrollo de una nueva historia social que, sin renunciar a los logros que se obtuvieran de una práctica clásica que insistiera en lo cuantitativo, ha conseguido recuperar el rostro humano de una disciplina a la que se la acusaba de esconderlo tras la cifra y la serie de datos⁴. En efecto, la ciudad en el cambio de siglo se nos presenta como un marco de estudio de gran riqueza para caracterizar una transformación, la que alumbrará la sociedad de masas, que va más allá de lo meramente económico o demográfico. Sin embargo, si bien la propuesta del acercamiento a través de lo cotidiano ha demostrado su capacidad explicativa para otras ciudades de España⁵ el caso de Madrid parece más problemático por su mayor dimensión urbana. En este terreno, la microhistoria y su aplicación al distrito de Chamberí ofrece una solución al tiempo que una garantía de éxito para la investigación. Por un lado, la ya abundante bibliografía sobre Historia de Madrid permite establecer ese diálogo siempre imprescindible que articule lo general con lo densamente descrito y que aleje el peligro de hacer una historia localista que

² *ibid*,53.

³ BARREIRO, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*. MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca*. Madrid, Instituto de estudios de Administración local, 1982.

⁴ CASTELLS, Luis y RIVERO, Antonio: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)” en *Ayer*, 19 nº coordinado por Luis Castells, Marcial Pons, Madrid, 1995.

⁵ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)* Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992. ESTEBAN DE VEGA, Mariano, GONZÁLEZ GÓMEZ, Sebastián, REDERO SAN ROMÁN, Manuel: *Salamanca 1900-1936. La transformación limitada de una ciudad*. Excma. Diputación Provincial, Salamanca, 1992. Otros casos que merecen ser reseñados son los de LÓPEZ RODRÍGUEZ: *Sociedad riojana y crisis del caciquismo liberal. Logroño, 1903-1923*. Logroño, Instituto de estudios riojanos, 1992 y PANADERO MOYA: *Tradición y cambio económico en la Restauración. Albacete fin de siglo*, Albacete, Diputación, 1991

se quede en la descripción de lo anecdótico⁶. Por el otro, las características del espacio urbano seleccionado parece ofrecernos objetos de estudio lo suficientemente cohesionados para constituir ese caso “excepcional normal” en el que se funda todo estudio microhistórico. Por último, el análisis denso de la evolución de este espacio urbano en los distintos aspectos arriba señalados haciendo recurso a los conceptos y herramientas que nos ha proporcionado la última antropología histórica, permitirá el abordaje de cuestiones que si no son el objetivo final del trabajo si cumplen en él una función imprescindible: asuntos relativos a las formas de sociabilidad y de cultura popular en la ciudad, que han sido objeto de la última historia sociocultural y cuyo retraso y escasez en el panorama historiográfico español, especialmente en sus dimensiones urbanas, ha sido reiteradamente denunciado⁷

1.3.- Objetivos y alcance del presente estudio: Chamberí a través de los padrones municipales de 1860 y 1880.

El cumplimiento de un programa de estudio como el que se acaba de esbozar representa un volumen de trabajo suficiente para la elaboración de una tesis doctoral. En este sentido, el texto que se presenta ahora pretende ser el primer paso en ese camino, tanto porque ha buscado cubrir el estudio del primer periodo cronológico del fenómeno analizado (el surgimiento de Chamberí como arrabal y su transformación hasta 1880 con la puesta en marcha del Ensanche madrileño) como porque ha representado un primer ensayo de aplicación de las técnicas y métodos que inspiran el proyecto de investigación a una de las fuentes empíricas fundamentales sobre las que se va a edificar el futuro estudio: los padrones municipales.

El objetivo temático fundamental que se ha encarado en este retrato de Chamberí en sus primeros años de desarrollo es el de la descripción de la forma en que en él se reflejo el crecimiento de una ciudad como Madrid, que

⁶ SERNA, Justo y PONS, Anacleto: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, en C. Frías y M.A. Ruiz Carnicer, coords. *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 73-91.

⁷ URÍA, Jorge: “La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas”, en SUÁREZ CORTINA, ed.: *La cultura española de la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 103-144.

experimenta un aumento demográfico y una expansión urbana notables a partir de 1860, cuando se aprueba su proyecto de Ensanche. Con ello no se pretendía indagar en las características urbanísticas y arquitectónicas del Ensanche ni en el significado económico de las estrategias y actuaciones que lo hicieron posible, aspectos de los que tenemos ya una amplia y rica bibliografía. Lo que verdaderamente interesaba era explicar las transformaciones demográficas y sociales que estaba experimentando Madrid y que constituyen la base que hizo posible tal crecimiento urbano. Transformaciones, que si bien ya han podido ser abordadas por estudios de carácter general sobre la historia madrileña, parecían exigir un tratamiento más denso como el que la información contenida en los padrones nos puede aportar. Así por ejemplo, el crecimiento demográfico madrileño, que ha sido ampliamente estudiado en sus rasgos generales por Antonio Fernández, pero que carece de estudios monográficos específicos que se hayan adentrado en fenómenos como la inmigración, que cumple un papel tan decisivo en el sostenimiento del crecimiento urbano de la capital. O la evolución de la estructura social madrileña, que si bien cuenta con estudios valiosos para algunos de sus estratos sociales, como son las aportaciones de Ángel Bahamonde al conocimiento de la burguesía de la capital, presenta importantes lagunas respecto a otras y muy especialmente en cuanto a la evolución de las clases populares. Todos estos estudios y aproximaciones que se han realizado al crecimiento y evolución social de Madrid han tendido a señalar su carácter atípico, difícilmente asimilable al modelo de urbanización decimonónica que establece un nexo firme entre desarrollo industrial de la economía urbana y crecimiento de las ciudades. En Madrid no existe industria hasta bien entrado el siglo XX, y en consecuencia tampoco una clase obrera que alimente su crecimiento demográfico. Y sin embargo Madrid crece, y lo hace gracias a los aportes continuos de la inmigración. ¿Qué hizo de ella un centro tan atractivo para los inmigrantes? ¿Cómo se sostuvo económicamente un crecimiento demográfico de volumen industrial sin que aparecieran las fábricas? ¿Qué rasgos definieron la estructura social de una ciudad de evolución tan atípica, capaz de crecer en ausencia de desarrollo industrial? Describir el modelo particular de crecimiento urbano madrileño en la segunda mitad del siglo XIX se consolidó como el primer objetivo de la investigación.

Por otro lado se ha tratado de cumplir con ese objetivo declarado más arriba de establecer puentes entre una historia urbanística que se preocupa de la evolución de la ciudad en sus aspectos estrictamente arquitectónicos y una historia social que se preocupe de las implicaciones que ese proceso de transformación urbana tiene en las formas de vida de sus habitantes. En este sentido, el principal asunto que atraía la atención en el periodo cronológico que hemos acotado, era la determinación de en qué medida el Ensanche madrileño expresó en lo urbano las transformaciones que se estaban produciendo en lo social, una vez que se abrió el proceso de implantación política, jurídica y económica del liberalismo. Generalmente, los ensanches de las ciudades han sido caracterizados como el intento de fundar la organización de la vida urbana sobre bases nuevas que la distinguieran de la ciudad preindustrial del Antiguo Régimen. Mientras ésta se caracterizaba por su carácter heterogéneo, por la convivencia en el interior de sus murallas de los distintos grupos que conformaban la sociedad en una cierta confusión, que hacía avecindar al noble junto al artesano, al comerciante junto al mendigo, la nueva ciudad del XIX, como viva representación de la burguesía emergente que la construye sobre las bases de actuación económica capitalista, se destacaría en cambio por un fenómeno nuevo, el de la segregación socioespacial. La ciudad industrial y burguesa del XIX suele venir asociada a la aparición de barrios burgueses y barrios proletarios, una división tajante de los distintos espacios urbanos en los que queda confinada la población según sus recursos económicos y su posición social. Ahora bien, tal caracterización parece difícilmente trasladable a un contexto como el madrileño, en que la industrialización no llegó a desarrollarse más que tímidamente y en la que no existía una verdadera clase obrera como la de Londres o Manchester, pero que sí en cambio acometió un proceso profundo de renovación de sus estructuras urbanas. Describir las relaciones que existen entre tal proceso de reforma urbana y la forma en que se articulaba socialmente la población que habitaba en el nuevo espacio urbano creado es el segundo gran objetivo de este trabajo.

Para todo ello, la recopilación e informatización de la información referente a Chamberí contenida en los padrones municipales de 1860 y 1880 y

su posterior análisis intensivo ha sido la fuente fundamental de trabajo. Con ello se creó una voluminosa base de datos en que se incluía la descripción de los hogares que componían Chamberí en estos dos años y en la que se incluía, fundamentalmente, el número de habitantes de cada casa, los vínculos familiares que los unía, la edad, el sexo, la profesión, el lugar de nacimiento, la fecha de llegada a Madrid de cada uno de ellos, ocasionalmente el salario que percibían por su trabajo, el alquiler que pagaban por la vivienda, la contribución que satisfacían anualmente... y otros muchos datos más, ocasionales, muchas veces surgidos de la personalidad del que rellenara la ficha del registro y que sería prolijo enumerar. Esta información de los padrones ofrece una amplia gama de posibilidades de estudio y proporciona un volumen de datos hasta ahora no utilizados en la caracterización de la ciudad de Madrid: pirámides de población, tamaños y estructuras de hogar, series de los ritmos de llegada de la inmigración a Madrid, series de alquileres completas por calles y pisos en el distrito de Chamberí, niveles salariales de su población, tasas de actividad laboral... y un larguísimo etcétera de series estadísticas que unidas a las posibilidades que ofrece la informática, constituyen una base excepcional para el desarrollo de las técnicas cuantitativas que tanto juego han ofrecido a la historia económica y social.

Sin embargo, una de las pretensiones de este trabajo era aprovechar estas técnicas e ir más allá de las aplicaciones que en este sentido nos ofrecen los registros de población, para a través de un tratamiento intensivo de los datos recopilados, intentar cubrir las carencias que, en ciertos aspectos, la historia cuantitativa más clásica presenta. Para ello se ha ensayado adoptar un enfoque microhistórico en el tratamiento de la información para, además de realizar las generalizaciones propias de la historia cuantitativa, proceder, a través de la persecución de un nombre en la masa documental extraordinaria que los padrones generan, a la descripción densa de casos que por su singularidad puedan resultarnos significativos. Con ello no se pretende atomizar infinitamente en casos singulares el retrato histórico de una sociedad, sino simplemente adherir a la exposición de lo cuantitativamente significativo aquellos casos singulares y particulares que resulten cualitativamente relevantes. De esta manera se buscaba la elaboración de un retrato de la

sociedad madrileña del XIX que no sólo acentuara sus rasgos generales, sino que fuera capaz de mostrar la diversidad de comportamientos y actitudes que era capaz de albergar; al tiempo con la reconstrucción de historias individuales, se perseguía contribuir a la solución de uno de los desafíos que con más fuerza se ha alzado ante la historia social en los últimos tiempos: recuperar el rostro humano que se esconde tras las grandes líneas de evolución que experimenta la sociedad.

II.- MADRID. 1860-1880: CRECIMIENTO Y ENSANCHE DE LA CIUDAD.

“Mis primeras impresiones fueron de grata sorpresa en lo referente al aspecto de Madrid, donde yo no había estado desde los tiempos de González Bravo. Causábanme asombro la hermosura y la amplitud de las nuevas barriadas, los expeditivos medios de comunicación, la evidente mejora en el cariz de los edificios, de las calles y aun de de las personas; los bonitísimos jardines plantados en las antes polvorosas plazuelas, las gallardas construcciones de los ricos, las variadas y aparatosas tiendas, no inferiores, por lo que desde la calle se ve, a las de París o Londres, y, por fin, los muchos y elegantes teatros para todas las clases, gustos y fortunas. Esto y otras cosas que observé después en Sociedad, hiciéronme comprender que nuestra capital había realizado desde el 68, adelantos más parecidos a saltos caprichosos que el andar progresivo y firme de los que saben adónde van; mas no eran por eso menos reales. En una palabra, me daba en la nariz cierto tufillo de cultura europea, de bienestar y aun de riqueza y trabajo”

Benito Pérez Galdós: *Lo prohibido*⁸

La percepción que el personaje de Galdós tiene a su llegada a Madrid en Septiembre de 1880 parece bastante certera: Madrid, en pocos años, había sufrido importantes cambios que transformaron su fisionomía y que debieron sorprender al viajero que visitara la ciudad por segunda vez. Ciertamente, el Madrid de principios de la Restauración no era el París contemporáneo que había transformado Haussman, pero algo de la ciudad francesa destilaba: un cierto aire europeo que se podía percibir en la recién reformada Puerta del Sol que se había ampliado y había decorado sus fachadas (1854-1862); tufillo europeo que dejaban al pasar los tranvías que ya comenzaban a circular por el casco antiguo y las zonas de Ensanche (desde 1871) o que se podía percibir en las hacía muy poco inauguradas estaciones de Delicias o De Norte (1879); europea era también la costumbre de tener agua corriente en las casas, que era una comodidad presente en algunos domicilios madrileños desde la inauguración del Canal de Isabel II (en 1858), o la de comunicarse a través del telégrafo, cuya red nacional estaba casi conformada; incluso la nariz más refinada podía catar, esforzándose, los olores menos agradables que para un

⁸ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Tormento* en *Obras Completas*. Novelas. Aguilar, Madrid, 1973. Volumen II, pág. 227

régimen conservador como la Monarquía Restaurada venían desde Europa: el de esos primeros miembros de una reducida, pero ya llamativa agrupación socialista madrileña fundada en mismo corazón de Madrid un año antes. Cambios *reales*, sí, pero que no dejan de parecer *saltos caprichosos* aún a los historiadores de hoy: el crecimiento de Madrid, que en la segunda mitad del XIX llegará a duplicar su población y a triplicar (aunque sea sin edificarla) su superficie urbana, se llevará a cabo sin que medie en ella un proceso de transformación industrial que dé impulso a esta modernización. Así la ciudad verá crecer su población, aparecer nuevos barrios contruidos según las pautas e ideales de la burguesía, hasta el punto de presentar los rasgos de una ciudad moderna, que en ciertos aspectos hace a Madrid homologable al resto de las capitales europeas sin que al tiempo se haya llevado a cabo el remoce de las estructuras sociales, económicas y políticas que ha tenido lugar en otras latitudes.

Esta paradoja, la de la germinación (con muchas limitaciones) de una ciudad moderna sin mediar industrialización no puede ser comprendida sin referencia a la naturaleza dual⁹ de un Madrid en que se yuxtaponen las dinámicas sociales, económicas, políticas y culturales de, por un lado, su condición de capital de un estado liberal en progresiva construcción y por otro, los caracteres propios de una ciudad preindustrial cuya configuración social sigue profundamente marcada por el mundo de los oficios. Así, resulta que en la ciudad que acogía a las más importantes sociedades financieras del país y en la que confluía una red de transportes y de comunicación modernizada por el ferrocarril o el telégrafo, era el artesano que trabajaba en un pequeño taller en que se mantenía la solidaridad gremial por encima del sentimiento de pertenencia de clase, junto al pequeño tendero o al rentista inmobiliario los que marcaban la impronta de la vida económica. En definitiva, la evolución de Madrid en la edad contemporánea se resuelve en la tensión entre la pulsión

⁹ BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en FUSI, J.P.: *España. Autonomías Madrid*, Espasa, 1989, pp.517-613, especialmente pp. 555-556 y BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique: "Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración" en BAHAMONDE MAGRO y OTERO CARVAJAL (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*. 2 Vols. Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1986, pp. 24-26, vol.1

modernizadora del Madrid capital del Estado y la quietud e inercia derivadas de la ciudad de los oficios.

Las paradojas y contradicciones que implica esta dualidad de dinámicas sociales se van a plasmar con especial intensidad en el Ensanche de la ciudad, en esa ciudad nueva que desde la aprobación del proyecto de Castro en 1860 se intentará alzar en los alrededores de la vieja cerca de Felipe IV: el crecimiento urbano, arquitectónico y económico de la ciudad se hace en gran medida preservando las viejas bases de organización social y esa rémora puede ser aún rastreada en las calles que se abrieron y en los edificios que se construyeron en la segunda mitad del XIX.

II.1.- El crecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XIX.

La ciudad de Madrid en el siglo XIX, pasó de albergar los 207.887 habitantes que registraba Canga Argüelles en 1797 a los 539.835 que aparecen en el censo nacional de 1900. Un crecimiento que se debe en realidad a la segunda mitad del siglo, pues en 1850 la ciudad aún contaba con una cifra de habitantes muy parecida a la de principios de la centuria (221.707 habitantes). Este crecimiento de la población madrileña, que podemos seguir en las fuentes disponibles (ver tabla 1), primero errático y luego más decidido, había de ejercer una presión sobre la vieja ciudad para transformarla en todos sus órdenes, tanto en el plano estrictamente urbanístico (para el que en 1787 ya Jovellanos aconsejaba un ensanche de la ciudad que permitiese albergar a una población hacinada y sometida a altos alquileres) como en el económico, pues se hacía difícil asimilar en las viejas estructuras gremiales y de minifundismo comercial a los recién llegados. Este proceso de transformación, como se verá, será largo y difícil, pero al final el aluvión de población que llega a Madrid acabará forzando que se alumbre una ciudad nueva que tiene bastante que ver con la que describía Galdós más arriba. En fin, el crecimiento demográfico en este periodo es notable, no sólo porque fuerza a la ciudad a una fundamental transformación de sus estructuras (en que descolla el Ensanche como fenómeno más visible), sino también, como nos recuerdan Antonio Fernández y Ángel Bahamonde, porque representa un ritmo de crecimiento ligeramente

superior al del resto de las ciudades españolas “y claramente ventajosa con respecto al conjunto de la nación”.¹⁰ Pero como estos mismos autores destacan, este crecimiento, que supone una multiplicación de la población de Madrid por 2.5 o por 3 (dependiendo de las cifras que tomemos), si es notable en el contexto español, no lo es sin embargo en el contexto europeo en que las principales ciudades arrojan unas tasas de crecimiento mucho más altas¹¹.

Tabla 1: Población de Madrid en el siglo XIX¹²

Años	Habitantes	Fuente
1797	207.887	Diccionario de Canga Argüelles
1804	176.374	Recuento de la población. Ayuntamiento.
1825	201.344	Miñano
1833	166.595	Madoz
1836	224.312	Ministerio de Gobernación.
1846	206.714	Empadronamiento
1850	221.707	Comisión estadística municipal
1853	236.649	Mesonero Romanos. Datos del empadronamiento
1857	281.170	Censo nacional. Nomenclátor
1860	298.426	Censo nacional
1865	283.917	Comisión estadística municipal
1868	282.635	Anuario Administrativo y Estadístico de la provincia de Madrid.
1869	292.483	Comisión Estadística Municipal
1872	333.745	Censo electoral
1877	397.816	Censo nacional
1887	470.283	Censo nacional
1888	480.081	Boletín de estadística
1897	512.150	Censo nacional
1900	539.835	Censo nacional

Las razones que explican esta lentitud del crecimiento madrileño en el XIX y, por extensión, del resto de las ciudades españolas, respecto de Europa, ha de buscarse en los distintos modelos demográficos que sustentan sendos

¹⁰ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 479.

¹¹ En el mismo siglo XIX París multiplica su población por 5, Londres y San Petersburgo por 6, Viena por cerca de 7, Berlín por 11 y Munich por 12.5. *Ibid*, 479.

procesos de urbanización. Así, Reher ha señalado como la urbanización en España hasta 1900 se asienta sobre comportamientos demográficos de tipo antiguo, en que las ciudades se comportan aún como grandes consumidoras de humanidad, en que las altas tasas de inmigración urbana vienen a compensar la fuerte mortalidad en la ciudad, mientras que en el resto del continente europeo la transición demográfica ya se presenta en un estado avanzado si es que no ha sido ya consumada.¹³

Tabla 2: saldo vegetativo madrileño en el siglo XIX¹⁴			
	nacimientos	defunciones	saldo vegetativo
1861-1870	119470	131550	-12080
1874-1884	104601	112735	-8134
1894-1900	109732	114863	-5131

Este modelo demográfico de tipo antiguo ya ha sido identificado y descrito para la ciudad de Madrid por el mismo Antonio Fernández García¹⁵ que considera que hasta comienzos del siglo XX no se produce la transición al nuevo modelo de pautas de comportamiento demográfico entre la población madrileña. Lo más significativo de este comportamiento demográfico que se mantiene a lo largo de toda la mitad del siglo XIX sería la incapacidad biológica de la población madrileña para reproducirse; el saldo vegetativo de la ciudad a fines de siglo es predominantemente negativo en todos los años para los que disponemos de datos (tabla 2). Madrid es una ciudad de la muerte, “sepulturera de inmigrantes”, que aunque crece, sus tasas de mortalidad superan año a año a las de natalidad, gracias al mantenimiento de unas tasas de mortalidad general altas, en las que juegan un papel fundamental la alta mortalidad infantil

¹² FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 481.

¹³ REHER, David S.: “Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930” en VAN DER WOUDE, Ad; DE VRIES, Jan; HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford, pp. 282-299.

¹⁴ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol. 1, pág. 51.

¹⁵ Especialmente en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pp.29-76. A conclusiones similares llegaba TORO MÉRIDA, Julián: “El modelo demográfico madrileño” *Historia 16*, nº 59, pp. 44-51.,

y los embates de las crisis epidémicas que esporádicamente (aunque con un cierto ritmo cíclico que remite a causas estructurales) azotan a la ciudad.¹⁶ Como ya fue puesto de manifiesto por los contemporáneos¹⁷, estos dos fenómenos, lejos de ser fatalidades naturales, responden a causas sociales; así, al estudiarlos de cerca se descubre que inciden en la población de manera diferenciada según la clase social. La muerte de niños se manifiesta de forma muy diferenciada en los distritos madrileños, siendo más grave en aquellas calles y barrios ocupados por las clases más desfavorecidas¹⁸. De igual manera, la aparición de una enfermedad epidémica en la ciudad no representa una amenaza ciega que ataque a todos sus ciudadanos por igual, sino que si seguimos el rastro geográfico de los muertos que deja, se convierte en un fiable “fiscal de las fallas urbanísticas”¹⁹, señalando como focos de infección y expansión de la enfermedad los barrios donde más abunda la vivienda insalubre y se carece de los servicios sanitarios e higiénicos más elementales.

El mantenimiento casi constante de tasas de crecimiento vegetativo negativas en el Madrid decimonónico hace de los flujos migratorios un factor decisivo en el crecimiento de la ciudad. El porqué de que Madrid se convierta en un poderoso polo de atracción de población en la segunda mitad del siglo XIX debe buscarse en su condición de capital del naciente Estado liberal; condición que la convirtió en una *ciudad de las oportunidades* para una gran contingente de inmigrantes de muy diversa condición social: burgueses enriquecidos, terratenientes rentistas y miembros de la elite social que, desde

¹⁶ Las epidemias más graves que vivió Madrid en la segunda mitad del siglo XIX, también estudiadas por Antonio Fernández en sendos artículos, son las tres epidemias de cólera de 1854-55, que dejó un rastro de 3762 muertos, de 1865 con 2869 muertos y la de 1885 con 1030 muertos, y la crisis sanitaria de 1890, en que confluyen gripe, cólera y viruela para dejar unos 6000 fallecidos. Todo en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Vicens Vives, Barcelona, 1985.

¹⁷ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979)

¹⁸ Por ejemplo, tan tarde como en 1901, podemos encontrar diferencias acusadas entre distritos madrileños ante la mortalidad infantil; mientras que en el distrito de Congreso los niños fallecidos representaban el 6,80 por mil, en Latina alcanzaban el 17,95 por mil. FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. Comunidad de Madrid, 1989. pág. 39.

¹⁹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Vicens Vives, Barcelona, 1985; pág. 129. Así, en la historia de las epidemias madrileñas surgen recurrentemente algunos nombres de barrios populares de la ciudad, en los que la enfermedad nunca falta a su

diferentes provincias, acuden al centro de decisión política y económica en que se está convirtiendo Madrid; capas medias aspirantes a un empleo en la cada vez más desarrollada y centralizada burocracia liberal, y sobre todo jornaleros, muchos jornaleros, que poco a poco irán adquiriendo una posición predominante en los registros de población madrileños. De hecho, el jornalero, por lo general un campesino que, expulsado de su lugar de origen por la falta de trabajo, viene a buscar empleo a la gran ciudad, se convierte en una figura social característica del Madrid de la época, aumentando su presencia a un ritmo superior al del crecimiento de la población. En el censo de 1797 se contabilizaban 6.185 jornaleros, que ascendían a 11.049 para 1848 en los recuentos de Madoz, a unos 20.000 en 1880²⁰ y a 51.993 en 1898²¹.

Si las causas que hacen de la capital del Estado, un polo de atracción para las elites sociales y las capas medias están bastante claras, no sucede lo mismo para este gran conjunto de inmigrantes sin cualificación profesional que los registros califican como jornaleros. Bajo el deslumbrante aspecto que la capitalidad imprime a Madrid, existe en el XIX una ciudad cuya economía “*más industrial que industrial, más rentista que burguesa*” en la que “*predomina más el comerciante sujeto a una estructura familiar que el empresario en sentido estricto*” y que no es capaz de desarrollar un mercado laboral que absorba a esta población afluente.²² La economía de la ciudad, aún marcada profundamente por el mundo de los oficios, en que la fábrica industrial aparece de manera anecdótica y en la que aún predomina el pequeño taller artesanal en la que los saberes profesionales y la oferta laboral circula por los cauces del parentesco, cierra las puertas al campesino inmigrante que busca trabajo. Pero este rechazo no es más contundente que el de otras ciudades que, habiendo iniciado el proceso de industrialización, poseyeran centros fabriles reclamando

cita, como son Lavapiés, Peñuelas, Vallehermoso; mientras, los afectados en las zonas más caras son meramente anecdóticos.

²⁰ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 503.

²¹ DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001, pág. 107.

²² BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 516.

una nueva mano de obra: en ellas, como ha demostrado Camps²³ para el caso de Sabadell, no había sitio para el trabajador sin cualificación. La fábrica del XIX, aún poco mecanizada, reclamaba una mano de obra ya cualificada en la manufactura o en el taller y resultaba un mundo tan inaccesible para el jornalero en busca de trabajo como ese preindustrial de artesanos y pequeños comerciantes de Madrid. Pero Madrid en el XIX presentaba ciertos rasgos que la hacían un destino preferible para los jornaleros a otras ciudades; rasgos que están en relación con la formación de un particular mercado de mano de obra en que abundaba la oferta de trabajo no cualificado²⁴. Las obras de remodelación del casco antiguo de la ciudad, las obras del Ensanche, la creación de grandes infraestructuras (como la traída de aguas del Lozoya o la creación de la red de ferrocarriles, cuya construcción no se desarrollaba en la capital pero sí en ella se resolvía una gran parte de las contrataciones de sus obreros) hicieron proliferar una abundancia de trabajos temporales para albañiles, peones y mozos de cuerda; trabajos no cualificados, de salario bajo y temporales que sin embargo los jornaleros podían aspirar a encabalgarse uno detrás de otro para sobrevivir en la gran ciudad o en los periodos que el trabajo estacional del campo les negaba el sustento. Si a esto añadimos que en la capital del Estado se concentraban un gran número de congregaciones religiosas e instituciones públicas dedicadas a la beneficencia que tendieron (bien es cierto que en muchas ocasiones con poco éxito) a salvar los momentos en que las clases menesterosas entraban en situaciones de pobreza aguda, podemos comprender que Madrid, ciudad sin desarrollo industrial, anclada en la quietud económica del Antiguo Régimen, acogiera la afluencia de jornaleros que hasta sus puertas se dirigían; que se convirtiera, en definitiva, en el *niche adaptativo* que tendiera a buscar para refugiarse la masa de expulsados que una economía agraria en transformación había producido y

²³ CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995. Me refiero especialmente a las conclusiones del Capítulo III: "Flujos migratorios y destinos de los emigrantes", pp. 88-91, y del Capítulo 4: "Actividad económica y movilidad ocupacional", pp. 119-132, en que se pone de relieve lo tortuoso del camino que lleva al trasvase de la población agrícola hacia el trabajo fabril en el despegue de la industrialización.

²⁴ El estudio de la formación y funcionamiento de este mercado de mano de obra en el XIX sobre el que luego se abundará sigue teniendo por texto básico el artículo de BAHAMONDE, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, 15, 1980, pp. 143-175

que sin embargo aún no contaba con una economía urbana e industrial que abriera las puertas de sus fábricas para acogerlos.

En el abismo que se abre entre la disolución de las estructuras sociales y económicas propias del Antiguo Régimen y una modernización industrializadora que no hace más que un tímido acto de presencia en la España del XIX, surge el espacio sobre el que Madrid crece. La ciudad capital del Estado aprovecha los residuos de un mundo en disolución en propio beneficio, para alimentar una dinámica social incapaz de mantenerse por sí misma. En el campo demográfico, los inmigrantes que vienen entre 1850 y 1900 a morir a la ciudad, permiten la pervivencia de un modelo demográfico que sin ellos habría llevado a la población a su disminución. En el campo económico estas riadas de inmigrantes lejos de incorporarse a la economía artesanal de la ciudad serán empleados en la ampliación urbanística del mismo Madrid que ellos están contribuyendo a crear. Madrid, en estos años parece vivir por inercia: su crecimiento se convierte en el principal impulso de su crecimiento.

En este sentido, el proceso de renovación urbana que se abre en el segundo tercio del XIX (con las obras y transformaciones del interior que se destilan del primer proceso desamortizador) y se intensifica a partir de 1860 con el inicio del Ensanche que abre la ciudad al exterior, se convierte en la espita que libera las tensiones generadas entre la quietud y el cambio social a las que se veía sometida Madrid. Un Madrid que desborda ya a mediados de los años 50 del XIX, a cuyos problemas de hacinamiento los sectores más contemporizadores de la burguesía, tales como Mesonero Romanos, no proponen otra solución que el crecimiento en altura y los retoques del interior, decide entre 1860 y 1868 dar el paso de derribar sus cercas y expandirse hacia el exterior, abriendo nuevas calles y barriadas. Con ello no sólo se solucionaba el problema del alojamiento que estaba planteado desde hacía décadas, ni dar satisfacción a las preocupaciones de los higienistas ante las cada vez más deterioradas condiciones de vida en la ciudad a través de un proyecto ideal de ciudad; el Ensanche, además, se postuló como la solución de compromiso para una economía cuyas bases se encontraban en grave peligro de disolución: por un lado permitía emplear a todos aquellos inmigrantes desclasados que habían

llegado al páramo industrial que había creado el capitalismo en sus primeros pasos en España, por otro lado resultaba la siguiente etapa más fácil, ahora que la veta de la desamortización ya aparecía agotada, en el camino de inversión especulativa por el que había comenzado a transitar la burguesía madrileña²⁵.

El Ensanche de Madrid en el XIX puede ser así presentado como la bisectriz de dos líneas de evolución social de muy distinto signo: la confluencia de fuerzas entre una ciudad preindustrial, tendente a reproducir sus formas de organización social y económica propias del Antiguo Régimen, y una ciudad que, al asumir las nuevas responsabilidades y funciones en su tránsito de corte monárquica a capital de un Estado liberal, recibe los impulsos que este último, en su proceso de construcción difiere a Madrid. Impulsos que, como por ejemplo la inmigración jornalera, no deben ser sólo entendidos, al estilo de los contemporáneos, como un problema o amenaza a la estabilidad social, sino también como una potencial inyección de energía, en este caso, en forma de mano de obra disponible, que podría haber permitido el despegue industrial de la ciudad. El Ensanche, entendido como algo más que un mero acontecimiento arquitectónico y urbanístico, como el proceso de reforma y crecimiento de Madrid a un ritmo e intensidad antes desconocidos, podría haber sido el puente que salvara la brecha entre la vieja ciudad preindustrial y la capital moderna. Una solución a los nuevos desafíos que imponía una sociedad en profunda transformación y que sin embargo el Ensanche no produjo.

Aunque las críticas al proyecto de Ensanche madrileño abundan desde su misma aprobación, con las voces destacadas de Ildefonso Cerdá y Ángel Fernández de los Ríos²⁶ en un primer momento, estas se han limitado por lo general a denunciar sus resultados arquitectónicos y urbanísticos, olvidando otros aspectos relacionados con el crecimiento de la ciudad. Bien es cierto que el carácter del Ensanche como un producto más de la especulación capitalista

²⁵ Acerca de la especulación burguesa en el Ensanche, ver BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Madrid, 1981. pp. 274-315

²⁶ Acerca de las críticas de los contemporáneos al Ensanche, ver BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pág. XLI y ss.

que como un trampolín para la transformación industrial de Madrid ya ha sido destacado por Rafael Mas o Ángel Bahamonde al analizar las estrategias económicas de la burguesía madrileña en el XIX. Sin embargo donde radica el mayor fracaso del proyecto de Castro se encuentra en aquellas realidades que pretendía erradicar. El retrato del crecimiento demográfico madrileño en el XIX esbozado más arriba ya nos lo sugiere: en sus primeros 40 años de andadura, una reforma urbana fundada en el discurso higienista, no consiguió invertir la relación entre la mortalidad y la natalidad madrileñas contra la que luchaba. En el tránsito al siglo XX, las condiciones de higiene en la ciudad seguían siendo objeto de denuncia como la primera causa de la mortalidad excesiva de la capital. Así, en su conocido estudio sobre las condiciones de salubridad e higiene pública de la ciudad, el médico Philip Hauser consideraba que eran las carencias de policía sanitaria lo que creaba la distancia entre las tasas ya reducidas de mortalidad europeas y las de un Madrid, que tenía “*el triste privilegio de figurar entre las capitales más malsanas de Europa*”²⁷. A ello se unía el gran retraso de la capital española en la solución del problema de la vivienda insalubre, que afectaba de manera especial a las clases obreras más desfavorecidas. En esto, la ineficacia del Ensanche era especialmente notoria: mientras la urbanización de los territorios incorporados a la ciudad se desarrollaba lentamente, los focos de hacinamiento de los barrios bajos se mantenían en sus deplorables condiciones y surgía con vitalidad un cinturón de infravivienda en el Extrarradio madrileño²⁸. El hecho de que surgieran barrios como los de Cuatro Caminos, la Guindalera o el de la plaza de Toros, en el límite del foso que separaba la zona de Madrid de sus afueras, donde no imperaban las normas constructivas y de sanidad es suficientemente ilustrativo. El Ensanche se construía sí, pero a un ritmo lento y ofertando una vivienda cuyos precios eran inasumibles para las clases populares madrileñas que debían recurrir a las viejas soluciones: o hacinarse en viviendas deterioradas del casco antiguo u ocupar las casas bajas que surgían en las afueras de la ciudad.

²⁷ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol. 1, pág. 85

²⁸ BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, MOPU, 1983, pp. 99-106.

En definitiva, el Ensanche no solucionó sino que mantuvo dos de los grandes problemas a los que se enfrentaba: la mejora de las condiciones higiénicas de la ciudad y el acomodo de una población en aumento. Más que solución parece que se convirtió en una huida hacia adelante en la que los vicios de la vieja ciudad de los oficios (hacinamiento de las clases populares, insalubridad generalizada, alta morbilidad de la población) convivieron con los de los nuevos tiempos industriales (jornalerización, escasez de trabajo). Para entender la forma en que se produjo este pacto entre persistencia y cambio social en el transcurso del crecimiento urbano madrileño en el XIX hemos de embarcarnos en ese estudio denso del Ensanche que hemos propuesto más arriba. Un estudio que sea capaz de apreciar cómo se realiza ese pacto en todas las dimensiones: desde el diseño y marco legislativo que hizo posible el Ensanche, hasta las prácticas sociales, económicas y políticas que le dieron contenido.

II. 2.-Nuevas y viejas actitudes en el diseño del Ensanche: el proyecto de Castro.

La idea de desplazar la cerca de Madrid más allá de sus límites para ampliar su superficie y así solucionar los problemas de hacinamiento que planteaba el crecimiento de la ciudad, contaba ya con una cierta tradición cuando se aprobó el anteproyecto de Castro en 1860. Era lógico en un Madrid cuya población, si bien durante el Antiguo Régimen crecía a un ritmo lento, debía encontrar serias dificultades para alojarse en un espacio que no se había visto ampliado desde que en 1625 Felipe IV estableciera la cerca que cerraba la ciudad. Frecuentemente se suele citar la propuesta que hizo Jovellanos en 1787 de derribar la cerca por su parte norte y construir viviendas para las clases más desfavorecidas: con ello se aumentaría la oferta de este tipo de viviendas y se pondría freno a un aumento de los alquileres que comenzaba a ser preocupante²⁹. Sin embargo, la idea de Jovellanos se disolvió y olvidó como

²⁹ De hecho el mismo Castro lo cita como uno de sus precedentes, reproduciendo en el anteproyecto gran parte de la propuesta de Jovellanos. Para el Ingeniero madrileño en 1860: *“Bien pudiéramos decir que Jovellanos vivía hoy entre nosotros y escribía este informe conociendo las necesidades actuales de la población. Tal es la verdad que encierra y la previsión con que aparece escrito; seguramente este grande hombre no pudiera haber dicho*

tantos otros arbitrios ilustrados, en gran medida por las dificultades que entrañaba su puesta en práctica. Entre los impedimentos uno de los más importantes era la imposibilidad de disponer de unos terrenos sobre los que se planeaba la edificación, que eran de particulares, o lo que era peor, estaban vinculados a las manos muertas. Se habría de esperar a que la situación fuera más asfixiante y a que se dieran las condiciones necesarias para que un proyecto de esta naturaleza se pudiera llevar a cabo. Mientras tanto, se encontraron diversas soluciones para ir acomodando la ciudad de Madrid a los problemas de habitación y de sanidad que implicaba su crecimiento.

Ante la situación de encastillamiento en que se encontraba Madrid, dos líneas de actuación arquitectónica y urbanística fueron privilegiadas: por un lado la construcción en altura que permitía albergar más habitantes por edificio, por el otro la reforma interna del casco antiguo de la ciudad que permitiera un uso más racionalizado y un mejor aprovechamiento de su suelo.³⁰ Si esta adaptación de la estructura urbana madrileña se hizo realidad fue gracias a los progresivos decretos de desamortización que jalonan la primera mitad del XIX español: con la expropiación y salida a mercado de terrenos y edificios anteriormente vinculados no sólo se posibilitó la apertura de plazas que descongestionaran la trama viaria de la vieja ciudad (actuación iniciada por José I), sino que también aparecieron nuevos solares sobre los que alzar edificios de viviendas de características acordes con los nuevos tiempos (el caso más significativo es el de las casas del Cordero alzadas en la Puerta del Sol).³¹ Actividad inmobiliaria capitalista y especulativa y reforma jurídica y legislativa irán de la mano en estos años: las reformas liberales del periodo isabelino parecen ir acompasando los deseos de una burguesía madrileña que

mas en el día de lo que dijo entonces, en apoyo de tan importante mejora". Plan Castro pp. 62-64.

³⁰ El estudio más importante sobre las reformas emprendidas en el casco antiguo de la ciudad es el de RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. 1976. Un sucinto resumen de las obras de reforma interior más destacables lo podemos encontrar en NAVASCUÉS PALACIO, Pedro: "Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 401-421.

³¹ Las *casas del cordero* habían sido edificadas por Santiago Alonso Cordero, sobre los terrenos resultantes del derribo del monasterio de San Felipe el Real y que fueron adquiridos por este comerciante en el proceso desamortizador de Mendizábal. Posteriormente pasarían a manos de Juan Manuel de Manzanedo, que también se convertiría en uno de los más importantes inversores en la obra de remodelación de la Puerta del Sol. La actividad de este

encuentra en la actividad inmobiliaria un campo de acumulación y afianzamiento de capitales. El acomodo entre acción política y legislativa e interés inmobiliario particular encuentra perfecta ilustración en esta época en la figura de Mesonero Romanos, que en 1846, desde su puesto de concejal, consiguió frenar el proyecto de ensanche presentado por el ingeniero Juan Merlo. A cambio se beneficiaba su propuesta de continuar la reforma del casco antiguo de la ciudad, en el que el poseía inmuebles de alquiler y solares para edificar.³²

Lo equivocado de la actitud de Mesonero Romanos es especialmente evidente si tenemos en cuenta que fue precisamente en aquellos años en los que se producirá el naufragio del primer intento de organizar el negocio inmobiliario a una escala mayor a través de una sociedad anónima: *La propietaria*, que desarrolló su actividad entre 1847 y su disolución, en 1849³³. El fracaso de esta sociedad comandada por José de Salamanca en su intento de urbanizar los jardines y huertas que se extendían entre la cerca y la calle Barquillo, podría ser considerado como el punto de inflexión en que se hace evidente el agotamiento de un modelo de desarrollo urbanístico y económico del Madrid empeñado en retrasar su crecimiento y desborde de la cerca. El hecho de que sea además el propio Salamanca el que se lance con más decisión a las nuevas oportunidades especulativas abiertas por el Ensanche una década después, no deja de ser significativo.

Sin embargo no es tan sólo el deseo de la burguesía especuladora madrileña de encontrar nuevos campos para su actividad lo que va a dar el impulso final a la aprobación del Ensanche. En estos años del ecuador del XIX

último y la historia de estos inmuebles en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM, pp. 431-434.

³² El episodio del proyecto de Ensanche frustrado de Juan Merlo es referido en muchas obras. Mesonero Romanos habría hecho valer su cargo municipal para oponerse a un proyecto que consideraba caro y mucho más difícil de realizar que sus propuestas de reforma para la ciudad por entonces también publicadas. Consideraba que con un mayor aprovechamiento del suelo inutilizado en el casco viejo y la construcción en altura se podría albergar a toda la población. Es Bonet Correa en su "estudio preeliminar" del proyecto de Ensanche el que insinúa los intereses del cronista madrileño por mantener la cerca, ya que acababa de adquirir y edificar los terrenos resultantes de la demolición del cuartel de Dos de Mayo, al Norte de la ciudad. BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pp. XXII-XXIII.

³³ Los avatares de esta primera aventura societaria en el negocio inmobiliario en BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM pp. 184-191.

Madrid va a asistir a uno de sus periodos de mayor crecimiento y al inicio de dos obras que van a reforzar la base sobre la que poder construir una gran ciudad: la red de ferrocarril que hará de ella el verdadero centro del Estado y la traída de aguas del Lozoya que va a permitir un crecimiento que los viejos sistemas de abastecimiento de agua no permitían. Por muy difícil que sea la comparación entre datos demográficos que provienen de fuentes de diversa naturaleza estadística, un análisis superficial nos permite observar la intensidad del crecimiento madrileño en estos años: 206.000 habitantes en 1846, 221.000 en 1850, 236.000 en 1853 y 281.000 en 1856. En este crecimiento jugaba un papel fundamental la intensificación de los cambios en la estructura de propiedad y de producción del agro español que estaba produciendo la revolución liberal y que encontraría un empuje final con la desamortización de Madoz. La expulsión de población rural por la economía agraria encontrará en estos años un perfecto desagüe en un Madrid que inicia grandes obras públicas. Obras que no sólo atraerán a jornaleros en busca de empleo sino que van a convertir a Madrid en el verdadero centro financiero, comercial y político del país. De hecho, construcción del ferrocarril y traída de aguas del Lozoya, pesan entre los argumentos del ministro de fomento Moyano para aconsejar con una cierta urgencia el inicio del ensanche de Madrid:

“Madrid, residencia de V.M. [Isabel II] y de todos los altos cuerpos del Estado, va á presenciar en breve el establecimiento de algunas mejoras de primer orden, que, modificando por completo sus condiciones físicas y sociales, exigen las reformas á que se refiere el Ministro que tiene la honra de ocupar en este momento la atención de V.M. Centro ya de las carreteras generales, como después lo será de toda la red de ferro-carriles de la Península, en breve ha de convertirse esta villa en una plaza á donde afluyan, en escala hasta ahora desconocida, viajeros de todas las provincias y naciones, y mercancías de todas las clases y procedencias. Para el verano de 1858 llegará a las puertas de Madrid un gran caudal de aguas, que al mismo tiempo que satisfaga las primeras necesidades del vecindario, facilitando la construcción de nuevos jardines y de establecimientos de baños, casas de lavado y otras clases, suministre á la agricultura y á la industria poderosos elementos de desarrollo y prosperidad (...). En resumen, Señora, son tan poco satisfactorias las circunstancias en que se encuentra la capital de la Monarquía, tantas y tan importantes las mejoras que dentro de breve tiempo van en ella á establecerse, y que del mejor modo posible es preciso utilizar, y tan continuas, de tal naturaleza y tan apremiantes las exigencias que de día en día

nacen en sus habitantes, que no puede dilatarse mas la realización del ensanche, como el mas pronto y eficaz remedio para que desaparezcan los males presentes y queden satisfechas todas las necesidades de un pueblo civilizado y rico.”³⁴

Sin embargo la principal justificación para llevar a cabo el ensanche no era tanto la construcción de una nueva ciudad acorde a las funciones que como capital adquiriría, como la cada vez más hacinada población que contenía y a la que debía darse alojamiento. Según los datos que nos aporta Castro en la memoria de su anteproyecto, Madrid aparecía como una de las ciudades en que menos espacio disponible por habitante existía: según sus cálculos, tan sólo 28,68 metros cuadrados por cada madrileño (valor sólo igualado por la Habana y muy lejano de los 112, 57 de Londres, los 48 de Santiago de Cuba o los 54,95 de Valladolid)³⁵. Tal situación se percibía como una amenaza para la salud de los habitantes de la ciudad, si tenemos en cuenta que los higienistas (y con ellos Castro en su memoria) consideraban que la superficie por habitante mínima que debía tener una localidad era de 40 metros cuadrados. Una amenaza que podía resultar un argumento tanto más contundente con la memoria aún viva de la epidemia de cólera de 1855, que en Madrid dejó cerca de 4000 muertos³⁶.

Preocupación de profesional liberal imbuido de los valores de la nueva higiene de una parte y sensibilidad e interés burgueses de otra aparecen equilibradamente combinados en el proyecto de Ensanche³⁷ que presentó Castro en 1860. Es importante destacar que todos los argumentos acerca de la necesidad de crear un espacio urbano nuevo en que se atendiera a la salubridad pública, y que hoy día pueden parecernos relativamente ausentes en el resultado práctico del Ensanche, encontraban plasmación en el proyecto original. Si bien es cierto que las normas arquitectónicas no descendían a la

³⁴ Así se expresaba Claudio Moyano en el Real Decreto de 8 de Abril de 1857 que daba luz verde a la elaboración del proyecto de Ensanche. BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pp. 6-7.

³⁵ BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pág. 68

³⁶ Los datos de fallecidos y la descripción del desarrollo de la enfermedad en la capital en el capítulo “La epidemia de cólera de 1854-55” de FERNÁNDEZ, ANTONIO: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Barcelona, Vicens Vives, 1985. pp. 41-85.

³⁷ Para un retrato más detallado del proyecto de Castro en términos estrictamente arquitectónicos y urbanísticos nos remitimos al “estudio preeliminar” de BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, especialmente pp. XXIII-XLIV.

escala del solar, que se permitía una cierta libertad a los propietarios en cuanto a los estilos arquitectónicos y diseños de la distribución de los edificios, el texto de Castro si establecía normas muy claras relativas a la superficie que se podía edificar en cada parcela de terreno, los metros cúbicos disponibles por cada habitante que debía existir en cada vivienda y la altura en pisos que podía alcanzar cada edificio. Es más, en coherencia con ese espíritu ortogonal que le había llevado a trazar un plano de ensanche en forma de damero, se buscaba una cierta armonía entre la altura de edificios y anchura de las calles, se distribuían matemáticamente jardines y plazas que desahogaran el aire de la ciudad, se localizaban estratégicamente en los confines del nuevo Madrid aquellos equipamientos urbanos que podían ser perjudiciales para sus habitantes³⁸. Hasta en la opción por un foso que permitiría circular el aire como delimitador de la ciudad, y no una valla como era lo tradicional, se podía rastrear la preocupación higienista del autor del anteproyecto de Ensanche madrileño.

Sin embargo sería un error dar la impresión de que el proyecto de Castro respondía únicamente a una sensibilidad filantrópica de tipo fourierista en busca de una creación de ciudad ideal en que se asegurara el bienestar general sin distinción de clases. El Ensanche, como propuesta de refundación de la ciudad no se ocupa exclusivamente de crear las bases para una nueva organización higiénica sino que pretende romper también con las viejas pautas de distribución socioespacial de las ciudades del Antiguo Régimen. Los nuevos espacios urbanizados se convertirán en el campo de pruebas para escenificar

³⁸ En realidad la altura de los edificios que se construyeran en el Ensanche ya se había establecido *“Por Real Orden de 10 de Junio de 1854 comunicada por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación del Reino, Al Excelentísimo Sr. Alcalde Corregidor de Madrid”* en la que *“se dispuso que la altura de los edificios en las calles de primer orden fuese el de 20 metros, de 18 metros para las de segundo y de 15 metros para las de tercero”* BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978 pp. 141-142. La intervención armonizadora de Castro se limitó en este caso a establecer el ancho de las calles: las de primer orden de 30 metros y las de segundo orden de 20 y 15 metros respectivamente. Aunque el proyecto de Castro no se referiría al número de pisos, el Ayuntamiento acabaría estableciendo una altura máxima de tres pisos para cada edificio: bajo, principal y segundo, estando explícitamente prohibidas las buhardillas y restringido el establecimiento de sotabancos a las segundas crujías (Ver. DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, siglo XXI, 1986, pág. 33). Castro mostró aún mayor preocupación por la distribución de espacio libre y edificado en las manzanas como una garantía de buena ventilación de los edificios. La idea original fue la de que sólo pudiese edificar la mitad del espacio del solar para dedicar el

arquitectónicamente la forma de entender las relaciones sociales por la burguesía³⁹. Frente a la vieja ciudad en que había convivido en feliz amalgama el palacio nobiliario con la casa de vecindad, se propone ahora la segregación social, la creación de barrios separados y distintos para burgueses y clases populares, cada uno construido de acuerdo con las necesidades de cada clase. El Ensanche, en tanto que empresa burguesa, se convierte en la ocasión propicia para su afirmación como clase. Primero en lo económico, pues aprovechan la construcción para poner en práctica las estrategias de acumulación capitalista. Después en lo social, pues en la construcción de nuevos barrios y edificaciones se hará notar el deseo de los sectores burgueses emergentes de marcar las distancias respecto del pueblo del que proceden y entroncar con la vieja aristocracia a través de la asunción de las formas de vida y de autorrepresentación de estas últimas: en la nueva ciudad el burgués se construye un palacete o un hotelito en el aristocrático paseo de la Castellana, lejos del bullicio de artesanos y pequeños comerciantes del interior del casco antiguo⁴⁰. Este fenómeno, que ha sido ya retratado para distintas ciudades españolas⁴¹, puede ser rastreado en el caso madrileño hasta el

resto a jardines y patios interiores, aunque dejaba abierta la posibilidad de que varios edificios (nunca más de tres) se adosaran y concentrarán su espacio libre en uno común.

³⁹ A propósito, ya hizo Rafael Mas una advertencia sobre la necesidad de estudiar los ensanches (y el madrileño en particular) más allá de los aspectos formales y urbanísticos: *“Generalmente se ha insistido en las cualidades formales que algunos Ensanches atesoran (...), pero menos hincapié se ha hecho en lo que los Ensanches tienen de instrumento para la segregación social del espacio y como útil en manos de los grupos dominantes de la propiedad inmobiliaria. A estos efectos, el caso del Ensanche madrileño es ejemplar, por cuanto la desvirtuación del inicial planeamiento, el particular funcionamiento del nuevo espacio y la calificación del suelo posterior a la guerra son elementos todos ellos que favorecen especialmente a los intereses económicos que la burguesía tiene depositados en la ciudad. Es conocido el resultado final, con la marginación de las clases obreras a unos suburbios del Extrarradio y quedando el Ensanche como suelo en reserva, ocupar por las clases de mayor poder adquisitivo.”* MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad en el Ensanche de Madrid*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pág. 14

⁴⁰ Un perfecto ejemplo de este tipo de comportamiento lo representa Francisco de Rivas, Marqués de Mudela, que tras su exitosa carrera como comerciante se acabaría construyendo un palacete en la Carrera de San Jerónimo, como momento cumbre de su éxito social. BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieto, marqués de Mudela. 1834-1882.” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel. y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, 523-594

⁴¹ Serna y Pons han subrayado la importancia económica y simbólica que el Ensanche de la ciudad de Valencia tuvo como instrumento para la burguesía en su proceso de afirmación como clase a lo largo de la segunda mitad del XIX. Son especialmente interesantes las consideraciones hechas por Ugarte Tellería, pues es verdad que para un periodo ligeramente posterior al aquí tratado, acerca del desarrollo urbano como una manifestación del *ethos* de una sociedad determinada: la evolución urbana diferenciada de Pamplona y Vitoria se

mismo proyecto elaborado por Castro. El ingeniero madrileño propone en su proyecto ideal una distribución de las edificaciones en los nuevos terrenos que atendiera a las necesidades específicas de las distintas clases sociales existentes y así preveía la formación de diversos barrios diferenciados socialmente⁴²:

- un barrio fabril en Chamberí (Norte)
- barrio aristocrático en Almagro y Paseo de la Castellana (Nordeste)
- barrio de clase media entre el Paseo de la Castellana y la carretera de Aragón (Este)
- barrio obrero detrás del Retiro (Sureste)
- sector industrial y agrícola en el Ensanche Sur.

No obstante esta división social del espacio que se iba a edificar como Ensanche de Madrid no pretendía ser una imposición por parte de las autoridades a los propietarios, a los que se les garantizaba la libre disposición de sus terrenos siempre y cuando se ajustaran a los mínimos requisitos que imponían el trazado de las calles. Era más bien una previsión de Castro sobre cómo se desarrollaría en la práctica su proyecto en un régimen de respeto a la libertad de la propiedad individual:

“Al describir estos diferentes grupos de edificación en que venimos considerando dividida la zona de ensanche, hemos dicho que lo hacemos conformándonos con las ideas que creíamos ver predominar en las construcciones existentes, pero por esto no deberá suponerse que nosotros tratemos de aconsejar al Gobierno ó al Municipio que imponga como condición precisa á los propietarios de aquellos terrenos la construcción en ellos de tal ó cual forma y destinados á tales ó cuales usos. Esto además de ser

convierten en su análisis en la manifestación de una evolución social bien diferente (UGARTE TELLERÍA, Javier: “La nueva covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco.” Editorial Biblioteca Nueva, Madrid 1998 Pág. 166 y ss.). Para el caso vitoriano, un estudio más detallado pero con intensas conexiones es el que ofrece RIVERA BLANCO: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)* Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992

⁴² Estos distintos barrios previstos por Castro respondían en gran medida al uso previo del suelo en los alrededores de Madrid, con lo que no se hacía sino dar forma a una realidad ya inspirada por los propietarios de los terrenos. Su descripción en BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pp. 103-112. Un buen análisis de la zonificación social como uno de los objetivos implícitos en el proyecto de Castro en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 131-139. La autora destaca además cómo la segregación social era una de las intenciones comunes a los procesos de reforma urbana abiertos en la Europa del XIX.

atentatorio á la propiedad seria punto menos que imposible conseguirlo. (...) No obstante los terrenos seguirán valiendo mas, como hoy sucede, en la Fuente Castellana que hácia la plaza de Toros, y estos mucho mas que los del portillo de Valencia, y los de portillo de Valencia mas que los inmediatos á los Campos Santos del Norte, y el valor de los terrenos será el que determinará seguramente el valor y el destino de las edificaciones”⁴³

II.3.-La puesta en marcha del plan Castro.

La predicción de Castro se acabaría convirtiendo con el tiempo en la idea del Anteproyecto de Ensanche que con más fuerza se plasmaría en la realidad. Se puede rastrear en el aspecto que adquirieron zonas como la Castellana o el barrio de Salamanca que absorbieron la mayor cantidad de las inversiones y acabarían por poseer las mejores infraestructuras urbanas y serían ocupadas por aquellas clases sociales a las que se las reservaba, mientras que amplias zonas de la ciudad seguían sin urbanizar o lo estaban muy deficientemente y se convertían en el hogar de los más desfavorecidos. En ello influyó de manera determinante esa actitud de respeto hacia la propiedad que se destila en el texto de Castro y que acabaría llevándose más allá de las iniciales intenciones. Si en un principio se habían intentado armonizar los intereses particulares con el interés general, al final casi todas las restricciones a los propietarios y futuros constructores derivadas de la preocupación higiénica acabarían sucumbiendo ante los deseos de los dueños del terreno. Como ha concluido Mas a partir del barrio de Salamanca:

“La evolución sufrida por el plano de Castro, tanto en los primeros momentos como en las últimas décadas, va toda ella dirigida en un mismo sentido: aquel que señala la fortaleza de los intereses de los propietarios del suelo ante la realidad ideal de un proyecto. En las primeras amputaciones y en las últimas calificaciones del suelo puede observarse el modo cambiante en que los intereses inmobiliarios logran romper o influir en el planeamiento urbano”⁴⁴

⁴³ BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pp. 112-114

⁴⁴ MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad en el Ensanche de Madrid*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pág. 34

La hegemonía del interés de los propietarios, aparte de acabar con muchos de los buenos propósitos de Castro de hacer del Ensanche un espacio urbano en que la vivienda fuera higiénica y digna, tuvo por consecuencia que el otro gran propósito del proyecto, la segregación social de los distintos barrios, se manifestará de forma mucho más acusada. Para entenderlo hay que detenerse un momento en el marco normativo que reguló la puesta en práctica del Ensanche, especialmente en el plan económico que se previó para su desarrollo.

En un principio no existió en el plan de Ensanche ninguna previsión de cómo financiarlo o sufragarlo más allá de la confianza en la iniciativa privada como impulsora de las obras. No obstante era necesario acometer una serie de obras públicas que la financiación privada no pagaría: expropiación de los terrenos para la apertura de las nuevas calles, alineación de las ya existentes, creación de la red de alcantarillado, iluminación... Finalmente es en 1864 cuando se establece que el costo de la transformación de los terrenos que rodeaban la vieja cerca de Madrid en suelo urbanizable correría a cargo del Ayuntamiento. Para ello el Estado cedería al municipio la recaudación de la contribución territorial de los primeros veinticinco años de cada edificio nuevo que se construyera en la zona de Ensanche. De esta manera se creaba un sistema de financiación para la urbanización de los nuevos terrenos en la que la apertura de calles y su acondicionamiento iba depender del ritmo que adquiriera la edificación de nueva planta. Cuantos más edificios surgieran en el terreno del Ensanche, de más recursos dispondría el Ayuntamiento para ir creando las infraestructuras que los nuevos barrios necesitaban. El sistema podría haber creado un sistema de retroalimentación beneficiosa, pues al mismo tiempo el gasto público había de animar a los propietarios de los terrenos a edificarlos una vez que las calles estuvieran abiertas. Sin embargo el efecto producido fue el opuesto: el Ensanche se fue construyendo a un ritmo lento, insuficiente para acoger a una población madrileña en constante crecimiento.

En general se suele achacar la lentitud del desarrollo del Ensanche a los propietarios de los terrenos que, en actitud propia de especuladores, prefirieron retener sus solares a la espera de poder venderlos a un precio alto a invertir en su edificación. Actitud por otra parte lógica si tenemos en cuenta el alza sostenida (con coyunturas de espectacular crecimiento) que experimentó el precio del suelo de Ensanche desde 1860. Tales estrategias, por otro lado eran alentadas por el propio sistema de financiación del Ensanche que no implicó nunca una reforma acerca de las expropiaciones. Hasta 1892 el Ayuntamiento pagó los terrenos expropiados que se destinaban para el trazado de las calles a un precio muy cercano al de mercado:⁴⁵ cada calle que se trazaba exigía un fuerte desembolso por parte de las arcas públicas, lo que no repercutía más que a favor de la dinámica de continua alza de precios del suelo.

La lentitud en el proceso de expropiación de los terrenos destinados a conformar la red viaria había de repercutir necesariamente en el proceso de acondicionamiento de las calles, pues casi todo el presupuesto era absorbido por las compra de terrenos. La instalación del alcantarillado, el suministro de agua y el alumbrado, podían llegar mucho más tarde que el alzado de los edificios. Philip Hauser es una vez más un meticuloso testigo de las carencias en infraestructura de la ciudad:

“Hasta 1886, el Municipio cuidaba poco de la construcción de nuevas alcantarillas. Carecía de ellas el barrio de Chamberí, en su mayor parte; igualmente el de Argüelles y el de Pozas, y el nuevo de barrio de Salamanca las tenía sólo en la calle Serrano y en las adyacentes, hasta el Paseo de Recoletos y de la Castellana, careciendo de ellas todas las calles perpendiculares, desde la de Claudio Coello por arriba. Han sido más bien los propietarios de las casas ó hoteles que solicitaron de tiempo en tiempo la

⁴⁵ La expropiación de los terrenos previstos para calles según la planimetría de Castro se tasaban por el sistema del justiprecio. Si el propietario y el Ayuntamiento no llegaban a un acuerdo, se acudía a la Junta de Ensanche; en esta institución, creada por el Ayuntamiento estaban representados los propietarios, lo que aseguraba que los precios no fueran demasiado bajos. En un principio se pagaba de forma íntegra y en el momento; más tarde se concedió que una quinta parte se cediera gratuitamente al Ayuntamiento. Al fin en 1892, se estableció que la mitad de los terrenos expropiados se cedieran gratuitamente. En todo el proceso estuvieron presentes las sospechas de corrupción en la fijación de precios y en la decisión de los acreedores a los que se pagaba primero como ha quedado retratado en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986. pp. 37-45.

autorización al Ayuntamiento para establecer una alcantarilla en la calle en que habitan, haciéndose reembolsar la cuota correspondiente después de terminarse la construcción.”⁴⁶

Es esclarecedor comprobar cómo eran precisamente los barrios de las clases más acomodadas, aquellos destinados al alto funcionariado y a la nobleza (el entorno del Paseo de la Castellana) los únicos que disponían de alcantarillado puesto que sólo sus habitantes tenían los recursos necesarios para pagar las obras por adelantado; en cambio, barrios del ensanche de clara extracción popular (Chamberí, Pozas) en los que incluso abundaba la clase media (como en Argüelles) aún carecían de estas infraestructuras.

Este desarrollo diferenciado por zonas venía reforzado además por el propio marco legislativo al establecer, tanto en la ley de 1864 como en su reglamento de 1867, la posibilidad de establecer en los ensanches de las ciudades dos o más zonas con independencia económica⁴⁷. Esto significaba que los recursos generados por cada zona revertirían únicamente en su propio beneficio y que el presupuesto de cada una de ellas iba a depender de la calidad de los edificios que contuvieran. Madrid adoptó el sistema y procedió a la división de su zona de Ensanche en tres. La primera comprendía todo el Norte hasta la Castellana siendo su barrio más importante el de Chamberí. La Segunda se correspondía con la zona Este en que el caserío se limitaba a los hoteles de la Castellana y las construcciones promovidas por el Marqués de Salamanca. Finalmente la tercera zona se correspondía con las zonas industriales, agrícolas y obreras que habían de extenderse según Castro al Sur de la ciudad y del Parque del Retiro. Con esta atomización del presupuesto, la Zona II, la del barrio de Salamanca, salía claramente beneficiada: al ser sus edificios de mayor calidad que el resto y los alquileres más altos, era la que generaba más ingresos por contribución territorial; pero al mismo tiempo seguía siendo la zona menos poblada, con apenas unas calles edificadas y por tanto con menos necesidades infraestructurales. Con el nuevo régimen de

⁴⁶ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979) vol. 1 226.

financiación el barrio se aseguraba la cobertura de todas sus necesidades sin reparar en gasto en el precio de materiales. En cambio la Zona I o la Zona II, en las que abundaban las casas anteriores al Ensanche cuya contribución territorial no generaba ingresos en la caja de financiación de la urbanización, en que los alquileres eran baratos en las casas recién construidas, vieron con la medida sus recursos seriamente recortados. La diferencia entre las distintas zonas estaba además garantizada por mucho tiempo por el efecto multiplicador de la medida: el mejor acondicionamiento urbano del barrio de Salamanca aumentaba los alquileres en la zona, seleccionando los potenciales inquilinos y favoreciendo un tipo de construcción más lujosa y que generaba contribuciones más altas. Mientras, las otras dos zonas, escasamente urbanizadas, se convertían en el terreno apropiado para construcciones pobres que ofrecían habitaciones a un bajo alquiler y que no aumentaban la riqueza del lugar.

Si la legislación que se encargó de desarrollar el plan económico del Ensanche reforzó el objetivo de segregación socioespacial que estaba implícito en el proyecto de Castro y facilitó las actividades especuladoras de los propietarios, no fue igual de respetuoso con el diseño de ciudad higiénica que había creado el ingeniero madrileño. En el contexto de lenta dinámica constructiva y succulento negocio de especulación con los terrenos, los reglamentos de higiene previstos suponían un inconveniente para que avanzara la edificación. Así en los años siguientes a la aprobación del proyecto, al tiempo que se organizaba el plan económico para llevar a cabo el Ensanche, se realizó toda una serie de reformas del plan original que facilitaron una construcción más rentable para los promotores, aunque conllevara una rebaja en las condiciones higiénicas de los edificios. Los inductores de estas reformas legislativas y de las ordenanzas que regulaban las normas de construcción, fueron en gran mayoría de los casos los mismos propietarios de los terrenos, respaldados por miembros destacados de la clase política⁴⁸. En

⁴⁷ La agudización de las diferencias socioespaciales que implicó esta ley fue descrita en su día por: MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad en el Ensanche de Madrid*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982. Pág. 66.

⁴⁸ En este sentido, Clementina Díez de Baldeón ha subrayado el papel que jugó el sólido asociacionismo de propietarios, sobre todo a partir de 1869 con la creación de la Asociación de Propietarios de Fincas Urbanas como grupo de presión para la modificación de estas leyes y para resistir a la amenaza a sus intereses que suponían los distintos gobiernos y alcaldes del

1864 se reducía la superficie mínima abierta que debía haber en cada manzana, eliminando gran parte de los jardines y patios interiores que se habían previsto en beneficio de una ventilación adecuada de las casas. Como complemento se autorizaba a construir un piso más en los edificios, pasando de los tres iniciales a cuatro: la consecuencia era que con ello las calles se estrechaban y se desbarataban aquellos cálculos establecidos por el ingeniero en su proyecto entre altura de los edificios y vías de comunicación. La adulteración del Ensanche sería llevada más lejos y poco más tarde, en 1867, se completaría con la total abolición de las normas constructivas creadas por Castro: a partir de ese momento las características de las construcciones en el Ensanche se sujetarían a las leyes que imperaban en el casco viejo de la capital.

Si el proyecto de Ensanche había sido un intento de crear una nueva forma de ciudad que salvara los problemas higiénicos de la vivienda barata miserable, moría al poco de nacer. La desaparición de todas las normas constructivas ideadas por Castro abría las puertas a que la ciudad creciera reproduciendo los vicios urbanísticos y arquitectónicos de su casco antiguo: las buhardillas y sotabancos, los grandes edificios de vecindad, el gran número de viviendas interiores. Todas las rebajas de exigencia en calidad de las construcciones beneficiaba en cambio a los propietarios y promotores que con ellas aumentaban el número de inquilinos y la rentabilidad de sus edificios. Se encontraba así una forma de compensar los altos costes que para la construcción suponía el continuo alza de los precios del suelo. En definitiva, el sacrificio del proyecto higiénico que conllevaba el Ensanche, permitía que las posibilidades que abría al negocio inmobiliario y a la especulación se mantuvieran.

Sexenio. Con anterioridad es la actuación individual de los propietarios, muchas veces presentes en la Administración, lo que va a garantizar que el respeto de la propiedad privada se anteponga a toda consideración y norma higiénica en la construcción (así, es Mesonero Romanos y Cánovas del Castillo, grandes propietarios, los que están detrás de la reforma de ordenanzas de construcción en 1864 y 1867). Véase DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986., acerca de las asociaciones de propietarios pp. 75-82, acerca de la influencia de particulares en la gestión del Ayuntamiento, pp. 29-45.

Sin embargo, el cumplimiento de las medidas higiénicas en el acondicionamiento de calles y edificios no era siempre un inconveniente para el promotor inmobiliario; era simplemente un lujo que se incorporaba a las viviendas de aquellos que podían permitírselo. Aquellos cuyo presupuesto podía cubrir el precio elevado al que había llevado la especulación a los alquileres en las zonas mejor acondicionadas. Así, Hauser, en el rastreo de los focos de insalubridad urbana madrileños que hizo en el cambio de siglo, debía de reconocer las virtudes que el Ensanche mostraba en algunos de sus barrios. Este era el caso de la zona Este del Ensanche, la reservada en la división socioespacial de Castro a la burguesía y los empleados:

“En cuanto al distrito de Buenavista, como barrio moderno y muy extenso, ocupando parte del casco de la capital, parte del ensanche y parte del extrarradio, se halla provisto de calles muy anchas, casas espaciosas y de un gran número de hoteles con jardines, y por lo mismo tiene el privilegio de ofrecer albergue, en condiciones accesibles, á las familias de distinta social, reuniendo además sus viviendas ventajas de higiene y de confort, tanto para los empleados que disfrutaban de sueldos de 5 á 6000 pesetas anuales, como para los de sueldos ó ganancias más crecidos, mientras que los otros distritos municipales, sobre todo los del antiguo Madrid, están habitados, en su gran mayoría, por gentes del pequeño comercio, por los de la pequeña industria, por empleados de poco sueldo, por cesantes ó militares de la reserva, y por la clase jornalera”⁴⁹

Es precisamente a las diferencias en las formas y condiciones de vida entre la población que se situaba a uno y otro lado de las 5000 pesetas de salario anual a las que se dedicará este trabajo, mostrando cómo se organizaba la convivencia de los distintos grupos sociales en un mismo espacio urbano: el Ensanche Norte de Madrid.

⁴⁹ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979) vol. 1, pág. 516.

III.- Un nuevo Madrid: surgimiento e inserción del arrabal de Chamberí en el crecimiento de la ciudad.

“Noventa y cuatro años, señor –continuó Zaratustra, dirigiéndose al jefe del fielato-. (...) Soy el más antiguo del gremio [de los traperos]. (...) Más de cincuenta años de servicios; y en todo este tiempo, ni un día he dejado de bajar a Madrid... Yo he visto mucho; he visto al señor de Bravo Murillo traer las aguas a Madrid y saltar el Lozoya por primera vez en la antigua Puerta del Sol; he visto cómo la villa ha ido poco a poco ensanchándose y dándonos con el pie a los pobres para que nos fuéramos más lejos. Este fielato lo he visto en lo que hoy es la Glorieta de Bilbao. Donde yo tuve mi primera barraca hay ahora un gran café. Todo eran desmontes, cuevas para gente mala; a Dios le quitaban la capa así que cerraba la noche; y ahora anda uno por allí, y todo son calles y más calles, y luz eléctrica, y adoquines, y asfalto, donde estos ojos pecadores vieron correr conejos... Los antiguos cementerios han quedado dentro; los pobres que vivimos cerca de ellos vamos en retirada y acabaremos por acampar más allá de Fuencarral. Dicen que esto es el Progreso, y yo respeto mucho al tal señor. Muy bien por el Progreso... pero que sea igual para todos. Porque yo, señor mío, veo que de los pobres sólo se acuerda para echarnos lejos, como si apestásemos. El hambre y la miseria no progresan ni se cambian por algo mejor. La ciudad es otra, pero los medianos y los de abajo están lo mismo. Igual hambre hay ahora que en mis buenos tiempos.”

Vicente Blasco Ibáñez, *La Horda*⁵⁰

Las quejas del trapero de la novela de Blasco Ibáñez en la puerta de Cuatro Caminos, nos resumen el proceso de transformación de la zona Norte de Madrid en la segunda mitad del siglo XIX. Lo que molestaba al anciano era que a pesar de la profunda transformación que había experimentado la ciudad a través de su ensanche, él seguía perteneciendo a ese grupo de población marginal necesaria para el buen funcionamiento de Madrid que sin embargo no era aceptada como parte integrante de sus habitantes. Cada mañana cruzaba las puertas del fielato al amanecer y volvía a su choza en las afueras antes del mediodía. Hauser, en su investigación sobre Madrid en 1902, calculaba en 10.000 las personas de la ciudad dedicadas a la tarea, algunas habitando en el extrarradio, otras en plena ciudad, y consideraba que *“gracias al auxilio de los traperos, el servicio de la limpieza de las vías públicas y de las casas puede efectuarse desahogamente”*⁵¹ algo que el propio municipio era incapaz de garantizar.

⁵⁰ BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*. Valencia, Prometeo, reedición de 1919.

⁵¹ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979) vol. 1, pág. 249. La figura del trapero, sobre la que más tarde se volverá, también aparece en *La busca* de Baroja, en la que ha investigado DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001, pp. 68-72.

Traperos, obreros de la construcción, jornaleros en general, trabajadores de las pocas fábricas de la ciudad, artesanos de pequeños talleres, costureras y una amplia gama de gentes con o sin profesión residían en los suburbios y aglomeraciones de chozas y casas bajas que habían surgido al otro lado del foso de Ensanche que separaba la ciudad de su extrarradio en torno a 1900. Eran arrabales como los de Tetuán de las Victorias y de Bellas Vistas que habían surgido como opción residencial a partir de la misma puesta en marcha del Ensanche para todos aquellos madrileños e inmigrantes incapaces de afrontar un alquiler dentro del casco antiguo y la zona recién creada. El Extrarradio madrileño, había mostrado a lo largo de la segunda mitad del XIX una vitalidad en su crecimiento comparable a la del propio Ensanche. Esto suponía, y así nos lo hace entender el personaje de Blasco Ibáñez, la perpetuación de una organización socioespacial de la ciudad que hundía sus raíces en los comienzos del siglo XIX y en la que parte de las clases más desfavorecidas eran relegadas a residir a las afueras de la ciudad. Sin embargo era algo más: la existencia de un cinturón de vivienda de baja calidad e insalubre en las afueras a la altura de 1900 resultaba un agravamiento del problema: primero, porque el contingente de población que así se agolpaba a las puertas de Madrid había crecido sustancialmente en su volumen demográfico y número de aglomeraciones (a la zona de Cuatro Caminos había que añadir las de Chamartín, la Guindalera, Prosperidad y otros tantos suburbios); segundo, porque entre 1850 y 1900 se había intentado solventar el problema del alojamiento en Madrid a través de un magno proyecto de reforma de la ciudad que a la vista de estas edificaciones debía ser calificado como fracaso. A pesar del asombro del trapero ante la transformación de lo que eran eriales por los que corrían conejos en una zona ya adoquinada e iluminada, el fracaso del Ensanche se hacía especialmente patente precisamente en esos terrenos de Chamberí. Concebido en el plan de Castro como zona residencial para obreros y clases humildes, cuarenta años después de aprobado el proyecto, subsistían en él aún grandes zonas sin edificar e incluso vastas propiedades sin parcelar o explanar. El arrabal originario sobre el que se previó el crecimiento al Norte de Madrid se había extendido a una velocidad relativamente alta, sin embargo no lo suficiente como para absorber la población de la capital y especialmente a sus capas populares. Chamberí y sus

alrededores también habían sido objeto de especulación desde la aprobación del Ensanche y consecuentemente, las edificaciones que en ellas se alzaban eran demasiado caras para las clases humildes, que debían contentarse con apiñarse en la infravivienda de las afueras de la ciudad.

La explicación de este fracaso del Ensanche en la zona Norte no se puede resolver únicamente atendiendo a la mejor o peor forma de diseñarlo, evaluando sus resultados materiales estrictamente arquitectónicos y urbanísticos y analizando las estrategias económicas de los propietarios que lo llevaron a cabo. Para entender el desarrollo urbano de Madrid en su zona Norte es necesario preguntarse además por los hombres que sostuvieron ese desarrollo, pagando los alquileres de las casas construidas, que encarnaron las nuevas tramas viarias creadas y que muchas veces, como jornaleros que eran, contribuyeron a edificarlas. En definitiva, es necesario rescatar a las personas que se esconden bajo un nombre: Chamberí.

III.1.- El desarrollo de la periferia norte de la ciudad de Madrid hasta 1850.

La zona 1 o zona Norte del Ensanche, que coincide en sus límites con el actual distrito de Chamberí, ya conocía en 1860 un cierto grado de desarrollo urbano. Si bien hasta que en 1868 se derriba la cerca no se produce su incorporación definitiva y de pleno derecho a la ciudad; ya desde hacía varias décadas los terrenos que se extendían al Norte de Madrid venían cumpliendo diversas funciones para la ciudad, que habían modificado la organización de su espacio y que van a condicionar fuertemente su desarrollo posterior⁵². Es durante la primera mitad del siglo XIX, cuando lo que eran unas tierras de labor

⁵² Un visión general sobre la evolución de los terrenos del actual distrito de Chamberí antes de su incorporación como territorio de Ensanche la encontramos en CANOSA ZAMORA E.: "La periferia norte de Madrid en el siglo XIX: cementerios y barriadas obreras" en *Anales de Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXIV, Madrid, 1987, pp. 515 – 533. También en CANOSA ZAMORA, J. OLLERO CARRASCO, J. PENEDO COBO, I. RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Historia de Chamberí*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988. Es igualmente útil la introducción que al génesis y desarrollo de el espacio urbano de la zona de Argüelles hace María Eulalia Ruiz Palomeque en la obra colectiva CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1985, pp. 29-50.

de escaso valor, verían transformadas sus rasgos fundamentales para convertirse en zona subordinada a las necesidades de una ciudad, Madrid, que despegaba en su crecimiento. Transformación que se hacía al calor de un crecimiento de la ciudad que aún era tenue y que no podía prever las dimensiones espectaculares que adquiriría a finales del XIX; pero transformación que al mismo tiempo resultaría determinante para la evolución del distrito.

Quizá la decisión previa al Ensanche que resultó más trascendental para el futuro distrito de Chamberí fue la configuración de su parte occidental como una zona de equipamientos para la ciudad, sobre todo de aquellos que resultaban más nocivos e incómodos, como es el caso de los cementerios. En 1808, como expresión de las nuevas preocupaciones por las condiciones de higiene y salubridad de una ciudad que comienza a ver densificado su grado de habitación, se decide el desmantelamiento de los enterramientos que existían en el interior de iglesias y capillas de Madrid y la instalación de dos necrópolis en el exterior de la ciudad, una de ellas en la zona Norte. En 1809 se abre el Cementerio General del Norte que será la primera piedra de una verdadera concentración de Cementerios en esta zona de la ciudad: tres más se inaugurarán antes de la apertura del Ensanche, todos al Oeste de la Carretera Mala Francia y siguiendo el camino de Amanuel, que acabará siendo conocido como el Camino de los cementerios. En 1831 el Cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés, en 1848 el cementerio Patriarcal en las proximidades de la glorieta de Quevedo, finalmente en 1853, la Sacramental de San Martín y San Ildefonso. La aglomeración de sacramentales, que permanecerán activas hasta 1884 y que no serán desmanteladas hasta entrado el siglo XX, dejará en suspenso la urbanización de la zona. Por un lado inmovilizaban una gran parte de terreno y por el otro repelían a los potenciales constructores de viviendas por las sospechas higiénicas que todo edificio cercano a un cementerio levantaría. El sector Noroccidental del Ensanche se convertiría así por muchos años en un aparente desierto urbano, con suelos a precios relativamente bajos (de demanda prácticamente inexistente) y edificaciones dispersas⁵³. A ello

⁵³ Una esclarecedora exposición sobre los condicionantes para el desarrollo del Ensanche en esta zona en I. RODRÍGUEZ CHUMILLAS: "Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, CSIC, tomo XXIV, 1987, pp. 499-513.

contribuirá la elección de los terrenos colindantes a los cementerios para el establecimiento de los depósitos del canal de Isabel II, el primero de los cuales se construirá entre el camino de los cementerios y la Carretera Mala de Francia entre 1851 y 1858. Para entonces ya estaba decidido la construcción del segundo, que quedaría incluido en el plano de Ensanche y que se situaría al otro lado de la carretera de Francia. De esta manera, ya antes de que Castro recibiera el encargo de elaborar su plano, esta zona de la futura ciudad aparecía como un sector consagrado a los equipamientos de la ciudad y en que los espacios residenciales eran escasos o de ínfima calidad.

En el extremo opuesto de la futura zona de Ensanche ocurrirá el fenómeno contrario: los usos periurbanos de los terrenos que se extienden en el triángulo formado por el camino que parte de la puerta de Santa Bárbara y llega al Obelisco (actual Plaza de Gregorio Marañón), el paseo de la Castellana y la cerca de Madrid, revalorizarán esta franja de suelo para convertirla en una de las zonas más cotizadas de la capital en la segunda mitad del XIX. Desde los años 30 del siglo XIX se crea en esta frontera toda una red de paseos arbolados: primero la Castellana como prolongación del Prado y Recoletos, más tarde serán Luchana, el Paseo del Cisne (actual calle Eduardo Dato) y el paseo del Obelisco (General Martínez Campos). En ellos se diseminan jardines, huertas y quintas de recreo, creando así un espacio extramuros de la ciudad para el esparcimiento y ocio de sus habitantes más acomodados. Es el origen de una trama viaria que, en su integridad, se integrará en el proyecto del Ensanche de 1860 para ordenar una zona que, en virtud de su proximidad a la Castellana, se entenderá como prolongación de los barrios nuevos más aristocráticos.⁵⁴

Pero si en algún fenómeno se manifiesta, *avant la lettre*, algún rasgo de lo que será en el futuro el distrito de Chamberí, no es en estos desarrollos de la ciudad impulsados desde el poder político. Muy al contrario, el primer desarrollo urbanístico de la zona, el del arrabal de Chamberí, es un proceso que si bien no fue decidido por los ediles madrileños, al menos sí fue permitido por ellos y que venía igualmente a satisfacer una de las necesidades de la capital: la del

⁵⁴MAS HERNÁNDEZ, Rafael: "Almagro", en *Madrid*, Espasa Calpe, nº 72, 1980, págs. 1420-1440.

alojamiento de una población, en su mayoría de un extracto social popular y con pocos recursos, que a estas alturas de siglo no podía encontrar vivienda en el casco antiguo.

Así, a finales de los años veinte y principios de los treinta del siglo XIX, comienza a surgir un pequeño núcleo de viviendas a unos escasos centenares de metros de la cerca de la ciudad, fruto de la promoción inmobiliaria de particulares: viviendas de fábrica barata, generalmente casas bajas o, a lo sumo, con un piso principal y un segundo, que irán conformando el corazón del arrabal de Chamberí. A ellas vienen a establecerse madrileños de condición humilde y los primeros inmigrantes de una ola que irá creciendo con los años; los primeros jornaleros empleados en obras de construcción, labradores contratados en las huertas que subsisten en la zona y trabajadores de los múltiples tejares que proliferan para suministrar materiales de construcción a una ciudad que empieza a reformarse en su casco antiguo y que darán el primer nombre al arrabal conocido como el de los Tejares.

Chamberí surge de esta manera, como una aglomeración desordenada de casas de mala calidad que en sus primeros tiempos preocupa a las autoridades municipales. En 1837 el señor Lino Campos realiza un informe en el que se dirigía al Ayuntamiento para que controlara el crecimiento del arrabal que *“al paso que se edifica en la población de Chamberí y casas que llaman de Herrera, sólo se alzará un asilo de gentes de mal vivir; los edificios están contruidos de tierra sin cimientos y dándoles gran elevación sin permiso del Ayuntamiento. Este cuerpo municipal no debe mirar con indiferencia la construcción de unas miserables barracas, asilo de ladrones”*⁵⁵ El informe surtió efecto y al año siguiente se dictaron las primeras normas constructivas y se alzaba el primer plano de la barriada. Esta medida es la primera de las actuaciones de los propietarios en su intento de urbanizar la zona con una mínima calidad que permita obtener algún beneficio. Precisamente en esta época aparecen los primeros propietarios de tierra que pueden ser

⁵⁵ “Normas dictando la ejecución de obras en el sitio de Chamberí” (AVS, 3-364-22) citado por DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 141.

considerados como promotores inmobiliarios y que, frente a una actividad previa que no había pasado de ser la particular de los humildes obreros, comienzan a realizar operaciones a una mayor escala. Así figuran como fundadores de Chamberí Tomás Andrés Serrano y José Sagrista y Nadal, este último gran propietario de la zona y alcalde pedáneo del arrabal, que consiguieron que:

“a su ejemplo e insinuaciones se hubiesen edificado desde el año 30 al 40 más de doscientas casitas en que habitan en este último año cerca de trescientos vecinos, estimándose a 12 y 17 maravedís el pie de terreno cuando con anterioridad valía sólo medio maravedí o 400 reales fanega de tierra de cabida de cuarenta y cuatro mil pies superficiales”⁵⁶

En 1845 el aspecto de Chamberí debía haber mejorado suficientemente con estas nuevas casas y Mesonero Romanos, en su proyecto de Reformas Generales que ofrece como alternativa al Ensanche, considera al arrabal junto al de Peñuelas y otros grupos de casas de las afueras de Madrid como posibles opciones residenciales para gentes humildes e inmigrantes. Como ya hemos visto más arriba, en esta época el ilustre cronista madrileño frena desde su puesto en el Ayuntamiento la idea del Ensanche que el ministro Pidal y el ingeniero Juan Merlo impulsaban. Sin embargo en Chamberí aparecen nuevos compradores de tierras que siguiendo los pasos de Sagrista y Serrano van a promover en los años 30 una serie de construcciones baratas en esta zona aún de las afueras y que, dado los problemas de alojamiento que ya presentaba la ciudad, han de ser rentables. De hecho, puede que fuera precisamente eso, la ausencia de un plan urbanístico previo que obligara a respetar una trama viaria o unas normas constructivas que fueran más allá de las dictadas en 1837⁵⁷ lo que animara a este conjunto de promotores inmobiliarios a construir en el arrabal. Se procede así a un ensanche oculto de la ciudad que tendrá por protagonistas a unos cuantos compradores y constructores: Teodoro Ibáñez, Benito Larrasábal, Francisco Rodríguez, Francisco Garro, Francisco

⁵⁶ Su Ermitaño, *Reseña histórica de Chamberí. Causas de su prosperidad y medios para su acrecentamiento*, Chamberí, 1852, citado en DÍEZ DE BALDEON, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 142.

⁵⁷ La normativa creada entonces para Chamberí, si bien obligaba a presentar un plano con la fachada de los edificios proyectados, no obligaba a presentar descripciones de los interiores.

Cabezuelo, el Conde de Vegamar, Francisco Drake del Castillo y sobre todo Andrés Arango. Este último se convierte en el más importante constructor del barrio, con las promociones realizadas en sus posesiones de la Charca de Mena (actual calle Cardenal Cisneros) y de los terrenos entre las futuras plazas de Olavide y de la Iglesia. El resultado fue una serie de casas bajas, aisladas o en hilera, modestas y destinadas a jornaleros y a obreros de las primeras fábricas que se instalaban por los alrededores. También surgieron en aquella época edificios de una calidad ligeramente mayor, como los promovidos por el Conde de Vegamar en el entonces Paseo de la Habana (actual calle Eloy Gonzalo), en la zona más septentrional del arrabal: casas de vecindad con planta baja, principal y buhardilla que en su mayoría serán ocupadas por una pequeña y media burguesía de comerciantes, empleados y algún artesano enriquecido.⁵⁸

Al tiempo que se construían estas viviendas, el arrabal de los Tejares va a aumentar también las edificaciones de carácter estrictamente económico: junto a las huertas y los tejares que habían sido el primer factor de atracción de población trabajadora a la zona a comienzos del siglo XIX, van aparecer a mediados de siglo las primeras muestras de la tan modesta industria madrileña. Añadiéndose a la Real Fábrica de Tapices que se hallaba ya instalada a las afueras de la puerta de Santa Bárbara, aparece en 1850 la fundición de hierro impulsada por el industrial francés Grouselle⁵⁹ o la fábrica de bujías esteáricas de Nuestra Señora del Carmen.

Casas bajas, huertas, tejares, fábricas y talleres y chozas construidas por los inmigrantes confluían de manera desordenada en los años 50 del XIX en un nuevo territorio urbano surgido en las afueras de la ciudad y que era conocido como el arrabal de Chamberí. La aglomeración, que contaba para 1850 con unos 200 edificios y 1474 habitantes⁶⁰ se constituía como el foco de crecimiento madrileño más importante fuera de su cerca; si bien hasta ahora

⁵⁸ El estudio de las características arquitectónicas de estas primeras promociones inmobiliarias que van a dar nacimiento a Chamberí se encuentra en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 143 y ss.

⁵⁹ DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp.144-5.

⁶⁰ Datos de BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, MOPU, 1983, pág. 77.

había atraído poco el interés del Ayuntamiento madrileño, se estaba convirtiendo en parte integrante del casco viejo, a fuerza de asumir funciones que Madrid ya era incapaz de asumir: el alojamiento de parte de su población y de sus industrias. Lo mismo había sucedido con los territorios colindantes y que antes hemos visto: el Este se convertía en zona de establecimiento de equipamientos urbanos (cementeros y depósitos para el abastecimiento de agua a Madrid) y el Oeste en terrenos para el ocio y esparcimiento de los más poderosos. De esta forma, el futuro distrito de Chamberí, presentaba ya en la década de los 50, una diferenciación clara en tres de sus zonas según la orientación que se le había dado a la ocupación del suelo: diferenciación que condicionará profundamente la forma que se inserte en el proyecto de Ensanche de la ciudad que por entonces diseñaba Castro.

III.2.-La inserción de la periferia norte madrileña en el proyecto de Ensanche de la ciudad.

Ya hemos señalado como Castro al realizar el diseño del Ensanche, estableció una diferenciación social del espacio que se edificaría, distribuyendo y separando barrios burgueses y humildes. En su diseño sociespacial, el proyecto de Castro en realidad asumía los usos periurbanos que ya se daban en los terrenos colindantes a la cerca de Madrid. En el caso de la Zona Norte del Ensache es suficientemente claro cómo el ingeniero madrileño pretendía dar continuidad a una división en tres zonas que como acabamos de ver, ya existía.

“En el primero de aquellos grupos comprendidos entre los Campos Santos y el paseo alto de Chamberí [hoy Santa Engracia] que desde la puerta de Santa Bárbara conduce á la carretera de Francia, se ven hoy varias fábricas y grandes talleres, y no es dudoso que dispuesta la población por aquella parte de una manera conveniente, resultaría con el tiempo un extenso barrio fabril é industrial, haciendo su principal ornamento las ligeras y elevadas chimeneas que ya se ven hoy descollar por encima de los edificios, en corto número, aunque bastante para llamar nuestra atención al tratar del proyecto que nos ocupa. Por tal concepto hemos creído que convendrá dejar allí á la vía pública el ancho suficiente para su fácil é indispensable aseo, pero sin exceso, á fin de que los terrenos edificables resulten á precios económicos, disponiendo de vez en cuando de

plazas de formas y dimensiones aceptables, ya adornadas con fuentes y arboledas, ya destinadas á mercados ú otros usos análogos.

En el segundo grupo, que es el que se extiende desde el camino alto de Chamberí hasta más allá del paseo de la Fuente Castellana, vemos, en la mayor parte de las construcciones hoy existentes, la tendencia a formar un barrio de edificios aislados entre sí, rodeados de parques y jardines, y en este concepto y admitiendo la idea, dividimos el terreno en mayores ó menores porciones por anchurosas alamedas, aislado también en el centro de pequeños parques, alguna iglesia y otros edificios del servicio público, que podrán servir por sus elegantes y bien combinadas formas al embellecimiento de este privilegiado barrio, dejando al buen gusto de los propietarios de aquellos terrenos la edificación dentro de los espacios señalados para este fin.(...) Este barrio que pudiera llamarse aristocrático, porque resultando los terrenos á gran precio, no estarán al alcance de las pequeñas fortunas los edificios aislados que en ellos se construyeran, sería indudablemente bello por su aspecto y llenaría el vacío que hoy se nota en Madrid de habitaciones para nuestra grandeza y altos funcionarios, en las que, sin separarse á grandes distancias de los puntos a donde les llaman sus deberes oficiales y su alta posición, pudieran disfrutar en sus ratos de descanso de la quietud y del solaz de que hoy se ven privados por falta de esta clase de edificios.”⁶¹

Un poco más adelante describía el destino que debería darse a los terrenos comprendidos entre los cementerios y las tapias de San Bernardino y de la Moncloa, al Noroeste de la ciudad, a los que se les reservaba funciones a largo y medio plazo:

“ciertamente [este terreno] no se presenta tan llano como sería de desear, pero sus accidentes no deben ser bastante motivo para alejar de allí toda construcción, existiendo barrios enteros muy poblados de edificios dentro del actual recinto, tanto o mas ondulados que el de que se trata; no obstante, hay una causa que, sino invencible dificultará allí por ahora y en algunos años el desarrollo de la edificación, cuya causa es la proximidad á los cementerios”⁶²

Hasta que los cementerios fuesen clausurados y pasara el tiempo que “*las leyes marquen y la higiene aconseje*” se retrasaría el uso residencial de la zona; mientras tanto Castro encontraba este espacio apropiado para el establecimiento de ciertos edificios públicos, tampoco muy bienvenidos en la población: un cuartel de infantería en el alto de Vallehermoso desde el que acceder rápido a la ciudad, una cárcel de villa, un presidio correccional y un nuevo matadero para la ciudad.

⁶¹ BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978 pp. 104-106.

⁶² *Ibid*, 108.

De esta manera, la zona Norte del Ensanche, de Este a Oeste quedaba destinada en el proyecto de Castro a albergar una zona de equipamientos, un barrio fabril y un barrio aristocrático, división tripartita del espacio que se correspondía con la que de forma más o menos espontánea se había ido configurando en las décadas anteriores. Sin embargo, este pragmatismo de Castro no se traducía en una aceptación incondicional de la edificación previa existente. El texto del proyecto, cuando se refiere a la zona central del Ensanche Norte, si bien acepta la presencia de fábricas como el germen de un futuro barrio industrial, no hace referencia al arrabal de Chamberí y que por aquel entonces albergaba ya cerca de tres mil habitantes. En el plano que se aprobaba junto al proyecto, las edificaciones del barrio desaparecían bajo el manto verde de un gran jardín que allí se planeaba⁶³. La idea era hacer desaparecer el conjunto de viviendas baratas, muchas de ellas insalubres y una trama viaria que además de desafiar el plan ortogonal de Castro, no cumplía con los requisitos de anchura y alineación que se pretendían establecer.

Independientemente de la conveniencia urbanística o no de derribar un barrio que en gran parte se acababa de edificar, la medida propuesta era del todo irrealizable si recordamos los instrumentos financieros de los que disponía el Ayuntamiento para poner en práctica el Ensanche. Si ya se mostraba incapaz de afrontar el presupuesto para la expropiación de terrenos que en su mayoría eran solares sin explanar ni acondicionar, más difícil le resultaría adquirir para su demolición los solares ya edificadas. Y aunque nada se hizo en los primeros años para imponer el plano de Castro a la realidad construida, desde el mismo momento en que aprobó el proyecto en 1860, se desató un intenso conflicto entre el Ayuntamiento madrileño y los habitantes y propietarios

⁶³ En realidad, como ha demostrado Mas, no fue Castro quien decidió hacer desaparecer el arrabal de Chamberí en el futuro Ensanche. Según ha podido rastrear este autor en la documentación, en una primera redacción del proyecto y en un primer diseño del plano de la futura ciudad elaborados en 1858, Castro habría conservado la trama viaria de Chamberí, a pesar de que rompía la regularidad ortogonal de su diseño. Tan sólo habría considerado necesario ensanchar algunas de sus calles hasta los 10 metros, lo que ya era bastante licencia, pues las calles mínimas del Ensanche eran de 15 metros. La superposición de un espacio ajardinado sobre el arrabal habría sido en realidad una imposición del Ministerio de Fomento que se acabaría implantando en el proyecto definitivamente aprobado en 1860. Ver MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad en el Ensanche de Madrid*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982. Pág. 35 y ss.

de las viviendas de Chamberí que se pretendían derrumbar. Entre 1860 y 1868 se procederá a una negociación entre propietarios y técnicos del Ayuntamiento encabezados por el mismo Castro, para modificar el plano y no perjudicar así a nadie. En 1863 Castro presenta un plano modificado de la zona Norte del Ensanche en el que se accede a conservar las calles de Chamberí pero ensanchándolas, modificando algunas manzanas y obligando con ello a la demolición de unos cien inmuebles. La propuesta no fue aceptada por los propietarios de Chamberí que pretendían la conservación íntegra de sus edificios. Finalmente el conflicto se resolverá satisfaciendo los intereses de los propietarios y sirviendo de justificación para la salida de Castro del Ayuntamiento. En 1868, con la Revolución triunfante, entra a desempeñar el papel de Alcalde de la capital Nicolás María Rivero y con él Ángel Fernández de los Ríos a la concejalía de obras públicas. Este último, autor de un contraproyecto de Ensanche en su *Futuro Madrid*, se había destacado como el crítico más acendrado del diseño de Castro, al que achacaba especialmente un dogmatismo de tiralíneas en la trama viaria que no respetaba la realidad urbana ya existente. Las personalidades y proyectos de Castro y Fernández de los Ríos eran incompatibles, el encuentro de ambos en el Ayuntamiento se saldó con la sustitución de Castro al frente de las obras del Ensanche. Con ello se produciría además la aceptación de las reivindicaciones de los propietarios y habitantes del arrabal y la salvaguarda de la trama viaria ya creada.

Esta victoria del arrabal frente a la intención de Madrid de crecer a su gusto es una de las muestras más contundentes de cómo los intereses de los propietarios consiguieron adulterar los objetivos ideales del proyecto de Castro hasta hacerlo prácticamente desaparecer. Los trazados de las calles se modificaron, las normas higiénicas se redujeron a la mínima expresión, el problema de la vivienda popular se perpetuó. Pero a la vez se nos debe presentar como el indicio de la fuerza e importancia que tenía ya una población como Chamberí, que hasta entonces había pasado relativamente desapercibida a la sombra de la ciudad, como un pequeño apéndice, una malformación de la capital, subproducto de sus problemas de crecimiento. Se hace necesario ya profundizar en el conocimiento más detallado de la realidad social que encarnaba aquellas pocas calles y edificios que, absorbidas sin ser

modificados por la gran ciudad, habían sido una avanzadilla de los nuevos tiempos, el primer esbozo de un Madrid que al fin se decidía a franquear su vieja cerca e ir más allá.

III.3.- El peso de Chamberí en el crecimiento demográfico madrileño.

A pesar de que la historia demográfica es una de las disciplinas que ha refinado más sus técnicas y metodología y de que ha producido un volumen de monografías e investigaciones considerable en amplitud temática, la ciudad de Madrid no ha gozado de un caudal excesivamente intenso de estudios demográficos. Desde la renovación de los estudios demográficos y las inspiradoras aportaciones metodológicas introducidas por historiadores fundamentalmente ingleses, como Laslett o Wrigley, la población de la capital sólo ha sido objeto de esfuerzos científicos, que aunque de calidad, se han hecho en solitario⁶⁴. En esta carencia, el estudio demográfico en la Edad Contemporánea se destaca: apenas unos cuantos artículos sobre la evolución general de la capital que muchas veces se han centrado más en la crítica de fuentes que en el tratamiento intensivo de estas de acuerdo con las nuevas ideas que una historia demográfica renovada aporta⁶⁵. El contraste con otras regiones de España es claro: para diversos lugares han aflorado estudios acerca de estrategias familiares, estructuras familiares, formas de coresidencia y pautas de inmigración de los que la capital española carece⁶⁶. Este déficit se

⁶⁴ Una notable excepción es el estudio que para la Edad moderna hizo CARBAJO ISLA, M^a. F.: *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid, siglo XXI, 1987.

⁶⁵ A algunos de ellos se ha ido haciendo referencia a lo largo de este trabajo, especialmente a la obra de Antonio Fernández, tantos sus artículos específicos sobre la evolución demográfica madrileña como los de las epidemias en la capital, o la de Dolores Brandis sobre el paisaje residencial madrileño. También deben ser señalados artículos como el de PÉREZ MOREDA, V.: "La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al XX" en VVAA: *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*. Madrid, Sociedad Económica Matritense, 1991, pp. 183-213 o el de TORO MÉRIDA, Julián: "El modelo demográfico madrileño", *Historia* 16, 59, marzo de 1981, pp.44-51. Además son importantes determinadas obras que, sin centrarse específicamente en cuestiones demográficas, tratan aspectos relacionados con ellas, como la inmigración. Es el caso de SARASUA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño*. Madrid, Siglo XXI, 1994. O las páginas dedicadas al asunto en BAHAMONDE MAGRO, ÁNGEL, Y TORO, JULIÁN: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, 1978, pp. 259-260 que sacaron a la luz fuentes cuyos datos han sido incansablemente citados.

⁶⁶ La renovación de la historia demográfica en España parte en gran medida de la obra de Reher, David-Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI – CIS, Madrid, 1988. Sin pretender hacer aquí una relación bibliográfica de los hitos en la

debe en gran medida al gran volumen de la población de la ciudad de Madrid que hace aparentemente impracticables (o al menos desanima) unos estudios que encuentran en el tratamiento intensivo de las fuentes una de sus prácticas metodológicas características y que generalmente han tenido por objeto de estudio localidades pequeñas⁶⁷.

Estas deficiencias en el conocimiento de la evolución demográfica de la capital se manifiestan de forma radicalizada si nos acercamos a los escasos esbozos que existen sobre el crecimiento de sus distintos barrios, parroquias y distritos. En general se suele recurrir para ello a los datos aportados por resúmenes estadísticos de la administración municipal que se asumen sin tener en cuenta las realidades a las que se refieren y que no siempre son comparables. En el caso que nos ocupa, Chamberí y la Zona Norte de Ensanche, el caso es especialmente grave, pues se suelen confundir los datos que hacen referencia al arrabal de ese nombre con los del distrito que luego lo adoptó y su zona colindante.

producción bibliográfica que desde entonces se han producido, baste señalar la práctica ausencia de Madrid en obras colectivas como son los congresos de la Asociación de Historia Demográfica. Otras obras colectivas y reuniones científicas son testigos de esta debilidad de los estudios demográficos madrileños, especialmente en un campo temático tan activo en los últimos años como es el de las migraciones (y que para el conocimiento de Madrid resulta tan importante): véase GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea – Universidad del País Vasco, 1996. Las consecuencias de esta debilidad no sólo repercuten en el conocimiento de la historia concreta de la capital, sino que repercuten en el conocimiento general del comportamiento demográfico español: ello es perfectamente constatable en una obra, por otro lado importante, como la de REHER: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996 en que no hay un tratamiento exclusivo de los comportamientos demográficos y familiares urbanos, porque simplemente el autor carece de monografías para retratarlos.

⁶⁷ Y sin embargo un gran volumen de población no ha supuesto siempre un impedimento para los estudios demográficos en nuestro país; en este sentido es necesario subrayar la obra coordinada por Manuel González Portilla acerca de Bilbao en el proceso de industrialización vasca en la que aparte del estudio de la población de la villa, se encara el de su área de atracción migratoria a través de un intenso estudio serial de fuentes demográficas (GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, Población y Ciudad)*. Fundación BBV, Bilbao, 1995. En la misma línea se encuentra la tesis publicada de MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 2002. en la que se traza una evolución de la capital navarra a través del tratamiento intensivo de muestras de sus padrones de población. Para el caso madrileño es fundamental el trabajo realizado por OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003, que caracterizan el papel que la ciudad complutense adquirió como lugar de paso de la inmigración hacia la capital.

Chamberí no se convirtió en uno de los distritos de la capital hasta la reorganización administrativa de Madrid de 1905; hasta entonces el nombre hacía referencia únicamente al antiguo arrabal que en el Ensanche había pasado a convertirse en un barrio dependiente del distrito de Hospicio. De esta manera todos los datos sobre Chamberí de los resúmenes estadísticos hasta comienzos del siglo XX se refieren únicamente al actual barrio de Trafalgar y a la parte occidental del barrio de Almagro (entre esta calle y la de Santa Engracia). Sin embargo el distrito de Chamberí y la que era entonces Zona 1 de Ensanche comprenden muchos más terrenos que también conocieron un desarrollo urbanístico importante en tiempos del Ensanche y que en gran medida resultaban una prolongación de Chamberí. El Campo de Guardias, el barrio de Arapiles (formado en torno a la Glorieta de Quevedo y a lo largo de la Carretera Mala de Francia, hoy Bravo Murillo), Vallehermoso o Gaztambide (entonces parte del barrio de Pozas) eran núcleos de población ya activos antes de 1860 y que dependían del distrito de Universidad y cuyos datos no han sido incluidos por lo general en las referencias demográficas que se han hecho sobre el distrito. Igualmente sucede con la parte oriental del barrio de Almagro, el conjunto de casas y hoteles al borde Oeste del Paseo de la Castellana, que en aquella época depende del distrito de Buenavista y cuya población suele ser olvidada al hablar de la evolución del distrito. Con todo, los problemas no acaban ahí: a su vez, del barrio de Chamberí se hicieron depender las edificaciones del extrarradio colindante a él, todo el grupo de casas surgidas en la puerta de Cuatro Caminos organizadas en pequeñas calles (calle de los Artistas, calle de Don Quijote) y algunas otras extendidas a lo largo de la carretera de Francia, ya cerca de Tetuán de las Victorias (calle Juan de Olías). Estas edificaciones estaban en realidad más allá del foso que marcaba el límite de la ciudad y no obstante sus habitantes fueron incluidos en los recuentos de la capital.

Así resulta que los datos de resúmenes estadísticos no sólo ignoran una parte considerable de la población de Chamberí sino que también en ellos se incluye a ciertos vecinos que no pertenecían a la zona 1 por encontrarse fuera del Ensanche. Salvando estos inconvenientes, el presente trabajo reconstruye los datos referentes a la Zona Norte de Ensanche a partir del examen

Tabla 3: Evolución de la población de Chamberí 1845-1868					
Año	Población del arrabal	Índice	Población total	Índice	Fuente
1845	800	100	1039 (con Campo de Guardias)	100	Archivo de Villa, Secretaría, 4-22-86 ⁶⁸
1850	1474	184.25			Archivo de Villa, Secretaria, 6-38-3 ⁶⁹
1855	3306 (incluye casas de otros barrios)	413.26			Censo Parroquial de Santa Teresa y Santa Isabel ⁷⁰
1860	3303 (Trafalgar y Almagro occidental)	412.83	5007 (Zona 1 del Ensanche completa: Campo de Guardias, Vallehermoso, Arapiles, Almagro)	481.91	Padrón 1860 ⁷¹
1868	2476	309.5			Anuario Estadístico y Administrativo de Madrid, 1868 ⁷²

cuidadoso de las hojas del Padrón, que se aceptan o rechazan en función de su situación en el plano⁷³. Si comparamos los datos obtenidos con los de los resúmenes estadísticos generalmente utilizados se aprecian cambios de ritmo demasiado abruptos entre los intervalos y que remiten a la sobrestimación o a la minusvaloración de la población del arrabal y del distrito en algunos de ellos⁷⁴.

⁶⁸ BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, MOPU, 1983, pág. 77.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ CASTILLO, Jaime: *Calles y recuerdos de Chamberí*, Madrid, Editorial Chamberí, 1997, pág. 217.

⁷¹ Elaboración propia a partir de los datos del padrón de Madrid de 1860.

⁷² Citado en Díez de Baldeón, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 148

⁷³ Para el registro de los datos del distrito de Chamberí a partir del padrón de 1860, así como para los del padrón de 1880, ha sido imprescindible el recurso a la obra de APARISI LAPORTA, Luis Miguel: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo* Madrid, Gerencia Municipal de Urbanismo, 2001, 2 vols. y a la consulta de reproducciones de planos de la época que permitieron una reconstrucción de los límites del distrito.

⁷⁴ Así por ejemplo el dato de 1855 se nos presenta demasiado alto, lo que debería explicarse por la inclusión junto a los vecinos del arrabal de los demás de los alrededores. Por el contrario el dato de 1868 resulta demasiado bajo: puede que Chamberí y la zona Norte se vieran afectadas por la disminución general de la población de la ciudad que se produjo en esos años

Pero la información demográfica que nos aporta el padrón municipal nos permite ir más allá de la mera corrección de los datos relativos al volumen de población de Chamberí: la riqueza de material empírico nos permite acercarnos, si bien no con posibilidad de generalizar, a determinados fenómenos fundamentales para comprender el crecimiento de Madrid en el XIX y que aún no han sido estudiados como son la inmigración o las formas de organización familiar. Además, estableciendo comparaciones entre los rasgos propios de la población del Ensanche Norte de Madrid y los de la ciudad en general podemos indagar acerca de los rasgos específicos y particulares de esa población que vino a habitar las nuevas zonas construidas en los alrededores de Madrid, mostrando aquellos aspectos que la hacían diferente a la del casco viejo y aquellos en que se asemejaban. Finalmente el estudio detallado de la población que ocupó los nuevos edificios construidos en el Ensanche permitirá salvar la distancia que tradicionalmente ha existido entre una historia urbanística de Madrid, de la que ya hemos dado sobrada cuenta y una historia social no menos desarrollada y conformar de esta manera un retrato del Ensanche que ponga en relación ambas formas de aproximarse al desarrollo y crecimiento de la ciudad.

III.4.- Chamberí, un arrabal inmigrante.

Quizá el asunto más interesante que presente el estudio demográfico de las afueras del Norte de Madrid en el momento de aprobación del proyecto de Ensanche sea el de si la población que ocupaba estos terrenos presenta características específicas y exclusivas respecto de la que habitaba en el interior del casco antiguo, características que podrían remitirse a la condición de nuevo espacio edificado de la zona. Ya hemos visto que las razones del surgimiento en la primera mitad del XIX del arrabal de Chamberí y de los distintos espacios urbanos que lo circundaban se debe sobre todo a la incapacidad que mostraba la ciudad de Madrid para acoger a una población

por el efecto combinado de la epidemia de cólera de 1865 y los comienzos de la crisis de trabajo en la construcción, que habrían frenado la inmigración, principal alimento demográfico madrileño.

que crecía y que cada vez se encontraba más hacinada. En ese sentido parece razonable pensar en un primer momento que aquellas personas que habitaban más allá de la cerca representarían, o bien a los recién llegados, a aquellos contingentes de inmigrantes que constantemente acudieron a Madrid a lo largo del XIX para alimentar su crecimiento y que no encontraban un hueco para establecerse en la gran ciudad, o bien aquellos grupos de la sociedad madrileña, que por sus medios o actividad económicos, o por su forma de vida eran repelidos por la ciudad, como el trapero que retrataba Blasco Ibáñez más arriba. En definitiva, se trata de averiguar si las personas que habitaban en los arrabales y tejares más allá de las tapias esperaban su oportunidad para ser admitidos en la villa o si por el contrario esta les había rechazado de su seno.

Una primera aproximación a la población del Ensanche Norte a través de su composición por edades, sexo y estado civil (ver gráfico 1) ya nos ofrece una imagen elocuente: la pirámide que se obtiene es el reflejo de una situación de transformación demográfica en la que los factores decisivos no son tanto elementos propios de la evolución natural como los derivados de los movimientos migratorios. Llama la atención ante todo la poca importancia de los contingentes tanto masculinos como femeninos de 15 a 25 años, que son mucho menores que los de los niños hasta 15 años o los de la población madura. Con todo el resultado de esta pirámide responde a un fenómeno bastante frecuente en las poblaciones urbanas de este momento: si la comparamos con la composición por edad de la población madrileña en su conjunto observamos que los dibujos son similares en este punto (ver gráfico 2⁷⁵); por otro lado, Enriqueta Camps, al estudiar los procesos de inmigración en una ciudad industrial en expansión como Sabadell, identifica el mismo predominio de las cohortes de población de más de 25 años sobre las más jóvenes⁷⁶.

⁷⁵ El gráfico ha sido elaborado a partir de los datos de la ciudad de Madrid del censo de 1860. Los datos que proporcionan los resúmenes del censo dividen las cohortes de edad a partir de los 30 años de 10 en 10 años.

⁷⁶ CAMPS, Enriqueta: La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995, pp. 98-103.

Gráfico 1: pirámide de población de Chamberí en 1860, desglosada por el estado civil

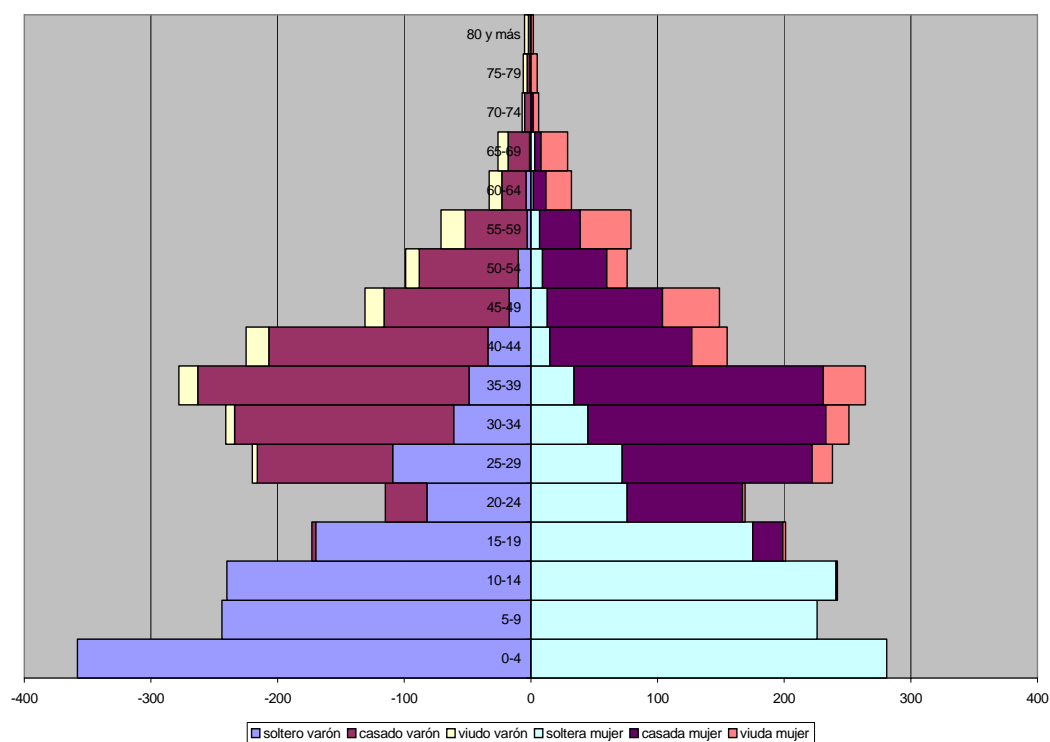
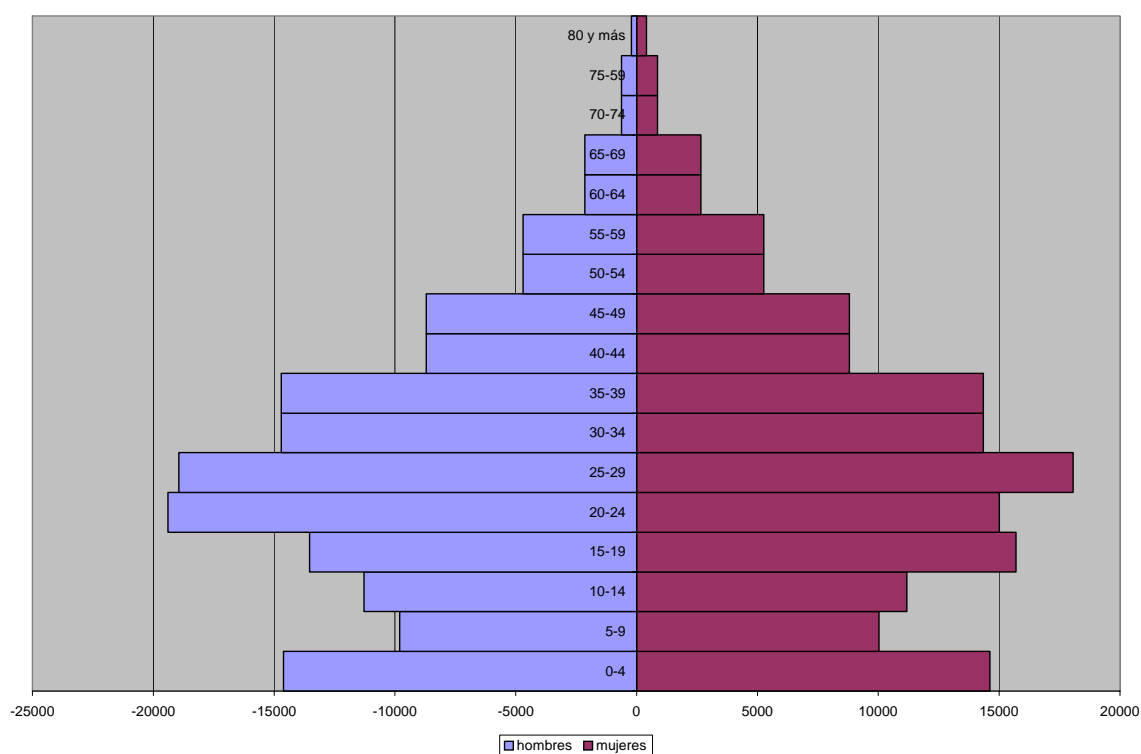


Gráfico 2: población de Madrid en 1860



Por lo tanto es la llegada masiva de inmigrantes en busca de trabajo lo que hace aumentar determinadas cohortes de edad, especialmente las de los

adultos que se encuentran en plena madurez de la edad laboral y la de los niños, sus hijos, que todavía no han entrado en el mercado de trabajo o lo han hecho de una manera parcial. Sin embargo el impacto de la inmigración sobre la población de las afueras del Norte de la ciudad no repercute en una especial desarticulación familiar de sus habitantes: se puede observar claramente como a partir de los 26-30 años para los hombres y de los 21-25 para las mujeres, los casados son predominantes y por lo tanto la población que se integra en un núcleo familiar también. Si tenemos en cuenta que por aquel entonces la edad de acceso al primer matrimonio en Madrid rondaba entre 27 y 29 años para los hombres y los 23 y 27 para las mujeres⁷⁷, los habitantes del futuro Ensanche no parecen mostrar un comportamiento nupcial especialmente diferente.

Para entender esta peculiar composición por edad y estado civil de la población es necesario profundizar en el conocimiento de las formas en que se produjo esa inmigración del campo a la ciudad que alimentó el crecimiento urbano, y muy especialmente el madrileño, en la segunda mitad del XIX. Es posible que pese demasiado en nosotros un cierto estereotipo acerca de la forma en que se produjeron los movimientos migratorios hacia las grandes ciudades en el que el inmigrante, el recién llegado, tiende a ser identificado con el joven expulsado de la comunidad rural, que al verse sin oportunidades de supervivencia en su pueblo de origen acude a la gran ciudad en solitario en busca de un trabajo, o de la joven que una vez entrada en la pubertad busca una colocación como sirvienta en las casas de la burguesía urbana. Esta circulación de jóvenes entre comunidades rurales y centros urbanos, que ha sido identificado para distintos espacios y regiones⁷⁸ y que representa uno de los recursos más habituales de las economías familiares agrarias para salvar

⁷⁷ Los datos han sido obtenidos a partir del análisis de los registros matrimoniales madrileños de 1855 por Natalia Mora Sitjà y presentados en comunicación al VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, 1-3 de Abril de 2004 (las actas están aún sin publicar, puede accederse al texto a través de la página web de la ADEH: SITJÀ MORA, Natalia: "La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación"). La autora cifra como edad media de acceso al matrimonio para los hombres 27,5 años en el caso de los nacidos en Madrid y 28,9 para los varones inmigrantes; en el caso de las mujeres sería 23,3 y 27,6 años respectivamente.

⁷⁸ MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización*, Pamplona (1840-1930). Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 2002; pp. 153-55.

los tiempos de escasez⁷⁹, es un fenómeno que hunde sus raíces en los tiempos preindustriales. Este tipo de migración generaba una relación entre la ciudad y su entorno rural más próximo que a la larga no repercutía, por lo general, en una transferencia definitiva de la población del campo a la ciudad: muchos de estos jóvenes que acudían a los centros urbanos, lo hacían de forma temporal, particularmente las muchachas colocadas en el servicio doméstico, que una vez ahorrado el pecunio necesario para poder iniciar una vida conyugal, regresaban a sus pueblos de origen en busca de marido⁸⁰.

El fenómeno de la circulación de jóvenes, si bien será una realidad que subsista en la segunda mitad del XIX, no representa el rasgo más característico de los flujos migratorios hacia Madrid; si observamos el origen de la población del Ensanche Norte constatamos, aparte del importante peso de la población inmigrante frente a los madrileños (que suponen tan sólo el 38 % de la población total), que muchos de los llegados a la capital procedían de zonas lejanas y que no pertenecían al entorno directo de la ciudad. Eran inmigrantes que habían venido para quedarse. Aparte de la provincia de Madrid, que es la que más inmigrantes aporta, el principal lugar de origen de los inmigrantes madrileños es la provincia de Oviedo: un 5,74 % de los habitantes del futuro Ensanche Norte. Le siguen en orden de importancia Toledo, Guadalajara, Lugo, Segovia y Cuenca.

⁷⁹ Así Reher destaca esta inmigración temporal, que expulsaba a un miembro de la familia rural del hogar familiar, ya para trabajar en el servicio doméstico las hijas, ya para trabajar como empleado en una gran explotación los hijos, como uno de los recursos clásicos en las economías domésticas rurales: con ello se descontaban los gastos que producía uno de los hijos y al tiempo se conseguía la introducción de dinero por el envío de remesas. REHER: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 302-309.

⁸⁰ Para el caso madrileño, este tipo de circulación de jóvenes relacionado con el servicio doméstico y su desarrollo en el tránsito del Antiguo Régimen a la Edad Contemporánea SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994. Esta autora también destaca el carácter temporal, incluso estacional de la inmigración relacionada con el servicio doméstico: “La estacionalidad que se aprecia en la oferta de trabajadores en Madrid confirma la importancia de la inmigración procedente de distancias cortas y los estrechos vínculos que los trabajadores de Madrid mantienen con sus pueblos de origen. Incluso en la segunda mitad del siglo XIX la oferta a través del Diario [de Avisos] casi desaparece durante los meses de verano, en los que hay mayor demanda de trabajo agrícola.” Pp. 44-45.

TABLA 4: ORIGEN DE LA POBLACIÓN DE CHAMBERÍ 1860					
Provincias	número de inmigrantes	%	Provincias	número de inmigrantes	%
Álava	11	0,22	Pontevedra	18	0,36
Albacete	43	0,86	Salamanca	16	0,32
Alicante	69	1,39	Santander	65	1,31
Almería	8	0,16	Segovia	117	2,35
Ávila	23	0,46	Sevilla	31	0,62
Badajoz	13	0,26	Soria	54	1,08
Baleares	10	0,20	Tarragona	47	0,94
Barcelona	16	0,32	Teruel	28	0,56
Burgos	96	1,93	Toledo	267	5,36
Cáceres	11	0,22	Valencia	87	1,75
Canarias	0	0,00	Valladolid	58	1,16
Cádiz	30	0,60	Vizcaya	32	0,64
Castellón	17	0,34	Zamora	29	0,58
Ciudad Real	90	1,81	Zaragoza	71	1,43
Córdoba	9	0,18			
Coruña	40	0,80	Extranjeros	96	1,93
Cuenca	107	2,15			
Gerona	3	0,06	Alemania	2	0,04
Granada	27	0,54	Francia	67	1,35
Guadalajara	186	3,74	Argel	4	0,08
Guipúzcoa	21	0,42	Bélgica	3	0,06
Huelva	3	0,06	Filipinas	8	0,16
Huesca	9	0,18	Génova	1	0,02
Jaén	13	0,26	Inglaterra	2	0,04
León	39	0,78	Italia	2	0,04
Lérida	26	0,52	Portugal	4	0,08
Logroño	59	1,18	Escocia	1	0,02
Lugo	164	3,29	México	1	0,02
Madrid	2383	47,86	Puerto Rico	1	0,02
Málaga	17	0,34			
Murcia	62	1,25	nacidos en Madrid ciudad	1662	33,38
Navarra	43	0,86	nacidos en Chamberí	234	4,70
Orense	7	0,14	subtotal Madrid ciudad-Chamberí	1896	38,08
Oviedo	286	5,74			
Palencia	22	0,44	total	4979	100

Estos datos sobre el origen de la población del futuro Ensanche Norte de Madrid coinciden de una manera bastante aproximada con los generales que para la ciudad en su conjunto disponemos (ver apéndice 1). Así, Bahamonde, en su análisis de la inmigración a Madrid a mediados del XIX también destaca la importancia de las aportaciones de la fachada cantábrica de la Península en el crecimiento urbano de la capital que igualan en importancia a las provincias

limítrofes con Madrid y que a priori parecen ser sus suministradoras naturales de inmigrantes⁸¹. Los gallegos, asturianos y cántabros que llegan son, según este autor, el subproducto de los cambios en las relaciones de producción que se está operando en los medios rurales desde el inicio del proceso desamortizador. De esta manera la puesta en marcha de las formas de organización y propiedad capitalistas en la economía agraria habría generado a lo largo del XIX nuevas corrientes migratorias hacia Madrid de una naturaleza bien distinta a las ya preexistentes y que tenía por zona de atracción fundamental el entorno de la ciudad.

Esta nueva migración, de carácter menos temporal que la que generaba la circulación estacional de jóvenes, incide de una manera especial en las poblaciones de acogida. El fenómeno ha sido ya explicado por Enriqueta Camps en su estudio sobre la formación del mercado de trabajo industrial en Cataluña⁸². Si bien en un contexto económico bien diferente al madrileño, esta autora demuestra cómo la mayor parte de la población que acudía a una ciudad como Sabadell en busca de trabajo lo hacía en grupos familiares y no aisladamente. Las razones que impulsaban a los inmigrantes a dejar su lugar de origen era la extrema pobreza que generalmente acompañaba a los primeros años de la vida familiar. El inmigrante no era sólo ni principalmente un joven que acudía sin más compañía que su equipaje para iniciar una nueva vida en otro sitio, sino generalmente familias recién formadas en su lugar de origen y que con el nacimiento de los primeros hijos, bocas que alimentar que sin embargo no aportaban trabajo productivo a la economía doméstica, se veían en la necesidad de abandonar sus comunidades de nacimiento. El que la inmigración del campo a la ciudad la hicieran en general familias jóvenes, cuyos progenitores acabaran de entrar en la edad de la madurez y en la que los hijos contaran con pocos años, puede explicar esa particular imagen que ofrece las pirámides de población madrileña y de su Ensanche Norte.

⁸¹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM pp. 46-47.

⁸² CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995, pp. 98-103 y 108-111.

Tabla 5: formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados 1858-1860		
cabezas de familia	100	17,79
esposas	67	11,92
hijos	108	19,22
familiares	83	14,77
criados	41	7,30
empleados y dependientes	23	4,09
realquilados	102	18,15
población institucional	26	4,63
otros	12	2,14
		562

De hecho para el caso del Ensanche Norte podemos observar la importancia de este tipo de inmigración en familia si nos fijamos en los residentes que figuran como recién llegados en el padrón de 1860⁸³. Como se puede observar en la tabla 5, la mayoría de los 562 habitantes de la zona Norte de Madrid que llevaban menos de tres años en la ciudad residían con su familia: Sólo uno de cada cinco inmigrantes, aproximadamente, llegaba pues en solitario a Madrid y debía integrarse en una familia de desconocidos, mientras que el resto residía o bien con un familiar del propio núcleo o relativamente cercano o bien era acogido en alguna institución o fábrica para la que trabajaba⁸⁴. El patrón de comportamiento que Camps describe para Sabadell parece cumplirse en las afueras de Madrid: de los 100 cabezas de familia que llegan a la capital entre 1858 y 1860 para establecerse en los terrenos de Chamberí, 67 de ellos lo hacen con al menos un hijo. Es decir, se trataba de familias completas que inmigraban en bloque. A su vez 42 de esas familias acuden cuando su hijo tiene 14 años o menos, o sea, que familias

⁸³ Este tipo de análisis de los “inmigrantes recién llegados” ya ha sido ensayado para el caso de Pamplona en MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 2002 y del que se toma prestado. Lo que se logra discriminando a los inmigrantes con menos de tres años de residencia en un lugar es crear una selección en la que las características de residencia y de la estructura familiar se aproximen lo más posible a las que tuvieron en su momento de llegada. Es probable que el hogar de un inmigrante no variara demasiado en sus tres primeros años de estancia en su lugar de acogida: sin embargo a partir de esa fecha, el que llegara soltero podría casarse, los hijos que le acompañaran morir o independizarse, etcétera.

⁸⁴ Ni siquiera cuando la inmigración se hacía con carácter temporal y a distancia corta, se hacía en solitario, tal y como lo ha descrito Carmen Sarasúa: “La emigración a la ciudad tiene muy poco de hecho individual, aislado. Es excepcional el emigrante que inicia su desplazamiento sin ningún contacto en el lugar de destino. De hecho, muchos de los emigrantes lo son por iniciativa de padres o familiares, que les acompañan y dejan colocados en la ciudad. Otros aprovechan la mayor experiencia de vecinos o parientes para trasladarse con ellos a la ciudad”

cuyos hijos son demasiado pequeños para participar de una manera significativa en el mercado laboral y que al tiempo incapacitaban a la madre para trabajar de una manera intensa.

De todas maneras al aplicar el modelo de inmigración descrito por Camps para Sabadell a la población de las afueras del Norte de Madrid, es

Gráfico 3: Ritmo de llegada de los inmigrantes a las afueras del Norte de Madrid en 1860

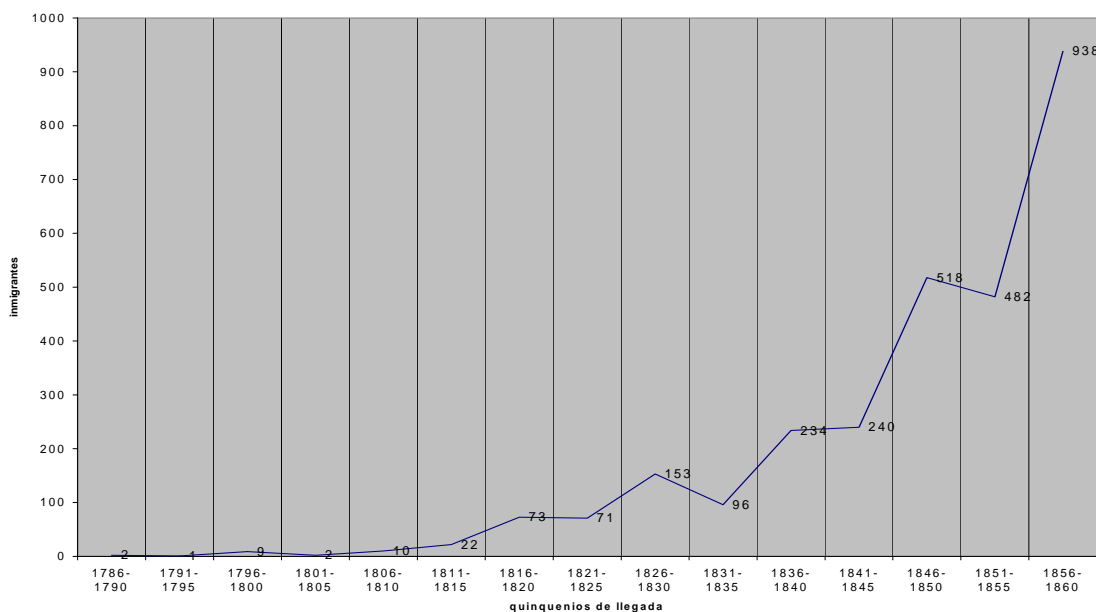
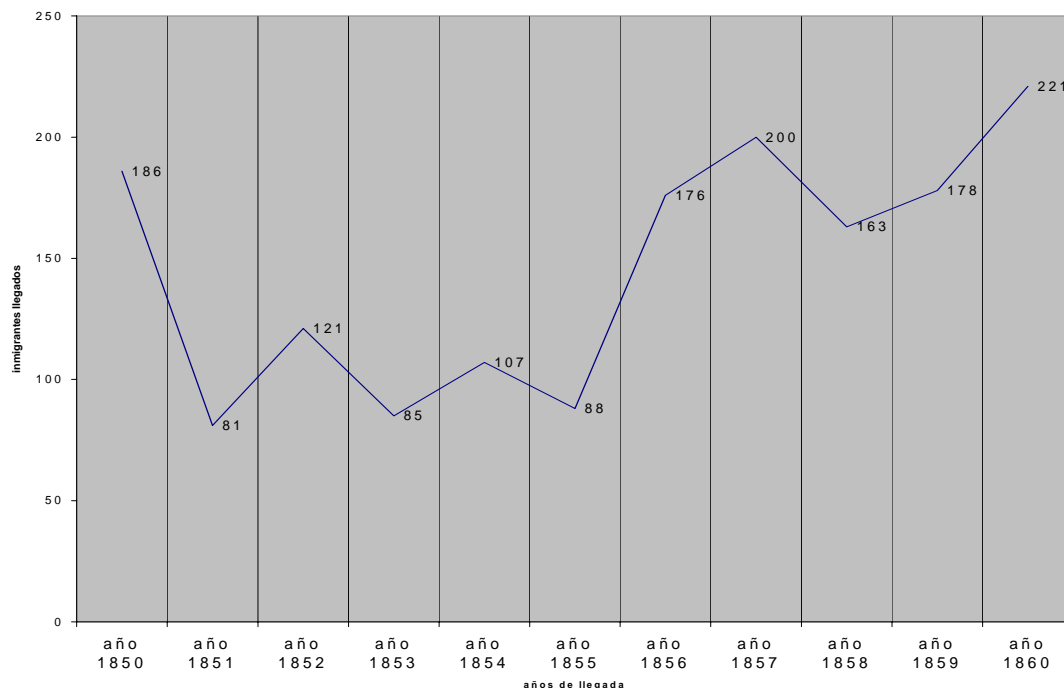


Gráfico 4: inmigrantes llegados a Madrid 1850-1860



SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994, pág. 49.

necesario establecer ciertos matices. En realidad la población que se establecía en el arrabal de Chamberí y sus alrededores, si bien tenía un origen inmigrante de gran importancia, no estaba constituida en su mayoría por inmigrantes recién llegados, sino por aquellos que llevaban varios años ya de residencia en la capital (ver gráficos 3 y 4). Es probable que la población que se dirigía a Madrid no buscara establecerse en un principio en las zonas de las afueras sino que lo hiciera en cambio en el centro, en los barrios bajos de Inclusa donde abundaban las viviendas en malas condiciones y por lo tanto baratas. Es lógico por otra parte que los inmigrantes recién llegados se dirijan a las zonas céntricas de la ciudad y no a la periferia urbana, pues en el interior es donde se encuentran los principales servicios y establecimientos públicos que pueden facilitar su inserción en la sociedad a la que llegan. Por ejemplo, en el caso de Madrid, la Puerta del Sol funcionaba por entonces como un informal mercado de contratación de jornaleros en el que obreros sin empleo y contratistas confluían cada mañana. Una vez superado el tiempo inicial de adaptación y de inserción en la ciudad, las familias inmigrantes podrían fijar su residencia en los barrios periféricos o en los arrabales. Carecemos de un conocimiento de la población de otros barrios como para demostrar la existencia de esta distribución y movimiento internos de la población de Madrid. Sin embargo este es un itinerario residencial que no es raro en las descripciones que de la inmigración nos hace la literatura.⁸⁵ Y que además ha sido constatado en estudios similares a este realizados para París.⁸⁶

⁸⁵ El mejor ejemplo al respecto nos lo ofrece la trilogía de Baroja *La lucha por la vida*; aunque para un tiempo bien posterior al que nos ocupa, el narrador nos presenta a un joven que acude a Madrid y que primero se instala en el centro de la ciudad, junto a su madre que sirve en una pensión de la calle del Barco. Pasados los primeros meses de estancia, se verá obligado a abandonar el lugar y a deambular por otras casas de familiares; finalmente habitará las afueras, primero en el Sur, en las zonas más deterioradas y lugar residencial de mendigos y maleantes, después en el Norte, en Chamberí, ya establecido como pequeño artesano junto a su joven esposa. Para un tratamiento más extendido sobre estas novelas de Baroja como fuente de conocimiento histórico, DEL MORAL, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Madrid, Sílex, 2001.

⁸⁶ Es el caso que ya describió Gérard Jacquemet a propósito del barrio de Belleville, en las afueras de París. Surgido también como arrabal de la capital francesa a principios del siglo XIX, e incorporado como Chamberí, en el proyecto de Ensanche de la ciudad, según la investigación de este autor, su crecimiento fue alimentado tanto por inmigrantes que llegaban a la ciudad como los sectores populares de esta (principalmente los del faubourg Saint Antoine y los alrededores de Bastille) que eran expulsados a medida que la reforma del interior del casco emprendida por Haussman se profundizaba. Véase JACQUEMET, Gérard: *Belleville au XIXe Siècle: du faubourg à la ville. Edition Postume par Adeline Daumard*. París, 1984, pág. 113 y ss.

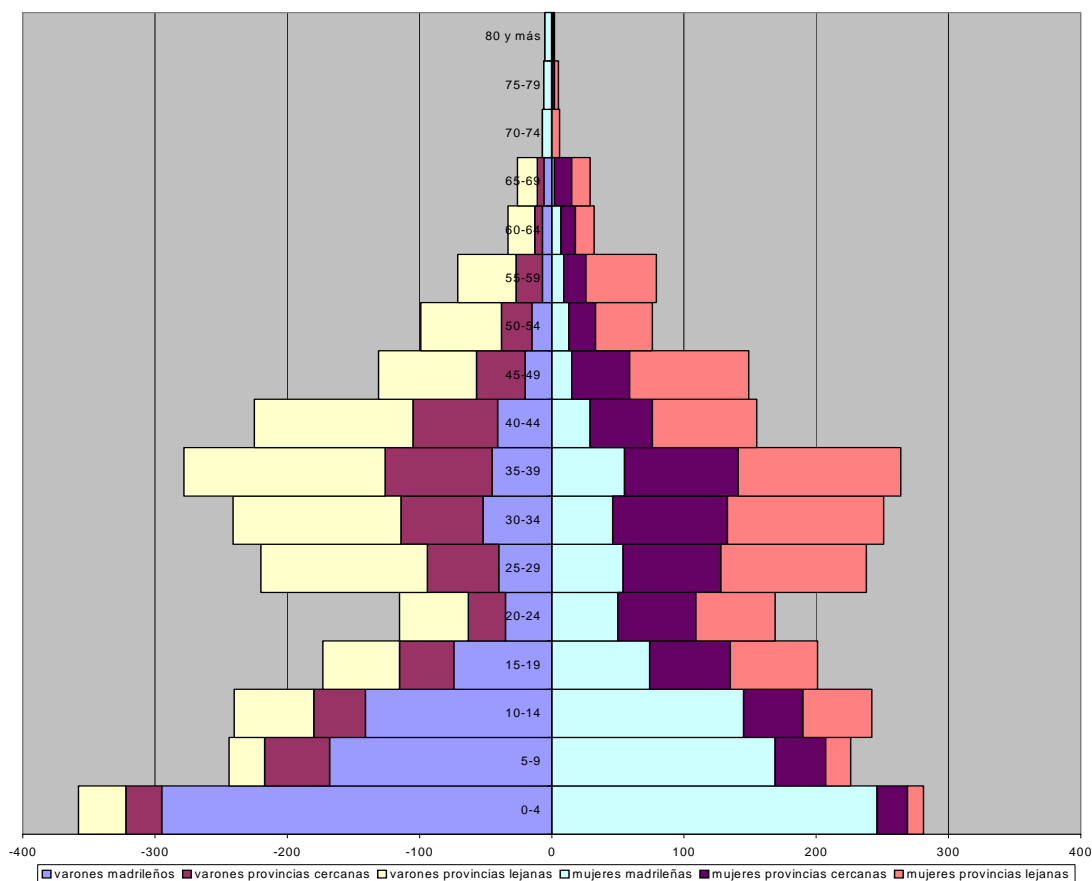
Por otro lado los estudios que se han ocupado de las estructuras familiares de los inmigrantes y de los factores de expulsión que empujan a abandonar las comunidades de origen se han centrado generalmente en espacios geográficos limitados, en los que la distancia entre el lugar de salida y el de llegada es reducida⁸⁷. Sin embargo, Madrid, como lugar de llegada de inmigración presenta características específicas, pues absorbe población de un amplio radio, como se ha visto al estudiar la procedencia de la población madrileña. Los estudios acerca de migraciones han insistido desde hace décadas en que los movimientos de población, lejos de ser un trasvase directo entre el lugar de nacimiento y el destino final de llegada, suelen realizarse por escalas o etapas; Madrid, en ese sentido, debía muchas veces el punto final de un largo viaje que las familias podían haber iniciado cuando eran jóvenes y que concluía (al menos por el momento) tras varias escalas y con la familia acrecentada por dos o tres hijos. Por eso no debe extrañar que la estructura de la población de la zona analizada aparezca un poco más envejecida de lo que cabía suponer en una población inmigrante y que la cohorte de edad que más importancia numérica tiene sea la de los hombres y mujeres de entre 36 y 40 años.

Ambos factores, la distribución de los inmigrantes en la ciudad y el amplio radio sobre el que ejerce Madrid su poder de atracción migratoria, van a condicionar la estructura de la población del arrabal de Chamberí y sus alrededores, como se puede observar en la pirámide de población en que esta aparece desglosada por su origen geográfico. La imagen que nos ofrece es la de una población en la que generalmente las familias están encabezadas por inmigrantes de una edad ya avanzada, que puede que llegaran a Madrid con

⁸⁷ A parte de la obra de Camps ya citada cabe destacar los trabajos de Rocío García Abad que ha realizado la tesis doctoral sobre la emigración a la Ría de Bilbao a finales del XIX y los factores que favorecieron la expulsión de la población que la protagonizaron. Resultados parciales y resúmenes de su investigación, junto a una exposición sobre metodología y teoría sobre el estudio de la emigración y sus causas en GARCÍA ABAD, R. (1999): "La Emigración a la Ría de Bilbao a finales del siglo XIX: aproximación a los factores de expulsión por Partidos Judiciales", *Actas del Congreso Internacional de la Población. V Congreso de la ADEH*, Logroño, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, ADEH y GARCÍA ABAD, Rocío: "El proceso de toma de decisión de emigrar: Factores migratorios desde un enfoque micro", comunicación presentada al VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, 1-3 de Abril de 2004 (las actas están aún sin publicar, puede accederse al texto a través de la página web de la ADEH).

algún hijo, pero que han desarrollado prácticamente su vida familiar en la ciudad. En definitiva, las afueras al Norte de Madrid eran un foco de instalación inmigrante, no quizá de los recién llegados, pero sí de los que se establecían de una forma definitiva; a su vez los madrileños que allí vivían, que en una gran parte (más de dos tercios) no habían cumplido los 15 años, eran por lo general hijos de inmigrantes.

Gráfico 5: pirámide de la población del Ensanche Norte desglosada por lugares de origen
1860



La familia nuclear es por tanto la forma más representativa de este nuevo fenómeno migratorio que alimenta el crecimiento de la ciudad de Madrid, pero no es la única que adquiere. Sin que tenga un valor proporcional generalizable al resto de la población madrileña, el conjunto de población seleccionada de inmigrantes recién llegados que se ha utilizado más arriba nos ofrece un repertorio lo suficientemente rico de prácticas y experiencias migratorias que dan una buena muestra de las formas de llegada a la gran ciudad que se daban en la época. La forma de llegada en familia nuclear, era la más frecuente, sin embargo no era la única en que el parentesco realizaba un papel fundamental. La solidaridad familiar, sobre la que se profundizará en un

capítulo posterior, opera de forma especialmente intensa en las redes de inmigración, sin distinción de la clase social de la que nos ocupemos. Lejos de esa imagen del inmigrante rural desarraigado que acude a la gran ciudad desconocida y, por ello, amenazante, la realidad solía ser que detrás de la elección de abandonar el pueblo y dirigirse a Madrid, se escondiera la experiencia previa de un conocido, un primo, un hermano o un vecino que hiciera menos traumático y arriesgado (al menos en apariencia) el viaje. Y en el caso de que no hubiera quién pudiera recibir al recién llegado en el lugar de destino, siempre quedaba la posibilidad de emprender el viaje en compañía. Así podemos encontrar entre esos nuevos pobladores que se agolpan a las puertas de Madrid las más variadas combinaciones familiares: hermanos que acuden junto a sus respectivas esposas e hijos, padres que una vez que han enviudado buscan la ayuda de sus hijos que se han establecido en la capital, vecinos de un mismo pueblo que van juntos a buscar fortuna a la gran ciudad, familias troncales completas en que abuelos, padres y nietos acuden juntos...

Las combinaciones dependen en gran medida de cada circunstancia familiar concreta y podían llegarse a complicar hasta grados extremos en el tejido de una red de acogida de inmigración que muchas sobrepasaba los límites estrictos del parentesco. Entre los inmigrantes recién llegados a las afueras Norte de Madrid encontramos un caso especialmente ilustrativo, como es el de las familias Montes y Peinado, ambas procedentes de Turleque, Toledo y que habitaban en tres hogares distintos, pero muy próximos unos de otros en la zona del actual barrio de Gaztambide. A estas casas baratas construidas tras los cementerios y aisladas tanto del viejo Madrid como del incipiente arrabal llegaron los cuatro matrimonios de Turleque entre 1858 y 1859. En el número 6 de la calle Meléndez Valdés encontramos una gran familia de 12 miembros organizada en torno a dos hermanos, Antolín y Cándido Peinado. El mayor, Cándido, tiene 44 años, jornalero y casado con Lucía Romero, está acompañado por seis hijos que van desde los 20 años de Celestina que ya trabaja como su padre, a jornal, hasta los tres años de la más pequeña, de nombre Segunda. El hermano menor, Antolín, tiene 34 años, y como su hermano está casado con una mujer de 36 años, de Turleque como todos los que habitan en esa casa, con la que tuvo en aquel pueblo toledano al

menos dos hijos que han venido con ellos: Tiburcio de 9 años y Julián, de 6. Ese año de 1858, en la calle paralela a la que residen las familias de estos dos hermanos, viene a instalarse otra familia más del pueblo toledano de Turleque: los Montes, cuyo cabeza de familia, Celestino de 49 años es también jornalero y cuya esposa, Aldona López, de 45 años, nació en el mismo lugar que el resto. Por supuesto vienen acompañados de una extensa prole: cinco hijos que se comprenden entre los 21 y los 4 años. La acumulación de tantos vecinos de un mismo pueblo en el espacio de una manzana de casas es ya suficientemente llamativa, sin embargo no se quedó allí. Podemos pensar que a los Montes y a los Peinado no les debió ir demasiado mal en Madrid (o por lo menos les iba bastante mejor que en Turleque) pues al año siguiente, en 1859, otro grupo familiar de su pueblo llega para instalarse en la misma zona que ellos (calle Meléndez Valdés 6, bajo). De nuevo se trata de una familia nuclear, la de Alfonso Montes, del que podemos sospechar un parentesco con Celestino, antes retratado. Alfonso tiene 46 años, su mujer 38 y sus hijos 9, 4 y 1 respectivamente. Por supuesto todos han nacido en Turleque y el padre trabaja como jornalero. Con ellos ascendía a 24 los inmigrantes recién llegados de esa comunidad a las casas baratas de Gaztambide, un barrio que contaba con sólo 408 habitantes por aquel entonces.

Las razones que produjeron este pequeño aluvión de vecinos de un pequeño pueblo de Toledo en Madrid no las conocemos, sin embargo si podemos desestimar que detrás se escondiera una estrategia familiar temporal del tipo de las que alimentaban la circulación de jóvenes. Los Montes y los Peinado podían ser familias que antes de su llegada a Madrid trabajaran ya como jornaleros en los campos de la zona de Turleque y que ante un endurecimiento de las condiciones de trabajo o una crisis coyuntural especialmente aguda decidieran dirigirse a probar suerte a la capital. No son un caso raro, al menos en el Ensanche Norte de la capital, en la que encontramos más ejemplos de comunidades de inmigrantes relativamente nutridas que procedían de un mismo pueblo. Por ejemplo encontramos también residiendo en la zona 14 familias y 55 habitantes de Santa Cruz de la Zarza, de Toledo. Tampoco eran las redes inmigratorias un fenómeno exclusivo de las provincias limítrofes a Madrid; otro caso que destaca son las 12 familias de dos pueblos

relativamente cercanos de Tarragona, Gandesa y Asco en Tortosa y que llevaban establecidas en la zona varias décadas.

III.5.- Composición social de un espacio urbano inmigrante.

La inmigración en bloque y en familia de jornaleros, como el caso descrito de las familias de Turleque, es por lo tanto uno de los fenómenos demográficos más característicos de los que se esconden tras el crecimiento de la población madrileña en estos años; si regresamos al análisis de los inmigrantes recién llegados a la capital en 1860 y observamos las profesiones que desempeñan, comprobamos como las de jornalero y las de profesiones asociadas a esta condición (trabajadores de la construcción, canteros, labradores) son las más frecuentes. No obstante la importancia de estas corrientes migratorias de nuevo cuño que afluyen a Madrid como producto de las transformaciones económicas y sociales que se están operando en España

Tabla 6: profesiones recién llegados 1858-1860			
jornaleros y construcción		comerciantes y sector terciario	
Albañiles	11	panaderos y tahoneros	9
Canteros	6	dependientes de comercio	5
Jornaleros	74	pequeños comerciantes	10
carreteros y cocheros	9	empleados	8
operaria fábrica	1	Barbero	1
jardineros, labradores	11	profesiones liberales	4
Pastor	1	población institucional y guardias	
trabajos femeninos		guardias civiles	20
Costureras	23	religiosos	10
Lavanderas	8	militares	3
servicio doméstico		guardas	2
Sivientas	47	sin profesión declarada	
Sirvientes	13	retirados	6
		propietarios	3
oficios y artesanos			
Herreros	3	sus labores	27
Cerrajeros	2	Escuela	19
Oficios	11		
Marmolista	4	Pobres	2
Esquiladores	3	nada o ninguna	15
Quincallera	2	no indica	168
Sastres	5		
Zapateros	5		

al calor de la política liberal no nos debe hacer olvidar otros fenómenos migratorios de tipo antiguo que subsisten junto al de la afluencia de los jornaleros; tampoco deben hacer pasar desapercibidos otras corrientes de inmigración que le son contemporáneas y que responden al mismo proceso de transformación que se está produciendo en la economía y sociedad españolas.

Es necesario destacar cómo a pesar del progresivo protagonismo que van adquiriendo las familias jornaleras en el caudal de gentes que acude a la capital, los jóvenes y sobre toda las jóvenes de las cercanías de Madrid que se dirigen a la ciudad para ocuparse en el servicio doméstico mantienen aún una representación numérica importante. Es cierto que algunos de los 60 inmigrantes recién llegados que figuran como trabajadores del servicio doméstico no pueden ser identificados con la circulación de jóvenes de los alrededores, pues muchos de ellos llegan con sus familias. El trabajo como sirvienta o asistenta era una opción disponible para las hijas y esposas de los jornaleros que acudían a la búsqueda de empleo a la ciudad; puede ser que muchos de ellos al declararse como sirvientes o sirvientas en realidad no desempeñen tal trabajo sino que esperen emplearse en él, o que lo realicen con carácter externo, como asistentas, una figura que irá cobrando protagonismo con el tiempo. Entre los que lo realizan como internos, es decir, residiendo en el hogar de sus amos, podemos observar que tanto los inmigrantes de las cercanías de Madrid como aquellos que venían de zonas alejadas comparten protagonismo (ver tabla 7), aunque podemos adivinar que de una manera distinta. Si además del lugar de procedencia tenemos en cuenta la edad de los criados, constataremos como los que procedían de lugares próximos a la capital (provincias de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Segovia) solían tener edades más bajas que las del resto y por lo tanto respondían a formas de inmigración distinta. Eran empleados en casas que venían en solitario, a cortas edades, en inmigraciones favorecidas por las relaciones que existían entre Madrid y su lugar de origen y cuyo empleo en el servicio doméstico podía tener un carácter coyuntural

Tabla 7: Sexo, edad y lugar de procedencia de los criados internos recién llegados al Ensanche Norte (1858-1860)		
sexo	Fecha de nacimiento	provincia de nacimiento
criado	no indica	Logroño
criada	no indica	Madrid
criada	52 años	Oviedo
criada	48 años	Guadalajara
criada	36 años	Burgos
criado	34 años	Soria
criada	33 años	Guadalajara
criada	29 años	Logroño
criada	27 años	Oviedo
criada	27 años	Oviedo
criado	26 años	Lugo
criado	26 años	Segovia
criado	24 años	León
criada	24 años	Toledo
criada	24 años	Oviedo
criada	24 años	Santander
criado	23 años	León
criado	23 años	Lugo
criada	23 años	Cuenca
criada	22 años	Cuenca
criada	21 años	Ciudad Real
criada	20 años	Burgos
criado	19 años	Madrid
criada	18 años	Guadalajara
criada	18 años	Guadalajara
criada	18 años	Guadalajara
criada	18 años	Cuenca
criada	18 años	Soria
criada	17 años	Madrid
criada	17 años	Oviedo
criada	17 años	Segovia
criada	16 años	Segovia
criada	16 años	Guadalajara
criada	16 años	Guadalajara
criada	14 años	Madrid
criada	13 años	Madrid
criada	13 años	Soria
criada	11 años	Zaragoza
criado	7 años	Lugo

En todo esto es imprescindible subrayar que los datos que ofrecemos acerca de la composición profesional de los inmigrantes que llegaban a la capital estén demasiado influidos por el carácter de zona de extramuros del terreno que estamos analizando. Criados y sirvientas, tenían un peso mucho mayor en la estructura socioprofesional del Madrid de la época de lo que

parece indicarnos el Ensanche Norte por aquellas fechas⁸⁸. Las razones de una subrerrepresentación del servicio doméstico en el padrón de 1860 podrían tener relación con el estado embrionario de la urbanización de las zonas burguesas que ofrecía las afueras de la ciudad; los inmigrantes que acudían a la ciudad para emplearse como sirvientes domésticos habían de ser más, pero como es lógico no se dirigían fundamentalmente a una zona como Chamberí, lugar residencial de marcado carácter popular, sino al centro de la ciudad donde aún elegía preferentemente su vivienda la burguesía y la aristocracia que los contrataban.

La mismas razones relacionadas con el escaso desarrollo urbano de la zona podrían explicar la poca importancia de comerciantes, profesiones liberales y propietarios dentro de los inmigrantes que han llegado a las afueras del Norte madrileño en los últimos años. Escasa importancia en un tiempo en el que junto a la caudalosa masa popular y jornalera que acude a Madrid en busca de un trabajo corre paralela otra corriente de muy distinto signo social⁸⁹. Madrid, que emerge entonces como capital de un Estado liberal en construcción, ejerce un intenso atractivo no sólo en los perjudicados por los procesos desamortizadores y la puesta en marcha de la organización económica capitalista, sino también en los sectores sociales que se están beneficiando del proceso de transformación. Centro de decisión política y económica del país, en estos años Madrid verá acudir a sus puertas a los capitalistas que quieren intervenir en el lugar donde se deciden las inversiones, profesionales liberales que intentan aprovechar las nuevas oportunidades que les abre la política y rentistas y clases pasivas que, tras la pista de la Corte y la nobleza, encuentran en la capital el lugar ideal para su retiro ocioso. Sin embargo tanto por posibilidades económicas, ya que son los inmigrantes capaces de costear unos alquileres en alza en el interior del casco viejo, como

⁸⁸ En 1848 Madoz contabilizaba 23.368 criados y sirvientes en la capital. Lo que suponía un 10% de su población; en 1860 se habían convertido 44.971, es decir, el 15% de la población total y un 25% de la población activa (ver en apéndice los datos relativos a la composición profesional de Madrid según el Censo de 1860). La inmigración que acudía a Madrid a emplearse en el servicio doméstico debía ser indudablemente más intensa de lo que muestran los datos para la población de las afueras del Norte de la ciudad. Véase, BAHAMONDE MAGRO, ÁNGEL, Y TORO, JULIÁN: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, 1978, pág. 44.

por preferencia, ya que buscarán una vivienda cerca de sus semejantes madrileños, no elegirán las afueras de la ciudad como su lugar de residencia. Sólo una vez que se inicien las obras de Ensanche y se desplieguen las primeras promociones inmobiliarias de cierta calidad en sus terrenos, las clases medias y burguesas dejarán de observar el lugar como un espacio destinado al recreo y a la residencia temporal y vendrán a establecerse a ella. Mientras tanto, únicamente algunos de los miembros de las clases medias y altas recién llegados a la capital consideraran la zona como apta para vivir.

De nuevo la inmigración y su asentamiento diferenciado en la ciudad (esta vez en relación con la pertenencia a la clase socioprofesional de los migrantes) van a condicionar la composición de la población que encontramos en las afueras del Norte de Madrid, en 1860, justo antes de que se apruebe el Ensanche. La población de Chamberí y sus alrededores recibirá preferentemente los jornaleros y los trabajadores no cualificados que acuden a la ciudad, mientras que clases medias y burguesía se establecen en el interior. El mantenimiento de este mecanismo de distribución de la inmigración a Madrid será el que motive la división espacial de los alrededores de la ciudad que hemos visto que Castro apreciaba y sobre la que basaba las futuras actuaciones urbanísticas del Ensanche.

No obstante conviene aclarar la imagen que el ingeniero madrileño ofrece de las afueras Norte de la ciudad, especialmente la consideración como barrio fabril de los terrenos que rodean el arrabal de Chamberí. Si observamos la composición profesional de la zona destaca que los obreros cualificados y que trabajan en grandes talleres son escasos, lo que es coherente con la economía madrileña de la época, más industrial que industrial, en la que la fábrica moderna, no existe. Algunos de los trabajadores que quedan englobados en el grupo de obreros de fábrica no trabajaban en la zona (es el caso de las tres cigarreras, que trabajarían en la Real Fábrica de Tabacos, en el otro extremo de la ciudad), otros puede que realmente lo hagan en pequeños establecimientos más cercanos del taller que de la concentración fabril (como

⁸⁹ BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM pp. 27-37.

los cajistas de imprenta y tipógrafos que encontramos). Únicamente tres grupos de trabajadores se destacan con importancia entre los obreros de fábrica: los herreros (27), los papelistas (19) y los fundidores (20). Sin embargo, en este punto los datos que nos ofrece el padrón pueden ser engañosos: es posible que la gran cantidad de jornaleros que encontramos en los registros no la compongan únicamente trabajadores de la construcción y trabajadores de las obras públicas madrileñas, sino que esté también integrada por trabajadores de talleres y “fábricas” de diverso tamaño. Trabajadores en definitiva que desempeñan oficios de baja cualificación, con carácter temporal pero que corresponden con el tipo de industria, poco mecanizada y poco concentrada, con la que contaba Madrid por aquel entonces.

Tabla 8: estructura profesional de Madrid y de su ensanche norte en 1860: resumen⁹⁰				
	Ensanche Norte (padrón 1860)		Madrid (censo 1860)	
Jornaleros y trabajo de baja cualificación	601	25,13%		
trabajadores de la construcción	247	10,33%		
Jornaleros y trabajadores de la construcción			16997	9,89%
trabajadores periurbanos	62	2,59%	?	
trabajadores de fábrica o similar	92	3,85%	507	0,29%
trabajos femeninos	251	10,49%	?	
oficios y artesanos	333	13,92%	44342	25,79%
comerciantes y empleados de comercio	240	10,03%	24317	14,14%
empleados	138	5,77%	8486	4,94%
población institucional: clero y militares	69	2,88%	16357	9,51%
profesiones liberales	55	2,30%	4894	2,85%
servicio doméstico	213	8,90%	44971	26,16%
sin profesión declarada y clases pasivas	91	3,8%	11054	6,43%
total	2392	99,99%	171925	100%
trabajadores	2392	47,9%	171925	57,61%
no trabajan (no indican, escuela, sus labores)	2602	52,1%	126501	42,39%

Algo muy parecido sucede con los artesanos y gentes en general del mundo de los oficios que representan el segundo grupo profesional en importancia numérica. Aunque representan un grupo nutrido, no por ello deberíamos pensar que estamos ante un arrabal “artesano”, al menos en esta época. Si observamos los principales grupos de artesanos presentes en la

⁹⁰ Elaboración propia a partir del padrón municipal para el Ensanche Norte y del censo para el conjunto de la ciudad. Una clasificación más completa, con el desglose de profesiones por cada grupo profesional, se puede encontrar en los apéndices incluidos al final del trabajo.

zona (ver Apéndice 2), se observa como los más destacados son los que ejercen profesiones susceptibles de haber perdido la independencia económica y profesional que caracteriza la condición de artesano. Los ebanistas (21) bien pueden ser asimilados a los trabajadores de la construcción y los cerrajeros (23) pueden representar en realidad a trabajadores de fábrica, como los fundidores o los herreros. Lo mismo sucede con los alfareros (9), que pueden ser trabajadores de los tejares, o los tapiceros (9), que podían ser empleados de la cercana Real Fábrica de Tapices. De hecho, los dos grupos de trabajadores del mundo de los oficios más importantes y con diferencia son los sastres (43) y los zapateros y zapatilleros (47 y 11 respectivamente). Dos oficios que se sitúan en ese terreno indefinido que se abre al mundo del trabajo en la transición de la sociedad gremial a la industrial a través del sistema del *putting-out* o trabajo a domicilio: los zapateros y sastres son trabajadores que aún pueden costearse las herramientas para su oficio a pesar de bajas renumeraciones y que al tiempo suelen estar integrados en sistemas de producción que superan al taller; trabajan en casa, generalmente participando en una pequeña parte de proceso de producción (es el caso de los guarnecedores), en el acabado de los zapatos o de los productos textiles. Esta forma híbrida entre el trabajo artesanal y el fabril se manifiesta con especial intensidad en los “trabajos femeninos” y que en las afueras de la ciudad tienen especial importancia (un 10,49% de la población trabajadora). Así encontramos 126 costureras y 22 sastras y modistas que deben de participar del mismo modelo de integración productiva que los zapateros y sastres.

En conclusión, las características de la población que ocupa las afueras al Norte de Madrid en 1860 están fuertemente condicionadas por el carácter periurbano del espacio residencial sobre el que se asientan. Características demográficas y socioprofesionales que distinguen al arrabal de Chamberí y sus alrededores del resto de la ciudad y que le adjudican una función propia y específica dentro de ella. A sus terrenos acuden fundamentalmente inmigrantes, que en su gran mayoría no son recién llegados sino que llevan establecidos en la ciudad varios años, lo que repercute en una pirámide de población ligeramente más envejecida que la que muestra por los mismos años la población de Madrid y en una mayor presencia infantil entre sus habitantes.

A partir de los datos del padrón no se puede constatar si la alta presencia infantil se debe a unas tasas de natalidad más altas de este tipo de inmigración jornalera, pero si se puede constatar que tal inmigración no respondía de una manera generalizada a una población desarraigada, desestructurada familiarmente. En realidad, la población de las afueras de Madrid, la que se agolpa a sus puertas esperando la posibilidad de encontrar una habitación que responda a sus necesidades y posibilidades, está compuesta por familias que ya estaban formadas cuando llegaron a la capital. Una vez instalados en ella han continuado desarrollándose y creciendo, contribuyendo al mantenimiento demográfico de la capital: casi todos los menores de 15 años que residen en esta zona excluida de la cerca de la ciudad han nacido en Madrid. Son nuevas generaciones de madrileños, hijos de inmigrantes, son el *Futuro Madrid*, que surge por ahora a la sombra de una ciudad que no se ha decidido a afrontar sus problemas de crecimiento urbano y económico.

Pero la modernidad de esta población no se manifiesta solamente en sus rasgos demográficos. Las afueras del Norte de la ciudad también son el *Futuro Madrid* porque representan de manera acusada los cambios que se están produciendo en la economía de la ciudad. Casi todos sus habitantes desempeñan actividades laborales que deben ser situadas en ese espacio indefinido que se abre entre la disolución gremial y una industrialización que no acaba de hacer acto de presencia en la ciudad: territorio pues de jornaleros, albañiles, tejeros, zapateros, costureras y lavanderas. Una composición socioprofesional que contrasta con la de la ciudad en su conjunto en que artesanos y servicio doméstico ocupan a la mitad de la población y aún marcan su pulso económico. La razón de esta diferencia reside en el carácter periurbano de la zona de Chamberí y sus alrededores: la burguesía y las clases medias no están presentes y por lo tanto no arrastran a los criados y sirvientas que echamos en falta. Los talleres de artesanos son escasos frente a otros centros de producción económica que aglutinan a la población.

IV.- UN NUEVO BARRIO DE MADRID: TRANSFORMACIONES DE LA POBLACIÓN DE CHAMBERÍ CON EL DESARROLLO DEL ENSANCHE

*Porque a mí, querida Cándida, que no me saquen de estos barrios. Todo lo que no sea este trocito no me parece Madrid. Nací en la plazuela de Navalón, y hemos vivido muchos años en la calle de Silva. Cuando paso dos días sin ver la Plaza de Oriente, Santo Domingo el Real, la Encarnación y el Senado, me parece que no he vivido. Creo que no me aprovecha la misa cuando no la oigo en Santa Catalina de los Donados, en la capilla Real o en la Buena Dicha. Es verdad que esta parte de la Costanilla de los Ángeles es algo estrecha; pero a mí me gusta así. Parece que estamos más acompañados viendo al vecino de enfrente tan cerca, que se le puede dar la mano. Yo quiero vecindad por todos lados. Me gusta sentir de noche al inquilino que sube; me agrada sentir aliento de personas arriba y abajo. La soledad me causa espanto, y cuando oigo hablar de las familias que se han ido a vivir a ese barrio, a esa Sacramental que está haciendo Salamanca más allá de la Plaza de Toros, me da escalofrío. ¡Jesús, que miedo!*⁹¹

Benito Pérez Galdós, *Tormento*, novela situada en 1868

Chamberí pasó de albergar 5.007 personas en 1860 cuando no era más que un arrabal y unas cuantas edificaciones dispersas en las afueras de la villa, a tener 23.695 habitantes en 1880, una vez que se aprobó el proyecto de Ensanche, se derribaron las cercas que la separaban de la ciudad y quedó integrado en ella. La población de este nuevo barrio casi se multiplicaba por 5, lo que le destacaba como una de las zonas más dinámicas de crecimiento de un Madrid que continuaba aumentando: entre 1860 y 1877, el censo de la capital pasaba de 298.426 habitantes a 397.816. El aumento de la población madrileña en estos años se sigue sosteniendo en un modelo en que, como se ya se expuso, las continuas riadas de inmigrantes vienen a compensar un crecimiento vegetativo negativo. Bajo este constante comportamiento demográfico de la ciudad, sin embargo, se observa un cambio en el papel que juegan sus diferentes barrios y distritos⁹². Así mientras los barrios nuevos del Ensanche como Chamberí, Pozas, Argüelles o Salamanca registran aumentos de población que superan los 10.000 habitantes, otros barrios, particularmente los del distrito Centro y los más deteriorados de Hospicio y Universidad, congestionados por un crecimiento sin ampliación de la ciudad que duraba ya

⁹¹ PÉREZ GALDÓS, Benito: "Tormento" en *Obras Completas. Novelas II*. Aguilar, Madrid, 1973, pág. 19

⁹² BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, MOPU, 1983, pp. 99-106.

dos siglos, pierden población tras la apertura de la cerca y comienzan un proceso de desahogo urbano, expulsando población hacia las zonas periféricas.

El Ensanche de Madrid conllevó un proceso de redistribución de su población en el que Chamberí adquirió un papel fundamental que le hizo cambiar la función que cumplía respecto de la ciudad antes de ser incorporada a ella. El futuro distrito de Chamberí, entonces Zona 1 de Ensanche, se convierte en estos años en zona de absorción de población madrileña vieja y nueva, de inmigrantes y de madrileños de larga implantación en la ciudad. Un papel que ya hemos visto que jugaba desde décadas anteriores de una manera improvisada y en cierta medida hasta de forma sino ilegal al menos alega: su caserío surgía a la sombra de una ciudad que se negaba a crecer y recogía aquellos madrileños que no encontraban un espacio para desarrollarse en el casco antiguo. Familias jornaleras, artesanos, empleados, algún pensionista pero pocos burgueses y representantes de las clases acomodadas que siguen sintiendo, como Rosalía Pipaón, el personaje de Galdós, que Madrid es tan sólo la Puerta del Sol y sus alrededores.

Para que el cambio se produzca habrá que esperar a la aprobación del Ensanche, pero sobre todo al derribo de la cerca en 1868 y a la derogación de todas aquellas normas constructivas e higiénicas que eran observadas como perjudiciales por los propietarios de los terrenos. En el caso de Chamberí, también fue decisiva la resolución final del conflicto que se había establecido entre la red viaria ya existente y el proyecto de Castro que preveía hacerla desaparecer. Hasta que en 1869 se dé la razón a los propietarios de los terrenos, el conflicto y la incertidumbre que generó fueron un motivo más de repulsión de los esfuerzos inmobiliarios. Pero a partir de esa fecha, consagrada ya definitivamente en el plano legislativo del Ensanche la hegemonía de la libertad de los propietarios de los terrenos sobre cualquier principio de utopía urbanística e higiénica que pudiera residir en el escrito de Castro, se dio rienda suelta a la construcción. Con todo lo errática que pueda ser la urbanización de Madrid, falta de coherencia y de grandes proyectos de construcción, a pesar de que en la historia de su Ensanche se sucedan fracasos sonoros como el del

Marqués de Salamanca y proyectos urbanos de altos vuelos jamás contruidos como la Plaza de Europa de Fernández de los Ríos⁹³, la realidad es que los nuevos edificios muchas veces criticados por su escasa calidad se construyeron ensanchando irreversiblemente la ciudad. La pequeña aglomeración de Chamberí y sus alrededores, que ofrecía en 1860 poco más de 1.200 viviendas, veinte años más tarde contaba ya con más de 6.000 habitaciones para alojar a los habitantes de Madrid.

En este periodo, y especialmente tras el Sexenio Democrático, también se irán venciendo las iniciales reticencias de la burguesía y las clases medias más acomodadas a abandonar el centro de la ciudad. Poco a poco, algunos habitantes del centro dejaron esa bulliciosa amalgama que es el casco viejo y fueron a instalarse a las calles del Ensanche Norte, que no obstante seguían conteniendo grandes espacios despoblados. Los nuevos pobladores van transformando el aspecto del viejo arrabal que cada vez adquiere un aspecto más urbano. Chamberí se hace Madrid y eso se deja notar en las novelas de la época, hasta entonces siempre merodeando en la puerta del Sol, la Carrera de San Jerónimo y el salón del Prado. En los años 80 los novelistas y sus personajes irán abandonando el corazón de Madrid y vendrán a instalarse en estas zonas nuevas de la ciudad: así vemos a Maximiliano Rubín recién casado con Fortunata venir a instalarse en las inmediaciones de la plaza de Olavide, o encontramos al Marqués de Requena que pinta Palacio Valdés en *La Espuma*, buen representante de la burguesía recién ascendida, en un hotelito construido por él mismo en la calle Luchana⁹⁴.

⁹³ La Plaza de Europa es uno de los ejemplos más célebres del *Madrid no construido*; proyecto personal de Ángel Fernández de los Ríos a su llegada a la concejalía de Obras Públicas del Ayuntamiento de Madrid en 1868, pretendía ser un amplio espacio público entre la puerta de Bilbao y la de Santa Bárbara que ordenara un barrio de viviendas unifamiliares ajardinadas para la clase media y obrera. Esta remodelación de Chamberí, como es patente, no superó el estado de utopía. Para su descripción FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El Futuro Madrid*. Edición de BONET CORREA, Antonio, Los libros de la Frontera, Madrid, 1989.

⁹⁴ El estudio de los espacios residenciales de las altas clases madrileñas y su reflejo en la literatura fue abordado hace tiempo por GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración* Oviedo, 1983. Especialmente el capítulo VII "El Madrid de los que mandan. Topografía madrileña de la alta clase. La vida material: la casa. El ritmo de vida" pp. 264 – 298. Más nos queda saber sobre las clases medias de las que Galdós también da buena cuenta, especialmente en Chamberí, donde él vivía (Ronda de Santa Bárbara, actual Génova) en el que hace residir también a los personajes de *Tristana*.

IV.1.- Chamberí: un foco especialmente dinámico en el crecimiento demográfico madrileño.

Pero la progresiva incorporación de Chamberí a Madrid no sólo se puede rastrear en la literatura, sino que se va expresando con fuerza en sus dinámicas demográficas. El fuerte incremento de población que esta zona experimenta en los primeros años del Ensanche modificó de forma llamativa su pirámide de composición por edades. Los rasgos particulares que distinguían a la población de las afueras del Norte del resto de la ciudad van a ir transformándose progresivamente a medida que Chamberí vaya creciendo y desempeñando un papel cada vez más importante en la morfología de Madrid. En 1860 podía sorprender su particular dibujo en que se marcaba de manera especialmente intensa una inmigración generalmente hecha en familias nucleares, en que la que los cabezas de familia solían ser ya adultos cercanos a los 40 años y que en cambio los jóvenes entre 15 y 25 años eran un grupo minoritario. En 1880, la composición por edades de la población (que no hay que olvidar que ha multiplicado casi por 5 su volumen) ha cambiado sustancialmente. El dibujo que nos ofrece su pirámide empieza a esbozar rasgos de una cierta normalidad demográfica, en la que los impactos de la inmigración dejan de ser tan llamativos al menos en apariencia; sigue siendo una población predominantemente joven en la que además ya no se nota la ausencia de adolescentes y jóvenes de menos de 25 años. Incluso, en este sentido Chamberí y la zona Norte de Ensanche parece acusar menos este efecto de la inmigración que el conjunto de la población de Madrid, en que los niños entre 5 y 15 años son relativamente escasos.

Por un lado es el simple paso del tiempo el que produce estas transformaciones. La lógica evolución de las familias inmigrantes asentadas en Chamberí, permite el aumento de los jóvenes de 15 a 25 años; muchas de las familias que observábamos en 1860 habían llegado con hijos recién nacidos y les podía esperar una vida reproductiva aún larga por delante: el padrón de 1880 recogería entre sus jóvenes muchos de los hijos de los inmigrantes ya presentes en Chamberí en 1860 y cuyas tasas de natalidad, eran, a lo que parece de la simple observación de la pirámide, bastante altas. La reproducción

de las primeras familias que se asentaron en Chamberí está produciendo ya algunos cambios: aunque de manera tímida se va notando una presencia cada vez mayor de madrileños entre la población adulta. Son hijos de inmigrantes, muchas veces nacidos cuando sus padres llevaban poco tiempo en la ciudad.

Gráfico 6: Población de Madrid según el censo de 1877

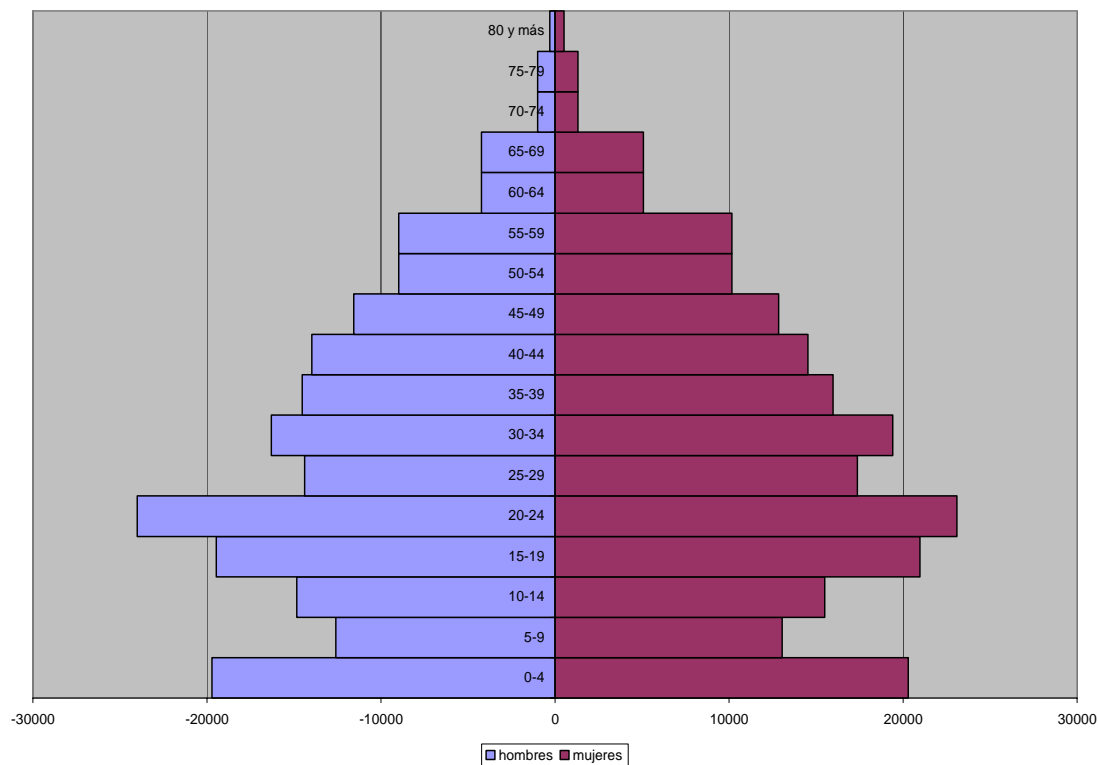
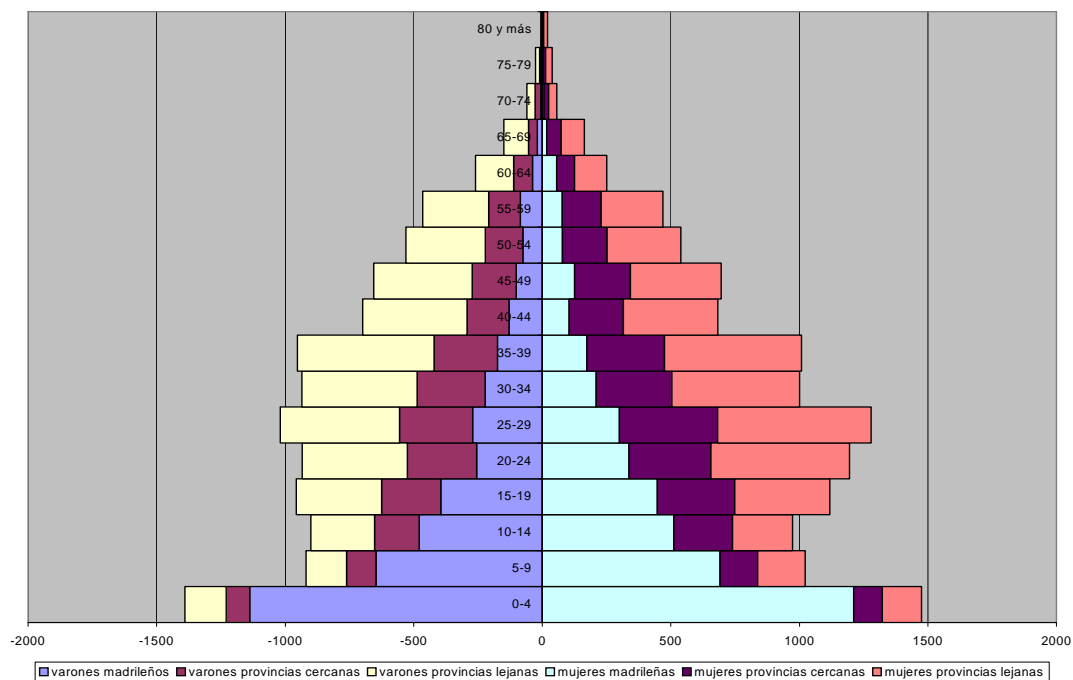


Gráfico 7: Pirámide del Ensanche Norte en 1880 por lugares de origen



Pero el estudio del crecimiento de una zona de expansión urbana no puede ser encarado como el de una comunidad cualquiera, pretendiendo hacer de la natalidad y la mortalidad los principales factores explicativos. En realidad, en el caso de la zona de Ensanche en su periodo de crecimiento, estos representan factores relativamente marginales frente a la inmigración, que sigue siendo el principal motor de aumento demográfico. La inmigración y además el ritmo de edificación de la zona. Las características del espacio urbano en que se asienta la población que estamos analizando se transforman de una manera significativa entre 1860 y 1880. Para empezar ya no se trata de un arrabal, de un espacio surgido de manera improvisada y en cierta medida desordenadamente, en el que se han ido instalando algunas familias expulsadas de la población que se acomodan en un conjunto de casas bajas que crece lenta y modestamente más allá de la cerca de la ciudad. Chamberí y sus alrededores forman ahora parte de Madrid, han visto crecer su caserío y aumentar las plantas de sus edificios, quizá no tan rápidamente como la ciudad necesitaba, pero si de manera que su paisaje y la población que lo integran se hayan visto sensiblemente transformados. Su oferta de viviendas se ha multiplicado y además se ha diversificado: ya no son sólo casas bajas de una planta, sino también edificios de vecindad que pueden albergar a muchos más habitantes y a un bajo precio, pero también, en algunas partes hoteles y viviendas unifamiliares para las clases acomodadas. Chamberí pasa de ser un espacio de residencia residual generado por el hacinamiento de la ciudad a convertirse en un polo de atracción de población que viene a habitar sus casas recién construidas.

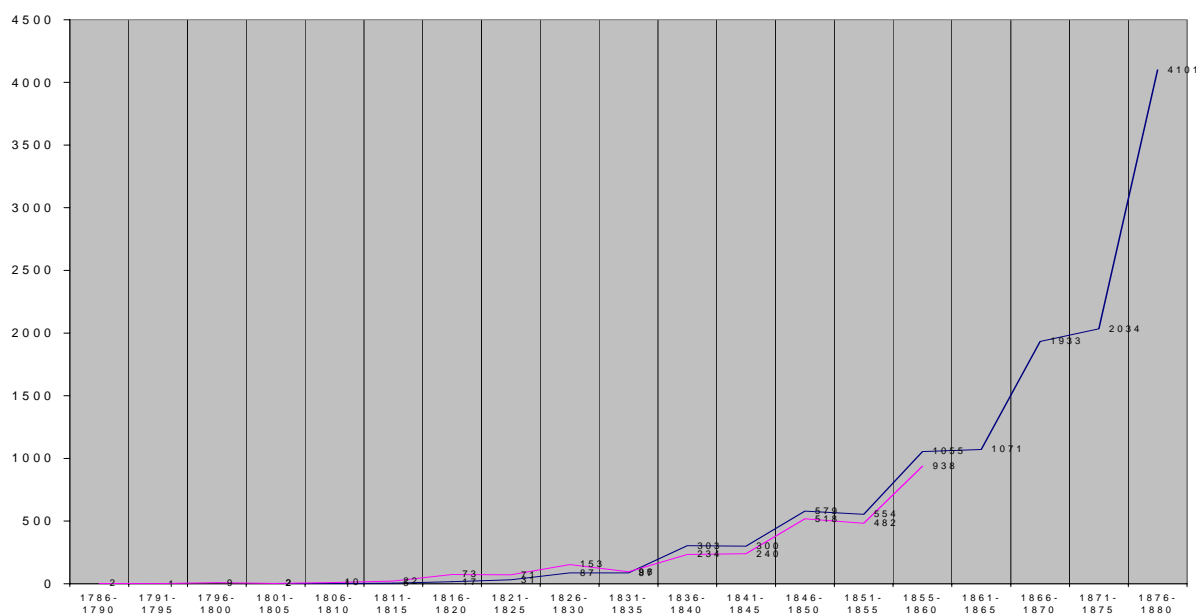
La pirámide de la población del Ensanche Norte en 1880 es el resultado de veinte años de crecimiento urbano, de dos décadas de recepción de familias que buscan una habitación dónde instalarse. Muchas de ellas serán familias ya formadas y que habitaban en Madrid y que deciden abandonar el casco viejo para habitar un espacio más saludable y desahogado como es el Ensanche. En gran medida no hacen sino continuar la senda que ya iniciaron los primeros pobladores de Chamberí, inmigrantes con varios hijos que se decidían a abandonar el centro de la ciudad y a poblar el arrabal. Pero la mayor disponibilidad de vivienda y sobre todo su diversidad, que ha superado los

límites que le imponía su condición de territorio periférico, amplió el abanico social y demográfico de la población que se siente atraída por el naciente barrio. Por un lado acudían a él también familias madrileñas recién formadas para las que el casco antiguo continuaba ofreciendo pocas posibilidades de habitación. Por otro lado, Chamberí que ya es ciudad y no su periferia, también acoge a las familias de inmigrantes recién llegadas, que encuentran en esta zona ya plenamente urbana un espacio que el centro les niega. La población del Ensanche Norte se configura así en la encrucijada de estas trayectorias migratorias y de movilidad interna de la ciudad. Su rasgo definitorio es una cierta homogeneidad entre las cohortes de menores de 40 años, edad a partir de la cual la población comienza a descender de manera más precipitada que en el conjunto de la ciudad. También le distingue del total de la capital un mayor peso proporcional de los niños menores de 10 años, especialmente de los recién nacidos y los menores de 5 años, que son con diferencia el grupo de edad más nutrido de su población. Podemos sospechar que se trata de una población en general compuesta por familias jóvenes, encabezadas por adultos que no superan los 40 años y que mantienen una gran cantidad de hijos en el hogar. Sospechas que parecen verse confirmadas en la pirámide de población, en que se observa aún cómo son los madrileños los que copan prácticamente las cohortes de edad infantiles, muchos de ellos hijos de los inmigrantes que predominan entre los adultos.

La integración familiar parece destacarse como el rasgo que distingue a la población del Ensanche dentro del conjunto de la ciudad; Madrid era en 1877, como se ve en su pirámide una población profundamente marcada por los fenómenos migratorios. No sólo en ella la infancia tiene mucha menor importancia que en la zona de Ensanche sino que además muestra un predominio de jóvenes entre los 16 y los 25 años que en Chamberí sólo se esboza ligeramente. Y no obstante el Ensanche Norte y Chamberí son espacios en que la inmigración está muy presente, como se puede apreciar en su pirámide de población: sólo un 37,47 % de sus habitantes ha nacido en la ciudad.

Una explicación para este desigual efecto de la inmigración en las pirámides de Madrid y del Ensanche Norte podría encontrarse en el papel específico que cumplen los barrios nuevos en la distribución de la población en la ciudad, papel al que ya nos hemos referido al hablar de la población en 1860: en ese sentido las afueras del Norte de Madrid destacaban por ser el foco de recepción de una inmigración que no era en su gran parte recién llegada sino que llevaba ya un tiempo asentada en la villa. Pero en este aspecto Chamberí también experimenta transformaciones a medida que se profundiza en su proceso de urbanización. Si nos fijamos en los años de llegada de su población inmigrante (ver gráfico 8) salta a la vista cómo los llegados en los últimos cinco años suponen una importante parte de la población. Sólo en 1880, año en que se realiza el padrón, llegan 1.006 de los 23.695 habitantes inscritos en Chamberí. 4.366 habitantes del Ensanche Norte,

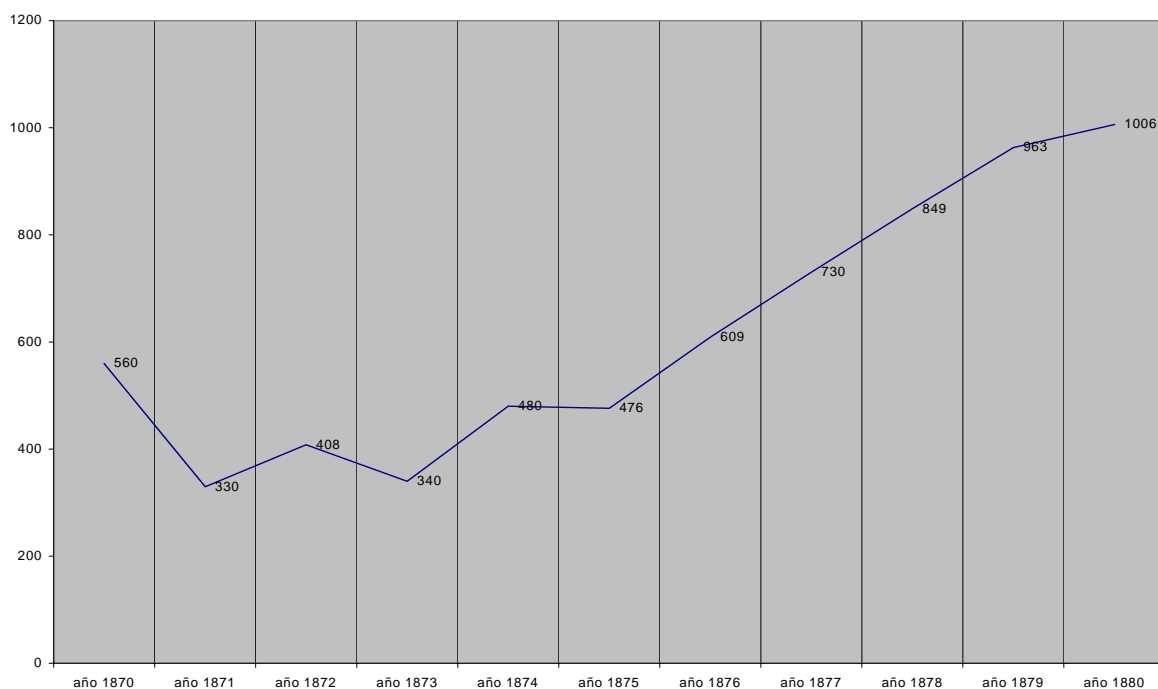
Gráfico 8: ritmo de llegada de los inmigrantes presentes en el Ensanche Norte en 1880



casi el 20% de su población, llegó a Madrid en 1875 o más tarde. Además la población llegada en años anteriores no sólo se conserva sino que aumenta, tal y como se concluye de la comparación de los datos de 1860 y de 1880 (ver gráfico 9). En ello fundamentalmente influye el aumento de la vivienda edificada en el sector, que va a permitir una llegada constante y creciente de inmigrantes al Ensanche Norte⁹⁵.

⁹⁵ El año de llegada que declara la persona en la hoja del padrón al rellenarla no indica necesariamente que ese año se estableciera en el lugar en el que vive; por otro lado tampoco se pueden extrapolar estos datos y esta tendencia y considerarlos como indicadores de los

Gráfico 9: ritmo de llegada de los inmigrantes presentes en el Ensanche Norte entre 1870-1880



No se puede asegurar tajantemente que el conjunto de los inmigrantes llegados en 1880 lo hicieran para establecerse definitivamente en Madrid o en su Ensanche. Pero lo que si al menos demuestra es el carácter inmigrante de Chamberí y una cierta constancia de la llegada de población, que le convierten en un espacio en continua renovación demográfica. El Ensanche Norte, veinte años después de su incorporación a la ciudad mantenía ese halo de población nueva, de *Futuro Madrid*, que ya se apuntaba en sus tiempos de arrabal.

Si procedemos a un análisis de las formas de llegada de la inmigración como el que ya se ensayó para 1860 se comprueba que la inmigración en familia sigue siendo el principal mecanismo de inserción del inmigrante en la ciudad. Más del 68% de los inmigrantes que acuden a la capital y que se instalan en el Ensanche Norte lo hacen para habitar con algún familiar; sigue siendo lo más frecuente que sean familias nucleares las que acudan a la ciudad y no inmigrantes solitarios y desarraigados. Cuando los inmigrantes

ritmos de inmigración a Madrid (pues es muy probable no sólo que los desvirtúe el diferente papel que cumple cada barrio en la acogida de la población inmigrante sino también la inmigración temporal, la población flotante que existe en la capital y que puede que infle los

vienen en solitario lo hacen muchos de ellos empleándose como sirvientes en una casa, una forma de llegada a la ciudad que parece cobrar importancia a medida que la zona de Ensanche se urbaniza (pasa de un 7,3% por ciento en 1860 a un 11,4% en 1880): en ello influye fuertemente el surgimiento de las barriadas de calidad y destinadas a la aristocracia y el alto funcionariado que Castro preveía en la zona próxima a la Castellana y que se van a convertir en un polo de atracción para la inmigración que acude a Madrid para emplearse en el servicio doméstico.

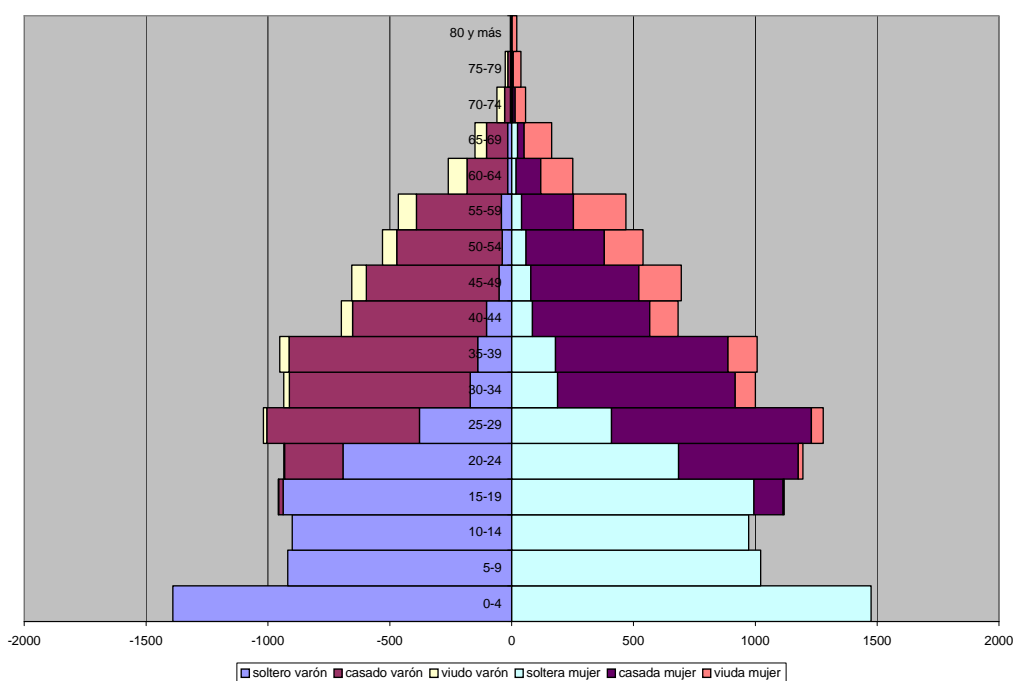
Tabla 9: Formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados a Chamberí en 1879-1880			
Cabezas	512	18,53%	
Esposas	357	12,92%	
Hijas	338	12,23%	
Hijos	334	12,09%	Total hijos: 24,31%
Familiares	346	12,52%	Total familia: 68,30%
Religiosos	72	2,61%	
Realquilados	405	14,66%	
Criados	315	11,40%	
Alumnas	20	0,72%	
dependientes de comercio y empleados de fábrica o similar	64	2,32%	
Total	2763	100,00%	

De esta manera, la zona del Ensanche Norte, en el espectacular crecimiento que experimenta entre 1860 y 1880, aunque mantendrá prácticamente intacto su componente fundamentalmente inmigrante por una llegada constante y creciente de familias de fuera de Madrid, no se convertirá en una población especialmente desarraigada. Muy al contrario, Chamberí y los nuevos barrios se caracterizaran frente a la ciudad por su intensa articulación y vitalidad familiares: los nuevos pobladores de Madrid, el Futuro Madrid que se establece en el Ensanche lo componen familias jóvenes e inmigrantes y cuyas tasas de natalidad y nupcialidad son altas. Así lo parece sugerir la pirámide de población (ver gráfico 10) en la que a partir de los 25 años, tanto para las mujeres como para los hombres, la población casada comienza a ser predominante. Más expresivo es el dato del celibato definitivo en las mujeres: sólo el 12,59% de las mujeres comprendidas entre 41 y 45 años permanecen solteras; es decir, una

datos de los últimos años). Sólo en comparación con datos similares de otra zona de la ciudad,

pequeña parte de las mujeres que habitaban el sector Norte del Ensanche no habían pasado por el matrimonio al llegar a la edad en que la fertilidad reproductiva tocaba a su fin y en que las opciones de casarse disminuían considerablemente.

Gráfico 10: Pirámide de población del Ensanche Norte en 1880 desglosada por estado civil



Estos indicios de una intensa vida y articulación familiares de la población del Ensanche Norte madrileño han de servir para plantearse el mecanismo de funcionamiento demográfico de una ciudad como el Madrid del finales del XIX, tradicionalmente presentada como una devoradora de humanidad, como una sepulturera de inmigrantes. El Ensanche, no parece en realidad ese cementerio al que viene a morir la población sobrante de los medios rurales; por otro lado la imagen que nos ofrece no parece participar de esa ciudad del XIX como un medio en que el celibato definitivo y la soltería son más abundantes que en las comunidades más pequeñas. Chamberí, con su vitalidad demográfica y su integración familiar parece conjugarse dificultosamente con los retratos demográficos que ya tenemos del Madrid decimonónico.

podríamos establecer conclusiones más o menos firmes.

IV.2.- Un distrito intermedio en una ciudad demográficamente diferenciada.

Para integrar esta especificidad demográfica de la zona de Ensanche dentro de la tendencia general de la ciudad es necesario tener en cuenta la amplia gama de fenómenos que convivían dentro de un Madrid cuyo comportamiento general ya conocemos: crecimiento vegetativo secularmente negativo y altos flujos migratorios. Antonio Fernández en sus numerosos estudios sobre la población madrileña del XIX, ha insistido en que a pesar de la preeminencia de este modelo demográfico para la ciudad, es necesario matizar y subrayar como no afectaba por igual a todos los madrileños⁹⁶. La alta mortalidad infantil, la mortalidad catastrófica y epidémica, las altas tasas de natalidad y los porcentajes de nacimientos ilegítimos son fenómenos que no afectan por igual a la población, sino que distinguen a las clases sociales. A finales del XIX en Madrid, de hecho coexisten dos modelos demográficos diferentes según los estratos sociales a los que nos refiramos: las clases altas, que han sabido o han podido poner coto a la alta mortalidad y que han abrazado los nuevos comportamientos reproductivos en que la natalidad se reduce; en frente las clases populares que siguen expuestas a altas tasas de mortalidad general e infantil y que siguen compensándolas con un elevado número de nacimientos. Tales diferencias se transmiten en el proceso de segregación socioespacial que está viviendo la villa a la geografía urbana y hoy nos es posible situar en el plano de Madrid determinadas fronteras que diferencian a sus habitantes entre la vida y la muerte, especialmente una vez acometido el Ensanche de la ciudad:

“El impacto del plan de Ensanche, zona donde va a residir la burguesía madrileña, que mostrará su preferencia por el urbanismo cuadrangular de Buenavista, parece claro, mientras los distritos del Sur, Latina e Inclusa, los más poblados a principios de los sesenta, apenas aumentan su población. Esta evolución del mapa urbano deriva en una típica dualidad social, puesto que en la zona del ensanche se atiende en términos

⁹⁶ Este aspecto de la desigualdad social de los comportamientos demográficos, con ser una constante de sus estudios, es extensa y minuciosamente desarrollado en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pp. 29-76.

generales con servicios o al menos dispone de calles anchas y espacios libres, los barrios del Sur se han convertido en áreas de repulsión poblacional para los niveles pudientes y sufren un proceso de deterioro por su hacinamiento, su configuración de calles estrechas y tortuosas y sus viviendas vetustas. Son los barrios proletarios. Se ha producido la clásica dicotomía de la ciudad industrial, señalada en todas las historias del urbanismo⁹⁷.

En esta dicotomía la mortalidad se acabará expresando de diferente manera; en 1897 mientras los barrios ocupados y copados por las clases altas ofrecen tasas de mortalidad por debajo de la media madrileña (Centro, Congreso, Buenavista) los barrios bajos y populares de Madrid destacan por ser focos de muerte (Inclusa, Universidad, y el de Hospital, cuyos datos aparecen viciados por las instituciones sanitarias en él presentes)⁹⁸. Una dicotomía de la que son conscientes los contemporáneos⁹⁹

Tabla 10: La tasa de mortalidad, indicador de distinción social en 1897

tasa de mortalidad madrileña media: 29,69‰

tasas de mortalidad por distritos

- Palacio: 24,86‰
- Universidad 30,66‰
- Centro: 19,90‰
- Hospicio: 26,66‰
- Buenavista: 20,55‰
- Congreso: 18,66‰
- Hospital: 65,24‰
- Inclusa: 33,85‰
- Latina: 26,34‰
- Audiencia: 24,07‰

y que se polarizará simbólicamente en dos imágenes que resumen a la perfección las enormes diferencias sociales que conviven en la ciudad: por un lado el barrio de Salamanca, residencia de la flor y nata de la aristocracia madrileña y parte importante de la española, por el otro la plaza de Lavapiés y

⁹⁷ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)" en *El Reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales. Actas de los IV Coloquios de Historia*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp.163-180, pág. 170.

⁹⁸ Los datos que incluimos en el cuadro proceden de FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico" en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pp. 42-43.

⁹⁹ La diferencia de los distritos ante la muerte ya es señalada y comentada en los estudios demográficos que comienzan a publicarse utilizando los resúmenes estadísticos; así para 1886 JIMENO AGIUS, J: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. Madrid, Establecimiento tipográfico el Correo, 1886; a principios de siglo REVENGA, Ricardo: *La muerte en Madrid*. Madrid, 1901. La obra del médico Hauser, como ya vimos, va más allá y completa estas diferencias en sus aspectos de higiene y salubridad. Desgraciadamente, estas fuentes tan valiosas para el estudio de la demografía histórica madrileña, resultan inútiles para el estudio del Ensanche Norte que sigue en esta época dividido administrativamente entre Hospicio, Buenavista y Universidad. En gran medida deberíamos entender su especificidad demográfica como un híbrido de los tres.

sus alrededores, refugio de pobres, criminales y caídos en desgracia en general¹⁰⁰.

Chamberí, el Ensanche Norte, entre la blancura del barrio de Salamanca y el negro porvenir de los habitantes de los barrios bajos de Inclusa, representa un amplio espacio de gris indefinición que se manifiesta primero en las fuentes. Chamberí no es distrito y no lo será hasta entrado el siglo XX y sus datos aparecen repartidos por los de los diferentes distritos de los que depende y que como se puede observar en el cuadro de la mortalidad, tienen comportamientos bien dispares: Buenavista al Este y Hospicio en el centro son barrios saludables, mientras Universidad, en el Oeste, supera la media de mortalidad general madrileña. Los datos del padrón de Chamberí tampoco nos permiten establecer estadísticas de mortalidad o natalidad de la zona y nos tenemos que conformar con sospechar que el comportamiento demográfico al respecto participaba en cierta forma de las pautas de estos tres distritos de los que dependía. No será hasta 1905 que Chamberí aparezca en estas clasificaciones de los distritos por su comportamiento demográfico, que en ese año vuelve a situar su extremo inferior en Inclusa (con un 41,5‰ de tasa de mortalidad) y el superior en Buenavista (con un 19,76‰). En este abismo que separa clases sociales y distritos ante la vida y la muerte, surge con gris normalidad, *“el nuevo de Chamberí [que] aparece en situación media, con tasas de entre el 29 y el 30‰; proletaria gran parte de su población, contrarresta el bajo nivel de sus moradores con la amplitud y el arbolado de muchas de sus calles, además de espacios vacíos que permitían mayores niveles de ventilación e insolación”*¹⁰¹

El ensanche Norte es en este sentido un espacio urbano de características atípicas dentro del proceso de segregación social que está operando en la ciudad, pues combina las pautas de comportamiento propias de

¹⁰⁰ La identificación entre barrios bajos (Inclusa especialmente) y criminalidad es patente en el excepcional estudio de criminología social de la época BERNALDO DE QUIRÓS Y LLANAS AGUINALEDO, José María: *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, Madrid, Rodríguez Serra, 1901 (reeditado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en 1998).

¹⁰¹ Los datos y la cita de FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL,

las clases populares (una alta natalidad, una intensa nupcialidad) junto a un menor influjo del contexto hostil de habitabilidad y la salubridad que producía el aumento de la mortalidad. Esta excepcionalidad de Chamberí dentro de los barrios obreros no es consecuencia de las virtudes del Ensanche y de la creación de un espacio de calidad urbana, sino de todo lo contrario. Lo que hace de la zona un espacio ligeramente saludable a los otros barrios que ocupan el interior es precisamente su escasa urbanización, el mantenimiento de una densidad edificatoria aún relativamente baja y en la que el hacinamiento no es alarmante. En la zona es más difícil que prendan las epidemias como lo hacen en los barrios del interior, asolando calles enteras en que los habitantes viven en un asfixiante contacto. Por ello ya en los años 70 del siglo XIX es recomendado por los higienistas como un espacio saludable especialmente recomendable para las clases jornaleras por su alquiler al tiempo barato:

“No es indiferente tampoco la elección de barriada en una población tan extensa como Madrid y de suelo topográficamente tan desigual, y formado hoy también por grupos de muy diferentes condiciones urbanas. (...) Las [barriadas] del Norte, frías y más batidas de los vientos, reúnen condiciones para dar tonicidad y fuerza al organismo, y una atmósfera más pura y menos miasmática, y conviene para los propensos a tercianas y otras enfermedades intermitentes, como para las personas padecidas por flujos y debilidades, y para los temperamentos linfático y escrufuloso, que se mejoran á veces viviendo en el desparramado caserío de Chamberí. Más afortunadas estas barriadas que las del Sur, ofrecen abundantes y variadas habitaciones para todas las clases sociales, tanto en el interior del antiguo recinto de la villa, como en los barrios extremos de Chamberí, Argüelles y Pozas, este último, económico y ventajoso en su círculo exterior, pero de pésimas condiciones en sus calles interiores; así como el segundo es indudablemente el de más bello, higiénico y acertado sistema de construcción en la corte.”¹⁰²

Tampoco conviene exagerar las condiciones de salubridad y bienestar de la nueva zona de Ensanche; puede que Chamberí se alzara en los años 80 del XIX como un barrio popular menos vulnerable al vibrión colérico y a las crisis epidémicas por el sol que entraba en sus cuartos aún poco sombreados por la escasa edificación o por lo ventilado de sus calles despobladas en las que alternaban las nuevas casas de vecindad con las antiguas huertas abandonadas. Sin embargo ello no le eximía de pagar otros tributos demográficos propios de las clases populares en el Madrid de la época y que

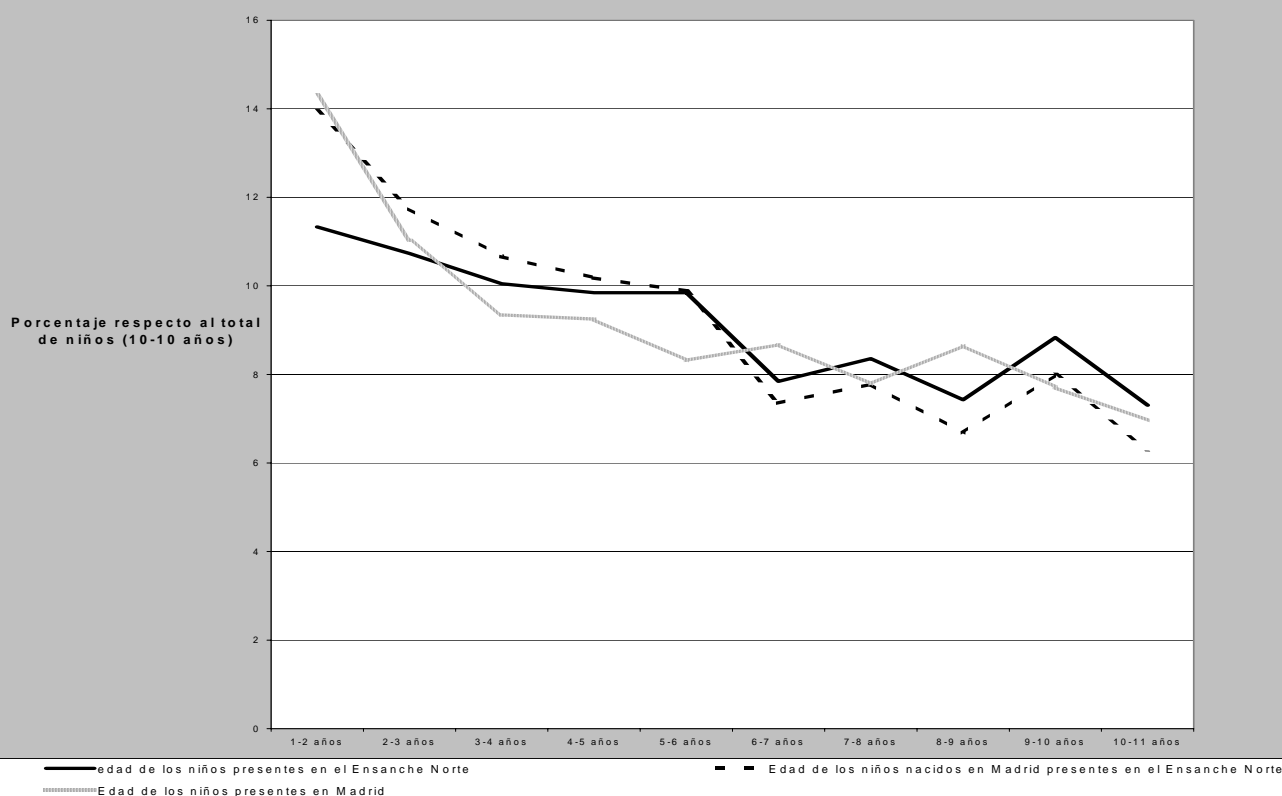
L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pág. 59.

¹⁰² PARADA, Diego Ignacio: *Higiene del habitante de Madrid ó advertencias reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta corte.* Madrid, Imprenta de M. Minuesa, 1876. pp.23-24.

se explican más allá de la infraestructura urbana; ésta última podía agravar las epidemias, fomentar las infecciones y los contagios, pero lo que hacía sucumbir a los estratos sociales populares con tanta facilidad ante la muerte era su estado de subalimentación y pésimas condiciones de vida, en que toda enfermedad redoblabla su morbilidad. Causas que se ceban especialmente en las constituciones más débiles, las de los recién nacidos.

Con toda la prudencia que exige el uso de datos estadísticos que son más tardíos que la época que estamos retratando, se puede constatar la dimensión que adquiere la mortalidad infantil en Chamberí que se presenta en las estadísticas municipales en 1905 como el segundo distrito después de Latina en que se producen más nacimientos de niños muertos¹⁰³; la muerte de los recién nacidos se acompaña además de un auténtica criba entre los

Gráfico 11: Evolución del porcentaje por edades de los niños madrileños y de los niños presentes en el Ensanche Norte en 1880



¹⁰³ En 1905 esta lúgubre clasificación estaba encabezada por Latina, en que nacen vivos el 91,26 % de los niños, seguida de Chamberí en que lo hacen el 92,02. En el otro extremo se sitúan Buenavista (el 95,99) y Palacio (95,33). FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña..." pág. 57.

supervivientes al parto en sus primeros cinco años de vida. Esto último no necesita de estadísticas para afirmarlo, basta que volvamos sobre las pirámides de población que nos arrojan los datos del padrón para que observemos la alarmante descompensación entre las franjas de edad que van hasta los 5 años y desde esa edad a los 10. Los cinco primeros años se convierten en una etapa fundamental en la supervivencia del individuo, para el que una vez superada, se reducen las posibilidades de morir.

Los habitantes que pueblan el Ensanche pueden venir huyendo de la enfermedad y la muerte que cunde en los barrios bajos y deteriorados del casco antiguo de Madrid, pero al llegar a los barrios nuevos encontrarán alquileres caros que estrecharán un poco más el margen de maniobra de sus presupuestos ya de por sí reducidos. La pendiente por la que se deslizan las familias más desfavorecidas no es bien conocida: compartir habitaciones, aumentar por tanto el hacinamiento de las habitaciones, en su defecto emplear a los niños en el trabajo, con el consiguiente menoscabo de sus débiles constituciones y toda la ristra de situaciones que produjo la desbordada urbanización del XIX y de las que nos ocuparemos más adelante.

Pero por el momento Chamberí a medio construir, insisto, no se ha deslizado del todo por la pendiente de los vicios de la urbanización que acompañó al crecimiento madrileño del XIX. Barrio popular que combina pues la alta natalidad propia de los estratos sociales que lo pueblan y una atenuación de la mortalidad que asola a la capital. Se abre sobre sus terrenos un espacio demográfico excepcional en la tendencia de Madrid, un foco de crecimiento de la ciudad que se asemeja a la etapa que suele mediar entre el paso de un modelo de un modelo demográfico antiguo a uno moderno y en los que se produce una fase de explosión demográfica por el desajuste entre mortalidad y natalidad¹⁰⁴. De nuevo el Ensanche Norte, esta vez en lo demográfico, se perfila como *Futuro Madrid*, mostrando elementos de

¹⁰⁴ De esta manera ha sido descrita la transición demográfica que se asocia a las transformaciones contemporáneas; también Madrid FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La población madrileña..." *op. cit.* 66-73

modernidad que ya están presentes en la ciudad pero que las estadísticas aún esconden y que no se harán patentes hasta mucho más tarde.

IV.3- Urbanización de la composición social de Chamberí. La irrupción de la burguesía en el Ensanche.

Esta excepcionalidad de Chamberí, este carácter intermedio en el panorama demográfico y urbano extremo que presenta Madrid entre sus barrios de mayor calidad del Ensanche plenamente burgués y los más típicamente populares del casco antiguo, nos debe hacer preguntarnos por la composición social del Ensanche Norte y las transformaciones que haya podido sufrir con su incorporación definitiva a la ciudad entre 1860 y 1880. ¿Se produjo una revalorización tal de sus terrenos como para cambiar esa impronta claramente popular que le daban la presencia de jornaleros inmigrantes y artesanos antes del derribo de la cerca? En cierta medida ya ha surgido algún indicador que delataba un aumento de la categoría social de los habitantes del Ensanche: la importancia creciente de inmigrantes que acuden para integrarse como sirvientes en casas particulares indica un aumento de las clases medias que se establecen en este espacio urbano. En los primeros años de la Restauración las capas medias y burguesas van a superar sus iniciales reticencias a abandonar el centro de la ciudad, que tan expresivamente proclamaba *la señora de Bringas* creada por Galdós y vendrán a instalarse a los barrios del Ensanche. Así en 1880 ya encontramos empleados y profesionales liberales entre los vecinos de Chamberí, y con ellos el servicio doméstico que siempre les acompaña por Madrid en sus desplazamientos y que pasa de representar casi el 9% a más del 13% de los trabajadores.

El crecimiento de las capas medias y burguesas es no obstante reducido y diferenciado por grupos socioprofesionales: mientras crecen los profesionales liberales (muy ligeramente), los propietarios y rentistas y sobre todo los empleados, en cambio los comerciantes pierden peso en el conjunto de la población del Ensanche. Sin embargo, siendo todas ellas clasificaciones de una gran heterogeneidad (el propietario comprende desde el que tiene un edificio de viviendas hasta el gran terrateniente nobiliario, el empleado desde el

conserje de la administración pública hasta el alto funcionario de embajada, el profesional liberal desde el maestro de escuela al político activo) conviene intensificar un poco más el análisis.

El primer grupo en que conviene fijar la atención es en el de los propietarios que pasan de 41 en la época previa al Ensanche a 175 en 1880. La importancia de su crecimiento no es tanto una cuestión cuantitativa sino cualitativa. Este pequeño grupo de hacendados que se establecen en el

Tabla 11: evolución de la estructura profesional del Ensanche Norte 1860-1880 y comparación con Madrid.¹⁰⁵						
	Estructura profesional del Ensanche Norte en 1860		Estructura profesional del Ensanche Norte en 1880		Estructura profesional en la ciudad de Madrid 1886	
jornaleros y baja cualificación	601	25,13%	3823	38,06%	27081	15,32%
construcción	247	10,33%	724	7,21%	9443	5,20%
trabajadores periurbanos	62	2,59%	58	0,58%	528	0,29%
trabajadores de fábrica o similar	92	3,85%	207	2,06%	-	-
trabajos femeninos	251	10,49%	358	3,56%	11725	6,46%
oficios y artesanos	333	13,92%	905	9,01%	20338	11,21%
comerciantes y empleados de comercio	240	10,03%	791	7,87%	23482	12,94%
empleados	138	5,77%	772	7,69%	28988	15,98%
población institucional: clero y militares	69	2,88%	394	3,92%	9685	5,34%
profesiones liberales	55	2,3%	288	2,87%	9574	5,28%
servicio doméstico	213	8,9%	1309	13,03%	33874	18,67%
sin profesión declarada y clases pasivas	91	3,80%	416	4,14%	5992	3,30%
Total	2392	99,99%	10045	100,00%	181430	100%
trabajadores	2392	47,90%	10045	42,39%	181430	45,61%
no trabajan (no indican, escuela, sus labores)	2602	52,10%	13650	57,41%	216386	54,39%
Total población	4994		23695		397816	

¹⁰⁵ Elaboración propia a partir de los padrones de 1860 y 1880. Los datos para la ciudad de Madrid de Jimeno Agius, J: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. Madrid, Establecimiento tipográfico el Correo, 1886. Una relación más completa que desglosa los diferentes grupos profesionales en los diferentes oficios que los componen tanto para Madrid como para la zona de Ensanche ha sido incluidas en los apéndices.

Ensanche Norte son gentes que viven de la administración de su patrimonio, aunque muchos de ellos ejerzan, además, otra profesión que esconden detrás de la más prestigiosa denominación de propietario y que conforman un pequeño núcleo de representantes de lo más granado de la elite social madrileña. Con ellos aparecen en el Ensanche las clases altas de Madrid, las elites rectoras de un sistema político y de una estructura social que tiene en la propiedad inmueble el criterio de distinción social y el sello de la excelencia. El padrón de 1880, al incorporar en el cuestionario de las hojas un casillero acerca de la contribución territorial que satisfacen los vecinos, nos permite evaluar la importancia de los miembros de las clases más altas. Si nos fijamos tan sólo en los 50 mayores contribuyentes del distrito, se comprende la importancia que sobre el paisaje urbano de la zona Norte ha de tener la irrupción de este puñado de miembros de la elite. No podemos compararlo con los años 60 en los niveles de renta exhibidos a través de la contribución, pues el padrón de ese año no aporta información al respecto; pero si podemos constatar la diferencia entre un Chamberí que si antes del Ensanche nos presenta una masa anónima de ciudadanos, ahora en el de veinte años después empiezan a descollar entre sus habitantes algunos nombres célebres: títulos nobiliarios como el Conde de Villaverde Alto o la condesa de Casa Valencia (Ana Osma Zabala, nuera de Alcalá Galiano), reconocidos miembros de grandes familias madrileñas, terratenientes de las provincias de ultramar (como los Martínez Campos), profesionales liberales y protagonistas de la clase política enriquecidos (como los Moret, del que aparece el padre del político progresista – su hijo también se incluiría si hubiera rellenado la casilla- o los Silvela, padre e hijo, o los Monasterio, célebre saga de constructores navarros), altos mandos militares... Todos ellos son representantes de un reducido sector de los nuevos pobladores del Ensanche que han podido pasar desapercibidos en el análisis previo de la movilidad en el interior de la ciudad, y que sin embargo encarnan con la misma fuerza las transformaciones que se están operando en un Madrid que crece como ciudad, pero también como capital.

El desarrollo urbano de Madrid una vez más es el resultado de las dinámicas dispares pero complementarias que su naturaleza dual, capital del

Estado y ciudad de economía preindustrial, engendra. Si la puesta en marcha de las reformas jurídicas y económicas que implica el liberalismo hacen afluir a la ciudad una masa constante de inmigrantes que un mundo rural en transformación expulsa y que se estancan en la subdesarrollada economía de la ciudad, ese mismo proceso político y social de transformación del país atrae hacia la capital del Estado a los sectores beneficiados con el cambio. Las fortunas acumuladas en cualquier punto de la periferia necesitan de su sanción en el centro político del nascente estado liberal donde vienen a encontrarse con los unas veces decadentes, otros reconvertidos, patrimonios de la nobleza, vieja detentadora del poder¹⁰⁶. La cúspide del edificio social sobre el que se asienta la Restauración es la confluencia de esta nobleza en declive y de la ya consolidada fortuna burguesa, del pacto entre ellas (que se elabora a lo largo del siglo XIX) surgirá el sistema político y de sus relaciones personales el nuevo grupo detentador del poder en que comerciantes, especuladores de la desamortización, títulos nobiliarios de vieja alcurnia y nueva creación se entremezclan: es *el todo Madrid*, un conjunto de apenas 250 familias a principios de los años 90¹⁰⁷, en que alrededor de la misma mesa se sientan cargos políticos, miembros de consejos de Administración y primogénitos de casas nobiliarias.

Esta nueva configuración social, que es producto de la evolución del XIX y que encuentra su espacio de realización en la capital, se expresará también en el plano. No es tanto los barrios de Ensanche ni las construcciones del

¹⁰⁶ Un ejemplo elocuente de la importancia del paso por Madrid en la consolidación y acrecentamiento de las fortunas burguesas en el XIX lo encontramos en la biografía de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela, retratada en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela. 1834-1882. en en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*." Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, 523-594. Una figura equivalente es la de José del Campo, prohombre valenciano que tras su ascendente carrera en el comercio de la ciudad levantina, acabará como representante parlamentaria de la elite local de su lugar natal. Su retrato en SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La Ciudad Extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*. Historia Local/Diputación de Valencia, Valencia 1992. Un repertorio extenso de trayectorias de los distintos miembros de las elites vascas, desde nobles a comerciantes y profesionales liberales que acuden a Madrid amediados del XIX, en RUÍZ DE AZÚA MARTÍNEZ DE EZQUERECOA, Estibaliz: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Delegación en Corte, Madrid, 1995.

¹⁰⁷ BAHAMONDE MAGRO y TORO MERIDA: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*. Madrid, siglo XXI, 1978. pp. 144-145

Marqués de Salamanca, como el eje Prado-Recoletos-Castellana donde se va a escenificar el pacto entre elites¹⁰⁸. De esta manera se configura un nuevo espacio urbano para una nueva configuración social que se extenderá a los alrededores de esa Castellana, escenario de poder, formando el barrio aristocrático que Castro preveía en su proyecto de Ensanche.

Tabla 12: Los 50 mayores contribuyentes del Ensanche Norte en 1880

Dirección	Nombre	Origen: ciudad	Profesión, contribución y lugar donde la satisface		Residencia en Madrid
Plaza de Colón, 2, principal	José Manuel Urzainqui Surio	Garde, Navarra	Propietario	50.000 Madrid	9
Ronda de Recoletos, 9, palacio	Manuel Antonio Acuña Devville	Madrid	Propietario	varias 20.000 provincias	
Ronda de Recoletos, 15, segundo derecha: Alquiler: 375 ptas.	Enrique Pérez García	Madrid	Propietario	20.000	
Paseo de la Castellana, 7 hotel	Conde de Villaverde la Alta	Córdoba	propietario	20.000 Madrid	2
Zurbano, 5, hotel	Fermín Muguíro Azcárate	Olite, Navarra	Propietario	Madrid y 15.000 Toledo	36
Fernando el Santo, 9, principal	Víctor Peñasco Otero	Madrid	Propietario	14.000 Madrid	
Paseo de la Castellana, 5, hotel	Joaquín Ortiz Sainz	Lanzas Agudas, Vizcaya	Propietario	13.261 Madrid	4
Orfila, 2, toda la casa	Juan Beronda Beronda	Sagua, Isla de Cuba	Propietario	10.000 Madrid	19
Fernando el Santo, 14, toda	Luis Martos Potestad	Cartagena, Murcia	Propietario	Madrid, Andalucía, 10.000 Navarra	30
Ronda de Recoletos, 21, principal izquierda. Alquiler: 135 ptas	José María Claros Jarillo	Higuera la Real, Badajoz	Propietario y doctor en leyes	Varías 10.000 provincias	Un mes
Ronda de Recoletos, 27, bajo. Alquiler: 143 ptas.	Eduardo Busler Arias	Valladolid	militar retirado e intendente del ejército	10.000	1
Paseo de la Castellana, 29, hotel	Manuel Mariategui Vignals	Madrid	propietario y abogado	Córdoba y 10.000 Madrid	
Almagro, 8, hotel	Manuel Silvela de la Villaine	París, Francia	Abogado, sueldo: 7500	8.156 Madrid	39
Zurbano, 14, principal. Alquiler: 708,33 ptas.	Javier J de Hinestrosa	Madrid	Propietario	Madrid y 3 6.500 provincias	
Paseo de la Castellana, 25, principal. Alquiler: 416	José Álvarez Mariño	Madrid	Propietario	5.685 Madrid	
Ronda Recoletos, 17, principal derecha. Alquiler: 166,66 ptas.	Pedro Pascual Rodríguez Ocaña	Beteta, Cuenca	agente de negocios	990,25 (Alcázar de S. Juan) 4095 Madrid	47
Ronda de Recoletos, 15, primero izquierda. Alquiler: 354 ptas.	Segismundo Moret Quintana	Cádiz	Propietario	1776,40 (Madrid) 3301,12 (Alicante) 5.078	44
Ronda de Recoletos, 11	Matías Nieto Lezcano	Palencia	Propietario	5.000 Madrid	
Orfila, 2, toda	Vicenta Peláez Beronda	Beloncio, Oviedo	Propietaria	5.000 Madrid	22
Paseo de la Habana 1 duplicado, toda	Higinio Cachavera Pascual	Madrid	Arquitecto	Madrid y 4.710 provincias	

¹⁰⁸ Un intensivo recuento de las integrantes de las elites que se asentaron en el eje viario en AZORÍN, Francisco y GEA, María Isabel: *La castellana, escenario de poder. Del palacio de Linares a la Torre Picasso*. La Librería, Madrid, 1990. Para la zona y la época que nos ocupa, ver pp. 133-150.

Real, 7, toda	Eugenia Proche	More, Francia	sus labores	4.663 Madrid	45
Real, 1, segundo derecha	Enrique Arroyo Rodríguez	Madrid	propietario	4.412 Madrid	
Almagro, 32, principal	Joaquín Aramburu	Placencia, Guipúzcoa	militar retirado coronel. Sueldo: 779,45	4.336	41
Paseo del Cisne, 7 dup. Hotel	Santiago Luis Dupuy Guillemain	Madrid	propietario	4.000 Valencia	10
Bravo Murillo, 16, principal	Celestino García Menéndez	Luerces, Oviedo	industrial y propietario	3.700 Madrid	33
Doña Blanca de Navarra, 5, toda.	Eusebio Castro Cañiz	Madrid	Industrial. Almacén de maderas .	3.200 Madrid	0
Santa Engracia, 7 principal.	Joaquín Castellá	Barcelona	comerciante	Madrid y 3.100 provincias	23
Santa Engracia, 1 toda.	Gabino Stuyck Dulongval	Madrid	Propietario	3.000 Madrid	0
Bravo Murillo, 23, principal izquierda. Alquiler 45 pts	José Morón Carames	Madrid	aparejador de obras	2.776 Madrid	0
Zurbano, 4, principal. Alquiler 125 ptas.	Patricio García Alcañiz	Alcázar de San Juan, Ciudad Real	Procurador	2.517 Madrid	38
Real, 1, principal izquierda. Alquiler: 87,25 pts.	Josefa Menéndez Capell	Madrid	Rentista	2.500	
Paseo de la Habana, 9, taberna	Francisco Fernández González	Oter, Oviedo	Propietario	2.500 Madrid	35
Paseo de la Castellana, 42, toda	Mariano Monasterio	Villafranca, Navarra	Propietario	2.475 Madrid	40
Paseo de la Castellana, 63, hotel	José Abascal Corredano	Pontones, Santander	Propietario	2.400 Madrid	48
Cardenal Cisneros, 55, toda. Alquiler: 80 ptas	Julia Fano Menéndez	Sevilla, Sevilla		2.320 Madrid	n. s.
Real, 1, segundo derecha	Pedro Arroyo Ruiz	Fuencarral, Madrid	Propietario	Madrid, ciudad 2.305 y provincia.	30
Fernando el Santo, 13, hotel. Alquiler: 416,66 ptas	Ricardo Becerra Bell	Santiago de Cuba, Isla de Cuba	Propietario	2.300 Madrid	19
Paseo de la Castellana, 1, hotel. Alquiler: 625 ptas.	Antonio Góngora Peña	Motril, Granada	Abogado	2.300 Blabreba	Recién llegado
Almagro, 6, toda. Alquiler: 500 ptas	Francisco Angoitia	Bilbao, Vizcaya	Propietario	2.212 Madrid	26
Virtudes, 13, principal izquierda.	Victoriano García López	Pozuelo de las Torres, Ciudad Real	Retirado	2.160	3
Palafox, 20, principal. Alquiler: 36 ptas.	Carlota de la Fuente Ortas	Madrid, Madrid		2.115 Madrid	0
Alfonso X, 1, todo. Alquiler : 520 ptas	Ignacio López López	Guadalajara	maestro de coches con taller propio	2.005 Madrid	40
Almagro, 2, entresuelo y principal	Lucio González Martínez	Matapozuelo, Valladolid	Propietario	2.000 Criptana	18
Ronda de Recoletos, 19, toda	Raimundo Peñalver	Cuenca, Cuenca	Propietario	2.000 Madrid	20
Paseo de la Castellana, 9, hotel	Gerardo Nuyra Florez	Santiago, Coruña	Propietario	2.000 Galicia	2
Zurbano, 12, toda. Alquiler: 208 ptas	Carlos Espinosa de los Monteros Lepaseta	Pamplona, Navarra	Militar. Sueldo: 4375	1.975 Madrid	4
Zurbano, 8, principal. Alquiler: 208,33 ptas.	Antonio Ruiz Salas	Yrano, Santander	Arquitecto	240 profesión. 1.925 1684 territorial	35
Trafalgar, 17, principal	Julia Rodríguez Lacal	Valladolid, Valladolid	Propietaria	1.884 Madrid	30
Paseo de la Castellana, 7, hotel	Ana Osma Zabala	Lima, Perú	Propietaria	1.868 Madrid	23
Ronda de Recoletos, 23, hotel	José María Martínez Campos	La Habana, Isla de Cuba	Hacendado	1.856 Madrid	1

El mismo ingeniero madrileño servirá de banderín de enganche y en 1864 se construye su propio hotelito en la calle Fernando el Santo, en lo que se convertirá en el centro de una excepcional acumulación de poder económico, político y social del Madrid del XIX. Los 20 primeros registrados en la lista de mayores contribuyentes se esparcen en las inmediaciones de la vivienda de Castro, en un pequeño cuadrilátero limitado por la Ronda de Recoletos, el Paseo de la Castellana, la calle Almagro y la de Doña Blanca de Navarra. Muchos de ellos eran propietarios de sus casas, lujosos hoteles contruidos por los arquitectos más prestigiosos de la época que se acumulan en esta esquina del distrito, apartada del viejo arrabal de Chamberí por una zona aún en gran parte despoblada; un coto cerrado de abundancia que deslumbra en la zona 1 de Ensanche, de marcado carácter popular.

IV.4.- Clases medias en el nuevo espacio urbano.

Sin embargo la burguesía y las clases medias no tienen en esta *espuma de la sociedad* a sus únicos representantes en el Ensanche Norte; otro grupo que destaca por su crecimiento en la época del desarrollo del Ensanche es el de los empleados ante todo y el de las profesiones liberales, en menor medida. Dos grupos socioprofesionales, que por la amplitud de la gama social que abarcan, establecen el gozne entre las clases altas, aristocráticas que residen en Madrid y sus sectores populares. Muchos de ellos acuden a la sombra de ese grupo privilegiado de propietarios, nobles y políticos al que pretenden emular, otros acuden a la zona de nueva urbanización en busca de una vivienda digna que se ajuste a sus necesidades y posibilidades económicas. La clase media, haciendo honor a su nombre, se moverá pues entre estas dos opciones: o avecindar en los segundos y terceros pisos de los edificios honrados por el inquilinato de propietarios y miembros prestigiosos de la sociedad madrileña, o establecerse en los principales y pisos más caros de las zonas populares, brillando como la elite entre artesanos, pequeños comerciantes y jornaleros.

Los profesionales liberales son el grupo que más posibilidades demuestran de acceder algún día al grupo selecto de propietarios y

hacendados de este rincón privilegiado de Madrid. De hecho, algunos ya lo han conseguido y los encontramos en esa lista de grandes contribuyentes del Ensanche. Es el caso de Manuel Silvela, que se define como abogado y asalariado con 7.500 pesetas al año pero que paga de contribución una cifra superior a la que recibe por su trabajo: 8.156 pesetas anuales. O la de Mariano Monasterio, que figura como propietario ahora, cuando lleva 40 años en Madrid, pero del que conocemos sus orígenes humildes como jornalero y su extraordinario ascenso social merced a una brillante carrera como aparejador y constructor combinada con hábiles incursiones en el lucrativo mercado de la especulación que abrió el Ensanche. En 1880, habita en el Paseo de la Castellana 42, en un hotel de una incipiente barriada que lleva su nombre y en el que se concentran 49 miembros de su familia, entre hijos, hermanos, sobrinos, familiares, sirvientes y algún trabajador de sus obras.¹⁰⁹

Muchos de estos profesionales liberales se emplean al servicio del Estado integrando las capas altas y medias del funcionariado y la administración; algunos de ellos han nacido en la provincia y recalán en Madrid como consecuencia de un ascenso en una carrera que, en un estado de burocracia excepcionalmente centralizada como era el español, necesariamente pasa por Madrid. Ejemplo lo encontramos en la figura de Serafín Baroja¹¹⁰, ingeniero de minas donostiarra que tras una carrera desarrollada en las Minas de Río Tinto y en San Sebastián, aparece empleado en el Instituto Geográfico y Estadístico. A la altura de 1880, reside cerca de su lugar de trabajo, en un segundo de la calle Real por el que paga 56,25 pesetas al mes y en el que habitan su mujer, sus hijos, su suegra y una criada. Otros

¹⁰⁹ La de Mariano Monasterio y Arenal, es una de esas biografías, como la del Marqués de Mudela, celebradas por la sociedad burguesa del XIX que pretende demostrar su naturaleza justa y meritocrática. Jornalero a los 11 años como ayudante de carpintería, trabajador del ferrocarril en su adolescencia, será cooptado por el arquitecto de prestigio Lecumberri para que dirija obras de importancia en el Madrid del Ensanche. Aparejador de renombre, editará el *Anuario de la Construcción* a partir de 1865 y en 1870 se hará edificar su propio hotel en los terrenos que ha adquirido en la Fuente Castellana. Allí, en los números pares del Paseo, que por esta época dependen del barrio de Chamberí, hará surgir un barrio de hotelitos que llevará su nombre. Los datos biográficos proceden de DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 71-72.

¹¹⁰ La clave de la migración de los Baroja nos la da ya su hoja de Padrón. El matrimonio formado por Serafín Baroja y Carmen Nessi, cuenta ya con 4 hijos en 1880. Darío y Ricardo han nacido en las Minas de Río Tinto, en 1869 y 1871; Pío y Cesar en San Sebastián en 1875 y 1879.

sin ascenso acuden también a la capital atraídos por las oportunidades que les ofrece un mercado laboral más amplio que en cualquier otra parte de la Península.

Si arquitectos, abogados, ingenieros y profesores representan un grupo amplio por los escalones sociales que comprende, más lo resulta el grupo de los empleados. Una rúbrica profesional que apenas ha sido tratada en la historiografía más allá de las descripciones galdosianas de su intermitencia entre sus periodos de empleo y la cesantía transcurrida en los cafés que creaban los cambios ministeriales. En el Ensanche Norte encontramos en 1880 772 empleados de distinta categoría, de los que 129 reconocen su condición de cesantes. Si atendemos a los sueldos de aquellos que lo registran en la hoja del padrón, salta a la vista cómo existe toda una jerarquía interna dentro de este grupo socioprofesional.

Dentro de la empleomanía existe una verdadera aristocracia, la de aquellos trabajadores que superan las 5.000 pesetas de ingresos anuales. Entre ellos se sitúan algunos que a su manera reflejan los rasgos de elite que

Tabla 13: niveles de renta y lugares de trabajo de los empleados en el Ensanche Norte 1880		
promedio de salario anual de los empleados: 1822,21 ptas.		
más de 10.000	4	Lugar de trabajo de los empleados con un sueldo superior a 3000 pesetas anuales: Administración Económica de Barcelona, Archivo Nacional, Banco de España, Casa de la Moneda, Congreso de los diputados, 2 de Correos, 3 empleados particulares y secretarios personales, Fábrica Nacional del Sello, 2 de Ferrocarriles, Hacienda, Instituto Geográfico y estadístico, Intervención Central, 4 Intervención General de la Administración Estado, Junta de comisiones civiles, La Minería Española, Ministerio de Fomento, Ministerio de Hacienda, 4 Ministerio de la Gobernación, 5 Ministerio de Ultramar, Presidencia del Consejo de Ministros, San Bernardino, Telégrafos, Tesorería Central, 4 Tribunal de Cuentas, Tribunal Supremo.
5.000-10.000 ptas	10	
4.000-5.000 ptas	4	
3.000-4.000 ptas	30	
2.000-3.000 ptas	62	Lugar de trabajo de los empleados de sueldo inferior a 1500 pesetas anuales: Administración de caminos, Administración de Comercio, Administración del Tesoro, 5 de Administraciones económicas, Alguacil de primera instancia Latina, 5 Almacén general de la Villa, 4 Arbitrios municipales, Audiencia del territorio, 22 Ayuntamiento, 6 Banca y cajas de ahorro, 7 Canal de Isabel II, Cárcel Modelo, 9 Casas particulares, 4 Casa de la Moneda, 3 Casa de Socorro, 2 Cementerio de San Martín, Comisaría de limpiezas y riegos, Compañía fabril Singer, Consejo Supremo de Guerra y Mar, 11 empleados de Consumos, 1 Contaduría Central, 2 Correos, cuerpo de vigilancia, Destacamento penal de Madrid, 4 Deuda Pública, 2 Dirección del Tesoro, 4 Dirección General del Tesoro, empleado se seguridad, Estadística Territorial, 4 en varias fábricas, 13 del Ferrocarril, 7 Gobierno Civil, 2 Hospicio, Imprenta Nacional, Instituto de vacunación, 2 Instituto Geográfico, 2 Intervención general, 5 en juzgados, Lavadero, 4 Ministerio de Fomento, 7 Ministerio de Gobernación, 2 Ministerio de Hacienda, Ministerio de la Guerra, 2 Ministerio de Marina, Museo Nacional de Pintura, 3 Obras Públicas, 10 Orden público, Salud Pública, 3 San Bernardino, 7 Telégrafos, 4 Tribunal de Cuentas, 2 Tribunal Supremo.
1.000-2.000 ptas	191	
Menos de 1.000 pts	61	

ya hemos encontrado entre los propietarios: Ramón Montero Goicorrieta, Marqués de Goicorrieta es empleado al servicio del Ministerio de Hacienda, por lo que recibe un salario de 10.000 pesetas anuales; habita en un segundo de la distinguida calle Fernando el Santo, por el que paga 135 pesetas al mes y en el que habitan junto a él, su mujer, su hijo que es militar de carrera, dos hijas, un criado, dos sirvientas y un soldado que está al servicio del hijo militar. Sin embargo estos casos son los menos: la condición del empleado está generalmente presidida por una cierta estrechez económica en la que le instala un salario que oscila entre las 1.000 pesetas de los funcionarios municipales más corrientes y hasta las 3.000 o 4.000 que reciben los empleados de los ministerios, los más relumbrantes trabajadores (de cuello blanco) de ciertas fábricas y hasta algún secretario personal de un gran burgués o noble.

También se aprecia una cierta diferenciación entre los empleados según el tipo de administración a la que sirven: los funcionarios y trabajadores de la Administración central suelen copar las mayores retribuciones salariales, que comparten con algún empleo generado por los negocios particulares; una vez cruzado el limbo de las 3.000 pesetas de salario, comienzan a proliferar los empleados a cargo del Municipio madrileño, de los que encontramos un repertorio variado en el Ensanche Norte. Entre unas y otras, Administración central, Administración municipal y empresas particulares generaron ya a finales del XIX una amplia y diversa oferta laboral que ha de ser añadida a los factores que hicieron de Madrid un polo de atracción intensa de la inmigración.

Es coherente que el arrabal de Chamberí se convierta en un lugar de residencia especialmente apetecible para los empleados, especialmente para aquellos que pertenecen a los escalones más bajos de la Administración. Muchas veces, su condición económica no se diferenciaba en sueldo de la del albañil o del jornalero más o menos bien retribuido, con la dificultad añadida de que por lo general el mantenimiento de una cierta posición social, de un cierto aspecto, les originaba muchos más gastos en su presupuesto.

Si el porcentaje de propietarios, profesionales liberales y empleados se incrementa, no ocurre lo mismo con los comerciantes y dedicados a servicios

terciarios, que pierden peso dentro de la población que habita la zona de Ensanche. No obstante conviene mucha prudencia a la hora de manejar la información de los recuentos de población relativa al comercio si la utilizamos para una caracterización de la estructura social. Igual que ocurre con los empleados, el que se reconoce como comerciante o industrial (palabras que entonces son prácticamente equivalentes) puede representar tanto a un pequeño tendero como al negociante de géneros al por mayor. Por otro lado, no se puede abordar el estudio de las actividades comerciales urbanas del XIX (ni de las actividades económicas en general) desde una idealizada división entre sectores propios de una economía capitalista industrial desarrollada. En la ciudad preindustrial que es Madrid la producción y la distribución aún son actividades que no han sido objeto de una especialización; al margen de los productos de importación y de cierto consumo suntuario, la producción, la venta y el consumo corrientes siguen presididos por el mundo del taller, en que es el mismo productor (o su mujer, o los miembros de su familia) el que distribuye su mercancía al por menor: vivienda, lugar de trabajo y punto de distribución del género se concentran en la misma residencia. Se hace por tanto difícil deslindar el pequeño comercio de la artesanía¹¹¹.

De esta manera la clasificación socioprofesional que nos ofrece el padrón tan sólo nos aporta una primera aproximación al mundo del comercio en el Ensanche Norte y que deberá ser objeto de un examen más minucioso en el que se describa el tamaño y actividad de los establecimientos comerciales, que desarrollaremos en otro capítulo. No obstante se pueden establecer conclusiones provisionales fijándonos tan sólo en los comerciantes e industriales que mayores cuotas de contribución satisfacen (ver tabla 14).

¹¹¹ A este respecto se ha referido, aunque para un periodo posterior (lo que refuerza la idea de una persistencia de los rasgos preindustriales de la economía madrileña) NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las estructuras comerciales madrileñas en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial" en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pág. 431. Un desarrollo más extenso en NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio.* Madrid, 1985.

Tabla: 14. Principales comerciantes e industriales según su contribución en el Ensanche Norte, 1880					
Dirección	Nombre	Profesión declarada	Tipo de establecimiento	Contribución anual	Lugar contribución
Bravo Murillo, 16, principal	Celestino García Menéndez	Industrial y propietario		3700	Madrid
Doña Blanca de Navarra, 5, toda la casa	Eusebio Castro Cañiz	Industrial	Almacén de maderas	3200	Madrid
Santa Engracia, 7, principal	Joaquín Castellá	comerciante		3100	Madrid y provincias
Santa Engracia, 99, toda	Teodoro Bonaplata Roura	industrial e ingeniero de caminos	Fábrica de Santa Bárbara	1500	Valencia y Alicante
Luchana, 5, principal. Alquiler: 70,89	Pedro Sierra	industrial		1200	Madrid
Santa Feliciano, 16, segundo izquierda. Alquiler: 50	Rosendo Marés Guardiola	comercio	Puerta del Sol 14 tienda exposición	965	anuales en sociedad con Antonio Arrate
Fernando el Católico, 1, tienda	Nicolás Casabello Villarreal	comercio	sitios diferentes	900	Madrid
Bravo Murillo, 16, principal	Francisco Pérez López	comerciante		810	
Bravo Murillo, 10, bajo. Alquiler: 325	Ramón Arnal Alvarez	industrial		800	Madrid
Luchana, 2, segundo entresuelo. Alquiler: 75	Gregorio Rojas	comercio	Fábrica de Harinas	700	Madrid
Obelisco, 10, toda	Teodoro Mohrmann Koerber	comercio		677	Obelisco 10
Paseo de la Habana, 8, tienda y principal	José Álvarez Amor	comerciante		650	Madrid
Almagro, 3, principal	José Miguel Turundarena	comerciante	Paseo de Recoletos 4	600	Madrid
Fernández de los Ríos, 6, principal. Alquiler: 35	Ramón Pérez Rasilla	comercio	dos tiendas	600	Madrid
Luchana, 3, tienda y principal. Alquiler: 150	Toribio Herrero López	industrial		560	
Navas de Tolosa, 17, bajo. Alquiler: 27	Ronaldo Cerezo Grado	comercio		516	Madrid
Bilbao, 1, principal. Alquiler: 70	José Gayo Bueno	comercio		500	Madrid
Paseo de San Bernardino, Asilo	Felipe Centriñano Pando	comercio	Casa de Comercio Madrid	500	
Santa Feliciano, 11, bajo fábrica	José Azcárraga Maturana	industrial		500	Madrid
Trafalgar, 11, principal. Alquiler: 40	Leandro Cardellón Aros	industrial		500	Madrid
Real, 2, tienda. Alquiler: 100	Bonifacia González Cabezuelo	comercio		468	Madrid
Cardenal Cisneros, 7, principal derecha. Alquiler: 67,5	José María García Vargas	comercio		450	Madrid
Zurbano, 10, tienda. Alquiler: 125	Pedro Rodríguez Rodríguez	comercio		427	Madrid
Bravo Murillo, 55, bajo	Francisco Valdivia	industrial		420	
Real, 20, tienda. Alquiler: 47,5	Justo, Medioldia	comercio		408	tienda
Ronda de Recoletos, 21, tienda. Alquiler: 135	Esteban García García	comercio	Tienda de ultramarinos	400	Madrid
Luchana, 13, tienda. Alquiler: 45	Lázaro Marín Cañete	comercio	tienda	400	180
Quesada, 9, tienda. Alquiler: 50	José Menéndez García	industrial		400	Madrid

El gran comerciante está ausente del Ensanche Norte: los escasos datos que nos proporciona el padrón así nos lo indican. Encontramos algún comerciante del que podemos sospechar su importancia por la contribución que paga pero sobre todo nos lo indica el lugar de residencia. Puede ser el caso de Eusebio Castro Cañiz, que reside en una casa propia en Doña Blanca de Navarra, nº 5, una calle que ya se ha destacado como domicilio de grandes propietarios. No debe resultar raro en esta barriada en que los habitantes generalmente se identificaban como propietarios pero cuyas fortunas, en el caso de las capas burguesas ascendidas, muchas veces tenían origen en el comercio¹¹².

Pero el gran comerciante que ya también es propietario y que diversifica sus inversiones en el amplio abanico que le ofrece la especulación y las finanzas no viene al Ensanche a abrir su casa comercial ni su tienda, sino a buscar residencia. Se aleja del centro de la ciudad donde quizá comenzó su ascenso social en la tienda familiar y con ello además olvida en parte la profesión que le hizo medrar: se convierten en propietarios, hacendados, rentistas y otras etiquetas al uso.

El Ensanche no es observado en un principio como un espacio para el negocio mercantil de cierta importancia; así parecen constatarlo los medianos comerciantes, esos que todavía se reconocen socialmente en su actividad: Rosendo Marés Guardiola, comerciante riojano que habita en la Calle Santa Feliciano (en el arrabal) junto a sus dos sirvientas y que declara pagar 965 pesetas de contribución junto a su socio, tiene la tienda abierta en la Puerta del Sol, espacio mucho más adecuado para medrar en el mundo del comercio; o Teodoro Mohrmann Koerber, comerciante de 61 años nacido en Hamburgo, que tras 31 años de residencia y (suponemos) actividad comercial en Madrid,

¹¹² Vuelve a ser pertinente el recuerdo de la biografía de Francisco de Rivas, Marqués de Mudela. Primero comerciante pañero, pero pronto convertido en gran propietario inmobiliario. BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela. 1834-1882. en en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.*" Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, 523-594

ha logrado construirse un hotelito que es de su propiedad en el paseo del Obelisco, en el que habita junto su mujer y dos criadas, pero en el que no hay rastro alguno de que exista tienda abierta.

Con esta separación entre espacio residencial y espacio comercial y de actividad económica, Madrid comienza a manifestar un rasgo más de la ciudad moderna que Gloria Niefra, en su estudio sobre la estructura comercial madrileña, ve establecido a comienzos del siglo XX¹¹³. Con su ensanche, la ciudad va a distribuir diferentemente sus establecimientos comerciales, en un proceso que se irá profundizando a lo largo de décadas: a grandes rasgos, el centro acumulará los comercios que por su volumen de ventas o por el objeto de comercio tienen más importancia, mientras en las zonas periféricas se desarrollará fundamentalmente un pequeño comercio de abastecimiento de productos de primera necesidad.

Al descender en nuestra lista de comerciantes contribuyentes, comienzan a surgir este tipo de comercio, en que se mantiene esa confusión entre establecimiento comercial y vivienda propia del mundo anterior a la industrialización: Esteban García García, que paga 400 pesetas de contribución y 135 pesetas por alquiler de una tienda situada en la Ronda de Recoletos, se dedica al comercio de ultramarinos; este viudo de 38 años y establecido en Madrid desde hace 13, convive con su sobrina de 19, que acaba de llegar a Madrid, probablemente a trabajar junto a su tío y a dos dependientes de la tienda, de 27 y 14 años que reciben por su trabajo el alojamiento y sueldos de 2 y 1,5 pesetas respectivamente.

El negocio de Esteban García, con ser modesto y presentar tintes familiares claros, no deja de merecer cierta consideración: dos empleados de tienda y una alquiler alto, que en parte corresponden con la zona noble en la que se establece la tienda. Sin embargo no será la norma de los comerciantes establecidos en el Ensanche Norte: en general los dueños de tienda que encontramos en la zona recién edificada son familias dedicadas a los artículos de comer, beber y arder, que ocupan modestos bajos del arrabal de alquiler no

¹¹³ NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las estructuras comerciales madrileñas... pp.438-441.

superiores a las 50 o 60 pesetas en los mejores de los casos. Pocas veces se tiene la suerte de que especifique el padrón el objeto de su negocio, pero si atendemos a los que lo hacen (ver Apéndice 3) comprobamos lo limitado de la oferta: lo más recurrente son los taberneros, de los que hay 40, además de 11 bodegueros, luego vaqueros (16), y carboneros (16). Pocos comerciantes declaran ser carniceros (7 para una población de más de 23.000 parecen pocos) o verduleros (5).

IV.5.- Las clases populares en un distrito jornalero.

Pero el crecimiento, absoluto y relativo, de las capas medias y burguesas en el Ensanche Norte en sus primeros veinte años de desarrollo quedan eclipsadas por un fenómeno mucho más llamativo: el de incremento de su población jornalera, que si ya era el grupo más abundante antes del derribo de la cerca, a la altura de 1880 está cerca de convertirse en su grupo socialmente predominante. A medida que la ciudad crece, que van urbanizándose los terrenos que le eran colindantes en 1860, la figura del jornalero se hace más presente a expensas de los artesanos, que van perdiendo peso entre las capas populares. El mundo de los oficios propio de la ciudad preindustrial, compuesto de maestros artesanos, oficiales y aprendices se va disolviendo ante la inundación continua de jornaleros que llegan, se instalan y nacen en la capital. Dos procesos, el de la jornalización de las capas trabajadoras populares y el de la disolución del mundo gremial que corren paralelos y que pueden ser constatados en Chamberí: mientras los trabajadores sin cualificación pasan de ser el 25,13 % de la población trabajadora al 38,06%, los jornaleros reducen su peso (del casi 14% en 1860 al 9% en 1880: ver tabla 11 en página 91)

El poco peso de los artesanos se hace más patente si se tiene en cuenta cuales son los principales oficios que lo componen que, como ya se indicó para 1860, son aquellos más susceptibles de haber sido erosionados por la proletarianización y la pérdida de independencia en el proceso de producción.

Tanto en el conjunto de Madrid como en el Ensanche Norte, el oficio más corriente, y con diferencia, es el de zapatero, al que habría que añadir en el caso del Ensanche todos que se declaran como guarnecedores y

TABLA 15: Principales oficios de Madrid y el Ensanche Norte 1886/1880			
oficios y artesanos Chamberí 1880		profesiones Madrid 1886	
Total	905	Total	20338
Zapateros	206	Zapateros	4521
Cerrajero	117	Sastres	2214
Sastres	73	Panaderos	2037
Panaderos	50	herrereros, cerrajeros y forjadores	2005
Ebanista	47	Impresores	1760
guarnicioneros	32	hojalateros, vidrieros, plomeros, etc,	836
Tapiceros	29	Encuadernadores	599
Sombrerero	27	fabricantes de sombreros y gorras	553
Marmolistas	24	joyeros y plateros	438
encuadernador	19	tapiceros y adornistas	421
Silleros	18	Confiteros	385
Tallista	18	Relojeros	348
Vidriero	18	Litógrafos	345
Tornero	17	fundidores, vaciadores y bronceistas	328
Platero	14	escultores y marmolistas	305
Calderero	13	Grabadores	297
Confitero	11	fabricantes de sillas	278
Dorador	11	Estereros	244
guarnecedores	11	pasamaneros y cordoneros	239
Cepillero	9	pasteleros y bolleros	224
grabadores	9	Curtidores	216

guarnicioneros, 249 en total, que representan más de una cuarta parte de los trabajadores del mundo de los oficios en los barrios nuevos, sin que podamos especificar cuántos de ellos tenían taller o trabajaban a domicilio para talleres más grandes. Lo mismo sucede con los sastres y sombrereros que también pertenecen a ese mundo híbrido entre el taller propio y el trabajo doméstico: en Madrid, en que no existía una industria textil de importancia pero si abundaban los géneros traídos de otras latitudes por sus activos comerciantes y que muchas veces serán acabados y rematados por este tipo de trabajador a destajo. Zapateros y sastres a domicilio (a los que habría que añadir el ejército de costureras que existe en Madrid, 9055 en la ciudad, 193 en el Ensanche

Norte) representan una de las primeras vías de proletarización del artesanado, propio de una economía de escasa concentración fabril: sin perder los medios de producción, al trabajar para un gran taller que le hace encargos a plazo fijo, al ser renumerados por pieza hecha o acabada, sí pueden en cambio comenzar a experimentar las características del trabajo industrial aunque sea fuera de la fábrica y aún en formas primitivas: la regulación del tiempo del trabajo y el ajuste del salario al trabajo producido¹¹⁴.

El trayecto contrario entre el taller propio y el trabajo industrial lo comenzarán a concurrir otro de los grupos trabajadores del mundo de los oficios que mayor representación tienen en el Ensanche Norte: los cerrajeros, 117 a los que habría que añadir los 24 fundidores y los 46 herreros que se han incluido entre los trabajadores de fábrica.¹¹⁵ Muchos de ellos trabajaban en los grandes talleres de fundición establecidos en el Ensanche Norte (fundición Grouselle, fundición Bonaplata, fundición Sanford o Platería Meneses), sujetos a jornal como cualquier operario de una fábrica, aunque sigan reconociéndose como artesanos, con sus grados de maestro, oficial o aprendiz y tengan un taller abierto en el que realizan trabajos en su tiempo libre. Mantendrán el prestigio de su cualificación, seguramente salarios más altos que aquellos jornaleros empleados en labores subsidiarias en la fábrica, pero a su manera comienzan a experimentar la pérdida de su mundo de artesanos, ya, aunque sea sólo por el espacio del trabajo, comienzan a compartir la vida del jornalero¹¹⁶.

¹¹⁴ Acerca de la implantación del tiempo regulado como forma de organización propia del capitalismo industrial que sustituye a la "organización al quehacer" propia del artesano en un proceso de más larga duración que el de la mera entrada en la fábrica, el artículo clásico "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial" en THOMPSON, E.P.: *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995, pp. 395-452. Acerca de la condición social y laboral de los zapateros a lo largo de la historia y la relación entre su independencia como trabajadores y su experiencia y respuesta ante los efectos de la transformación de la economía en el despegue capitalista es sugerente el artículo "Zapateros políticos" en HOBSBAWN, E. J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56.

¹¹⁵ El herrero y fundidor suele plantear menos problemas para su clasificación como trabajador de fábrica, casi todos ellos indicando el lugar donde lo desempeñan (fundición Sanford, fundición Bonaplata). En el caso de los cerrajeros no es así, sino que encontramos varios que declaran tener taller abierto y se ha preferido incluirlos entre los artesanos.

¹¹⁶ Acerca de esta otra vía de transición del mundo de los oficios y de la economía preindustrial al mundo de la fábrica y de la industria, un marco general en RULE, John: *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*. Crítica, Barcelona, 1990, el capítulo "Intensidad de trabajo, disciplina laboral y salud" pp. 193-206 y el tratamiento de la reproducción del trabajo del taller en la fábrica en "La familia", pp. 245 y ss.

La transición al trabajo fabril no se ha consumado en Madrid, los obreros y operarios de fábrica no aparecen en la capital, pero para muchos artesanos el horizonte de la descualificación y sobre todo de la pérdida de la independencia en la organización del trabajo ya ha aparecido; con ellos confluyen, aunque desde una procedencia bien distinta, el jornalero, el inmigrante venido de un mundo agrario en transformación y que copa los registros de población hasta ser el trabajador tipo del nuevo Madrid que está creciendo: una nueva ciudad de jornaleros.

El aumento de los jornaleros en Madrid se explica por la particular configuración de mercado de trabajo que se crea en la ciudad durante su crecimiento en la segunda mitad del XIX¹¹⁷: estos trabajadores de escasa o nula cualificación, un día empleados en las obras públicas, otro como albañiles, el siguiente como mozo de cuerda y entre tanto empujados a la mendicidad o al recurso a la beneficencia, son en general inmigrantes procedentes de medios agrarios que acuden a Madrid en busca de oportunidades de subsistencia y que se encuentran con unas estructuras socioeconómicas en las que el predominio de una producción artesanal, organizada en negocios familiares en las que el parentesco juega un papel vital en la transmisión de saberes profesionales y en la inserción laboral, se muestra incapaz de absorberlos e insertarlos como trabajadores con un oficio estable. Pero Madrid, a pesar de presentar esas estructuras económicas propias del mundo de los oficios, en que quedaban cerradas a los inmigrantes las vías de inserción en un artesanado y un pequeño comercio en que el empleo circulaba a través de las redes de parentesco, no dejaba de ser en la segunda mitad del XIX, una ciudad de oportunidades para el jornalero. El propio proceso de crecimiento urbano hizo proliferar el empleo en la construcción tanto de inmuebles privados como en obras públicas de infraestructura (como las del abastecimiento de agua del Canal de Isabel II, pero también el despliegue de las nuevas tramas viarias del Ensanche o las obras de remodelación interna del casco antiguo de la ciudad). Además, el carácter de capital administrativa y política de la ciudad hace menudear en ella los empleos que como hemos visto generan las distintas

¹¹⁷ BAHAMONDE, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, 15, 1980, pp. 143-146

administraciones, algunos de los cuales estaban al alcance de los más humildes: conserjerías, guardias de seguridad, jardineros o guardas de arbolado... También, al convertirse Madrid en sede de la elite política, social y económica del Estado liberal, en la que crecen las capas burguesas, en las que se acumulan propietarios, florecen muchos otros empleos, especialmente en el servicio doméstico, que podían suponer una aspiración lógica para los inmigrantes. Finalmente, esa misma condición de sede de la elite hace pasar por Madrid a las mayores rentas de España, que si bien no se dirigen hacia la inversión, si contribuyen a crear una red de establecimientos benéficos y asistenciales, e incluso a mantener a una extensa población de mendigos y pobres (como corte de los milagros insistentemente reflejada en la literatura de la época) que vive exclusivamente de la caridad de los grandes señores. Ángel Bahamonde ha identificado incluso un periodo entre 1857 y 1865 en que, gracias a la demanda de empleo generada por la construcción del ferrocarril y las grandes obras iniciadas para ensanchar la capital, se produjo una situación de “pleno empleo” en la que los salarios ascendían e incluso se barajaba la posibilidad de acudir al ejército y a los reclusos penitenciarios para paliar un problema de escasez de brazos¹¹⁸. Madrid, en definitiva, ofrecía una estructura de oportunidades al inmigrante sin cualificación que podía hacer de ella un destino, si no idóneo (pues la muerte, la marginación social y la pobreza eran amenazas reales), sí al menos preferible a la permanencia en su lugar de origen o el traslado a otras ciudades.

Crecimiento y ensanche de la ciudad, estancamiento económico, entre la persistencia artesanal y la ausencia de desarrollo industrial, y jornalización de las clases populares son tres fenómenos que van inextricablemente unidos en el proceso de transformación urbana y de aumento demográfico que experimenta Madrid entre 1860 y 1880. Si bien esta interrelación ha quedado suficientemente aclarada y subrayada en la historiografía madrileña, aún no se ha profundizado en la forma en que el aumento de jornaleros se plasmó en el proceso de segregación social que abrió el Ensanche. En el espacio que se abre entre clases populares y elite social que tan claramente hemos visto que

¹¹⁸ BAHAMONDE, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, 15, 1980, pp. 156-163.

se expresaba en ciertos aspectos demográficos, en la distancia que media entre los barrios recién contruidos según los deseos y los gustos de la burguesía y los barrios bajos en que se concentran los estratos sociales más desfavorecidos, ¿en qué punto se establecen los cada vez más numerosos jornaleros madrileños? ¿la reforma de la ciudad los arroja necesariamente a zonas como la Inclusa o la Latina o se instalan también en alguna región del Ensanche? ¿Cuáles son en definitiva en la nueva ciudad contruida los distritos jornaleros? ¿Es el Ensanche Norte en este contexto un especial foco de absorción de los jornaleros que proliferan en la ciudad?

Ese 38% de jornaleros entre la población del Ensanche que declara una profesión en el padrón así parece indicárnoslo, un porcentaje mucho más alto del que ofrece el conjunto de la ciudad (15,32%); sin embargo carecemos de datos coetáneos de otros barrios y distritos que nos permitan ponderar si Chamberí y sus alrededores resultaba un caso excepcional en el paisaje urbanístico de Madrid. Para aproximarnos a la distribución espacial de la clase jornalera de Madrid hemos de remitirnos una vez más a estadísticas mucho posteriores y que no resultan de todas maneras satisfactorias. Así cuando Hauser realiza su exploración intensiva de la ciudad en busca de las causas de su insalubridad y repara en las casas de vecindad y en las denominadas “casas de dormir” subraya la intensa relación que existe entre este tipo de vivienda que amenaza la higiene pública y los jornaleros y los empleados cesantes que las habitan. La localización de casas insalubres y población obrera vuelve a señalar a los distritos de Inclusa y Latina como los mayores focos de reclusión de la pobreza en la ciudad, como ya lo hicieran las estadísticas demográficas:

“son los barrios bajos donde existe la mayor parte de casas de vecindad y donde también se halla acumulada la mayor parte de la clase obrera, lo que es debido a la circunstancia de que aquellos se hallan poco distantes de los centros mercantiles e industriales, y que los alquileres son allí más baratos. No obstante sucede muchas veces que el trabajo falta en los distritos céntricos, y el obrero se ve obligado a buscarlo en uno de los barrios muy distantes de su casa. En efecto, las casas de vecindad de los barrios altos están generalmente, habitadas por la clase jornalera que encuentra empleo, sea en las obras del Ensanche, o sea en las fábricas que allí abundan.”

Hauser es consciente del proceso de segregación social que está operando en la ciudad, en que se crean barrios altos y barrios bajos, unos más higiénicos y otros focos de insalubridad y de *mefitismo*. Una separación entre clases y condiciones de vida que es un fenómeno nuevo en la vida urbana:

“No se puede negar que el cambio de costumbres y el modo de vivir de las clases acomodadas en los tiempos modernos, no ha dejado de influir en las costumbres y en el modo de vivir de la clase jornalera. Antiguamente en las casas de la gente rica, hasta en los palacios, habitaba el propietario de la casa en los primeros pisos y la clase pobre en los últimos, llamados buhardillas. Estas familias, hallándose en contacto más o menos frecuente con los señores, participan en cierto modo de las ventajas de la posición de los dueños de la casa (...) mientras que hoy día los propietarios de casas han suprimido unos las buhardillas y otros las dedican al servicio de los inquilinos, para los efectos sobrantes del mobiliario, y los pisos superiores, llamados sotabancos, pagan un alquiler muy superior a los medios de los que dispone la clase obrera”¹¹⁹

Hauser denuncia pues los efectos de la segregación social que no sólo se produce entre barrios sino en el interior mismo de los edificios; el Ensanche está trayendo consigo una disolución de esa amalgama social en que convivían los madrileños para ubicarlos en espacios diferenciados según su condición económica. Si atendemos a la distribución de jornaleros en 1898 (*tabla XXX*) se puede apreciar como son de nuevo Latina y Buenavista, centro y periferia, los extremos de la escala social. No obstante entre medias queda toda una gama de matices que conviene observar: la “clase obrera y jornalera” no es para empezar un todo homogéneo sino un conjunto de situaciones económicas y profesionales muchas veces dispares que se reconocen eso sí por su cercanía habitual a la pobreza. El jornalero de la casa de vecindad de Latina o Inclusa es el prototipo del obrero caído en desgracia, en la extrema pobreza y en la mendicidad, pero hay entre los jornaleros otros muchos con más suerte; sin vivir desahogadamente, pueden permitirse un mejor destino que el hacinamiento en las casas del casco viejo y disponen de otros espacios residenciales en la ciudad:

¹¹⁹ HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol I, pp. 326-327.

“Es verdad que en los últimos veinte años han aumentado considerablemente las construcciones nuevas, tanto en el ensanche como en el interior; pero sólo aquella parte de la clase obrera que se halla aventajada con un salario de cinco a 10 pesetas diarias, debido a los conocimientos, habilidad e inteligencia que exigen ciertos oficios, ha ganado con estas construcciones, pues el fruto de su trabajo les permite disfrutar de una habitación decente, provista de luz y de aire. En cambio, la parte inferior de la clase obrera dedicada a oficios manuales comunes, lejos de ganar con las nuevas construcciones, ha salido perdiendo, por la sencilla razón de que su salario no ha aumentado en los últimos veinte años, no pasando de dos a tres pesetas al año, y los alquileres de casas, aun de los barrios bajos, son relativamente hoy día más caros que antes...”¹²⁰

A la pluralidad de situaciones y formas de vida que esconde la lacónica calificación administrativa de jornalero que aparece en los registros de población se corresponden espacios urbanos de muy diferentes características. No todo puede ser reducido a la extrema miseria de los barrios bajos: ni éstos contenían al conjunto de la clase jornalera ni representaban su única forma de vida.

Tabla 16: Distribución por distritos de los jornaleros y de las casas de vecindad en Madrid en 1898 según Philip Hauser y comparación con la situación del Ensanche Norte en 1880¹²¹					
Distritos	número de habitantes del distrito	número de jornaleros	porcentaje de jornaleros en el distrito	número de casas de vecindad	habitantes en las casas de vecindad
Palacio	61072	5878	*9,62	23	2387
Universidad	67750	7003	*10,34	78	8142
Centro	25877	1411	*5,45	1	170
Hospicio	65119	6640	*10,20	24	2814
Buenavista	85446	2713	*3,18	25	2114
Congreso	36163	1885	*5,21	0	
Hospital	54904	7205	*13,12	54	6825
Inclusa	50137	7557	*15,07	121	15267
Latina	48066	8007	*16,66	268	11553
Audiencia	34450	3694	*10,72	24	3249
totales	528894	51993	*9,83	618	52521
Ensanche Norte en 1880	*23695	*3811	*16,08		

¹²⁰ HAUSER, *Op. cit.* V. 1 pág. 329.

¹²¹ Elaboración propia a partir de HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), vol I, pág. 326 y 331. Una vez más no podemos singularizar los datos del Ensanche Norte por no haberse constituido aún como un distrito con entidad propia: así Chamberí aparece repartido entre Hospicio, Universidad y Buenavista. Los porcentajes responden a la relación entre el número de jornaleros y la población total (activa y no activa) de cada distrito. Los datos precedidos por * son los añadidos a los que ya aportaba Hauser.

El Ensanche Norte es en relación con los datos que nos aporta Hauser uno de los espacios residenciales más importantes de los jornaleros en la ciudad de Madrid. Los jornaleros a la altura de 1880 representan grupos de población tan importantes en Chamberí como lo serán en Inclusa y Latina veinte años más tarde. Sin embargo, en su recuento de ejemplos de viviendas en mal estado y en su ilustración de las pésimas condiciones de vida de los jornaleros en Madrid, Hauser no se detiene en las calles del Ensanche Norte, sino en las del Peñón, en la de Mesón de Paredes, en el Rastro, o en las Injurias, dónde se encuentran los ejemplos más llamativos de hacinamiento y mortalidad crónica de sus habitantes.

El Ensanche Norte es de nuevo un raro ejemplo de espacio urbano que no se deja clasificar en las medias estadísticas de la capital, un espacio intermedio que no es objeto de la preocupación de los higienistas y que se aviene difícilmente a ratificar los estereotipos de barrios altos y barrios bajos que la segregación socioespacial que conlleva el Ensanche está generando. Y no obstante, en su composición social, Chamberí demuestra quizá con anticipación al conjunto de la capital, rasgos de una clara modernidad en su composición social.

Chamberí en 1880 es por sus capas populares un distrito jornalero, más jornalero que el conjunto de la ciudad. Un espacio en que se muestra de forma agudizada el lento pero inexorable proceso de proletarización de la población trabajadora madrileña ya iniciado décadas atrás en esa brecha abierta por la descomposición gremial y que no ha sido salvada por la industrialización. Madrid crece, el artesano pierde peso pero el obrero fabril no acaba de aparecer. El hueco que queda libre en la ciudad lo ocupa el jornalero, del que Chamberí es buen ejemplo.

Paradójicamente, en este mismo espacio en el que el artesano ha dejado su lugar al jornalero o subsiste en formas en que se acerca a esta nueva figura social, también habitan representantes destacados de la burguesía. Su importancia numérica es reducida, no permiten calificarlo de barrio burgués y menos a la sombra de las construcciones de Salamanca con

las que hace frontera, pero entre sus integrantes encontramos ejemplos demasiado brillantes de la elite social para que pase desapercibido el contraste con las clases populares con que se avecinan. La convivencia de personas de condición social tan extrema nos remite necesariamente a la forma en que se desarrolló en este espacio el proyecto de segregación social que el diseño del Ensanche llevaba implícito y que como se vio, sus ejecutores pusieron tanto celo (al menos en lo legislativo) en afirmar, por encima de toda consideración de higiene urbana.

No es el único punto de ambigüedad que encierra este espacio urbano de nuevo cuño que también muestra su especificidad en lo demográfico: Chamberí se sitúa en un particular espacio intermedio entre las zonas más destacadas por las crisis epidémicas y la sobremortalidad del centro de la ciudad y aquellos barrios en que las condiciones son estadísticamente mejores, cuyo mascarón de proa es Buenavista, donde la mortalidad infantil, la epidemia episódica y el resto de rasgos propios de un modelo demográfico antiguo, comienzan a ser problemas marginales. En ello, juega un papel fundamental, de una manera chocante, el propio subdesarrollo urbano e infraestructural del barrio. Subdesarrollo urbano que provoca precios más bajos que en el resto del Ensanche y que deja abierta la posibilidad a la residencia de ciertos estratos populares; pero subdesarrollo que a la vez quiere decir frente a los barrios bajos, menos edificios, por lo tanto menos hacinamiento y menores problemas derivados de la urbanización desordenada que se está produciendo en Madrid.

Otro de los factores que pueden explicar las peculiaridades demográficas del Ensanche Norte dentro del modelo demográfico madrileño es el papel específico que juega dentro de la redistribución de la población inmigrante que opera en la ciudad, muy particularmente una vez iniciada su ampliación urbana. Por las mismas particularidades de espacio intermedio tanto en su composición social como en su condiciones higiénicas y, lo que parece más definitivo, de lo alquileres de sus viviendas, Chamberí atrae a una inmigración determinada. Sin disponer de datos de otros distritos para compararlos, sí parece que la población inmigrante que se instala en la zona de Ensanche (y que constituye su más importante componente), es una

inmigración de carácter definitivo más que temporal, no afectada por el desarraigo intenso que ciertas visiones de la inmigración urbana han subrayado sino que se muestra, en cambio, especialmente integrada familiarmente.

El antiguo arrabal de Chamberí, una vez incorporado a la ciudad con el Ensanche se constituye en un espacio urbano inmigrante, pero no desarraigado, popular y jornalero, pero al tiempo con retazos burgueses y aristocráticos, en rápido aumento pero afectado menos gravemente que otros por los efectos demográficos y sociales de la segregación social en una ciudad desbordada por su crecimiento, todo ello derivado del papel específico que cumple como parte integrante pero diferenciada de la ciudad. Comprender ese papel exige una descripción más profunda del desarrollo urbano del Ensanche Norte, describiendo de una manera más profunda la tipología de edificios y las actividades económicas que en él se desarrollaron, que conforman factores decisivos en la atracción de la población que se acabó instalando en sus calles y que nos permitirán comprender mejor la forma en que las ideas que Castro expuso en el papel se llevaron a la práctica.

V.- SEGREGACIÓN Y CONVIVENCIA DE CLASES SOCIALES EN EL ENSANCHE NORTE DE MADRID

“En el populoso barrio de Chamberí, más cerca del Depósito de aguas que de Cuatro Caminos, vivía no ha muchos años un hidalgo de buena estampa y nombre peregrino, no aposentado en casa solariega, pues por allí no las hubo nunca, sino en plebeyo cuarto de alquiler de los baratitos, con ruidoso vecindario de taberna, merendero, cabrería y estrecho patio interior de habitaciones numeradas(...).

“Sin ninguna ocupación profesional, el bueno don Lope, que había gozado en tiempos mejores de una regular fortuna, y no poseía ya más que un usufructo en la provincia de Toledo, cobrado a tirones y con mermas lastimosas, se pasaba la vida en ociosas y placenteras tertulias de casino, consagrado también metódicamente algunos ratos a visitas de amigos, a trincas de café y a otros centros, o más bien rincones, de esparcimiento, que no hay para qué nombrar ahora. Vivía en lugar tan excéntrico por la sola razón de la baratura de las casas, que aún con la gabela del tranvía, salen por muy poco en aquella zona, amén del despejo, de la ventilación y de los horizontes risueños que allí se disfrutaban”

Benito Pérez Galdós, *Tristana* (1892)¹²²

El bueno don Lope llega a Chamberí por el aire despejado y el aspecto saludable del barrio y, como no, por los alquileres baratos; alquileres baratos que busca este hombre ya maduro pero que en su escasez, como nos cuenta Galdós, viene acompañado de una sobrina a la que mantiene y una criada de la que no se desprende. Don Lope, rentista mediocre, representante de esa clase media, medio hidalga, negada con los conceptos de industria y laboriosidad, que es tónica en la literatura española, se acomoda en una casa de vecindad humilde de tinte proletario, en un barrio que ya sabemos que es ante todo jornalero e inmigrante y allí desarrolla su forma de vida centrada en la ociosidad y en el disfrute de la posición social que las rentas le han proporcionado. La despreocupación o la necesidad hacen desafiar al personaje esa separación de clases en barrios a la que se viene haciendo referencia y que habría constituido el gran logro de la ciudad ensanchada; sin embargo, conforme progresa la novela veremos a Don Lope mudarse varias veces, según su fortuna se vaya revigorizando y trasladarse hacia el Este del distrito, cada vez más cerca de las residencias de los burgueses y propietarios que

hemos visto acampar en un rincón entre la Castellana y la Ronda de Recoletos. Los desplazamientos y mudanzas no son raros en las novelas del XIX y no debían serlo en un Madrid en el que entonces casi nadie era propietario de la casa en la que vivía y en que la ley de libertad de los inquilinatos que imperaba desde 1842, manifestación de una libertad de la propiedad que llegaba al último rincón de la organización social, permitía subir los precios de las habitaciones a los caseros sin muchas dificultades. Que Don Lope, en este tardío remonte social desde la escasez a una posición desahogada suba varios escalones en el lujo y en la comodidad y se busque habitaciones y alojamientos acordes a cada una de las situaciones económicas que atraviesa sin salir del mismo distrito, es posible, porque lo hace en el Ensanche Norte, que ya hemos visto que contenía en su seno una amplia gama de diversidad social. Atravesar de Oriente a Occidente Chamberí, el Ensanche Norte en aquella época, era como descender la escala social del Madrid de entonces; ir visitando sus casas permitiría observar con todos sus matices los distintos grupos sociales que alimentaban la ciudad y los rasgos que los diferenciaban. Entre el hotel de 385 pesetas de alquiler que ocupaba Segismundo Moret junto a sus 5 hijos y sus 6 criados en la Calle Fernando el Santo 7, cerca de la Castellana, y las habitaciones para parejas de jornaleros y viudas costureras que se alquilaban a 30 reales mensuales en el barrio de Gaztambide, cerca de Moncloa, se comprendía todo el espectro social de la capital. Una diversidad social del distrito que le convierte en un observatorio privilegiado para estudiar el proceso de urbanización del siglo XIX y sus implicaciones sociales en un espacio, que en virtud de su condición de zona edificada prácticamente ex novo, se manifestaron con especial intensidad.

Este capítulo se ocupará de la manera en que se organizó la distribución de los distintos habitantes en el Ensanche Norte según su condición económica y social; una distribución que en 1860, cuando todo aquello eran terrenos de las afueras de la ciudad, podía ser un tanto azarosa por la irregular e improvisada urbanización de una zona periférica, en la que la distancia social entre sus habitantes a veces no era un inconveniente para una vecindad más o

¹²² PÉREZ GALDÓS, Benito: *Obras Completas*. Vol. III *Novelas, Miscelánea*. Aguilar, Madrid, 1973, pág. 349.

menos próxima aunque en viviendas y edificios de diferenciada calidad. Con la puesta en marcha del Ensanche, que pretendió ordenar el crecimiento espacial de la ciudad, hasta entonces marginal e improvisado, pero que al tiempo en su regulación normativa dejó las manos libres a los propietarios para crear una ciudad a la medida de sus necesidades y de sus intereses, esta inicial mezcla social desaparece de la zona de Ensanche. El derribo de la cerca y la planificación urbana tuvieron por consecuencia un crecimiento diferenciado del futuro distrito de Chamberí en barrios que se distinguían por sus calidades edificatorias (claramente expresada en los alquileres), por la procedencia social de sus habitantes y, sobre todo, por la cuantía numérica de estos. Madrid acaba el siglo XIX expresando claramente en su plano la particular evolución social que había experimentado, entre la quietud y el cambio, entre la persistencia de elementos de un Antiguo Régimen que aún imprimía un halo más aristocrático que industrial a las clases altas, y la aparición de rasgos modernidad, como era el carácter proletarizado (que no obrero) de sus clases populares. Sin embargo para comprender la sociedad finisecular madrileña no basta con el simple contraste entre el propietario ennoblecido que, situado en la cumbre de la pirámide social, vive en su palacete de la Castellana y el jornalero, inmigrante, empobrecido y desclasado que habita en los empobrecidos barrios de los cementerios. Entre uno y otro existe una diversa variedad de situaciones intermedias que ya hemos visto expresarse en lo demográfico y en lo profesional; encontrar ahora la posición que ocupan esas clases intermedias en el proceso de segregación socioespacial, indagar en la forma en que pequeños y grandes comerciantes, burgueses y propietarios, profesionales liberales y empleados, artesanos y jornaleros articularon sus relaciones en la nueva ciudad que estaba construyendo Madrid, nos puede permitir comprender mejor la forma en que se integraban en un todo social grupos tan dispares y tan alejados en condiciones y formas de vida.

Para ello se va a proceder a continuación a una pormenorizada descripción de los cinco barrios que se acabaron conformando en el Ensanche Norte, a partir de sus diferencias en el paisaje edificado, atendiendo a sus respectivas tipologías de vivienda, el precio de sus alquileres y a los distintos centros de actividad económica y comercial que albergaban cada uno de ellos:

con ello se pretende identificar los factores que atrajeron a una población diferenciada a cada barrio y que tuvo por consecuencia la configuración de espacios urbanos específicos, exclusivos de cada grupo social. Al tiempo que se atiende a los delimitadores de estos cotos sociales exclusivos, se destacarán aquellos puntos de conexión entre distintos grupos sociales, esos espacios compartidos por personas de distinta procedencia y categoría: las plazas a las que concurren los habitantes de un Madrid diverso, los patios de vecinos en que se encuentran el empleado y el obrero, el artesano y la costurera, la portería del edificio compartido por el militar retirado y el joven abogado: descifrar estos puntos de encuentro y las posiciones que cada grupo ocupan en ellos contribuirá a explicar la forma en que se construye el edificio social de un Madrid, en que los distintos niveles y pisos los hemos visto ya claramente diferenciados en altura y calidad de vida.

V.1.- Evolución diferenciada de los distintos barrios del Ensanche Norte.

(...)¿Por qué deprimir a los desgraciados que maltrata la suerte, hasta el duro extremo de apartarlos con desdén, sino con desprecio y asco, de aquellos puntos de la población donde habitan las otras clases sociales?(...) He reprobado de la más absoluta manera, y por varios conceptos, la ciudad obrera tipo, la verdadera invención de nuestra época; transición disimulada a los falansterios, no menos venturosa que ellos, y ya universalmente condenada por las gentes honradas y sensatas. (...)

Haya en las más de las casas un proporcionado número de habitaciones, de poco precio y con las debidas condiciones higiénicas para alquilarlas a las familias que no pueden hacer mayores sacrificios, y aun para los más infelices, sobre todo, en los barrios de la periferia y en calles de tercero o cuarto orden, y solamente con eso quedarán satisfechas las necesidades sociales más atendibles, sin apelar a novedades peligrosas que más o menos abiertamente choquen con nuestras seculares costumbres.

Confundiéndose de esta suerte las distintas clases sociales en los propios edificios, resultarán prevenidos a un tiempo los inconvenientes físicos y morales y hasta sociales que emanan de la aglomeración de individuos pertenecientes a las que aflige la necesidad y aun la miseria con mayor dureza, estrechándose de paso los lazos de un amor fraternal, haciéndonos todos solidarios de los bienes y de los males que haya la humanidad de sufrir, y apartando, mediante un esfuerzo común, esos temerosos peligros que está la sociedad corriendo, tales y tan graves que llevan el espanto aún a los más serenos y esforzados corazones.”

Méndez Álvaro, discurso en la Academia de Medicina de Madrid, 11 de Enero de 1874¹²³

El asunto que preocupa y sobre el que reflexiona Méndez Álvaro en su discurso, la cuestión de la vivienda obrera, fue uno de los temas estrella de la publicística higienista de la segunda mitad del XIX. El alojamiento de las crecientes masas populares en las nacientes aglomeraciones urbanas no era un problema particular madrileño ni español, pero sí lo era el retraso y la escasa iniciativa en su resolución¹²⁴. Propuestas no habían faltado: Mesonero Romanos, el ingeniero Castro, Fernández de los Ríos y otros distinguidos expertos y urbanistas habían dado su particular visión y solución del problema,

¹²³ Discurso leído por Francisco Méndez Álvaro el día 11 de Enero de 1874, en la Academia de Medicina de Madrid, sobre el problema relativo al hogar del obrero, tanto considerado en sí mismo, como en su historia, a través de la sucesión de las edades y de los pueblos; resumen incluido en el artículo: “barrios de obreros”. TARDIEU, Ambrosio: Diccionario de higiene pública y salubridad... traducido y ampliado por don José Sáenz y Criado. Imprenta de Maroto e hijos, 1883, vol. 1 pp. 744-751

¹²⁴ Una útil descripción de las diferencias entre España y el resto de Europa ante el problema de la vivienda obrera, sigue siendo la que hiciera el contemporáneo HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979), en su capítulo “Casas económicas para obreros”, vol. I, pp. 339-371. En ellas se proporciona valiosa información sobre las iniciativas de Mariano Belmas y Arturo Soria en Madrid.

pero en general todas habían acabado naufragando en un debate que oscilaba, como el discurso de Méndez Álvaro, entre el miedo que despertaba el crear barriadas íntegramente obreras que escaparan al control social, que el contacto con las clases acomodadas proporcionaba, y el recién nacido exclusivismo burgués, que como capa social emergente prefería construirse barrios y edificios propios, que les distanciara del pueblo y les asemejara a la elite nobiliaria a la que pretendían asimilarse¹²⁵. La realidad en Madrid era en 1880 que, aparte de contadas excepciones como las célebres edificaciones promovidas por Ángel Pozas en los alrededores de Argüelles¹²⁶, no existía una promoción inmobiliaria específicamente dirigida al obrero que combinara precios baratos con condiciones higiénicas aceptables. Independientemente de si la intención de esta inactividad era evitar la segregación social y la proliferación de barriadas obreras aisladas, socialmente peligrosas, el caso es que la separación por barrios entre grupos sociales se produjo y de una manera especialmente visible en el Ensanche Norte.

El fenómeno de la segregación socioespacial en el Ensanche Norte madrileño se explica por los desiguales ritmos y formas en que crecerán los distintos barrios que acabarán configurando este espacio urbano. Una desigualdad, que ya se vio, preveía Castro en su proyecto, en que establecía una división de la zona entre barrios aristocráticos al Este, barrio fabril en el centro y zona de equipamientos en el Oeste. En realidad el ingeniero no hacía sino asumir lo que de hecho ya se venía produciendo en las afueras de la ciudad. Si se atiende a la distribución de la población por barrios en 1860, antes de que el proyecto de Ensanche fuera aprobado, se comprueba cómo

¹²⁵ Acerca del discurso sobre la cuestión de la vivienda obrera y las distintas iniciativas propuestas o realizadas en la segunda mitad del XIX: DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: "Barrios obreros en el Madrid del XIX: ¿solución o amenaza para el orden burgués?" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la Sociedad del siglo XIX*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1988, vol. 1, pp. 117-134.

¹²⁶ El barrio de Pozas, que se mantuvo en pie hasta la década de los 50 del siglo XX; se encontraba en el cruce entre la calle Princesa y Alberto Aguilera, en el solar ocupado hoy por un centro comercial. Representó un raro ejemplo de construcción barata y preocupación higiénica y se consideró como ejemplo de vivienda obrera madrileña; sobre la actividad inmobiliaria de Ángel Pozas véase RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Desarrollo urbano de la zona Argüelles – Chamberí" en CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1985. pp. 29-50 y MONTESINOS, María: "El Barrio de Pozas" en *Revista de Estudios Geográficos*, nº 84-85, pp. 447 y ss.

coincide con las intenciones que para el Norte de Madrid tenía el ingeniero (ver tabla 17): la mayor parte de la población se concentra en el antiguo arrabal (barrios de Almagro occidental y de Trafalgar) en la que residen 3.303 habitantes; le sigue la zona intermedia entre el arrabal y los cementerios, Arapiles, que se ordena en torno a la Carretera Mala de Francia con una población de 1.211 habitantes; finalmente quedan los pequeños contingentes de población de la zona depreciada que se encuentra entre los cementerios y los Depósitos del Canal de Isabel II (barrios de Gaztambide y Guzmán el Bueno) que suman 497 habitantes.

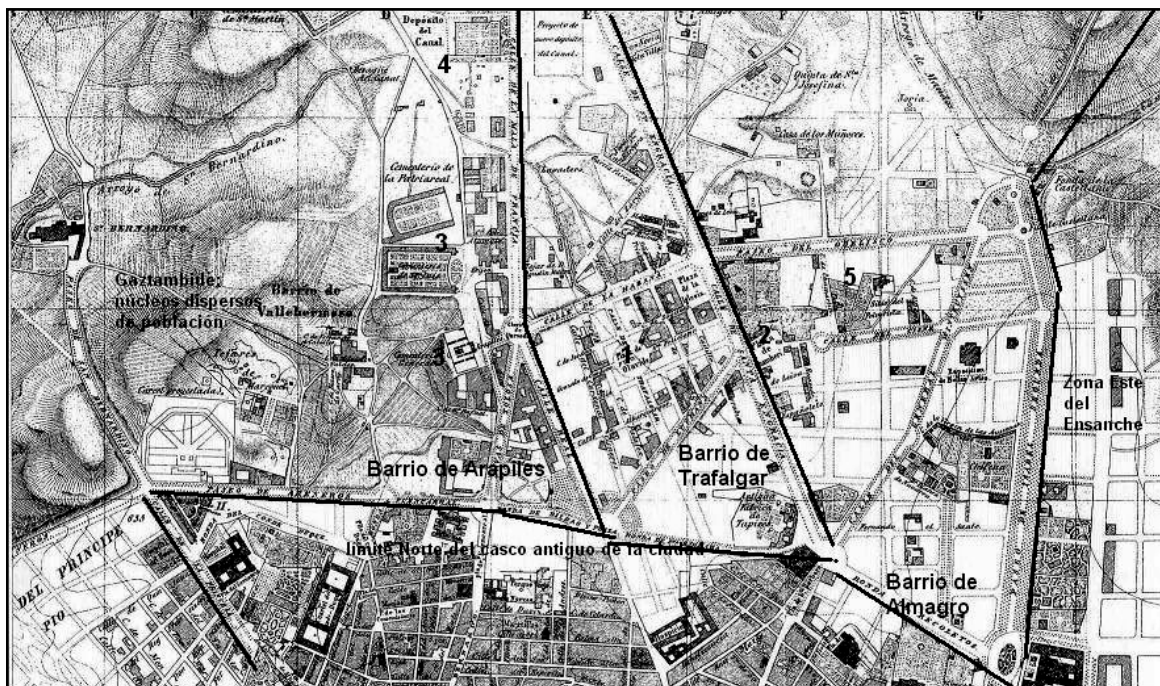
Barrios	habitantes	nº familias	alquiler medio
Almagro occidental	1178	284	16,50
Arapiles	1211	300	14,09
Gaztambide	408	98	8,45
Trafalgar	2125	500	15,49
Guzmán el Bueno	85	22	9,38
Total	5007	1204	14,73

La población de las afueras del Norte de la ciudad, que sumaba entonces 5.007 habitantes, se concentraba prácticamente en la parte central de la futura zona de Ensanche, entre las plazas de Olavide, vieja de Chamberí y de la Iglesia y el resto de la población se distribuía ya en construcciones dispersas (como la primitiva barriada de Vallehermoso, en el barrio de Gaztambide¹²⁸, o en los tejares de la familia Marconell), ya a lo largo de los principales caminos que partían de la ciudad, que iban adquiriendo el carácter de calle o grandes avenidas: Santa Engracia, Navas de Tolosa (hoy prolongación de San Bernardo), Real (hoy prolongación de Fuencarral), Carretera Mala de Francia (hoy comienzo de Bravo Murillo)...

¹²⁷ Elaboración propia a partir de los padrones de 1860 y 1880. En esta tabla, así como en las siguientes que incluyan datos de la distribución de la población por barrios, han sido excluidos todas aquellas fichas de padrón que ofrecieran dudas sobre la situación de la casa que se inscribiera (algo más frecuente en 1880 por el nombre dudoso de algún tejear o casa aislada). La casilla que indica el número de familias responde al número de hojas de padrón incluidas en cada barrio (en este caso se identifica el concepto de hogar y familia). Los alquileres medios han sido en todos los casos que aparecen reflejados de ahora en adelante excluyendo aquellas fichas en que no aparecía ya por desidia del habitante, ya por ser el propietario de la casa.

¹²⁸ Lo que se conocía en 1860 y hasta final de siglo XIX por barrio de Vallehermoso, era un pequeño conjunto de casas que existían en el barrio de Gaztambide, y no lo que se denomina como Vallehermoso hoy, que es el barrio más al Norte entre Reina Victoria y Cea Bermúdez y que aquí se denomina Guzmán el Bueno, para evitar confusiones.

Esos 5.000 habitantes del primitivo distrito de Chamberí estaban constituidos por una población humilde, como ya se ha descrito, madrileños excluidos de una ciudad que no era capaz de ofrecerles una vivienda a su medida: artesanos, trabajadores de la construcción, jornaleros y algún que otro representante de las capas medias, pero en general, de estos, pocos. La escasez burguesa en los territorios del futuro Ensanche, como nos lo sugería el escaso peso del servicio doméstico (en comparación con el resto de la ciudad), se ve confirmada por el alquiler medio de las habitaciones, que no superan las 15 pesetas. Para el gran conjunto de la edificación no existe en realidad grandes diferencias en el precio de los alquileres; los tres barrios más poblados arrojan precios parecidos, aunque sí dejan notar una cierta tendencia en la que se funda Castro para señalar el establecimiento de aristocracia y altas clases a un lado y clases medias y humildes al otro: a medida que se avanza hacia el Este (Almagro) los precios suben, seguramente por la presencia de algún hotelito y vivienda de mayor calidad. Sí destacan en esta época Guzmán el Bueno y Gaztambide por sus precios extraordinariamente bajos en relación a la media; sin embargo sus habitantes son pocos, las construcciones que aparecen en el plano de escasa importancia y no representan todavía



Estado de la urbanización por barrios del Ensanche Norte según el Plano de Madrid de 1866:

1) Plaza de Olavide, centro del viejo arrabal de Chamberí. 2) Plaza vieja de Chamberí 3) Cementerios surgidos al Oeste de la Carretera Mala de Francia (actual calle Bravo Murillo) 4) Primer depósito del Canal de Isabel II 5) Sitio del Polvorista: tejaz y huerta de tiempos del arrabal

fenómenos urbanos de relevancia.

Esta diferenciación espacial tenue que ya se encuentra en los terrenos de las afueras en los momentos previos del Ensanche, se va a ir agudizando a

Tabla 18: indicadores de diferenciación social y urbanística por barrios 1880				
Barrios	habitantes	Nº familias	alquiler medio	Incremento del alquiler medio respecto a 1860
Almagro occidental	4225	939	32,24	95,39%
Almagro oriental	1942	362	130,90	-
Arapiles	4823	1180	20,97	48,83%
Gaztambide	1465	380	13,64	61,42%
Ríos Rosas	309	74	16,35	-
Trafalgar	10630	2439	26,44	70,69%
Guzmán el Bueno	142	40	13,54	44,35%
total	23593	5428	30,42	106,52%

medida que a los usos periurbanos que se le daba a los terrenos se les vaya superponiendo los nuevos usos residenciales; el crecimiento de la construcción y de la población cumplen la profecía hecha por Castro en sus escritos: el desarrollo en plena libertad (para los propietarios) del nuevo espacio urbanizable producirá el surgimiento de barrios de muy distinta calidad y precio de sus habitaciones. Veinte años después, cuando Chamberí ha dejado de ser una aglomeración en medio de un despoblado y se ha convertido en un espacio integrado en la ciudad, cuando la zona ha casi quintuplicado su población y su estructura social se ha transformado sensiblemente, mostrando esa bipolarización entre una clase propietaria y burguesa reducida pero poderosa y el predominio casi aplastante de los jornaleros entre las clases populares, cuando se producen todas esas transformaciones en Chamberí se dejan notar intensamente en la distribución de su población por barrios y, sobre todo, en su estructura de oferta de vivienda en alquiler.

El grueso de la población sigue concentrándose en los alrededores del arrabal, en el barrio de Trafalgar, que tiene a esta altura más de 10.000 habitantes y en sus zonas adyacentes, Arapiles y Almagro occidental, que extienden las construcciones a lo largo de los ejes viarios que las ordenan: Bravo Murillo y Santa Engracia. Los tres barrios, aun con sus numerosos descampados y sus solares sin edificar, forman ya una zona urbana continua,

adherida al viejo Madrid. Suman entre los tres más de 21.000 habitantes que ocupan las viejas construcciones del arrabal de Chamberí y los nuevos edificios de vecindad que han ido apareciendo una vez iniciado el Ensanche. El resto de la población se distribuye en otros dos núcleos diferenciados: Gaztambide al Oeste, y el flamante barrio burgués de Almagro Oriental, al Este. Gaztambide ya se hacía notar en 1860 como un conjunto reducido de casas especialmente baratas; en 1880 ha crecido de manera significativa, manteniendo su bajo precio relativo respecto al conjunto del Ensanche Norte y ya constituye una barriada de cierta importancia, aunque sin perder ese carácter marginal, de espacio urbano de las afueras, aislado del resto de la población por una barrera de descampados y de cementerios, sólo comunicado con Madrid por un pequeño camino y no por calles como el resto de los territorios del Ensanche. El nuevo barrio de Almagro Oriental representa todo lo contrario: surgido prácticamente *ex novo* en estos veinte años, representa un reducido núcleo de población concentrado en la esquina Sudeste de la zona Norte de Ensanche, y prolongado en la ribera de la Castellana. La composición social de este selecto cuadrilátero ya la conocemos parcialmente: en él abundan los propietarios y los representantes de las clases más altas madrileñas, que se instalan en la zona prolongando de esta manera la zona más aristocrática de Madrid, el Salón del Prado y Recoletos. Este emergente barrio aristocrático es la solución para el problema que a su manera, venía padeciendo también: la saturación y hacinamiento a la que se veía sometida la ciudad antes del derribo de la cerca, donde no cabían más palacetes ni era posible al burgués enriquecido construir el imprescindible hotelito que confirmaba su éxito social y económico.

Si el desembarco en el Ensanche de este núcleo reducidísimo de burgueses, nobles y propietarios había tenido importantes consecuencias en la estructura social de los habitantes de Chamberí, mucho más intensos van a ser los efectos que produzcan en los precios del suelo primero y de los alquileres de los edificios construidos después. Entre 1860 y 1880, en el paso de los terrenos de Chamberí de zona periurbana a zona de Ensanche integrada en la ciudad, el alquiler medio de vivienda experimenta un incremento del 106,52%, pasando de situarse en 14,73 pesetas mensuales por habitación o vivienda a ser de 30,42 pesetas. Este incremento está claramente distorsionado por la

aparición de este incipiente barrio aristocrático de características bien distintas al resto del conjunto y que se expresa en unos alquileres claramente distanciados: 130 pesetas mensuales de media por los hotelitos y por las viviendas en pisos de lujo que surgen en esta esquina dorada del Ensanche y que obviamente van a incrementar la media general del distrito. Pero los efectos del surgimiento de este nuevo y lujoso barrio no sólo van a producir espejismos estadísticos: la revalorización del suelo y de los alquileres de la vivienda van a arrastrar al resto de los barrios del Ensanche Norte, y cuanto más cerca estén de los terrenos ocupados por las clases altas junto a la Castellana, más se dejarán arrastrar. Almagro Oriental, que limita con el nuevo foco de residencia burguesa experimenta un incremento del 95% en sus alquileres, Trafalgar el antiguo arrabal que es el siguiente barrio hacia el Oeste lo hace en un 70%, Arapiles en teoría un lugar de pocas posibilidades para el negocio inmobiliario por el efecto repulsivo que producen la cercanía de los cementerios, ve aumentar sus alquileres en un estimable 44%¹²⁹.

El aumento de los alquileres en la zona del arrabal no sólo debe atribuírsele a la revalorización de los terrenos producida por la construcción de este próximo barrio burgués, sino que en él influye también la construcción de nuevos edificios en los distintos barrios; casas nuevas de varios pisos que surgen junto a las casas bajas del arrabal que las superan en altura y quizás en calidad. Tanto mejores y más caras serán las nuevas casas nuevas cuanto más cerca se construyan de la Castellana. Ambos fenómenos confluyen en la misma consecuencia: la creación de una jerarquía espacial gradada por el alquiler de las viviendas existentes, en la que las zonas más caras se encuentran en las proximidades de la Castellana y de la que a medida que nos alejamos se produce una progresiva degradación. Las implicaciones de esta jerarquía de alquileres y viviendas son en principio bastante obvias: las gentes de mejor condición tenderán a establecerse en el centro-este y las clases más

¹²⁹ Esta tendencia es rota por el barrio de Gaztambide que aumenta en un 61,42%; pero en ello juega un papel fundamental el punto de partida de este barrio cuyos alquileres eran extraordinariamente bajos en 1860, de sólo el 8,45 y que pasan a 13,64 pesetas de media. Este espectacular incremento no consigue sin embargo que supere a Trafalgar y Arapiles que con 26,44 y 20,97 pesetas de media siguen siendo barrios más caros por ser más próximos a la Castellana.

desfavorecidas se dirigirán hacia el Oeste, en busca de alquileres que se ajusten más a sus posibilidades, separándose así clases y grupos sociales en espacios diferenciados.

No es necesario que reproduzcamos aquí el estudio que ya hemos hecho de la estructura social para cada uno de los barrios; para comprobar el fenómeno de redistribución de los diferentes grupos sociales en espacios diferenciados basta con que nos fijemos en el grupo más representativo, el de los jornaleros y la forma en que se asienta en cada uno de los barrios que componen el Ensanche Norte. Con ello además podemos sentar las bases para la reflexión sobre un efecto aparentemente paradójico del crecimiento urbano y que se nos va presentando en los datos que manejamos: por un lado, la presencia de jornaleros, como ya vimos, aumenta llamativamente en el Ensanche Norte (pasando de representar el 25% de los trabajadores a ser el 38%) y por el otro, como se acaba de certificar, los precios de alquiler aumentan. ¿Cómo se conjugan estas dos tendencias, encarecimiento del coste de vida en el Ensanche y aumento de los jornaleros en sus clases populares?

Tabla 19: Distribución de los jornaleros habitantes en Chamberí en 1860¹³⁰					
Barrios	Habitantes en familias jornaleras	nº familias	proporción respecto del total de familias	alquiler medio pagado por las familias jornaleras	alquiler medio general
Almagro occidental	377	85	29,93%	9,71	16,50
Arapiles	371	91	30,33%	8,08	14,09
Gaztambide	179	45	45,92%	6,93	8,45
Trafalgar	479	109	21,80%	9,11	15,49
Guzmán el Bueno	11	2	9,09%	5,00	9,38
Total	1417	333	27,66%	8,66	14,73

¹³⁰ En esta tabla se utiliza un indicador de la composición social diferente al que aparecía en el capítulo anterior, en que los porcentajes representaban la presencia de jornaleros en relación al número total de trabajadores. En esta ocasión, en que lo que se busca es la relación entre precios de alquileres y economías domésticas, sólo se ha prestado atención a los cabezas de familia: lo que interesa destacar es por tanto la proporción de hogares encabezados por jornaleros en relación a la estructura de los alquileres.

Tabal 20: Distribución de los jornaleros habitantes en Chamberí en 1880					
Barrios	Habitantes en familias jornaleras	nº familias	proporción respecto del total de familias	alquiler medio pagado por las familias jornaleras	Alquiler medio general
Almagro occidental	1872	417	44,41%	12,92	32,24
Almagro oriental	195	45	12,43%	22,50	130,90
Arapiles	2171	542	45,93%	12,47	20,97
Gaztambide	874	220	57,89%	11,30	13,64
Ríos Rosas	128	29	39,19%	10,90	16,35
Trafalgar	3552	819	33,58%	14,63	26,44
Guzmán el Bueno	89	23	57,50%	11,59	13,54
total	8914	2106	38,80%	13,34	30,42

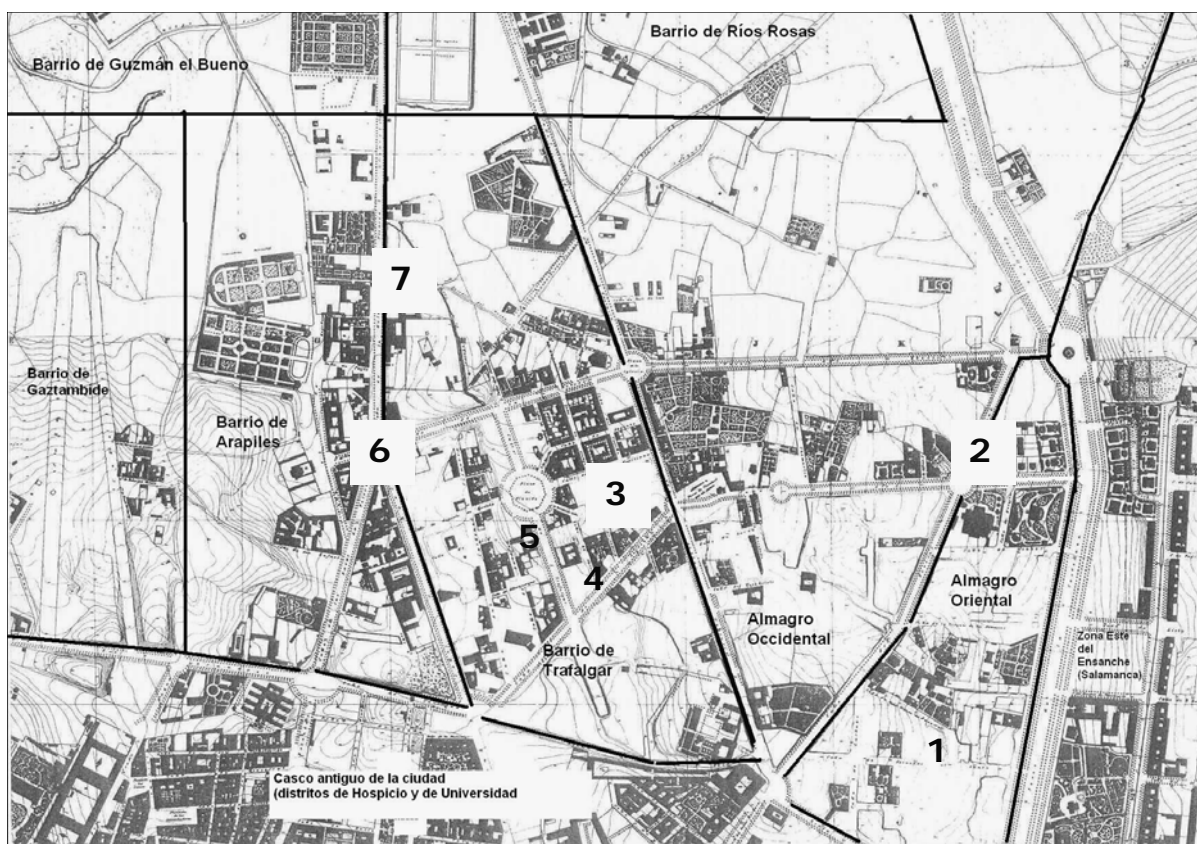
Las familias jornaleras aparecen presentes en todos los barrios tanto en 1860 como en 1880; independientemente del barrio en que residan buscan los alquileres más bajos y por lo tanto es lógico que su peso relativo sea mayor en aquellas zonas en que los precios son más baratos. Los núcleos apartados del Oeste de la Zona Norte de Ensanche, Gaztambide y Guzmán el Bueno, se afirman desde su aparición como barriadas netamente jornaleras, en que no hay una gran diferencia entre los precios pagados por estas familias de trabajadores descualificados y el precio medio general. Sin embargo la urbanización de estos barrios es escasa y su población sólo representa una pequeña parte del conjunto. En realidad donde reside la mayor parte de las clases jornaleras es en la zona más poblada y de alquileres más altos que esas zonas depreciadas y claramente jornaleras, en el antiguo arrabal y sus zonas adyacentes: Trafalgar con 819 familias jornaleras en 1880, Arapiles con 542 y Almagro occidental con 417.

La jornalerización de estos tres barrios en los veinte primeros años del desarrollo del Ensanche es un fenómeno claro; en 1880 los cabezas de familia jornaleros suponen la gran mayoría en cada uno de ellos especialmente en Arapiles y en Almagro occidental, donde casi representan la mitad de las familias que residen en ellos. Sin embargo este aumento de las familias jornaleras no se acompaña de una contención en el aumento de precios; de hecho lo que sucede es que sistemáticamente estas familias de trabajadores descualificados ocupan las habitaciones más baratas. Caso paradigmático es

Almagro Occidental donde existe una gran diferencia entre el precio medio de los alquileres, que ronda 32 pesetas y el precio que suelen pagar los jornaleros, que no llega a las 13 pesetas.

De esta manera, la zona Norte del Ensanche en sus primeros años de desarrollo no llegó a consolidar espacios urbanos específicamente jornaleros, como sí había creado en cambio un barrio netamente aristocrático; pero sí se resintió del proceso de jornalerización que afectaba a la sociedad y al mundo del trabajo madrileños, produciendo un aumento de su presencia en todos sus barrios, independientemente de las características urbanísticas y de los alquileres de cada uno de ellos. No se trataban pues de espacios urbanos íntegramente obreros, de esos que temía Méndez Álvaro que surgieran en la capital, sino que necesariamente convivían gentes de una cierta diversidad social, aunque no se dieran casos extremos. Las capas más altas de la sociedad, por ejemplo, ya no participaban en esta convivencia y se concentraban en un espacio urbano propio, el barrio de Almagro oriental, en que los jornaleros tenían una presencia muy escasa. De esta manera, la segregación socioespacial que puso en marcha el Ensanche, fue más intensa y actuó en estos primeros años sobre todo en las clases socialmente más poderosas. En ello influyó en gran parte la intención de quienes dirigieron el proceso de reforma y ensanche urbanos de Madrid; una clase propietaria que no escatimó esfuerzos en el diseño de los barrios para su propia residencia, pero que fue incapaz de impulsar, o más bien reacia, la aparición de casas obreras y de alquiler barato; los jornaleros y las clases más desfavorecidas, carecieron de un espacio propio que se ajustara a sus necesidades y a sus posibilidades, obligándoles a buscar vivienda en las habitaciones más baratas por ser peores de los edificios existentes (los bajos, las buhardillas), o si no en aquellas que por su deterioro o malas condiciones de edificación no quisieran ser ocupadas por otros estratos sociales. El resultado fue, que mientras los estratos superiores se autosegregaban, las clases medias y populares mantenían esa convivencia en casas mixtas y barrios mixtos que a higienistas como Méndez Álvaro, tanto tranquilizaban.

La forma en que esta segregación atenuada se articulaba entre los distintos grupos sociales, en cómo se mantenía el carácter mixto de barrios y edificios y, sobre todo, las razones que provocaban este tipo de relaciones sociales y el significado que adquirirían queda aún por indagar, y reclama de una descripción aún más pormenorizada de la forma en que se produjo el crecimiento diverso y variado de Madrid en los distintos barrios de su Ensanche Norte.



Estado de la urbanización del Ensanche Norte madrileño según el Plano parcelario de 1872-74.

Si bien el plano parcelario omite muchas de las viviendas que aparecen en el padrón de 1880, que es posterior, ya manifiesta las zonas que se mostrarán más dinámicas en el crecimiento urbano de la zona. Un cambio fundamental es la aparición del barrio burgués en su sector Este, en las cercanías de la Castellana (1 y 2). El arrabal de Chamberí seguirá siendo la zona más poblada (3), en la que a las edificaciones alzadas en los años anteriores a la aprobación del Ensanche se suman otras nuevas, surgidas muchas de ellas en torno a dos grandes vías que van adquiriendo importancia: la calle Luchana (4) y la calle Trafalgar (5). En la zona seguirán existiendo grandes despoblados, muy especialmente en el barrio de Almagro occidental y en las zonas de alrededor de los cementerios, entre los barrios de Guzmán el Bueno, Gaztambide y Arapiles. En este último no obstante se observa un crecimiento importante especialmente a lo largo de los caminos que salen de Madrid: calles de Fuencarral y San Bernardo, que confluyen en la glorieta de Quevedo (6) y la prolongación en la calle Bravo Murillo (7). Para un análisis más detallado ver la reproducción del plano que se incluye al final del capítulo.

V.2.- Almagro: asentamientos burgueses y barreras sociales

“Y el señor de Garrido, al mejorar de fortuna, tomo una casa mayor en el mismo Paseo del Obelisco, la cual tenía un patio con honores de huerta. Revivió el anciano galán con el nuevo estado; parecía menos chocho, menos lelo, y sin saber cómo ni cuándo, próximo al acabamiento de su vida, sintió que le nacían inclinaciones que nunca tuvo, manías y querencias de pacífico burgués. Desconocía completamente aquel ardiente afán que le entró de plantar un arbolito, no parando hasta lograr su deseo, hasta que ver el plantón arraigaba y se cubría de frescas hojas. Y el tiempo que pasaba la señora en la iglesia rezando, él, un tanto desilusionado de su afición religiosa, empleábalo en cuidar las seis gallinas y el arrogante gallo que en el patinillo tenía ¡qué deliciosos instantes! ¡Qué grata emoción... ver si ponían huevo, si éste era grande, y, por fin, preparar la echadura para sacar pollitos, que al fin salieron, ¡ay!, graciosos, atrevidos y con ánimo para vivir mucho!”

Benito Pérez Galdós, *Tristana* (1892)¹³¹

La novela de Galdós termina con una nueva mudanza de don Lope Garrido, al que dejamos páginas atrás conviviendo con obreros y jornaleros en una casa de las de patio vecinal. Lo encontramos al final de la historia en un hotelito en uno de los antiguos paseos arbolados que rodeaban la ciudad a mediados del XIX y que con el Ensanche se convirtieron en las calles principales de los nuevos barrios. El cambio de residencia de los protagonistas simboliza a la perfección la transformación de sus actitudes sociales; encontramos a un Don Lope bien distinto, que separándose del pueblo gracias a su fortuna, abandona la vida desarreglada que mantenía con Tristana, ahora ya su esposa, vuelve al seno de la Iglesia y el viejo hidalgo rentista hasta ofrece ocasionales destellos de espíritu inversor y laborioso en su afán por hacer crecer los árboles y que sus gallinas pongan huevos.

Sea la voluntad de Don Lope la que produzca el cambio, sea el paisaje señorial del barrio en que habita que le empuja a adoptar una nueva forma de vida, Galdós elige perfectamente el espacio para constatarlo. El barrio de Almagro, extendido entre esta calle y el paseo de la Castellana se convirtió con la puesta en marcha del Ensanche en un espacio urbano caracterizado por los altos alquileres y por albergar la residencia de una buena parte de la elite social madrileña. Pero al tiempo, su parte occidental, que comprendía los terrenos

desde la misma calle de Almagro hasta la calle de Santa Engracia surgía como un barrio contradictorio en el que las estadísticas ofrecen una extraña combinación entre alquileres elevados, siempre por encima de la media del arrabal y una alta proporción de jornaleros. He aquí el primer ejemplo de espacio urbano confuso en el que conviene aclarar la forma en que se articularon las relaciones sociales en el proceso de segregación socioespacial: ¿de qué manera se organizó espacialmente grupos sociales tan distantes en condiciones de vida en un mismo espacio urbano? ¿qué factores provocaron que la población jornalera se acercara a habitar un espacio que en un principio se presentaba, dado el alto precio de su vivienda, hostil a su integración?

De los terrenos que comprenden el barrio de Almagro, en los momentos previos del Ensanche, sólo su parte occidental presentaba rasgos de una protourbanización. La parte Oriental, la que acabará ocupada por el barrio aristocrático era entonces tan sólo zona de recreo, con algunas huertas y una finca de recreo de cierto renombre, La Chilena y no tiene en principio población registrada en el padrón¹³². Eran pues, terrenos en reserva, que habrían de esperar a la puesta en marcha del proyecto de Ensanche para ser urbanizados. En cambio, Almagro occidental, barrio establecido en el triángulo resultante entre los dos caminos que surgían de la Puerta de Santa Bárbara (hoy calles de Almagro y de Santa Engracia), presenta ya algunas construcciones que albergaban a 1.178 habitantes de los 5.000 que se agolpaban a las puertas del Norte de la ciudad. Sin embargo, como se puede adivinar a partir del plano de 1866, por entonces el proceso de urbanización en esta zona occidental de Almagro apenas se había iniciado: las construcciones residenciales se concentran prácticamente en su totalidad en las cercanías del vecino arrabal de Chamberí, a lo largo de la futura calle Santa Engracia y muy especialmente en la plaza vieja de Chamberí, es decir en los límites con el barrio de Trafalgar.

¹³¹ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Obras Completas*. Vol. III *Novelas, Miscelánea*. Aguilar, Madrid, 1973, pág. 419.

¹³² Y así despoblada la encontramos en el plano de 1866; la finca de recreo la Chilena pertenecía a Andrés Arango, que ya ha aparecido en estas páginas como promotor inmobiliario prematuro en Chamberí (calles de Arango y Cardenal Cisneros) y no residía allí. Los hoteles que aparecen reflejados en el plano en la calle Fernando el Santo son los que edificara en 1864 el ingeniero Castro, como ya se ha indicado; de las construcciones de la calle Doña Blanca de Navarra no se tiene noticia, pero probablemente, como la casa de Castro, sean

Puntos residenciales que por su situación y por sus características constructivas hacen de ellos más una continuación del arrabal que un espacio urbano diferenciado y que explican la existencia de precios relativamente bajos en los alquileres. De hecho, si nos acercamos a la distribución de la población

Tabla 21:Almagro occidental:
principales centros de población en 1860

Población total	1178
Plaza de Chamberí	117
Santa Engracia	376
Paseo del Cisne	184
Leiva	72
Casa del Polvorista	51
Recaredo	144

dentro de Almagro occidental antes de 1860 podemos comprobar que una parte importante de los habitantes se encuentra en esta zona limítrofe con el arrabal (sólo la Plaza de Chamberí, la calle Santa Engracia y el Paseo del Cisne, edificado únicamente en su confluencia con Santa Engracia acaparan 677 de los 1178

habitantes del barrio). En gran medida, antes del Ensanche, si la zona de Almagro occidental se había desarrollado había sido como efecto reflejo del arrabal de Chamberí con el que lindaba.

El resto de los terrenos de Almagro occidental carecen de todo rasgo de urbanización. Aparte de los paseos de principios de siglo, no han sido trazadas las calles, que tan sólo se insinúan en el plano de 1866 y a muchas de ellas parece quedarles una larga espera, pues atraviesan extensas propiedades que aún no han sido objeto de parcelación ni expropiación y que además acogen explotaciones económicas aún activas. Precisamente estas grandes propiedades son el otro centro de atracción residencial que ofrece el barrio, tejares y huertas que aparte de ofrecer trabajo a jornaleros y labradores contienen viviendas de calidad y precio bajos para albergarlos. Aunque en el plano se destacan tan sólo el denominado Sitio del Polvorista y más al norte la Casa de los Muñoz , la Quinta de Santa Josefina y el Tejar de los amigos, en el padrón podemos localizar algunas más (ver tabla 22).

El caso de las Casas del Polvorista, que se incluye en la lista de la tabla 22, es un buen ejemplo de un tipo de construcción barata, generalmente destinada para las clases más humildes de Madrid, que ha podido pasar

producto de las primeras promociones inmobiliarias una vez aprobado el proyecto de Ensanche.

Tabla 22: Almagro, principales centros de trabajo y comercio		
Dirección	Establecimiento	Habitantes
Santa Engracia, 48	fábrica y tahona	12 habitantes: familia del propietario y empleados.
Tejar Alegría	Tejar	un jornalero y tres carreteros
Tejar del Sintero	Tejar	guarda, mujer y dos hijos
Vereda de Postas,40	tejar de la vereda de Postas	un guarda
Tejar del Chufero	Tejar	tejero, mujer y 2 hijos
Casa de la Bomba	bomba	guarda y mujer: alquiler a costa de la Villa
Casa de labor de Lorrú	casa de labor	3 habitantes
Vereda de Postas, 31	¿huerto?	familia jornalera de 8 miembros
Tejar de Orejuela	tejar	propietario, esposa y 2 hijos; 12 habitantes más en casas en la calle Ponce de León
Casa de la Legua		familia jornalera de 7 miembros
Casas o Sitio del Polvorista	conjunto de casas bajas, jardines y huerto	51 habitantes, 12 unidades familiares con diversas profesiones, empleados allí o no: 9 jornaleros, 2 traperos, 2 sirvientes, 2 albañiles, un carretero, un corralero, un polvorista, un vendedor... Tres habitaciones de 3,75 pesetas; 3 de 5 pesetas, una de 6 pesetas, 4 de 7,50 pesetas, y una de 25 pesetas.

desapercibida en anteriores estudios por no haber dejado rastro en la documentación: se trataría de un tipo de inmuebles de fábrica de bajo coste, generalmente alzados en grandes posesiones sin urbanizar y con pocas esperanzas de hacerlo en un futuro inmediato y que quizá contruidos con un carácter temporal, se llevan a cabo al margen de toda ordenanza o norma constructiva. Ello explicaría el bajo precio de sus alquileres. A pesar de su carácter precario, su seguramente escasa calidad como espacio habitable, en un contexto de escasez de vivienda, y especialmente de la de bajo alquiler, cualquier construcción, por deteriorada que estuviera y por pésimas condiciones que reuniera, podía convertirse en una suculenta fuente de ingresos. Otro ejemplo elocuente de este tipo de urbanización espontánea, realizada al margen de los planes de urbanismo dictados por el Ayuntamiento, son las casas de la calle Recaredo.

La calle Recaredo, quedaba condenada a la desaparición en los distintos planos de Ensanche propuestos; era el resultado de la alineación de dos hileras de casas bajas de muy reducidas dimensiones y de alquiler especialmente barato (de las 35 casas que se contabilizaban, sólo una

alcanzaba las 25 pesetas de alquiler y las otras oscilaban entre las 4 y las 15 pesetas al mes, siendo el precio más frecuente el de 8 o 9 pesetas). Al margen de si el origen de estas construcciones había sido la promoción inmobiliaria de casas baratas de alquiler o de si en un principio habían tenido otro objetivo (el alojamiento de los trabajadores de un huerto, tejar o similar), la realidad es que se acabaron convirtiendo en una opción de vivienda popular que sobreviviría muchos años en el barrio a pesar de unas condiciones de salubridad seguramente pésimas; tanto en el plano de Ibáñez Íbero de 1874 como en el padrón de 1880 puede verificarse su supervivencia. La población que las ocupa en 1860 no se distingue demasiado de la de las casas del polvorista, si atendemos a la profesión de sus habitantes:

Tabla 23: Profesiones de los habitantes en la calle Recaredo en 1860					
no indican profesión o no tienen	54	Costureras	3	Jornaleros	36
albañiles	3	esquiladores	3	Lavanderas	8
calcetera	1	Ebanista	1	Pensionista	1
canastera	1	Escuela	2	Sirvienta	1
carpintero	1	farolero del gas	1	sus labores	8
carreteros	5	guarnicionero	1	Traperos	5
cepillera	1	Herrero	1	Vendedora	1
		Hilanderas	1	Zapateros	3

Es posible que las casas de la calle Recaredo fueran un conjunto de habitaciones para alquiler temporal más que para residencia permanente, para trabajadores en busca de empleo o para transeúntes que desempeñaban oficios ambulantes (como puedan ser los esquiladores y carreteros que encontramos), incluso podían ser habitaciones para sirvientas recién llegadas a la capital a la busca de una colocación. Pero lo que estas casas bajas y modestas representan sin lugar a dudas es el tipo de construcción anárquica y en malas condiciones que hasta 1860 había proliferado en las afueras de la capital y con la que Castro pretendía terminar.

A pesar de este panorama general de despoblamiento y vivienda precaria en el barrio de Almagro Occidental que se acaba de trazar, a la altura de 1860 ya encontramos también en este barrio ejemplos, escasos pero significativos, de una oferta residencial bien diferente: viviendas caras, sólo

accesibles para la burguesía y el funcionariado medio alto. Así si nos fijamos en los alquileres más caros de habitaciones dedicadas a uso estrictamente residencial (y no industrial) que se registran en el padrón de 1860 en toda la zona de Ensanche y no sólo en Almagro, encontramos que muchas se localizan en esta zona. Son en general casas aisladas que surgen en la red de paseos que se habían ido creando como prolongación de Recoletos y del Prado, especialmente en el Paseo del Obelisco (hoy Martínez Campos), en el del Cisne (calle Eduardo Dato) y en Santa Engracia. De esta manera encontramos, por ejemplo, en el paseo del Obelisco nº 7, la casa alquilada por Bernardo García por la que paga 75 pesetas al mes y que ocupa en su totalidad. En ella, este *escritor público* (periodista) de Cartagena habita junto a su esposa de 35 años, francesa y de nombre Josefa Gibert; les acompañan tres familiares y una criada. Muy cerca de allí, en otra casa aislada del mismo Paseo del Obelisco, ésta en el número 14, conviven en una vivienda cuyo alquiler mensual es de 47,50 pesetas un empleado cesante del Ministerio de Gobernación, un administrador de minas y un jornalero que probablemente se encuentre al servicio de ambos. Son los primeros representantes de una burguesía media que con el tiempo buscará su residencia fuera del casco antiguo de la ciudad en una zona, que al igual que su posición en la estratificación social, se encuentra equidistante entre la aristocracia que badea la Castellana y las clases populares del viejo arrabal de Chamberí.

Un buen ejemplo de los estratos sociales que van alimentar en el futuro la zona los encontramos en uno de los primeros casos de edificio multifamiliar que ya existe en la calle España, esquina a la calle Santa Engracia (ver tabla 24). Se trata en realidad de dos edificios distintos que ocupan un mismo espacio ajardinado y que en su distribución de familias ejemplifica la forma en que se van a articular las relaciones entre los distintos grupos socioeconómicos en la nueva ciudad. Uno de los edificios está ocupado únicamente por la familia numerosa de un alto funcionario y propietario y su servidumbre; se trata pues de una casa unifamiliar, ideal residencial de las clases pudientes en esta época. El otro edificio es en cambio una casa de vecindad con planta baja, principal y segundo: este inmueble ofrece viviendas que varían en su calidad y precio incluso dentro del mismo piso y que van a ser ocupados por familias de

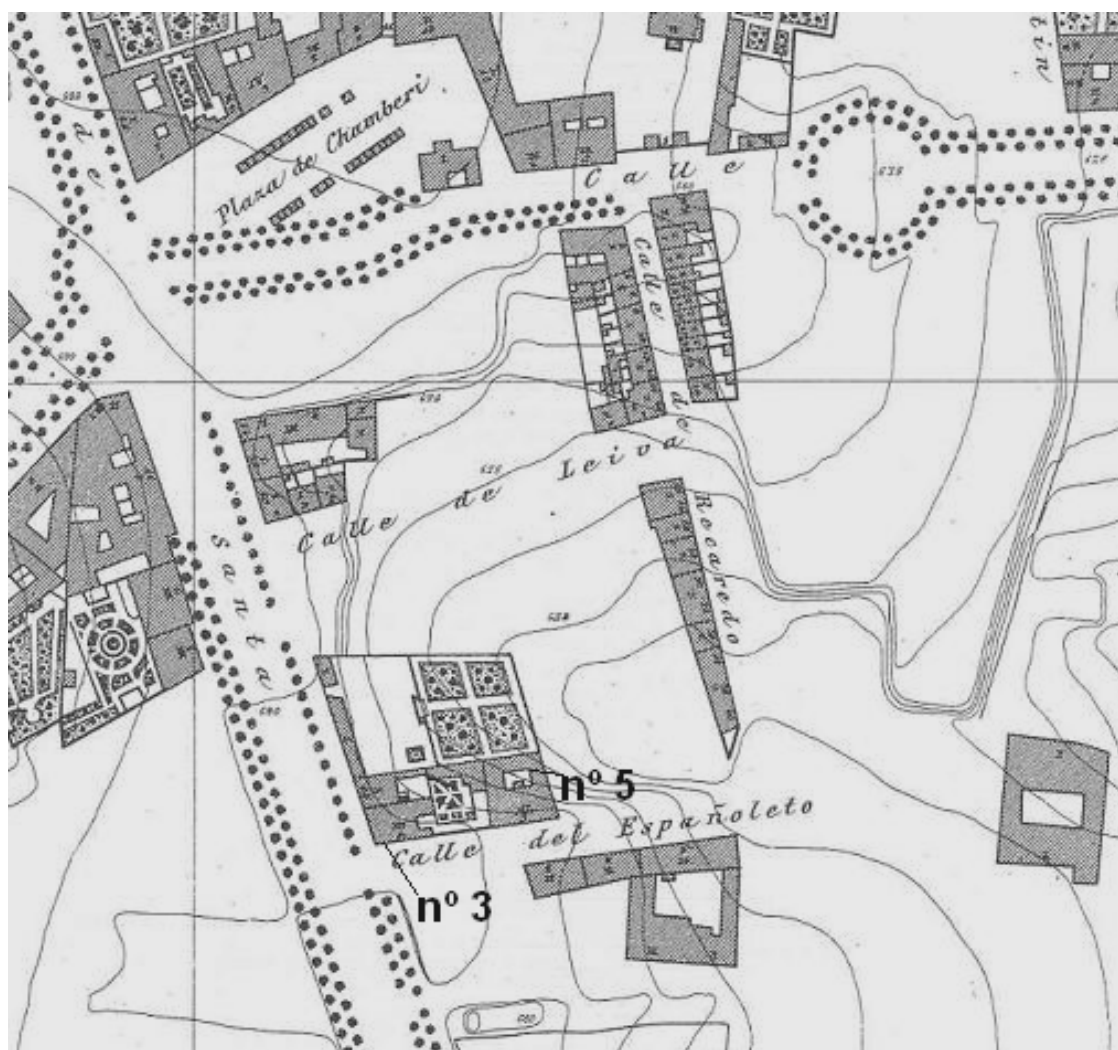
Tabla 24: Habitantes de los inmuebles nº 1 y 3 de la calle Españolito.

habitación	precio del alquiler	nº de habitantes	Habitantes
casa aislada (Españoleto nº1)	en propiedad	13	Familia Heredia: empleado del Congreso de los diputados , mujer y ocho hijos entre 11 meses y 21 años (uno de ellos estudiante universitario de Derecho). 3 criados.
bajo	15 pesetas	2	José Alejandro, empleado en el Ministerio de la Gobernación , soltero de 43 años y María Oliveros, una viuda de 41 años.
bajo	15 pesetas	7	Familia Martínez: un panadero de 50 años, su mujer (en segundas nupcias) de 30 años con cinco hijos que trabajan: la de 25 años, costurera , el de 20 años, herrero , el de 16 años y el de 13, carpinteros , el de 11 años va a la escuela.
bajo	15 pesetas	6	Familia de Andrés Fernández: un empleado viudo de 44 años, con cuatro hijos, el mayor de 14 años es aprendiz de carpintero . Con ellos vive una mujer viuda de 28 años.
principal	45 pesetas	1	Benito Moreno Ponce de León. Jubilado .
principal	37,5 pesetas	7	Familia de Francisco de Paula Murciano: fiscal cesante viudo de 59 años, esposa y cinco hijos.
principal interior	15 pesetas	2	Vicente Valero e hija: empleado de la Inspección de vigilancia de 44 años.
principal interior	15 pesetas	3	Familia Lecussan: jardinero francés de 31 años, mujer de 21 e hijo recién nacido.
segundo derecha	46,5 pesetas	5	Matilde García: mujer casada de 26 años que vive con sus hijos de 1 año y medio y de 5 meses, una criada y una niñera.
segundo izquierda	52,5 pesetas	4	Francisco Navarro y familia: propietario viudo de 42 años, hija de 17, hermano abogado de 30 años y criada .
sótano	15 pesetas	8	2 familias comparten habitación: un escribiente de la Fábrica de Cervezas, su mujer e hijo. Un oficial de carpintero , su mujer y dos hijos. Un realquilado, viudo de 60 años y de profesión " acomodador de criados ".

distinta condición social. Los bajos y los principales interiores, más baratos, los ocupan empleados, cesantes e incluso un panadero y sus hijos dedicados a trabajos de baja renumeración. En cambio en los principales exteriores y los segundos, que son las viviendas más caras, encontramos propietarios, rentistas (que es lo que deben ser el jubilado o la mujer casada sola que habita

con sus hijos) y profesiones liberales cuyo nivel de vida superior no sólo se expresa en una renta de alquiler más elevada sino en la convivencia con servidumbre, que aparece en algunos de las casas.

Lo que es llamativo en esta estratificación social vertical de los edificios de la ciudad del XIX que ya nos es conocida, esas *casas mixtas*, que Méndez Álvaro tanto elogiaba, es la ausencia de jornaleros o trabajadores de baja renumeración (lavanderas, zapateros, albañiles, etcétera) que como se acaba de ver encontraban su hábitat en otro tipo de construcciones de precio más accesible para ellos.



Fragmento del plano parcelario de 1872-1875, en la zona de Almagro Occidental. Las casas de la calle Recaredo, de pequeño tamaño y que aparecieron burlando el trazado viario que diseñó Castro, se mantendrán hasta los años 80. Asimismo, se puede observar el trazado de la manzana de la calle Españolito que ocupaba la familia Heredia.

Almagro occidental en los momentos previos al derribo de la cerca y al diseño del plan de Ensanche presenta por lo tanto un tipo de urbanización desordenada y falta de cohesión, en que se combina el hotelito con el tejero y en el que excluyendo las casas de baja calidad de Recaredo, no existe un esfuerzo urbano de consideración semejante a los que en el cercano arrabal se habían producido a lo largo de los años 40 y 50 del siglo XIX. El único nexo común de las edificaciones es que cada una de ellas surgen del antojo de los propietarios de los terrenos en los que se puede distinguir dos sensibilidades bien distintas respecto al uso que hacen de ellos y al sentido que les confieren respecto al conjunto de la ciudad. Por una lado están aquellos que parecen anticiparse a las ideas de Castro, que comienzan el Ensanche por su cuenta, antes de aprobado, antes casi de ser pensado: otorgan ya a sus propiedades un uso residencial, sea porque sienten anticipadamente esa necesidad tan burguesa de buscar un espacio propio en el que afirmarse y deciden abandonar el centro de la ciudad, como es el caso de los que se construyen sus hotelitos en el Paseo del Obelisco, sea porque presienten que ese sentimiento va a ir cundiendo con los años en el Madrid hacinado y superpoblado y prevén en el alquiler de viviendas en el exterior una nueva veta para acrecentar sus rentas, como es el caso de la familia que vive en la calle Españolito, en un espacio compartido entre la propia residencia y la de sus inquilinos. Frente a estos pioneros del Ensanche, nos aparece otro tipo de propietario que parece anclado en el uso periurbano de los terrenos, que parecen querer perpetuar el uso periférico que otorgaban a sus propiedades. Propietarios de tejares, de pequeñas grandes posesiones en la que se acumulan las casuchas de sus trabajadores, la actitud parece más propia del terrateniente rural que la del moderno especulador de suelo urbano. De estas actuaciones urbanísticas independientes y diferenciadas resultan tipos distintos de relaciones sociales articuladas en el espacio construido; en nada se parece el burgués que se construye un hotel y que se aísla del vecindario con la interposición de un jardín que rodea su casa del que decide integrar en su parcela tanto su propia residencia como la de los trabajadores de baja condición y salario que emplea; entre medias se encuentra el burgués que mantiene la residencia mixta, lugar de convivencia de diferentes clases sociales, aunque con una selección previa: es el caso de la familia Heredia en

la calle Españoleta, que combina la afirmación del propio rango en su casita aislada con tres criados y la convivencia con los trabajadores “honrados”, pero no con jornaleros ni pobres incapaces de pagar un alquiler de 15 pesetas en el edificio vecino.

Almagro occidental llega así a los años 60 como un espacio contradictorio, especialmente sometido a las dinámicas contradictorias entre la persistencia de viejas formas urbanas presentes en sus terrenos y la pulsión modernizadora de urbanización y anticipación del Ensanche en parte influida por su cercanía al arrabal, en donde ya se venía produciendo una actuación clara de los promotores inmobiliarios. De la disputa entre ambas actitudes dependerá su futuro resultado como barrio y su integración en la ciudad.

V.3.- El surgimiento de un espacio urbano socialmente segregado: el barrio de Almagro Oriental en 1880.

Veinte años después, el barrio de Almagro, tanto en su parte oriental como en su sector occidental ha experimentado profundos cambios que modifican el contexto en que se va a dirimir esta tensión entre “supervivencia de actitudes periurbanas” y la “pujante actitud urbanizadora burguesa”. El principal de ellos ya ha sido señalado repetidamente: el despegue de la urbanización del sector oriental del Almagro acabó configurando el barrio aristocrático y la potencia de arrastre de éste en la elevación de los precios del suelo y del alquiler. También ha quedado clara la impronta social de este barrio saturado de propietarios, altos funcionarios, burgueses enriquecidos y títulos nobiliarios y en la que los jornaleros tienen una presencia muy reducida en comparación con el conjunto del Ensanche (un 12% de las familias, cuando la media era un 38%). Dentro de esta apariencia homogénea que hacía del barrio una muestra rara de espacio segregado puro, de coto de residencia exclusivo de las capas sociales, no obstante conviene señalar las diferencias internas y la existencia de una cierta jerarquía que se expresa a través de los espacios ocupados y los alquileres pagados por sus habitaciones.

Si atendemos a la distribución de la población que establece la tabla 25 deberemos subrayar como en el despegue urbano del barrio de Almagro Oriental, los primeros solares ocupados son aquellos que lindan con las principales vías y calles y muy especialmente los que lo hacen junto a la ciudad. El primer puesto en población lo ocupa la Ronda de Recoletos (hoy calle Génova), seguido del Paseo de la Castellana, donde en los últimos años se han ido reproduciendo los hotelitos y las viviendas unifamiliares para la alta

Tabla 25: Almagro oriental en 1880		
Calles	habitantes	Precio medio de alquiler
Total	1942	130,96
Ronda de Recoletos	434	150,91
Paseo de la Castellana	275	175,36
Zurbano	274	135,86
Monte Esquinza	240	95,35
Fernando el Santo	200	170,49
Almagro	178	82,22
Orfila	101	119,24
Plaza de Colón	89	223,06
Fortuny	53	246,92
Virgen de las Azucenas	35	32,50
Doña Blanca de Navarra	33	Todos propietarios
Huerta de Arango	22	17,75
Ángel Saavedra	8	75,00

burguesía¹³³. El resto de las calles que exhiben una población más o menos alta pertenecen a la red de calles que surgen en la esquina creada por estos dos grandes paseos (calles de Zurbano, de Orfila, Monte Esquinza, Fernando el Santo, Doña Blanca de Navarra) y en las que Castro estableció su propia vivienda como si de una cabeza de puente para el resto de la burguesía se tratara. Pero si buscamos los alquileres más caros, se descubre

que el epicentro del barrio aristocrático se sitúa más al Norte, entre la calle Fortuny y el Paseo de la Castellana, en el célebre barrio de Indo. Bien es cierto que en esta ocasión el alquiler no es un indicador excesivamente fiable: a diferencia del resto de la población madrileña, los habitantes de este barrio son frecuentes compradores de casas, muchas veces viven en residencias que se construyen exclusivamente para alojarlos, a su gusto y medida, empleando a los arquitectos de renombre y no reparando en gastos para introducir los elementos de última moda o las más novedosas innovaciones. En este sentido, en muchos de los casos el valor de las viviendas resulta incalculable.

¹³³ Muy a pesar de lo que pueda parecer en el plano de Ibáñez de Ibero que presentar, que conviene recordar se terminó en 1874; probablemente la actividad constructiva, especialmente la de la residencias de lujo, adquiriera una cierta aceleración en los primeros años de la Restauración.

Es el caso de las que encontramos en el conocido barrio de Indo, sobre el que se han hecho ya las investigaciones que permiten que conozcamos el proceso de especulación con sus terrenos y la forma en que se llevó a cabo su construcción¹³⁴. El análisis de los tipos de habitantes de estos prestigiosos hotelitos y de sus formas de vida nos ofrece la forma más depurada de organización social de la elite madrileña decimonónica, el tipo de vida que se había constituido en ideal de su tiempo; el barrio de Indo, que suscitará la admiración de sus contemporáneos, incluido la de un Fernández de los Ríos,¹³⁵ aparece como el espacio residencial burgués perfeccionado: un par de manzanas en que sólo habitan nobles y propietarios, en las que se les puede abrir la puerta a un artista reputado, a un abogado de prestigio o a los jóvenes hijos de las elites antillanas cuando llegan a estudiar a Madrid (véase habitantes de los hoteles de Fortuny nº 10, Fortuny nº 12 y Fortunuy nº 14, en la tabla 26), pero en el que no aparecen ni artesanos ni albañiles como vecinos. Es un coto cerrado; un espacio socialmente segregado. Si las clases populares residen en el barrio es de la mano de los amos y dueños de las casas que los emplean como criados. Los sirvientes no aparecen por unidades, como en las casas de la burguesía media y de los comerciantes, sino en séquitos numerosos, que tienden a igualar los de la vieja aristocracia y que como entonces, alcanzan alto grado de especialización en sus funciones y atribuciones. Blanca Escosura Espronceda, una joven viuda de 21 años que habita “solitariamente” en el nº 13 de la Castellana (ver tabla xx), se hace acompañar de dos criados varones, un ama de llaves, una doncella, una cocinera, el necesario cochero y un mozo de corral. En algunas de estas residencias, el servicio habita los mismos edificios que los señores, en otras duermen en edificios separados, en porterías, pero todos aparecen

¹³⁴ Acerca de la especulación con estos terrenos, ya se ocupa BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM, pp. 286-296. Para una visión general del barrio también consultar: MAS, Rafael: “Almagro”, en *Madrid*, Espasa Calpe, nº 72, 1980, págs. 1420-1440. Un pormenorizado estudio de las características arquitectónicas de los hotelitos promovidos en este barrio por Sáinz de Indo y diseñados por el prestigioso Agustín Ortiz de Villajos en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 170-176

¹³⁵ “La linda barriada construida por el Sr. Indo en los últimos años, y la que se va formando en la comenzada prolongación del paseo [de la Castellana], dan testimonio de la influencia que el solo principio de aquella obra ejerció en la localidad, y demuestra la vida que hubiera dado al N. de Madrid, a no haberse paralizado” FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. Ediciones La Librería, Madrid, 2002 (edición facsímil de la de 1876).

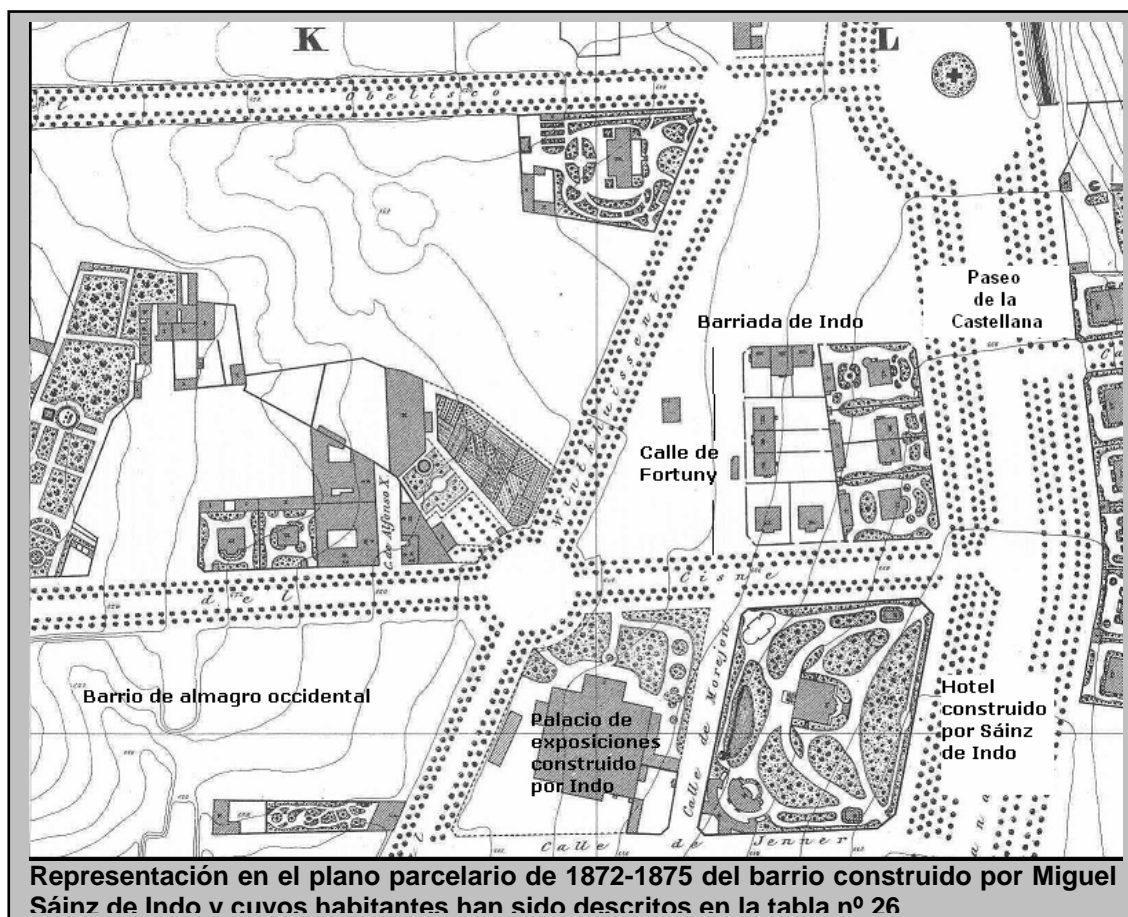
subordinados al que prestan servicio personal, el que les da de comer, les da techo y un pequeño salario. No existe en el barrio espacio para una vida independiente de las clases más humildes, pero tampoco para las clases medias.

Tabla 26: habitantes del barrio de Indo en 1880

Dirección	alquiler	tipo de vivienda	habitantes
Fortuny s/n	desalquilado	Palacio de Exposición de Bellas Artes	Palacio construido por el banquero Miguel Sáinz Indo en frente de su propia residencia en 1866 para albergar la Exposición Nacional de Bellas Artes de ese mismo año; el edificio subsiste sin una utilidad determinada.
Paseo de la Castellana nº 5, hotel y Calle Fortuny s/n (parte trasera)	propiedad: edificio construido por Miguel Sainz Indo y heredado por el actual inquilino	el palacio contiene 4 viviendas; el hotel con fachada a la Castellana con portería también al Paseo y otro edificio con un bajo portería y un principal en el que habita el servicio.	Joaquín Ortiz Sáinz, sobrino de Sáinz de Indo, gran propietario (13.261 pesetas de contribución anual) nacido en Lanzas Agudas, Vizcaya hace 36 años habita en el hotel junto a su mujer, Pilar Gómez Velasco, nacida en Veracruz, México de 25 años y la hija de ambos, María, de 2 años. En el hotel están inscritos 4 criados, tres mujeres y un varón. Además en la portería de Castellana reside un portero de 30 años, su mujer de 29 y un hijo recién nacido. En la portería de Fortuny, en el bajo habita un matrimonio de jornaleros que dicen trabajar en el palacio: él tiene 59 años y ella 70, pueden ser criados heredados con la casa. En el primer piso de la portería habita el jardinero de 38 años, su segunda mujer y tres hijos. En total: 3 de familia y 11 criados y familiares de estos que originan un gasto en salarios de al menos 2680 ptas anuales (no todos indican el salario).
Paseo de la Castellana nº 7	edificio en propiedad	hotel	Emilio Alcalá Galiano Conde de Casa Valencia, propietario (1.000 ptas al año de contribución), que también recibe un salario (7.500 ptas al año) y familia; su mujer, Ana Osma Zabala, nacida en Lima, Perú, también propietaria (1868 pesetas de contribución al año) y 2 hijas de ambos: María Teresa de 4 años y Consuelo, de 9 meses. Un servicio compuesto por 9 criados, 3 varones y 4 mujeres; destaca Laura Teresa Clarke, londinense de 23 años e institutriz.
Paseo de la Castellana nº 9	edificio en propiedad	hotel	Gerardo Neyra Flórez, propietario gallego de 41 años (2000 ptas de contribución anual) y familia: su mujer Eugenia Gasset y ls 4 hijos (Ramón de 16, estudiante, María de la Concepción, de 15, José de 13 y Eugenia de 11). Han llegado todos juntos desde Galicia hace 2 años. El servicio lo componen 2 criados: una muchacha de 26 y un criado de 15.ç
Paseo de la Castellana nº 11	4000 pesetas anuales	hotel; contiene el hotel, una cochera y una casilla para jornaleros	Ramón Pérez del Molino, propietario cántabro (no indica la contribución pagada pero sí su lugar: Santander) y su mujer María Guinea del Molino; ambos llegados a Madrid hace un año. El servicio que reside con ellos lo compone una doncella de 22 años, una cocinera de 25 años y un criado varón de 22. El cochero, de 57 años habtia en una casa aparte junto a su mujer; la casa de jornaleros, que probablemente trabajan en reformas en la casa, la compone una familia nuclear (el padre de 59, la madre de 59 y el hijo, también jornalero, de 27 años).
Paseo de la Castellana nº 13	edificio en propiedad	hotel	Familia de los condes de Villaverde Alta: el conde, cordobés de 44 años es un gran propietario (20.000 ptas de contribución); la mujer de 40 años es también propietaria; tienen 3 hijos Federico de 10, María de 9 y Rosario de 8. El servicio lo componen 3 criados varones, una criada y un capellán vitoriano que atiende los servicios religiosos de la familia.

Paseo de la Castellana nº 13	345 pesetas al mes	hotel	Blanca Escosura Espronceda, viuda de 21 años nacida en Lisboa; lleva 19 años de residencia en Madrid. Vive "sola" con su servicio: un ama de llaves de 29 años, dos criados varones de 26 y 15 años; , una sirvienta de 27 años, una cocinera de 20, un cochero de 23 y un mozo de corral de 26.
Paseo de la castellana nº 15	solar sin construir		
Fortuny nº 8	150 pesetas al mes	hotel	Las hermanas Álvarez Hera, Amalia de 25 años e Isabel de 20; no indican ni renta ni propiedad, únicamente la dedicación a sus labores. Nacidas en Granada, llevan 5 años de residencia en Madrid. Tienen dos criadas a su servicio, una de 23 años y otra de 17 (también hermanas).
Fortuny nº 10	250 pesetas al mes	hotel	Rafael Calvo; actor dramático de gran éxito de finales de siglo XIX. Es viudo, tiene 37 años y su mujer le dejó tres hijos: Rafael de 8, Ricardo de 6 y María de 2 años. El servicio lo componen dos criados varones de 16 y una muchacha de 18.
Fortuny nº 12	290 pesetas al mes	hotel	Las hermanas Téllez, Rosario de 25 años y Rafaela de 27, cordobesas y sin renta ni propiedad declarada habitan junto a un primo viudo y la familia de este, Antonio Soler de 47 años, abogado y propietario (paga 200 ptas. de contribución en Puerto Rico); sus hijos, nacidos en la isla, tienen 17 y 14 años. El servicio doméstico está compuesto por dos criados varones de 26 y 58 años, una cocinera de 24, un cochero de 13 años y un lacayo de 13 años.
Fortuny nº 14	297 pesetas al mes	hotel	Los hermanos Caral, nacidos los tres en La Habana Cuba y sus respectivas familias; el mayor, Miguel Caral, tiene 27 años, esta casado en segundas nupcias con Concepción Abiró de 23 años también de La Habana y dos hijos, nacidos ambos en Sevilla: una niña de 9 años y otro recién nacido. Rosario Caral, la hermana mediana, tiene 24 años y está casada con Adolfo Suárez, de 29 años y también estudiante: tiene un hijo recién nacido. El hermano pequeño, José Caral, tiene 22 años, es estudiante y soltero. El servicio doméstico está compuesto por cuatro criadas y un joven de 25 años.

Los efectos de la instalación de este barrio exclusivo sobre la urbanización de los terrenos colindantes van a ser contradictorios. Por un lado, la calidad de los edificios construidos y la pertenencia social de sus habitantes, hacen de los solares que rodean a los hotelitos de Indo uno de los espacios más codiciados del Ensanche; el barrio de Indo se convierte, como la Plaza de Colón, en punto de atracción inmobiliaria y especulativa que produce ese alza de precios que repercute en todo el conjunto del Ensanche. Pero el alza es tan desproporcionada que no acuden fortunas para poder encarar la construcción de los edificios, ya porque escasean, ya porque no tienen entre sus objetivos el arriesgar una inversión en la urbanización de la zona; esto último es lo que sucede con la finca conocida como La Chilena que se situaba en el margen de la Castellana y que había pertenecido al ya mencionado promotor de Andrés Arango. Una vez muerto su propietario en 1865, que había residido en ella, sus



herederos conservarán su propiedad pero sin intervenir en ella, hasta que en 1893 se la vendan, obteniendo una importante plusvalía, a los duques de Santa Elena, que comenzarán a construir sobre los terrenos. En buena medida, los propietarios de los terrenos de Ensanche en el sector Norte, se comportaban de manera idéntica a como lo hacían los del barrio de Salamanca: venderán terrenos para la edificación sólo en aquellos lugares que estén lo suficientemente depreciados como para no esperar grandes negocios futuros, mientras las mejores parcelas las reservan, esperando que suban los precios.¹³⁶ Mientras que no vendan los terrenos de La Chilena, sus herederos

¹³⁶ La actitud y las estrategias en el mercado del suelo madrileño de los propietarios de terrenos en el Ensanche ya fue descrita por MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El Barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982. Andrés Arango, por su parte, representa un buen ejemplo de cómo podían combinarse estrategias de distinta naturaleza en el mercado del suelo. Mientras que se mostró como un dinámico promotor en la urbanización de ciertas calles del vecino arrabal en que el suelo era más barato (especialmente en Cardenal Cisneros, la Calle Arango y la Calle Castillo) en las que controló todo el proceso de compra, edificación y alquiler de las edificaciones, en el Este se mostrará como un prematuro especulador del suelo de carácter clásico (especialmente entre 1842 fecha en que compra con su esposa los terrenos de la Huerta de Loinaz –fronteriza con La Chilena- por 0,12 reales el pie cuadrado para venderlos en 1846 a 1 real el pie cuadrado). Sobre la participación de Arango en la

dejarán subsistir en ellos las huertas y los jardines que las ocupaban así como a sus trabajadores; esa es la razón de que a la altura de 1880 encontremos precios tan bajos en los terrenos de Almagro Oriental: 17,75 pesetas en los edificios de la Huerta de Arango o 32,50 en la vecina calle de la Virgen de las Azucenas, en que vivían un puñado de familias jornaleras.

La paradoja no deja de ser representativa de la actuación de la burguesía madrileña en el negocio inmobiliario (y por extensión de su *horizonte económico*): los terrenos más codiciados del Ensanche tardan en edificarse por su alto precio y los hotelitos construidos a la orilla de la Castellana alternan con solares despoblados en los que se mantienen las chozas de los jardineros y los jornaleros que trabajan en las huertas. Esta distribución de la población que encontramos al borde de la Castellana participa pues de esa disputa entre actitudes urbanizadoras y persistencia de viejos usos periurbanos del suelo antes señalada para el barrio de Almagro Occidental antes del derribo de la cerca.

Parece confirmarse pues una cierta forma característica de articulación del espacio urbano burgués en relación con el conjunto de la ciudad; a los núcleos de hotelitos que aparecen dispersos les suele rodear un espacio despoblado, deshabitado que parece cauterizarles del contacto con el resto de la población, una especie de cinturón de aislamiento que tiende a separarlos del pueblos y de las clases populares de las que algunos provienen.

V.4.- Tierra de nadie e infravivienda en Almagro occidental.

El barrio de Almagro Occidental, ese triángulo comprendido entre las calles de Almagro y Santa Engracia, va a desarrollarse en los primeros años de Ensanche condicionado por esta distorsión que los barrios burgueses crean en el espacio urbano. La distribución por calles que nos ofrece en 1880 se asemeja a la que ya presentaba en 1860: casi toda la población se concentra en sus extremos y el centro aparece prácticamente despoblado. Los grandes

especulación en la Huerta de Loinaz, BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM, pp. 288.

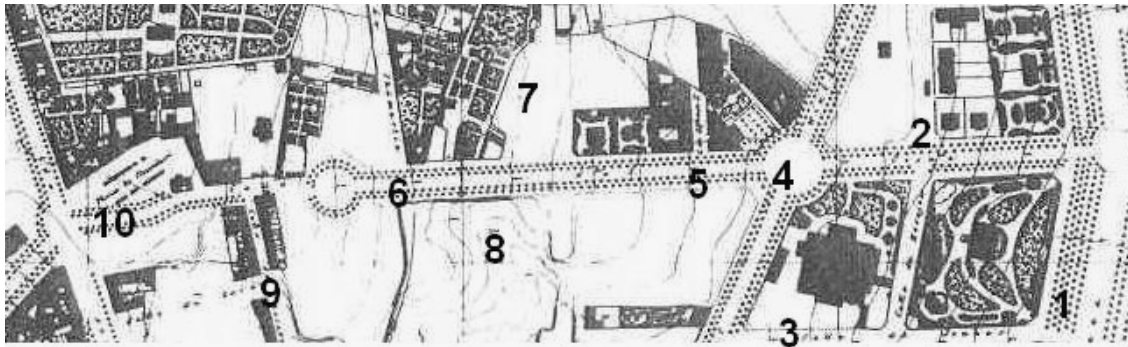
núcleos de población siguen siendo las calles que se encuentran en la frontera con el barrio de Trafalgar y el arrabal de Chamberí y que responden más a las particularidades de este núcleo de población popular vecino por el Oeste que a las del barrio aristocrático que se sitúa en el Este. Así aparecen como lugares nutridos de población la calle Santa Engracia o la Plaza de Chamberí, que ya encontrábamos entre los primeros puestos en 1860 (de hecho la plaza está ya prácticamente urbanizada en el plano de Ibáñez Ibero); pero además han crecido en edificios y en habitantes muchas de las calles perpendiculares que surgen de Santa Engracia: Españoleta en la que vimos a la familia Heredia alzar prematuramente esas viviendas plurifamiliares cuenta ya con 343 habitantes, el Paseo del Cisne (fundamentalmente urbanizado en este sector Oeste, en los alrededores de la Plaza de Chamberí), Ponce de León, Leiva, etcétera. En el Este los núcleos de población son dispersos y concentran poca población: en muchas ocasiones se trata de hotelitos que ya existían en los

Tabla 27: Almagro 1880: principales centros de población			
calles	habitantes	alquiler medio	situación en el plano
población total	4225	22,16	
Santa Engracia	669	25,79	Oeste
Virtudes	568	14,76	Oeste
Españoleta	343	24,76	Oeste
Paseo del Cisne	331	14,43	Oeste
Ponce de León	269	14,23	Oeste
Caracas	232	35,56	Centro
Recaredo	227	14,06	Oeste
Paseo del Obelisco	209	31,46	Transversal
Morejón	208	13,67	Oeste
Plaza de Chamberí	172	19,29	Oeste
Chamartín	152	25,80	Centro
Ponzano	125	21,74	Oeste
Tejar del Chufero	115	8,67	Establecimiento tradicional
Lanzas Agudas	98	28,91	Centro
Vereda de Postas	91	32,28	Establecimiento tradicional
Leiva	84	13,94	Oeste
Almagro	59	15,00	Este
Tejar de Pro	55	5,93	Establecimiento tradicional
Viriato	50	26,54	Oeste
Alfonso X:	45	64,06	Este
Paseo de la Castellana	38	103,13	Este
Cienfuegos	28	9,88	Oeste
Miguel Ángel	27	135,00	Este

momentos previos al Ensanche y que prolongan la zona burguesa de la Castellana, tanto en características edificatorias como en precios de las habitaciones: la calle Miguel Ángel y la parte Norte del Paseo de la Castellana¹³⁷.

El antagonismo entre un extremo y otro de este barrio triangular es claro; el simple recorrido por el plano de una de las calles que lo atravesaba puede ser un buen ejercicio para entender las diferencias. Así, si empezáramos a andar por el Paseo del Cisne (hoy Eduardo Dato) en su confluencia con el Paseo de la Castellana nos encontraríamos en ese epicentro del paisaje residencial aristocrático descrito más arriba: la calle parte en dos el barrio de hotelitos de Indo para encontrarse en seguida con la calle de Almagro en la actual glorieta de Rubén Darío. En las proximidades de esta encontramos una bocacalle con un pequeño núcleo de población, Alfonso X en que destaca la existencia de un taller de reparación y construcción de coches de punto, establecimiento nacido a la sombra de la riqueza de los hacendados habitantes de la región; los alquileres se resienten: 64 pesetas mensuales de media. Junto a esta calle han surgido también dos palacetes, pero con ellos se acaba el espacio edificado. La calle transcurre entonces en medio de los solares sin construir y las grandes propiedades que existían antes de 1860 como zonas de explotación económica periurbana; es el caso de las casas del Polvorista, que si ha perdido su denominación en el plano, mantiene sus características: espacios ajardinados, pequeñas construcciones y precios relativamente bajos (la calle Chamartín, que bordea los antiguos terrenos del Polvorista, arroja de media 25,80 pesetas). La edificación no reaparece hasta que ya llegamos al final de nuestro recorrido por el Paseo del Cisne, desembocado en la Plaza de Chamberí, en que se agolpan 172 habitantes en pequeñas construcciones que por término general no superan las 20 pesetas de alquiler.

¹³⁷ En la división administrativa de la época y en la que se ha adoptado para este trabajo, el barrio de Almagro Oriental, el núcleo esencial de población burguesa, dependía del distrito de Buenavista como ya se ha dicho: sus límites al Oeste era la calle de Almagro y la Castellana quedaba sólo en su tramo hasta la actual plaza de Gregorio Marañón. A partir de ahí el Paseo, ya en sus zonas más alejadas de la ciudad, era un territorio dependiente de Chamberí y de la parte Occidental del barrio de Almagro.



El Paseo del Cisne en los años 80 se convierte en un elocuente ejemplo de la gradación de precios y tipos de vivienda que existe en el interior de la Zona uno de Ensanche y que tiene en la Zona Este su punto más caro, lugar de residencia de la aristocracia y la burguesía triunfante. Así, en la Confluencia del Paseo del Cisne con la Castellana, encontramos el barrio que construyó Sainz de Indio, compuesto por su gran hotel con fachada a la Castellana(1), la promoción inmobiliaria que hizo junto a la calle Fortuny (2) y el Palacio de Exposiciones (3). Una vez traspasado el límite con Almagro Occidental, en la actual plaza de Rubén Dario (4), las construcciones escasean: tan sólo encontramos un par de hoteles y el taller de coches de la calle Alfonso X (5), pero lo habitual son los descampados (7 y 8) y los terrenos en reserva, como los del sitio del Polvorista, que esperan una buena oportunidad para ser parcelados, vendidos y edificados a buen precio. En las cercanías del viejo arrabal, el paisaje residencial cambia significativamente: la vivienda se agolpa en la plaza vieja de Chamberí (10) y ofrece ejemplos de vivienda de escasa calidad como las de la calle Recaredo (9).

Entre Este y Oeste, entre aristocracia de hotelito en la Castellana y barrio marcadamente popular en la plaza de Chamberí, permanece una gran extensión de tierra de nadie, frontera difusa en la que se mantienen esas fincas propias más de las afueras de una ciudad que de una zona que se le ha incorporado; es el caso de los terrenos del Polvorista, pero también del tejear de Juan Pro, el tejear del Chufero, las casas bajas de la calle Lanzas Agudas (nombre adoptado para lo que era un antiguo y modesto camino) o la de las parcelas y tejares que subsisten en la vereda de Postas. Todas estas posesiones albergan construcciones que ni se ajustan al plano diseñado por Castro ni reúnen las condiciones higiénicas y constructivas que exige el Ayuntamiento; es vivienda precaria, surgida a la sombra del plan de Castro y que en teoría está destinada a la desaparición una vez que el Municipio proceda a las expropiaciones de terrenos y al trazado de las calles previstas en el proyecto de Ensanche. Pero esta se lleva a cabo con lentitud y con un gran retraso respecto de la construcción particular, que sin adquirir un ritmo rápido, lleva la iniciativa muchas veces modificando a gusto de los propietarios de los terrenos el plan inicial de urbanismo. Ya se vio en el caso de la calle Recaredo, en el que habían surgido toda una calle de reducidas casas de fábrica barata y que Castro preveía que desaparecieran; en 1880 no sólo se mantienen con ese carácter de alojamiento de jornaleros y costureras, sino que ha aumentado su población y por supuesto el valor de sus alquileres, pasando de los 144

habitantes de 1860 que pagaban 9,97 pesetas de media por el alquiler, a 227 habitantes, casi todos ellos familias jornaleras, que pagan 14,06 pesetas de media por las habitaciones.

En el caso de la calle Recaredo se trata de una construcción más o menos provisional, testimonio de los tiempos en que Chamberí era terreno de las afueras, que acabará desapareciendo a medida que se vaya procediendo a la ejecución del proyecto de Ensanche.¹³⁸ Sin embargo no siempre sucedió así; en algunas ocasiones este tipo de construcciones, realizadas a instancias de los propietarios, rompieron y modificaron el trazado viario inicialmente aprobado. Para 1880 es llamativo resaltar el caso de las calles de las Virtudes y de Morejón, que además aparecen como uno de los principales núcleos de población del barrio de Almagro occidental (en total suman 776 habitantes de los 4.225 que engloba el barrio).

Estas dos calles que se cruzan perpendicularmente ocupan lo que en realidad había de ser una única manzana de edificios (la 132 del proyecto de Ensanche); con ello el constructor creaba unas calles más estrechas de lo que se pretendía para las de segundo o tercer orden. Tanto en una como en otra se alzaron una serie de edificios de vecindad, de poca altura, que sólo tenían habitaciones en los bajos y en el principal y cuyos alquileres se muestran especialmente baratos, no superando por lo general las 15 pesetas. Algunas de ellas, como es el caso de la casa del nº 15 (que tiene 108 vecinos), representan ejemplos indudables de lo que entonces se conocía como casas de corredor o de vecindad, en la que se aglomeraban centenares de habitantes a lo largo de un pasillo en que se distribuían las distintas viviendas, por lo general reducidas a una o dos habitaciones. Una ligera ojeada a las profesiones de los cabezas de familia que las habitaban nos las descubre como un verdadero foco de vivienda obrera: los jornaleros son predominantes entre sus habitantes, menudean los trabajadores de la construcción y los carpinteros, algún que otro artesano, de repente sorprende la presencia de un empleado modesto. Los bajos de las casas contienen alguna tienda; encontramos una

¹³⁸ Hoy la calle Recaredo no existe; ha quedado sepultada por la manzana que limitan las calles Santa Engracia, Eduardo Dato, Fernández de la Hoz y General Arrando.

verdulería y otros dos pequeños negocios, seguramente tiendas de comestibles, pero ninguno de importancia, siendo su clientela natural los habitantes de los pisos superiores. En buena medida se trata de una especie de microcosmos, un barrio que puede que surgiera como una unidad cerrada, al estilo del célebre barrio de Pozas de Argüelles; esta impresión resulta más fuerte por la existencia de una fábrica en el conjunto de estas casas y que puede estar en el origen de la edificación de esta pequeña barriada. El que el empresario o director de la fábrica, Adolfo Lapeyre Santín, habite junto a su

establecimiento es la manifestación de un cierto paternalismo propio de una industria incipiente y escasamente desarrollada que no se distingue demasiado por sus formas de organización del taller ni de las explotaciones económicas de

Tabla 28: descripción de los edificios impares de la calle Virtudes

Dirección	tipo de edificio	alquiler	integrantes
Virtudes s/n	una fábrica de papel pintado y la casa del industrial que vive en ella	paga 602 pesetas por ambos edificios	En la casa habita el industrial que establece el negocio: Adolfo Lapeyre Santín, navarro de Villaba soltero de 27 años y su familia; su madrastra viuda y dos hermanastros de menos de 10 años. Tienen una sirvienta de 16 años. En la fábrica habita una familia jornalera inmigrante de Alicante llegada hace tan sólo un año y medio; el padre trabaja en la fábrica de papel pintado, al igual que el mayor de los tres hijos, que tiene 12 años y se declara como criado.
Virtudes nº 3	edificio de viviendas; 9 habitaciones repartidas en tienda, 4 bajos y 4 principales	la tienda cuesta 30 pesetas al mes; las demás habitaciones rondan las 10 pesetas	28 habitantes; 4 jornaleros, un comerciante en la tienda, una cepillera, un herrero y un esterero
Virtudes nº 5	casa de corredor: una portería, 8 bajos y 9 principales	ver cuadro aparte	73 habitantes, todos los cabezas de familia, son jornaleros salvo un carpintero.
Virtudes nº 7	edificio de viviendas; 5 bajos y dos principales	los bajos cuestan entre las 10 y 15 pesetas; los principales 20	28 habitantes; 5 cabezas de familia son jornaleros y el otro cantero. Un bajo está desalquilado
Virtudes nº9	casa baja, con dos viviendas	una cuesta 10 pesetas y la otra 15	10 habitantes; una familia jornalera y una familia de un vendedor ambulante
Virtudes nº 13	edificio de viviendas; una portería, 6 bajos y 6 principales	los bajos 12,5-15 ptas; los principales 15 pesetas y uno de 22,50	42 habitantes (dos principales están desalquilados); 4 jornaleros, un fundidor, un estrerero, un ordenanza, un retirado, un impresor y una mujer casada que vive sola y sin profesión.
Virtudes nº 15	edificio de viviendas; una portería, 2 tiendas, 12 bajos, 12 principales.	los bajos oscilan entre las 10 y 13 pesetas (las tiendas de 20 petas); los principales entre las 15 y 17 pesetas (uno solo 21,25 ptas).	108 habitantes; en su gran mayoría jornaleros, carpinteros y pintores; también trabajadores especializados (un tipógrafo, un fundidor y papelista de la fábrica Lapeyre)
Virtudes n º17	edificio de viviendas; 3 bajos, 2 principales y 2 principales interiores	bajo: 11,25 pesetas / principal exterior: 16,25 pesetas / interior: 12,5 pesetas	19 habitantes; un albañil y 4 jornaleros (un bajo desalquilado)
Virtudes nº 19	edificio de viviendas; 7 bajos y 4 principales	los bajos entre 8 y 15 pesetas; principales, 15 el interior, 20 el exterior	44 habitantes; en los principales un empleado y un fotógrafo; el resto ocupado por 7 familias jornaleras y una de un carpintero

tipo periurbano que abundaban en la zona (los tejares, las huertas); un fenómeno que se repetirá en el distrito y del que encontraremos ejemplos más elocuentes en sus zonas de establecimientos industriales. Lo que interesa subrayar ahora es que el único contacto con otras clases que se le ofrecía a los habitantes de la calle Virtudes y de Morejón, de abrumadora condición jornalera, era con este industrial, que no obstante no era el patrón más que de algunos pocos vecinos de estas casas. En los edificios analizados sólo encontramos un trabajador de la Fábrica de Papel Pintado además del jornalero que habita en la misma fábrica, los demás o bien no indican su lugar de trabajo (que es lo que sucede con la mayoría), o se declaran “trabajadores ambulantes” o “en las obras”, que era la situación propia del jornalero.

La calle de las Virtudes es pues un ejemplo de un tipo de edificación con prácticamente nula *mixtura social*, un espacio urbano socialmente segregado como eran esas dos manzanas de la barriada Indo, con la diferencia de que una y otra se situaban en las antípodas de la estratificación social. Mientras los barrios burgueses podían suscitar la admiración por sus edificios incluso a una persona tan poco dudosa de contemporizar con la aristocracia como Fernández de los Ríos, estos reductos jornaleros despertaban el temor que se convertía en denuncia en las palabras de un Méndez Álvaro preocupado por los problemas higiénicos en la ciudad.

*De todas suertes, esa especie de relegación del trabajador a las afueras, reuniéndole en barrios especiales, cuyo aspecto no puede menos de ser triste y repugnante; esos depósitos en que parece se le tiene como secuestrado del resto de la sociedad, y sujeto en cierta manera a un régimen común; esas habitaciones, después de todo, generalmente mezquinas y sin disputa insalubres; esa mezcla de lo más abyecto de la sociedad con la indigente y resignada virtud, del vicio con la pureza del corazón, del criminal con el inocente digno de estima y amparo, del tímido con el audaz, de la casta doncella con la asquerosa meretriz o la corruptora Celestina, del aseado con el sucio, del pacífico con el rijo y provocador, del comedido y prudente con el indiscreto y bárbaro, etcétera, ¿pueden ofrecer resultado alguno que para la sociedad sea provechoso?*¹³⁹ (746)

La distancia entre ambos barrios, entre el elogio y la reprobación, en el caso del Ensanche Norte madrileño era cubierta por una gran extensión de terrenos

¹³⁹ Discurso leído por Francisco Méndez Álvaro... *op. cit.* en TARDIEU, Ambrosio: *Diccionario de higiene pública y salubridad... traducido y ampliado por don José Sáenz y Criado*. Imprenta de Maroto e hijos, 1883, vol. 1 pág. 746.

aún sin edificar; entre la elite propietaria que se instalaba en la Castellana y los cada vez más abundantes jornaleros y trabajadores sin cualificación de la capital no existía un espacio de continuidad urbana: no había espacios públicos compartidos ni lugares de encuentro, únicamente una franja de *tierra de nadie* que aseguraba su segregación. Desde este punto de vista, aquellos que como Méndez Álvaro creían que las nacientes grandes aglomeraciones urbanas que daban el tono de los nuevos tiempos, debían organizarse manteniendo el viejo contacto entre grupos sociales de distinta condición, esa alegre amalgama de la ciudad preindustrial en que el edificio de vecindad unía sus paredes con el palacio nobiliario, deberían admitir que los lazos entre la cúspide social y su heterogénea base estaban prácticamente rotos. Si se quería integrar al jornalero, si se pretendía que estableciera relaciones con el resto de la sociedad y quedara articulado en ella, había de ser con otros grupos sociales y en otros espacios. El desarrollo urbano moderno, aquel que había desatado en Madrid la puesta en marcha del Ensanche hacía cada vez más inviable la vecindad entre el noble y el gran burgués y el trabajador humilde, a no ser que fuera a través del servicio doméstico, tal y como nos muestran los barrios de Almagro Oriental y Occidental. Los puntos de conexión urbanos entre grupos sociales diversos habremos de buscarlos en otras partes de Chamberí, allí donde cabía la posibilidad de que confluyeran no sólo los omnipresentes jornaleros sino también un artesanado cada vez menos diferenciado de ellos, el pequeño comercio y esa legión de empleados de medio y bajo rango que vivían en Madrid al calor de una burocracia creciente y centralizada. Todo nos dirige hacia el viejo arrabal.

V.5.- Trafalgar y Arapiles: segregación y convivencia entre clases medias y clases populares en el arrabal fabril de Chamberí

“Atravesaron varias calles de Chamberí, pasaron por la de Raimundo Lulio, donde él vivía, y Fortunata vio la casa por fuera, pasmándose de lo silencioso que son aquellos barrios. Dijo Maximiliano que en Chamberí habían de vivir después de casados, y Fortunata opinó que aquello era lo mismo que un pueblo”

Benito Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*
“Fortunata determinó volverse a su casa (...). Iba despacio por la calle de Santa Engracia, y se detuvo un instante en una tienda a comprar dátiles, que le gustaban mucho. Siguiendo luego su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad, de estar sola y suelta siquiera poco tiempo. La idea de poder ir a donde gustase la excitaba haciendo circular su sangre con más viveza. Tradújose esta disposición de ánimo en su sentimiento filantrópico, pues toda la calderilla que tenía la iba dando a los pobres que encontraba, que no eran pocos... (...) Fijóse en las casas del barrio de las Virtudes, pues las habitaciones de los pobres le inspiraban cariñoso interés. Las mujeres mal vestidas que salían a las puertas y los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle atraían sus miradas, porque la existencia tranquila, aunque fuese oscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante envidia no podía ser para ella, porque estaba fuera de su centro natural. Había nacido para menestrala; no le importaba trabajar como el obispo con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la saco de aquel su primer molde para lanzarla a vida distinta.

Benito Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta*¹⁴⁰

Fortunata, ahora casada con un joven farmacéutico, al ver a los habitantes de la calle Virtudes no puede evitar recordar que sus orígenes sociales están más cerca de estos pobres jornaleros que habitan las casas de la barriada que del joven con el que se ha casado. El joven matrimonio se viene a instalar a una de las calles céntricas del arrabal, en las proximidades de la plaza de Olavide; a Fortunata, nacida en la calle Cuchilleros, fachada a la Plaza Mayor, le ha de parecer necesariamente un barrio tranquilo: le falta el bullicio del centro de Madrid, esa animación que produce vivir en una calle por la que pasaba toda la ciudad, en la que una humilde muchacha de tienda como ella podía cruzarse con el joven hijo de uno de los comerciantes más importantes de la capital. Fortunata, integrada en la clase media a través de su marido, en el nuevo Madrid que viene a conocer en el Ensanche de la ciudad ha perdido ese contacto con los Juanito Santa Cruz, con las clases acomodadas que el casco

viejo ocasionaba. Sin embargo en los nuevos barrios, a pesar de que ofrecen habitación adecuada para gentes desahogadas como lo puede ser un joven farmacéutico, Fortunata no puede echar en falta a los pobres y menesterosos: no son sólo los jornaleros que habitan en la calle de las Virtudes, son todos los pobres, que Galdós nos dice que abundan, en las calles del arrabal y a los que su joven protagonista va distribuyendo limosnas al pasar.

Ya se ha visto la distancia que mediaba entre los jornaleros de la calle de las Virtudes y los barrios burgueses y aristocráticos surgidos en el Este del Ensanche Norte de la capital. Este capítulo se va a ocupar de medir la distancia entre las clases populares y jornaleras y esa masa indefinida de capas intermedias de la sociedad madrileña (empleados, pequeños comerciantes, artesanos, profesionales liberales de modesta condición) en un espacio urbano bien diferente: el arrabal de Chamberí y la zona urbana surgida en su occidente, el barrio de Arapiles. Dos barrios en los que, al estar ya muy edificadas a diferencia de la zona de Almagro, la segregación social entre grupos va a hacerse menos visible.

En la zona Este que se acaba de caracterizar, la escasez de población facilitaba una separación entre clases por medio de una extensa tierra de nadie; se podían encontrar altas proporciones de jornaleros entre su población (Almagro occidental es un ejemplo) pero las acusadas diferencias entre alquileres las relegaba a espacios muy concretos de la zona: las expulsaba hacia el Oeste, hacia la calle Santa Engracia, a las proximidades del arrabal de Chamberí, que era su espacio natural.

La zona Oeste, Arapiles y Trafalgar, ofrecen una imagen bien distinta. Para empezar se trata de zonas de rasgos profundamente urbanos ya en 1860, especialmente Trafalgar, barrio que engloba el viejo arrabal de Chamberí y en el que se ha procedido al trazado y apertura de sus calles mucho antes del diseño del plan Castro. En 1880 serán dos barrios populosos: Trafalgar cuenta con 10.630 habitantes y su vecino Arapiles con 4.823. Si bien aún mantienen

¹⁴⁰ PÉREZ Galdós, Benito: *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Cátedra, vol. I, nota a de la pág. 589 y vol. I pp. 685-686.

un importante número de solares en su territorio, en él se puede hablar de una cierta continuidad urbana, no existiendo entre sus límites, la calle Santa Engracia y Bravo Murillo, grandes espacios sin edificar y habiendo desaparecido totalmente las grandes propiedades dedicadas a explotaciones periurbanas, huertas y tejares, que tan frecuentes eran en Almagro. Ambos barrios se verán sometidos a ese alza generalizada de los precios que acompaña a los primeros años de desarrollo del Ensanche, pero lo notarán menos: sin ser las zonas de alquiler más barato del distrito (que se acumulan en las zonas depreciadas de los cementerios, Gaztambide, Guzmán el Bueno) ofrecen unos alquileres medios que resultan aceptables tanto para los más modestos representantes de las clases medias como para los cada vez más abundantes jornaleros. En Trafalgar el alquiler medio se sitúa en 1880 en 26,44 pesetas, en Arapiles en 20,97, y en ellos la distancia entre este alquiler medio y el precio que pagan los jornaleros por su vivienda es menor que en Almagro¹⁴¹. La zona Oeste del Ensanche Norte se nos muestra, frente a Almagro, como un espacio urbano abigarrado y heterogéneo socialmente merced a una estructura de precios de alquiler que hace más fácil la confluencia de los jornaleros con otros grupos sociales.

A pesar de estos caracteres comunes de Trafalgar y Arapiles frente a los barrios de Almagro, no se trata de dos espacios completamente homogéneos, sino que cada uno de ellos mantiene una especificidad que les distingue y que obliga a un estudio diferenciado. Trafalgar, el viejo arrabal de Chamberí, surge como anteriormente se ha explicado, como un espacio residencial mucho antes de la aprobación del Ensanche; es objeto de promociones inmobiliarias modestas a lo largo de los años 40 y lo años 50 que le convierten en lugar de residencia de esos madrileños expulsados de la ciudad que se agolpan a sus puertas. Lo más interesante que se puede observar en este barrio es la forma en que se van a organizar sus habitantes, indagando en la medida en que

¹⁴¹ Como se vio en la tabla 20 de la página 130, en 1880, mientras el precio medio de los alquileres en Almagro Occidental era 32,24 pesetas, el alquiler que pagaban los jornaleros era de 12,92 pesetas, una distancia pues de casi 20 pesetas entre ambas cifras. En Trafalgar el alquiler medio general es de 26,44 pesetas, el que pagan los jornaleros de 14,63; en Arapiles la distancia se acorta aún más: el alquiler medio general es de 20,97 pesetas, el pagado por los jornaleros de 12,47 pesetas.

existe una convivencia de clases, en que se produce esa mixtura social en los edificios que tanto apreciaba Méndez Álvaro e identificando la forma en que se establecen las barreras sociales en un espacio urbano en que a diferencia de Almagro, ha adquirido una densidad edificatoria que hace imposible interponer espacios ajardinados y solares despoblados entre unos grupos sociales y otros.

Arapiles tiene un origen bien distinto y que viene asociado al carácter de zona de equipamientos y de localización de todos aquellos establecimientos que por sus características resultaban molestos e inconvenientes en el centro de la capital; en este barrio surgido a ambos márgenes de la Carretera Mala de Francia (hoy Bravo Murillo) se acumulan no sólo cementerios sino también muchos de esos centros económicos que lo van a caracterizar como un barrio fabril; en el desarrollo que experimenta entre 1860 y 1880, en Arapiles van a proliferar los ejemplos de esa reducida industria madrileña, a medio camino entre el taller y la concentración fabril. El barrio se va a convertir en un espacio privilegiado para el estudio de ese espacio indefinido que se abre en la economía madrileña, en que las estructuras gremiales se desvanecen pero no surge la industria moderna, espacio en el que se confunde el oficial artesano descualificado con el jornalero proletariado y el maestro de taller con el modesto industrial burgués. Para una mejor caracterización de este ambiguo mundo económico el estudio de las relaciones sociales, articuladas a través del espacio residencial, ofrece un gran abanico de posibilidades, permitiendo a través del análisis de las hojas de los padrones la descripción del tamaño de los talleres que nos permita evaluar el carácter de los centros económicos existentes y, sobre todo, entender la distancia real que se daba en ellos entre el patrón y los trabajadores, y si esta respondía a ese mundo de negocio familiar y pequeño taller propio de la ciudad preindustrial o ya aparecía en ella el alejamiento entre el inversor industrial y el trabajador empleado, si respondía a una *casa grande* en que se confunde taller y hogar o ya se había producido esa disociación entre lugar de residencia familiar y centro de trabajo que caracteriza a la industrialización.

V.6.- El arrabal, jerarquía y convivencia de clases medias y jornaleros.

El barrio de Trafalgar, cuyos límites engloban el arrabal de Chamberí que había surgido en las décadas anteriores al Ensanche de Madrid, es ya por esta época el más poblado de la Zona Norte de las afueras. Como ya se ha visto, esta zona había sido objeto de algunas actuaciones inmobiliarias que habían dignificado su paisaje residencial y que habían contribuido a hacer de sus terrenos la zona más urbanizada del Norte de la ciudad. El cuadrilátero que forman las calles Real (actual Fuencarral), Paseo de la Habana (Eloy Gonzalo), Santa Engracia y Luchana contenía una serie de calles ya entonces trazadas y alineadas y que van a llegar a nuestros días (muy a pesar del Plan Castro que preveía su desaparición). Algunas de ellas aparecen en el plano que se alzaría unos años más tarde ya muy pobladas, especialmente las edificadas por Andrés Arango y Castillo, en las cercanías de la Plaza de la Iglesia, a las que este gran propietario de terrenos no sólo ha dotado de un conjunto de casas, sino que también les ha puesto su nombre (hoy tan sólo se mantiene el nombre de la calle Castillo, Juan de Austria ha absorbido la de la calle Arango). Urbanización no obstante precaria, como corresponde al resultado de un esfuerzo de unos cuantos propietarios particulares y que ha dado lugar a una red desordenada de calles, en las que subsisten muchos solares sin edificar y que aún está rodeada por extensas propiedades despobladas. Al Norte del Paseo de la Habana el incipiente nuevo Madrid que ha surgido en forma de arrabal, se diluye; no son calles trazadas lo que la ordenan, sino viejos caminos y reaparecen los elementos propios de todo terreno periurbano: un lavadero, un tejero, un arroyo que se acerca hasta las edificaciones...

Con todas las carencias que queramos destacar, lo que caracteriza al arrabal es su desarrollo urbano que contrasta con el resto de los barrios en que se dividirá futura zona 1 de Ensanche y especialmente con la edificación dispersa y precaria que se acaba de retratar en los terrenos de Almagro. Si allí la población se amalgamaba en torno a los caminos que salían de Madrid o los tejares y huertas, en el arrabal de Chamberí tan temprano como 1860 se ha creado ya una primitiva red de infraestructuras y establecimientos que permiten

Tabla 29: Principales centros económicos y establecimientos comerciales

Dirección	alquiler	tipo de establecimiento	Integrantes
Albuquerque 7, bajo	105 ptas	fabrica de pan	6 miembros de una familia que trabajan en la fabricación de pan; llevan en Madrid casi dos décadas.
Arango 7	37,50 ptas	fábrica o taller de alfombras	El fabricante o patrón convive con un empleado y la mujer e hijos de este último, todos ellos trabajan en el taller.
Cardenal Cisneros, 4 tienda	no paga alquiler	tienda de un aparador	el artesano, artesano dedicado a los productos de cordobán, convive con su mujer e hija.
Cardenal Cisneros 8 bajo	no paga alquiler	fábrica o taller de calderería	un calderero francés y otro vallisoletano comparten el negocio.
Cardenal Cisneros 12 tienda	22,50 ptas	carpintería	un oficial carpintero, su mujer y cinco hijos.
Castillo 11, tienda	37,50 ptas	Comercio de Ultramarinos	El comerciante, su mujer, dos hijos de 4 y 2 años y un joven de 22 años que trabaja como dependiente. El establecimiento lleva seis años.
Corral del Salitre	no paga alquiler	corral	El corralero, su mujer y cinco hijos se ocupan del mantenimiento del corral.
Paseo de la Habana, 4	es el propietario	tahona	el tahonero, su mujer, dos hijos y ocho empleados que trabajan en la tahona.
Paseo de la Habana, 5	no indica alquiler	tahona	dos tahoneros
Luchana 4, tienda	50 ptas	Comercio de Ultramarinos	El comerciante, su mujer, un hijo y un muchacho de 15 años que trabaja como dependiente del comercio.
Luchana 6, tienda	no indica alquiler	tienda-carnicería	Una soltera y un hombre casado ambos carniceros.
Luchana 6, tienda	30 ptas	casa comercial no especifica actividad	Dos socios y la mujer de uno de ellos.
Luchana 6, tienda	35 ptas	vaquería	Matrimonio vaquero y una criada.
Luchana 7	45 ptas	taberna	Tabernero, su mujer y su hija.
Carretera Mala de Francia, 2	no indica alquiler	Posada de la trinidad	El posadero, su mujer, un criado y varios clientes.
Carretera Mala de Francia, 2	27,50 ptas	taberna	El tabernero, su mujer, un hijo y una realquilada.
Sagunto, 4 principal	no indica alquiler	Casa de labranza	Un labrador, su familia, dos criadas y 7 mozos de labranza empleados suyos.
Santa Feliciano 15 y 17	45 ptas	botica	El farmacéutico, su familia, un estudiante discípulo y una criada.
Zarzal, 3	no paga alquiler	tienda y fábrica de jabón	El fabricante de jabón y una joven que vive con él.

considerar a su conjunto de casas como algo más que una improvisada solución residencial para Madrid. Basta que nos detengamos un momento en los principales establecimientos comerciales del arrabal para que nos sugieran

que en sus calles ya habían surgido los primeros signos de una economía urbana.

El panorama económico que nos ofrece el primitivo arrabal de Chamberí es bien diferente al de una zona de las afueras dedicada a las industrias que son molestas o irrealizables en el interior del casco antiguo, como los tejares o las fábricas de ladrillo. Tampoco coincide enteramente con la descripción como “barrio fabril” que de él hacía Castro en su anteproyecto: de hecho la única industria de importancia que encontramos en Trafalgar es la Real Fábrica de Tapices que se encuentra aislada del caserío, y que en realidad es más una prolongación de Madrid que un elemento propio del arrabal. Apenas cuenta con un par de decenas de empleados, muchos de ellos residen en la misma Fábrica que se parece en estos años más a un gran taller que a una verdadera industria. Excepto este ejemplo de trabajo manufacturero que da el tono de la escasa y arcaizante industrialización madrileña, la vida económica del arrabal de Chamberí viene definida por este conjunto de pequeños negocios y establecimientos comerciales, a los que habría que añadir los múltiples talleres de artesanos que no quedan registrados (artesanos que habitan en bajos, que pagan un alquiler demasiado alto para una vivienda, pero que sin embargo no indican expresamente la existencia de un taller o de una tienda).¹⁴² De los que aparecen retratados en la tabla 29 surgen unos ciertos rasgos comunes: son por lo general negocios familiares, en el que excepcionalmente se integra a alguien externo a la red de parentesco, a excepción de una tahona que cuenta con ocho empleados además de la familia del propietario; los altos alquileres (en comparación con los precios medios de las viviendas) se combinan con aquellos que no lo indican o no lo pagan, seguramente por ser propietarios. Puede que muchos de estos negocios se hubieran establecido en las afueras de la ciudad ante el alza de los alquileres en el casco antiguo, o por el deseo de adquirir en propiedad el local del establecimiento; también habrían de jugar

¹⁴² El padrón nos da una imagen no demasiado exacta de los establecimientos comerciales y de los centros de trabajo; en la Tabla 15 sólo se han incluido aquellas fichas del padrón en que constara expresamente el uso económico del local o vivienda alquilados y aquellas fichas en la que presencia de empleados delatara la existencia de un negocio. Como se puede comprobar existe una mayoría de establecimientos comerciales y no existen talleres de artesanos a pesar de que si hay una presencia de ellos en el arrabal. Es por otra parte propio de una economía

un papel poderoso las ventajas que para ciertos comercios conllevaba el establecimiento a las afueras, como es el caso de las tabernas que se ahorran el pago de impuestos de consumos.

El caso es que la existencia de este pequeño comercio y artesanado en el arrabal de Chamberí nos debe llevar a desterrar toda idea de que la gente que se agolpaba a las puertas de la ciudad antes del Ensanche estaba integrada única o principalmente por estratos sociales desfavorecidos. Junto a los jornaleros que se establecen en barracas y casas de mala calidad que hemos visto surgir en Almagro, Madrid expulsaba también a un importante sector de las clases medias y populares que no encontraban espacio en el interior de la ciudad para desarrollar sus actividades económicas. En las buhardillas y pisos interiores del arrabal de Chamberí, sí, se cobijaban muchos de los jornaleros empleados en la construcción, albañiles y carpinteros que trabajaban en tajos y obras públicas y que venían buscando un alquiler bajo. Pero también el joven artesano recién casado y que establece su taller, los pequeños empleados de la administración y de sueldo escaso, comerciantes modestos y profesores de enseñanza primaria, ese amplio espectro de ocupaciones y profesiones que comprenden las capas sociales populares y la pequeña burguesía. El arrabal de Chamberí de 1860 en ese sentido es una buena representación de los estratos populares y las clases medias de Madrid, en que comparten calles y edificios desde un catedrático de Universidad que encontramos viviendo en la calle Luchana hasta los traperos y arrieros que se instalan en los bajos de las casas de Santa Engracia, todos unidos por la necesidad de vivienda que el casco antiguo no les satisface.

Las necesidades y soluciones comunes de los diferentes estratos sociales que acuden a instalarse al arrabal de Chamberí no deben presuponer una cierta permeabilidad entre ellos ni una convivencia en amalgama indiferenciada. El arrabal que crece a las puertas de Madrid lo hace manteniendo las distancias entre los grupos sociales que lo alimentan y distribuyendo ordenadamente a sus habitantes en las habitaciones y calles que

preindustrial en que no había distinción tajante entre el hogar y el lugar de trabajo que lo que parecen a primera vista viviendas se trate en realidad de casas-taller de artesanos.

les corresponden según sus posibilidades económicas. Hasta ahora sólo se ha referido un tipo de segregación socioespacial que se produce a grandes rasgos en la ciudad burguesa, esa división entre barrios aristocráticos y barrios obreros a los que aspiran los nuevos urbanistas; sin embargo la segregación social, que no necesita de actuaciones urbanas conscientes impulsadas desde el Ayuntamiento para producirse, es mucho más minuciosa y se manifiesta no sólo en diferencias entre barrios y distritos, sino también entre calles vecinas. Si uno se acerca a la distribución de la población en el barrio de Trafalgar en los momentos previos al Ensanche se pueden observar las diferencias que existen entre calles próximas espacialmente pero lejanas en los precios de sus habitaciones y en los habitantes que albergan.

Tabla 30: Distribución de la población en Trafalgar: principales calles		
	población	alquileres medios
totales del Barrio de Trafalgar	2125	15,49
Luchana	377	16,4
Cardenal Cisneros	315	12,38
Paseo de la Habana	156	23,16
Santa Engracia	138	19,04
Castillo	135	12,15
Marques de la Romana	127	8,39
Sagunto	122	14,4
Santa Feliciana	102	sin datos
Arango	89	13,84
Balmes	83	9,75
Zarzal	38	9
Carretera mala de Francia	28	sin datos

Se puede distinguir tres grupos de calles en el arrabal según el precio de sus alquileres. Por un lado tres calles que destacan por sus precios altos (Paseo de la Habana, Santa Engracia y Luchana); son las principales vías de comunicación que atraviesan el barrio, las calles más anchas y que antes de albergar población funcionaban como paseos arbolados para entretenimiento de las clases acomodadas de Madrid. Su mejor acondicionamiento y aspecto van a atraer a una población ligeramente distinguida a sus edificios: pequeños propietarios, algún profesional liberal, empleados de mediana y pequeña categoría, algún comerciante enriquecido que se construye su propia casa. El Paseo de la Habana se convierte en estos momentos previos al Ensanche en un eje residencial para la clase media y propietaria que continúa el uso que ya

vimos se daba al Paseo del Obelisco, del que es prolongación, en el barrio de Almagro. En sus casas se alzan pequeñas viviendas que buscan la amplitud de su calle y su entorno similar (aunque más modesto) al de los paseos de la zona de la Castellana, a veces compartidas por varias familias que se distribuyen en sus pisos. Entre los 22 cabezas de familia que declaran una profesión en la calle encontramos un abogado, dos albañiles, un bodeguero, un comerciante, dos empleados, un esquilador, un jornalero, un jubilado, un militar en activo y otro retirado, dos pensionistas y tres propietarios, un pintor retratista, un sobrestante de caminos y los dos tahoneros que ya vimos que estaban establecidos en la calle. Si se cuela entre los habitantes algún trabajador humilde, como el jornalero o el esquilador que ocupan los bajos y las buhardillas, el tono lo marcan los rentistas y comerciantes que encuentran en el Paseo de la Habana un lugar de humilde pero decoroso retiro.

El segundo grupo de calles son aquellas que los precios de alquiler rondan las 12-14 pesetas de media: Arango, Castillo, Cardenal Cisneros, Sagunto... todas ellas pequeñas calles del arrabal, urbanizadas al calor de la iniciativa de esos propietarios que, como el ubicuo Andrés Arango, figuran como fundadores de Chamberí y albergando casas bajas en su mayoría, alguna con un primer piso y buhardillas. Muchas de ellas albergan talleres de artesano o locales comerciales en sus bajos y en sus habitaciones interiores y más baratas a esas familias de jornaleros inmigrantes, ya establecidas en la ciudad desde hace tiempo y a las que se ha hecho referencia al explicar las características sociodemográficas de la zona Norte de las afueras. Es este corazón del arrabal donde encontramos a los sectores populares, jornaleros y artesanos, inmigrantes muchos de ellos pero organizados en familia, que conforman esa población humilde pero no desarraigada ni marginal que está contribuyendo al crecimiento de la ciudad en el exterior de su cerca. Destaca entre las distintas calles la del Cardenal Cisneros, que a estas alturas ya concentra una población notable (315 habitantes) y una actividad económica y comercial diversa, como puede extraerse de las profesiones ejercidas por sus cabezas de familia (ver tabla 31).

Tabla 31: profesiones de los habitantes de Cardenal Cisneros en 1860	
trabajadores de la construcción y de baja cualificación	Un albañil, 4 carpinteros, un ebanista, 3 pintores, un cantero y 14 jornaleros.
transportes y trabajos periurbanos	3 carreteros y un jardinero.
trabajos femeninos	4 lavanderas y una mujer dedicada a sus labores
trabajos de gran taller o fábrica	4 cerrajeros, 2 herreros y un papelista
Artesanos	Un alfarero, 2 caldereros, un alpargatero, 4 zapateros, 2 sastres y un aparador que tiene abierta tienda.
servicio doméstico	Una sirvienta
Comerciantes	Dos comerciantes, un bodeguero, una trapería y un corralero que tiene su establecimiento al final de la calle.
Empleados	Un empleado de una empresa privada
clases pasivas	Dos pensionistas, dos empleados cesantes, dos propietarios, un jubilado y un enfermo
Profesiones liberales	Un aparejador, un albéitar y un escultor de la Real Academia de San Fernando
Militar	Militar, teniente del 14 regimiento
no indican profesión 4 y dudosos 3.	

Es esta calle un espacio especialmente representativo de la convivencia de sectores populares y pequeñoburgueses, en la que pueden cruzarse y saludarse en los tiempos anteriores al Ensanche un escultor como Francisco Bellver¹⁴³, miembro de la Real Academia de San Fernando, que ha comprado la parcela del número 5 de la calle y ha alzado en ella una casa para su familia y Francisco Caballero, un zapatero de Brihuega, Guadalajara, que habita un bajo en el edificio de enfrente, en el número 6, junto a su mujer también de Guadalajara. El contraste social de un encuentro como este no es tan acusado como puede parecer en un primer momento: en realidad ninguno de los propietarios, comerciantes o militares que habitan en la calle tiene criados internos en sus hogares, lo que les identifica como miembros de los sectores más humildes de una clase media madrileña en que el servicio doméstico era uno de sus rasgos distintivos.

¹⁴³ Francisco Bellver y Collazos, hijo del también escultor Francisco Bellver y Llop, había nacido en Valencia en 1812 y se había trasladado a Madrid con pocos años para establecerse como discípulo en los talleres de otros artistas. Autor de diversas tallas religiosas y objetos de culto, fue nombrado miembro de la Academia en 1843. CASTILLO, Jaime: *calles y recuerdos de Chamberí*. Editorial Chamberí, Madrid, 1997, pp. 73-76.

Por otro lado, si se intensifica el análisis de los jornaleros que se distribuyen en los edificios de la calle, se puede ilustrar a partir de sus retratos de vida esas pautas de inmigración que ya hemos descrito al acercarnos al origen de la población del Ensanche Norte y a su forma de llegada a Madrid. Jornaleros jóvenes, recién casados, quizá con algún hijo; familias enteras que son expulsadas de los medios rurales y que se ven obligadas a iniciar una nueva vida en la ciudad, a la que muchas veces llegan después de un largo camino y que lejos de ofrecerle un abanico de posibilidades, les expulsa de su centro histórico hacia la periferia.

Tabla 32: descripción de familias jornaleras residentes en Cardenal Cisneros en 1860 por su forma de llegada a la ciudad			
Caso nº 1	Cardenal Cisneros nº 1, bajo	Familia inmigrante ya formada en el lugar de origen, llega a Madrid tras hacer escalas.	Familia Nuclear de 5 miembros; Llegan todos en 1855, desde Fomillas, Zaragoza. Entonces el cabeza de familia, Alejandro Ledesma tenía 45 años y su mujer, Felipa Sancho 44 años. Les acompañaban, al menos, una hija que entonces tenía 16 años, Antonia, un hijo de 13 años, Julián y otro de 2 años y nacido en Torrelaguna, Madrid, en una escala que hecha en su viaje. Todos siguen residiendo con sus padres, la hija que cuenta con 21 es modista y Julián ya con 18 es carpintero.
Caso nº 2	Cardenal Cisneros nº 1, bajo	Pareja adulta recién llegada acompañada de familiar.	Cristóbal Sevilla de 43 años y su mujer María también de 43 ambos procedentes de Villa Robledo, Albacete han llegado a Madrid hace dos meses. Los acompaña una familiar, tía o hermana mayor del cabeza de familia, Josefa Sevilla, de 60 años y también de Villa Robledo.
Caso nº 3	Cardenal Cisneros nº 1, bajo	Matrimonio de hijos de inmigrantes.	Matrimonio formado por Ramón Martínez, de 40 años, venido de la provincia de Valencia a los 14 años (1834) y Josefa Bautista, de 34 años, nacida en Asco, Tarragona y llegada cuando contaba pocos meses. Esta última puede haber llegado con alguna de las 12 familias de Tortosa (de Asco y Gandesa) que viven en la región.
Caso nº 4	Cardenal Cisneros, nº 2 segundo	Matrimonio entre inmigrante y madrileña; establecidos en Chamberí tras un tiempo en el centro.	Familia nuclear de 4 miembros; el cabeza, Francisco Cardona, es un inmigrante de ya 59 años y venido de Tarragona cuando tenía 19. Su mujer es madrileña, Juana Salas de 55 años, bautizada en la céntrica parroquia de San Millán. Sus primeros años de vida familiar los vivieron en el centro: las dos hijas que aún habitan en el hogar, María de 22 años y Manuela de 14, fueron bautizadas en San Ginés.

Caso nº 5	Cardenal Cisneros nº 6 bajo	Familia nuclear de inmigrante viudo, su hijo y madrileña.	Matías Ávila, de 32 años y su hijo Vidál Ávila de 5 años, ambos de Socuéllanos, Ciudad Real y llegados hace 5 años, viven con Casilda Hernández, madrileña de 28 años, segunda mujer del cabeza de familia y madastra de su hijo Vidal.
Caso nº 6	Cardenal Cisneros nº 6, principal interior	Familia nuclear por inmigrantes que se conocen en Madrid.	Familia nuclear de inmigrantes: Rufino del Valle, de 28 años, llegado de Valdetorres en 1854 y Rosalía Muñoz, de 32 años, llegada de Lillo Toledo en 1850. Han tenido al menos dos hijos en Madrid, uno con dos años y otro recién nacido. Conviven con otra pareja.
Caso nº 7	Cardenal Cisneros 6, segundo interior.	Matrimonio de inmigrantes de Toledo.	Pareja de inmigrantes toledanos que llegan en 1855, él, Esteban García, tenía 32 años y ella, Silvestra López, 26. Actualmente conviven con otro jornalero de 27 años, llegado en 1859 desde Alicante.
caso nº 8	Cardenal Cisneros nº 9, bajo	Matrimonio de inmigrantes de distintas procedencias pero llegados al tiempo.	Antonio Varela, gallego de 34 años llegado hace 12 y su mujer Juana Samper, también llegada hace 12 pero desde Elche.
Caso nº 9	Cardenal Cisneros, nº 9 bajo	Familia nuclear inmigrante	Familia nuclear que vino ya formada en 1850, desde Colmenar de Oreja donde nacieron los 5 hijos mayores del hogar. A la llegada a Madrid Vitorio García, el cabeza de familia, tenía 37 años y su mujer Dionisia, 38. Les acompañaban cinco hijos que entonces habían cumplido 14, 8, 6, 3 y 2 años. Una vez instalados en la capital tuvieron por lo menos un hijo más, en 1856.
Caso nº 10	Cardenal Cisneros, nº 9 bajo derecha	Matrimonio inmigrante.	Matrimonio murciano formado por Pedro Robles de 53 años y su mujer María, de 40 años. Llegaron en 1850, cuando tenían 43 y 30 años respectivamente.
Caso nº 11	Cardenal Cisneros, nº 10 bajo	Familia troncal; inmigrantes que llegaron en familia.	Familia nuclear que llegó de Asco, Tarragona, hace 10 años: el padre tiene 59 años, la mujer 50 y la hija 22; está casada con otro inmigrante de 25 años, venido de Alicante hace 10. También reside en el hogar un niño de 5 años, nacido en Madrid, que puede ser nieto de otra hija.
Caso nº 12	Cardenal Cisneros, 13, pasillo	Matrimonio de inmigrantes.	Matrimonio de inmigrantes de distinta procedencia pero llegados a Madrid en el mismo año, 1853. Manuel San Juan, de 35 años viene de Mequinenza, Zaragoza; su mujer Josefa Pérez, de 45 años, es de Sahagún, León.
caso nº 13	Cardenal Cisneros nº 18, bajo	Familia nuclear inmigrante.	Familia nuclear que inmigró junta desde el pueblo de Valderrebollo Madrid y llegó en 1850; los hijos son del primer matrimonio de la mujer. Cuando llegaron el cabeza de familia tenía 40 años, la mujer 38 y los niños, dos eran de 7 años y otra de 3 años.

Finalmente queda ocuparnos de las calles más humildes del arrabal de Chamberí en 1860: el Camino del Zarzal, la calle Balmes, la calle del Marqués de la Romana: Felipe el Hermoso... todas ellas situadas en el extremo Norte de la barriada, a espaldas de la Iglesia recién construida y del pequeño burgués Paseo de la Habana que ya ha sido retratado. En estas calles no hay más que casas bajas, de reducidas dimensiones y alquiler mínimo, que oscila entre las 5 y 10 pesetas y que contrastan con los altos alquileres que se pagaban tan solo a unas decenas de metros en el Paseo de la Habana. Probablemente se tratara de las viejas construcciones que habían estado en el origen de los pobladores de las afueras de la ciudad y que habían suscitado la preocupación del Ayuntamiento por ser refugio de gentes de mal vivir. La promoción inmobiliaria de los años 40 y 50 no las había hecho desaparecer y así el *Ermitaño de Chamberí*, que no ahorra elogios para los propietarios que como Arango habían edificado en torno a la plaza de Olavide y en Cardenal Cisneros, también señala la persistencia de esta vivienda degradada e insalubre:

“es preciso entrar en estas habitaciones para formarse una idea de su insalubridad y del inminente riesgo de sus moradores, así por la imposibilidad de evitar los incendios, arrastrando en la catástrofe los edificios que las circundan, como por la corrupción de costumbres que facilita la aglomeración de sus moradores. Apenas se encuentra una de estas chozas con ventilación, con embaldosado, con fogones ni hogares, ni aun con chimeneas para la salida de los humos, ni localidad sino para un matrimonio con sus dos personas de ambos sexos: pues bien en estas pocilgas suelen habitar 3, 4 y 5 familias, con 18 ó 24 personas de ambos sexos, de costumbres diversas, entre las cuales cunde la inmoralidad y la relajación, en la que se lactan los niños, se nutren los jóvenes y los mozos y se fortifican los adultos.”¹⁴⁴

La situación que describe, quizá exagerando, el cronista anónimo no debía haber cambiado mucho ocho años más tarde, cuando se realiza el padrón de 1860. En la calle del Marqués de la Romana, en la que existen 24 viviendas que ocupan 127 personas encontramos abundantes formas irregulares de familia; entre ellas 4 casas están ocupadas por parejas que viven amancebadas, varias mujeres que aunque casadas habitan solas con sus hijos

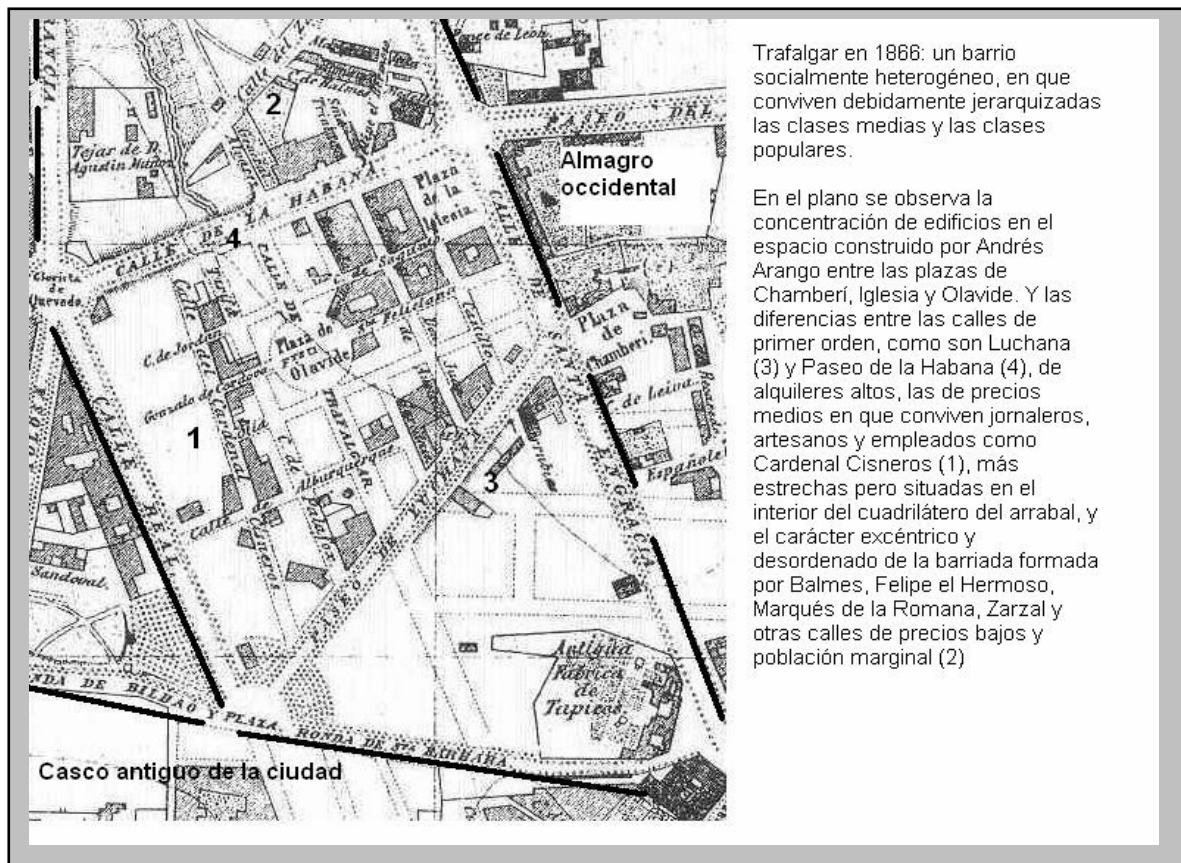
¹⁴⁴ Su Ermitaño, *Reseña histórica de Chamberí. Causas de su prosperidad y medios para su acrecentamiento*, Chamberí, 1852, citado en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 143

o en compañía de otras mujeres, realquilados que no tienen ningún vínculo familiar entre ellos... formas de vida que habrían de escandalizar al Ermitaño, pero que nos identifican a la población de estas calles como miembros de los estratos marginales y más desfavorecidos de Trafalgar. A tan sólo unos metros de los propietarios y empleados que hemos visto ocupar el Paseo de la Habana, el contraste con los cabezas de familia de Marqués de la Romana se hace más llamativo: 14 de ellos son jornaleros, muchos de ellos acompañados por una lavandera o costurera sea su mujer o no, hay 2 arrieros y 3 traperos, un herrero, un criado quizá sin colocación y tres mujeres sin marido que trabajan como lavanderas.

Esta bolsa de pobreza, recluida en un rincón del pujante arrabal, completa el retrato de la población abigarrada de Chamberí: población que integraban clases medias acomodadas, familias populares de artesanos y jornaleros y traperos y trabajadores pobres de “costumbres moralmente corruptas”. Un amplio espectro social que sin embargo no se mezclaba inopinadamente en los edificios de las afueras sino que se distribuían ordenada y jerárquicamente en calles de alquileres y condiciones bien distintos: las grandes vías y paseos concentran los mejores edificios en que viven los más acomodados, a medida que nos introducimos en calles más pequeñas y reducidas, la condición social de los vecinos va descendiendo.

De esta manera, antes de que se aprobara el Ensanche, ya se habían sentado las bases del modo en que se articularían las relaciones sociales en el futuro espacio urbano: relaciones sociales que si bien permitían una cierta mezcolanza entre grupos sociales diferentes, no desembocaba en su total confusión. Lo que se producía era una especie de escalonamiento de los espacios compartidos según el status social. En una calle como el Paseo de la Habana el funcionario, el militar retirado, el pequeño propietario podía compartir su casa con el artesano más o menos próspero y con sus criados, pero rara vez con el jornalero. Es en las calles de segundo orden, como la de Cardenal Cisneros, en sus bajos, sus habitaciones interiores y sus buhardillas que habitan los jornaleros de vida familiar arreglada, que aunque inmigrantes llevan un tiempo largo de residencia en una ciudad en la que se han integrado; viven

en los mismos portales que otros trabajadores humildes de la villa, albañiles, cerrajeros, carpinteros, pintores pero también empleados humildes y algún profesional liberal sin demasiados prejuicios o sin demasiados recursos para avecindar junto a las elites sociales. Pero la clase jornalera es mucho más diversa: si en ella existe un importante componente de integración familiar, especialmente llamativo en la inmigración y en su comportamiento demográfico, también está formada por un importante conjunto de personas de dudosa moral (a los ojos de observadores como *el Ermitaño* o *Méndez Álvaro*), de vida familiar irregular, de profesiones mal renumeradas, esas costureras y lavanderas viviendo solas o en compañía de albañiles, arrieros o trabajadores de la construcción... No son aceptables o no son capaces de acceder más que a los edificios deteriorados, a la infravivienda que se esconde en los extremos del arrabal, detrás de sus paseos, en callejones mal trazados.



V.7.- El arrabal tras el Ensanche

La puesta en marcha del Ensanche en sus primeros veinte años no va a modificar esta organización integradora pero jerarquizada de los distintos grupos sociales en el arrabal de Chamberí, sino que va a potenciarla e intensificarla con el alza de los precios del alquiler y la aparición de nuevas construcciones. Trafalgar pasa en estos años de 2.125 habitantes a los 10.630 de 1880: los edificios y el número de viviendas se multiplican, se abren nuevas calles y se va colmatando la urbanización de algunas de las ya existentes, los precios de los alquileres suben (un 70,69%, recordemos) pero también se incrementa la presencia de jornaleros. Nada de ello afecta a esa clasificación entre calles de primer, segundo y tercer orden que distribuye a sus habitantes en calles de mejor y peor calidad según sus posibilidades económicas, su ocupación profesional y su forma de vida.

A lo sumo, lo que va a producir el Ensanche es la revalorización de algunas vías que adquieren nuevas funciones más allá de las de espacio residencial que tenían en un principio. Es el caso de la calle Cardenal Cisneros, que se ha analizado antes y descrito como calle de segundo orden y que en

Calles de primera categoría			Calles de segunda categoría			Calles de tercera categoría		
	habitantes	alquiler		población	alquiler		habitantes	alquiler
Manuel Cortina	63	58,86	Santa Engracia	1294	26,78	Felipe el Hermoso	85	15,95
Glorieta de Bilbao	270	34,76	Sagunto	221	25,22	García de Paredes	163	14,94
Juan de Austria	118	32,74	Murillo	58	24,89	Olid	124	14,64
Luchana	1024	32,09	Feijoó	127	24,2	Zarzal	81	12,25
Santa Feliciana	244	31,77	Arango	253	23,18	Gonzalo de Córdoba	63	12,04
Cardenal Cisneros	1382	30,68	Jordán	339	22,20	Marqués de la Romana	209	11,76
Alburquerque	146	30,34	Castillo	313	22,07	Buenos Aires	85	11,45
Moreno Rodríguez	191	30,23	Quesada	135	21,96	Balmes	204	9,96
Trafalgar	484	29,55	Santísima Trinidad	131	19,62			
Olavide	110	29,09	Bravo Murillo	1111	19,41			
Raimundio Lulio	267	28,94	Glorieta de la	60	18,40			
Palafox	301	28,44	Iglesia					
Gracilazo	186	27,14						
Paseo de la Habana	562	27,00						
						población total: 10630		
						alquiler medio general: 26,44		

1880 aparece entre las más caras pero también entre las más pobladas del viejo arrabal. En ello influye poderosamente su trazado, que nace en la confluencia entre la Glorieta de Bilbao y la calle Luchana; una vez derribada la cerca Cardenal Cisneros se convierte en un espacio relativamente cercano y bien comunicado con el casco viejo pero al tiempo con la plaza de Olavide, verdadero corazón comercial del barrio (en ella se instala un mercado de comercio general para los habitantes del barrio). Cardenal Cisneros mantendrá una importante proporción de jornaleros entre sus habitantes, pero en sus bajos van a comenzar a florecer los talleres y establecimientos comerciales lo que aumentará el precio de sus alquileres: el alquiler medio de la calle, pasa de 12,38 pesetas de media en 1860 a 30,68 pesetas en 1880, un incremento del 147% que está muy por encima de lo que experimenta el barrio en su conjunto. En general la zona Sur del arrabal, que en 1880 ha entrado ya en contacto con la ciudad y de la que poco a poco es cada vez más una prolongación que una yuxtaposición, es la que más se va a revalorizar con el derribo de la cerca: la distinta evolución de dos calles de similar condición de residencia de clases acomodadas como son Luchana y el Paseo de la Habana nos lo muestra. Luchana, paseo que prolonga la calle Fuencarral desde la Glorieta de Bilbao hacia la plaza de Chamberí, pasa de un alquiler medio de 16,40 pesetas para sus 377 habitantes de 1860 a otro de 32,09 para lo que ya es una de las calles fundamentales del barrio en 1880: en ella habitan 1.024 personas. El paseo de la Habana, en cambio, que había sido uno de los principales focos de urbanización antes del Ensanche (en 1860, 156 habitantes, alquiler medio de 23,16 pesetas) pierde interés: crece mucho más despacio (562 habitantes) y sus casas pierden valor (27 pesetas de alquiler medio).

Este nuevo factor de influencia va a modificar en algo la división del barrio por alquileres, pero la esencia de esta organización, va a ser prácticamente la misma: las calles anchas y paseos arbolados y las calles más cercanas al casco viejo madrileño son las más caras y se constituyen como espacio de residencia de clases medias preferentemente; las calles interiores del Norte del arrabal ofrecen alquileres medios y van a favorecer la acogida de artesanos y jornaleros; al Norte, las calles en las que se diluye la construcción, en gran medida de edificios antiguos y en mal estado (Marqués de la Romana,

Balmes, Felipe el Hermoso) van a recibir esa población de costumbres dudosas que ya eran objeto de denuncia en las mismas calles en 1860.

Esta división del distrito por zonas de precio no debe conducir a una visión de cada una de los espacios como departamentos sociales estancos, pequeños microcosmos de rasgos socioprofesionales: calles de artesanos, calles de empleados, calles de propietarios... solamente para los jornaleros de la calle Virtudes, para los marginales que habitan en las calles pobres de detrás de la Iglesia de Chamberí (Balmes ejemplarmente) y con un significado diametralmente distinto, para los propietarios de los hotelitos del barrio de Indo, existen espacios socialmente segregados. En el resto de los barrios del distrito como ya se ha visto, existe siempre una pluralidad social que es facilitada por otro tipo de segregación y ordenamiento jerárquico que permite la construcción de edificios: aquella derivada de la distinta calidad y precio de las viviendas según el piso al que nos refiramos.

Esta segregación vertical, que ya empieza a actuar desde los años 60, como se ejemplificó con un edificio de la calle Españolito, se va a mantener muy a pesar de esas diferentes zonas de precios en que queda dividido el barrio de Trafalgar. Sobre todo a partir del derribo de la cerca en 1868 y del levantamiento de todas las restricciones constructivas de tipo higiénico que pesaban sobre los deseos de sacar el máximo beneficio a las edificaciones de Ensanche, van a aparecer en Chamberí casas de tres, cuatro y hasta cinco pisos que contrastan con las primitivas viviendas del arrabal, que solían ser casas bajas de bajo y principal, lo más con alguna buhardilla. Será un tipo de vivienda común en las calles más anchas, y más altas cuanto más ancha sea la calle. En estas casas se repetirá un patrón localizable en toda la ciudad: comerciantes y artesanos en los bajos, burgueses y profesionales liberales en los principales, pequeños rentistas y empleados de bajo rango en los pisos superiores y el jornalero y el obrero en la buhardilla. En este sentido una casa del barrio de Chamberí podía convertirse en un perfecto resumen y síntesis de la pluralidad de situaciones sociales que albergaba Madrid. La casa de la calle Trafalgar nº 13 nos ofrece un ejemplo elocuente, que además presenta la virtud de expresarnos las diferencias sociales de sus habitantes a través de los

alquileres de las viviendas (que son en el fondo expresión de su capacidad económica) y de sus salarios y rentas cuando lo indican.

Tabla 34: La casa de la calle Trafalgar nº 13, en 1880		
Piso	alquiler	integrantes
Portería	no paga alquiler, es el portero	Matrimonio de jornaleros inmigrantes compuesto por Jerónimo Coboso, de 31 años y su mujer Basilia García, de 29 años; ambos son naturales de la Roda, Albacete y tienen una hija de 15 años que también se declara jornalera. Todos llegaron juntos a la ciudad.
Tienda	30 pesetas	Matrimonio formado por Juan Cerceda, de 38 años y Manuela Llorente de 30 años; ambos son de la provincia de Burgos y probablemente llegaron juntos (al menos los dos lo hicieron en 1873). Tienen abierta una tienda en este edificio, sin especificar el objeto de su comercio. Pagan 275 pesetas de contribución anual. En ella emplean a un criado, Vidal Menéndez, nacido en Matanzas, Cuba y que vive con ellos.
Bajo	15 pesetas	Un joven matrimonio madrileño, probablemente recién casados; Evaristo López, de 27 años y Vicenta Redondo, de 22 años. Él es carpintero, ella no indica profesión. Con ellos vive Antonio Hernández de 22 años, madrileño y carpintero también; puede que trabaje como ayudante de Evaristo. Indica cobrar 1 peseta al día.
Bajo	30 pesetas	Luis López Alonso, de 34 años y nacido en Valladolid; es médico militar por lo que recibe un salario del Estado de 3.000 pesetas al año. Acaba de llegar a Madrid, hace tan sólo dos meses junto a su mujer, Emilia García, de 31 años y también de Valladolid y un hijo de ambos, Emilio, que apenas cuenta nueve meses y que nació en Badajoz, que puede que sea el anterior lugar de trabajo del médico. Les acompaña también un hermano de la mujer, Luis García de 25 años, vallisoletano que no tiene oficio conocido.
Principal	75 pesetas	José Aurial Flores, madrileño de 73 años y su familia; su mujer, Carmen Sorrit Montero, sevillana de 42 años pero que reside en Madrid desde los 20 y dos hijas, nacidas ambas en Madrid: María Manuela, de 17 años y María Dolores de 13. José Aurial es catedrático de la Escuela de Artes y Oficios, por lo que percibe un salario anual de 5.000 pesetas. En la casa reside también Joaquín Navarro San Juan, un joven escribiente de 25 años (trabaja en la Academia de San Fernando, por lo que recibe 1.000 pesetas al año), procedente de Huarte, Navarra y que puede que sea un pariente lejano o similar al que se le ha acogido en su llegada a Madrid. La familia Aurial tiene una sirvienta, Elena Minguito, de 16 años y llegada hace 7 meses desde un pueblo de Burgos..
segundo izquierda	30 pesetas	Feliz Mombellí Gallego, un madrileño de 61 años, ya viudo y jubilado habita con su familia. Tres hijos; Felisa, soltera de 30 años, Ángel estudiante de 17 años y Félix, de apenas 6 años. Con ellos vive una familiar que no aclara su parentesco, María Iglesias Rodríguez, soltera de 38 años y sin oficio conocido.
segundo derecha	no indican el alquiler	Las hermanas Sánchez de la Hoz; se trata de dos mujeres madrileñas ya adultas y que han quedado solteras; Manuela tiene 54 años y Secundina 42. Viven solas y se declaran propietarias de bienes en Madrid, por los que pagan 243,92 pesetas de contribución anual cada una.
Buhardilla	13,75 pesetas	Familia jornalera madrileña de 4 miembros; el padre, Antonio Pingarrón tiene 53 años y es jornalero, la madre, Josefa Correcha tiene 35 años y se ocupa de sus labores, los hijos que permanecen en el hogar son Daniel, de 20 años y jornalero como su padre y Concha, de tan sólo 3 años.

Cada vivienda del edificio es una historia familiar pero también un ejemplo de posición concreta en la estructura social. La conclusión más obvia es la de la preeminencia social de ese catedrático de la Escuela de Artes y oficios que encontramos habitando el piso principal y que demuestra su posición más desahogada en el pago de un alquiler alto y en el mantenimiento no sólo de

una familia de cuatro miembros con su sueldo, sino también la de un joven invitado a residir con ellos y la contratación de una criada.

Pero también nos ofrece casos particulares que nos sirven para enriquecer el conocimiento que tenemos de grupos sociales menos definidos, como es el caso de los propietarios; las hermanas Sánchez de la Hoz nos desvelan como el simple hecho de recibir una renta o tener una heredad era sinónimo de triunfo social. Sin ser su vivienda modesta (no conocemos el alquiler, pero podemos equipararlo a las 30 pesetas de su vecino) tampoco ofrece aparentemente muestras de lujo; las dos solteronas viven en compañía, sin servicio doméstico en una ciudad en que era un elemento propio y habitual de las casas de clase media. Quizá no pasen apuros económicos pero no habiendo participado en el mercado matrimonial, sin familia, sin marido ni hijos, se abre ante ellas una vida poco segura en una sociedad, la del XIX, en que la integración en una familia era elemento sino indispensable, al menos poderosamente influyente en la supervivencia económica y en el mantenimiento del status social.

Otro grupo que se enriquece visitando esta casa es el de los jornaleros, palabra opaca en los registros estadísticos y que podía esconder una inmensa variedad de formas y condiciones de vida. Seguramente la vida diaria de Jerónimo Coboso difería en preocupaciones y experiencias a la de Antonio Pingarrón. Coboso, aun compartiendo con Pingarrón esa incertidumbre que implicaba no tener un empleo fijo, el andar de tajo en tajo ofreciendo su trabajo como albañil “o lo que saliera” como expresivamente escribían los trabajadores a jornal, necesariamente debía tener menos preocupaciones: aunque joven, tan sólo tenía una hija que alimentar, que además se valía ya sola pues nos dice que trabajaba. Y no tenía que preocuparse por llegar a pagar el alquiler; ya fuera él, ya su mujer, cubrían el puesto de portería del edificio por el que tenían derecho a vivir en el bajo sin alquiler. Pingarrón no. Pingarrón debía juntar cada mes sus 55 reales para pagar el alquiler. Y no debía ser fácil a los 53 años. Y con una hija de tres años que no aportara nada al salario familiar.

V.8.- Arapiles: entre fábricas y cementerios:

El barrio de Arapiles se extiende al Este de la carretera Mala de Francia (hoy calle Bravo Murillo) y toma su nombre de la pequeña calle que embocaba los cementerios desde la Plaza de Quevedo, que había surgido como punto de encuentro de las prolongaciones más allá de la cerca de las calles Ancha de

Tabla 35: Arapiles en 1860 -	
Principales calles y su población	
TOTAL	1211
Paseo de Areneros	70
Magallanes y camposantos	45
Mala de Francia	383
Navas de Tolosa	351
Glorieta de Quevedo	77
Real	156
Fábrica de Papel pintado	16

San Bernardo y Fuencarral (entonces llamadas Navas de Tolosa y calle Real respectivamente).

Que el barrio acabara tomando el nombre de tan pequeña calle puede ser que se deba a que fuera precisamente Arapiles, junto a la de Magallanes, calles que recorrían los cementerios allí instalados, las primeras que acogieran núcleos de población, en lo que debía ser un conjunto de

casas para los empleados de las sacramentales. En origen pues, la zona sólo albergaba algunas cuantas casas bajas ocupadas por jardineros, guardas de los cementerios y los capellanes y religiosos empleados en los camposantos.

La presencia de los cementerios repelía la urbanización de aquellos terrenos; a nadie se le antojaba la idea de edificar en la zona una casa de cierta calidad y, como ya vimos, Castro, a pesar de considerar su relieve óptimo para la expansión de la vivienda, reservaba el lugar para zona de equipamientos y de instituciones públicas hasta que los cementerios fueran algún día desmantelados. Sin embargo en 1860 aquello estaba lejos de suceder (en 1853 se había abierto el último) y la extensión de las necrópolis a lo largo de la carretera de Francia hizo de Arapiles una zona de bajo precio del suelo y de gran disponibilidad de terrenos que resultaba recomendable para la instalación de industrias, talleres y establecimientos comerciales. De hecho, ya a la altura de 1860, podemos observar que a pesar del ambiente hostil que creaban los enterramientos, esta zona Noroeste de las afueras de la ciudad, daba muestras de una cierta vitalidad económica que se expresa tanto en el padrón (ver tabla 36) como en el plano en que aparecen ya ciertas concentraciones de la edificación

Tabla 36: Principales centros económicos y de producción en Arapiles en 1860

Calle	Alquiler	Tipo de establecimiento	Integrantes
Paseo de Areneros	No indica alquiler	casilla de canteros	Una familia nuclear de canteros alojada gratuitamente por su patrón
Corral de la Concepción	30 ptas	corral	El corralero y su familia
Carretera Mala de Francia,	25 ptas	taberna	Un tabernero y su sirvienta
Carretera Mala de Francia, 13	37,50	tienda de comestibles	Una tendera viuda y un emleado
Carretera Mala de Francia, 5	No indica alquiler	taberna	Tabernero, esposa e hijo.
Carretera Mala de Francia, 19	15 ptas	taberna	Un tabernero y una lavandera
Carretera Mala de Francia, 21	33,75 ptas	Taberna y taller de botero	Un botero, su mujer e hijo
Mala de Francia, 29	No indica alquiler	Fábrica de Bujías	El director de la fábrica, su mujer y 4 familiares: en dos casas anejas viven dos dependientes de la fábrica y sus familias.
Navas de Tolosa, 3	100 ptas	taberna	Tabernero, mujer, 2 hijos, un hermano y 2 sirvientes:
Navas de Tolosa, 13	propiedad	cochera	Un encargado, un empleado y dos cocheros.
Navas de Tolosa, 15	41,25 ptas	Tienda: no especifica producto	El comerciante y un criado a su servicio
Navas de Tolosa, 21	No indica alquiler	tahona	El tahonero, mujer y dos hijos. Empleados: un cernedor, un echador, un panadero y un criado.
Navas de Tolosa, 23	30 ptas	tienda	El dueño es un "actor dramático"; una mujer de 42 años está encargada de la tienda
Navas de Tolosa, 23	15 ptas	Tienda de polvorista	Maestro polvorista y esposa
Navas de Tolosa, 23	17,50 ptas	tienda - barbería	Un barbero, su hermano estudiante, una mujer asistenta y costurera, la hija de ésta papelista.
Navas de Tolosa, 25	22,50	Calderería y tienda	Un maestro calderero y su mujer
Navas de Tolosa, 25	30 ptas	tienda taberna	El tabernero dueño, su mujer peinadora, una ahijada de 15 años y una criada de 25.
Portillo de Conde Duque, 3	150 ptas	tahona	Tahonero y 10 panaderos empleados
Paseo de Areneros, 8	62 pesetas	taberna	Tabernero mujer y 2 hijos; criado viudo cantero y 4 hijos; criado bodeguero.
Quevedo, Glorieta, 1	No indica alquiler	corral de maderas	No indica empleados
Quevedo, Glorieta, 2	22,50 ptas	taberna	Una cocinera y su esposo jornalero
Quevedo, Glorieta, 3-5		Talleres de marmolistas	3 familias de marmolistas franceses; probable venta para los cementerios.
Real, 1	125 pesetas	taberna	El comerciante, su mujer guisandera e hijo
Real,3 y 5	En propiedad	Fábrica; fundición de Grouselle	En el nº 3, familia de Nicolás Grouselle, ingeniero francés propietario de la fábrica: esposa, tres hijos y criada. En el nº 5 habita un ingeniero de minas propietario al frente de la fábrica, su familia, 3 empleados y la familia de uno de ellos, 3 criadas. 21 personas en total.
Real 7	En propiedad	Fundición Sanford	Edificio con tres viviendas: Guillermo Sanford y su esposa en una; su hijo, ingeniero en la Fundición y su propia familia en otra; en la tercera José Bravo García con su esposa, secretario de Guillermo Sanford.
Real, 13	30 ptas	Tienda:no indica producto	Matrimonio de tenderos, hijo y un realquilado.
Fábrica de papel pintado	No pagan alquiler	Cuatro casas de los trabajadores de la fábrica	Tres familias de papelistas y una de un curtidor: 16 personas.

El negocio que más abunda en Arapiles es el de las tabernas. En ello había de influir no sólo el precio barato del suelo para establecerlas en las afueras de la ciudad, sino también, como ya quedó apuntado, las ventajas que ofrecía para las casas de comidas el evitar el pago de los derechos de consumos que se cobraban en la puerta de Madrid. La zona de los cementerios se configura así como un espacio de ocio popular que contrasta con la aristocrática y burguesa que configura al otro extremo del Ensanche Norte la red de paseos que surcaba Almagro y las inmediaciones de la Castellana¹⁴⁵. El merendero y la casa de comida en las afueras de la ciudad será un elemento del ocio popular visible en el Madrid del XIX y principios del XX. Muchos de estos establecimientos debían de ser de una extrema modestia, como sugieren sus alquileres que a veces no alcanzan las 20 pesetas; negocios familiares que a veces combinaban la venta de bebidas con otras actividades laborales. Así encontramos por ejemplo la tienda-taberna de la calle Navas de Tolosa 25, en un local de 30 pesetas de alquiler, en el que la esposa del tabernero es peinadora y en el que además trabajan una ahijada y una criada. O ya más lejos, pasada la glorieta de Quevedo, en la Carretera Mala de Francia, el establecimiento de Diego Álvarez, un botero navarro 35 años que junto a su mujer e hijo regentaba una tienda de botas de vino que era al tiempo taberna. En realidad debía de bastar un pequeño capital para improvisar un establecimiento de bebidas o comidas en estos barrios populares. Otras veces no; también existen establecimientos en que podemos imaginar una cierta calidad y una mayor amplitud del negocio, normalmente establecidos a las puertas de Madrid y dirigidos por tanto a sus ciudadanos: es el caso de la taberna en Navas de Tolosa 3, establecida en un local de 100 pesetas en la puerta de San Bernardo o el de la calle Real 1, un establecimiento en la puerta de Bilbao por el que se pagaban 125 pesetas al mes.

¹⁴⁵ El surgimiento de espacios públicos de ocio y esparcimiento diferenciados socialmente en el proceso de transformación social y urbana que acontece a partir de finales del siglo XIX, ha sido estudiado para la ciudad de Oviedo por Jorge Uría. En su estudio destaca el carácter exclusivo que adquirieron los paseos y las barreras sociales que se interponían a su uso y disfrute por las clases populares; por otro lado analiza la forma en que la taberna se había convertido en un espacio de sociabilidad fundamental para los más humildes (muy a pesar de ciertos sectores de las clases obreras). URÍA, Jorge.: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*. Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1996.

También destacan por su número las tiendas de las que generalmente no se especifica el producto (aunque podemos suponer tiendas de comestibles) y son llamativas las dos tahonas establecidas en la zona y que representan ejemplos de negocios en que los empleados superan el marco de la familia y la figura del empleado abunda, aunque sin sobrepasar nunca la decena de trabajadores. Los artesanos por el contrario son casi inexistentes; no encontramos talleres ni tiendas como en el arrabal de Chamberí, pero tampoco los encontramos entre los habitantes de Arapiles. Sólo dos indican expresamente tener tienda abierta en la zona: un maestro calderero que habita con su mujer e hijo en Navas de Tolosa y los marmolistas franceses establecidos en tres viviendas de la glorieta de Quevedo. Estos últimos vienen sin duda atraídos o contratados por los cementerios para los cuales probablemente trabajaban. Suponen un caso excepcional de inmigración de trabajadores cualificados a la ciudad de Madrid que no es en absoluto representativo de la población que se extiende a lo largo de la Carretera Mala de Francia y que conforma el barrio de Arapiles. En él, a diferencia de la zona del arrabal, el mundo de los oficios y del artesanado está prácticamente ausente.

Pero lo que va a distinguir verdaderamente a este barrio del resto del caserío sobre el que se extiende el Ensanche Norte va a ser la presencia, aún tímida pero significativa en 1860, de los primeros ejemplos de industria madrileña. En realidad más grandes talleres que auténticas fábricas, encontramos en Arapiles en 1860 cuatro empresas de una cierta entidad: la fundición Grouselle, la fundición de Guillermo Sanford y la fábrica de bujías de Nuestra Señora del Carmen, que ya existían en la década de los años 50 y la fábrica de papel pintado. El padrón no nos aporta información sobre sus instalaciones ni su número de operarios o empleados que sirva para evaluar su carácter artesanal o verdaderamente industrial. Tan sólo podemos identificar algunos de los trabajadores de estos centros de trabajo en las casas de los alrededores.

Tabla 37: Fundidores de Sanford y de Grouselle en 1860		
Gil José Bertoun y José Galas	Calle Real nº 13, segundo izquierda	El primero es un maestro fundidor belga de 51 años llegado a Madrid hace 15 años; el segundo es un fundidor belga de 64 años, llegado a Madrid hace 13. Habitan junto a María Labourdette, francesa llegada hace 8 años.
Pedro Busto y Valentín Morán	Calle Real nº 9, bajo	Pedro Busto, fundidor de 44 años empleado en Sanford, habita con su mujer con la que llegó hace 12 años, su hija recién nacida y Valentín Morán, un realquilado también fundidor como él.
José Menéndez	Calle Real nº 9, principal	Un fundidor de 40 años, su mujer y cuatro hijas.
Pedro Panadero	Calle Real nº 11, principal interior	Fundidor de 41 años de Linares Salamanca, su mujer y 4 hijos.
José Dorrego	Calle Real nº 9, bajo	Fundidor de 18 años, habita en la casa taberna de su tío.
Pedro José Velasco e Ignacio Cuadrado	Calle Real nº 13, tienda	Aprendices de fundidor de 20 y 17 años; habitan como realquilados en la tienda Antonio López

La concentración de estos 9 fundidores (sólo hay 20 entre la población de las afueras en 1860) en tres casas contiguas de la calle Real, a los que seguramente haya que añadir otros trabajadores que se registran en el padrón como simples jornaleros, coincide además con la presencia de los propios dueños de las fábricas en el lugar. Tanto el belga Grouselle como el inglés Sanford habitan en casas anejas a sus fábricas, acompañados de sus hijos, del servicio doméstico e incluso de los empleados y administradores de las fundiciones. La escasa burguesía emprendedora que existe en Madrid (que no madrileña) y que pretende hacer de la industria una vía de acumulación de capital, no se deja arrastrar por los mecanismos de segregación socioespacial que vemos operan ya en la ciudad de Madrid. Lejos de ello, viven estrechamente relacionados con el centro de trabajo que dirigen o del que son propietarios, manifestando así su condición de empresarios aún anclados en el mundo preindustrial y artesanal en que hogar y lugar de trabajo aparecen aún confundidos y en que el maestro o dueño del gran taller puede establecer relaciones con el oficial y el trabajador humilde¹⁴⁶. La disyuntiva entre capital y trabajo aún no es tajante y las pocas fábricas y grandes talleres que aparecen en Madrid tienden a formar unidades urbanas compactas y concentradas. El

¹⁴⁶ Esta fase de indefinición de clase del empresario del despegue industrial ha sido descrita y analizada para el caso alemán por KOCKA, Jürgen: "Problemas y estrategias de legitimación de los empresarios y cuadros directivos en el siglo XIX y comienzos del XX" en *Historia social y conciencia histórica*. Marcial Pons, Madrid, 2002.

caso de la fundición Grousselle nos es conocido¹⁴⁷, ya que su fábrica de la calle Real fue uno de los ejemplos más vistosos de arquitectura industrial en el Madrid del XIX. El edificio, diseñado por el prestigioso arquitecto Pascual y Colomer (autor del edificio de las Cortes y del palacio del Marqués de Salamanca en Recoletos), no sólo incluía el espacio para los trabajos de fundición sino que incorporaba dependencias para alojar a los obreros. La instalación de estas fábricas junto a la proliferación de pequeños comercios se convierte pues en uno de los motores de la urbanización del barrio que vence las iniciales reticencias de edificar en un espacio presidido por los cementerios.

V.9.- Fábricas, obreros e industriales en el Ensanche Norte.

La puesta en marcha del Ensanche, que tan eficaz se nos ha mostrado a la hora de alejar determinados grupos sociales, que sí empezó (al menos en lo espacial) a separar a una burguesía propietaria y que hacía de la especulación y del negocio urbanístico que se instalaba en unos barrios, de las clases trabajadoras y jornaleras que se multiplicaban con el crecimiento de la ciudad y que se instalaban en otras zonas, no se mostró capaz en cambio de producir la disociación entre los pocos representantes de la burguesía industrial que aparecían en Madrid y los trabajadores que empleaban. De hecho, el Ensanche y el crecimiento de la ciudad, produjo todo lo contrario: en los escasos islotes de industria fabril que surgían a finales del XIX en el desierto industrial madrileño, los lazos se estrechan entre industrial y obrero, entre el incipiente capitalista y el esbozado proletario. Los Grousselle y los Sanford seguirán viviendo en sus fábricas, habitando junto a sus trabajadores y controlando de cerca el proceso productivo de sus empresas, como si de artesanos se tratara. A ellos se les van añadir otra serie de empresarios que además no sólo se instalarán en esta zona de cementerios y tabernas que era Arapiles sino que se van a desperdigar en todos los alrededores del viejo arrabal de Chamberí.

Uno de estos ejemplos ya lo hemos conocido, Adolfo Lapeyre Santín, el dueño de una fábrica de papel pintado que no encontraba inconvenientes en

¹⁴⁷ DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág.144-5.

habitar en medio de una barriada de jornaleros en la calle Virtudes; allá en los límites del Norte del arrabal, entre descampados y tejares. Muy cerca de la residencia de este, que era fábrica y hogar al mismo tiempo, se va a instalar la Fundición de los hermanos Bonaplata, en la calle Santa Engracia número 99, más allá de la Glorieta de la Iglesia. Este negocio familiar, que se había emprendido en los años 40 por la asociación de cuatro hermanos, fue hasta los años 80 uno de los ejemplos más importantes de industria en Madrid.¹⁴⁸ En 1880 lo encontramos cercano a su disolución (sería vendido en ese año); sin embargo aún mantiene ese carácter híbrido entre casa grande familiar, taller y fábrica: por aquel entonces en la hoja del padrón de la fábrica aparecía como cabeza de familia Teodoro Bonaplata Roura, de 43 años, director de la fábrica e ingeniero, su mujer Elisa Danis, los seis hijos que tenían en común, tres hermanas, una cuñada, un sobrino, una doncella y dos carreteros que trabajaban en la fábrica.

Pero el ejemplo más acabado de esta convivencia entre obreros y empresario lo ofrecía sin duda la fábrica de bebidas de gaseosa La Deliciosa, propiedad de Joaquín Castellá y situada en el nº 7 de la calle Santa Engracia. Castellá, que era uno de los mayores contribuyentes del Ensanche Norte,¹⁴⁹ no sólo habitaba junto a su establecimiento fabril, como hacían los Bonaplata, Sanford o Grouselle sino que había hecho construir un edificio de viviendas en el que compartía escalera con sus trabajadores. El propietario, como es comprensible se reservaba una de las mejores viviendas del edificio, en el principal en el que también vivía un fabricante de Papel Pintado. Pero el resto de las habitaciones de la casa estaban ocupadas por los jornaleros empleados

¹⁴⁸ Acerca de la Fundición Santa Bárbara de los hermanos Bonaplata hay escasa información; los datos que se utilizan aquí proceden de RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Historia de la localización industrial" en CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1985, pág. 75. Otras industrias de la zona han sido objeto de estudios más extensos, como es el caso de la platería Meneses, aunque en la obra de la que disponemos tan sólo nos sea útil su resumido capítulo dedicado a los orígenes de esta otra conocida industria madrileña. MARTINI ARMENGOL, Gabriela: *Sobre Taylor y Marx en Madrid: La Implantación de la Organización Científica del Trabajo y la Respuesta de los Trabajadores en la Fábrica Plata Meneses (Madrid, 1950-1982)*, Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2000.

¹⁴⁹ Joaquín Castellá aparece en el puesto número 3 de nuestra lista de los 50 mayores contribuyentes, ver tabla 12 de la página 183.

Tabla 38: La calle Santa Engracia nº 7 y los trabajadores de la Fábrica La Deliciosa		
habitación	alquiler	integrantes
bajo	14 pesetas	Antonio Mirón de 36 años, jornalero en la fábrica La Deliciosa (2 pesetas de salario diario): su mujer, de 38 años y 2 hijos de 10 y 5 años. Con ellos residen José Pin, hermano de su mujer y jornalero en las obras y el hijo de este, José Pin también trabajador en la Deliciosa (1,5 ptas diarias). Comparten piso con 3 realquilados: un trabajador más de la fábrica La Deliciosa (José Muiña Freijo, 2 ptas de salario), un operario de la Fábrica Gal (2 ptas de salario) y un jornalero sin oficio fijo).
bajo	15 pesetas	Mariala Enecio; una viuda de 39 años, dedicada a sus labores.
bajo	12,50 pesetas	José Muñoz Camacho, jornalero de 55 años de la Deliciosa (2 ptas al día), su mujer y una hija de 19 años dedicadas a sus labores y un hijo de 17 carpintero en un taller (2 ptas de salario diario).
bajo	15 pesetas	Benito Garcés de 58 años, jornalero en La Deliciosa (730 pesetas al año), su mujer de 44 años y un hijo de un anterior matrimonio en La Deliciosa, por el mismo salario que su padre. Realquilan un cuarto Luis Punch, oficial sastre de 56 años y a su mujer.
principal	15 pesetas	Enrique García de la Fuente, jornalero de 29 años que no indica lugar de trabajo ni salario; su esposa de 33 años, dos hijos de 7 y 3 años y Baldomera García, su madre de 66 años, viuda y que trabaja como lavandera.
principal	12,50 pesetas	Remigio Arnaiz, jornalero de la Deliciosa de 32 años, su mujer de 26 años y un realquilado: Pedro Lucas, de 25 años y carpintero en un taller
principal interior	11 pesetas	Benito Antonio Ramos, jornalero cervecero de 37 años, trabajador de la Deliciosa (60 ptas de salario mensual); su mujer de 37 años y dos hijos de 2 años y otro recién nacido.
principal	250 pesetas	Emilio Launois Satz, un fabricante francés de 50 años que tiene una Fábrica de papel pintado, su mujer de 41 años y tres hijas: una de 16 y dos gemelas de 12 años.
principal	12,50 pesetas	Manuel Onandia; jornalero de 48 años que no indica ni lugar de trabajo ni salario; vive con su esposa, 61 años y dedicada a sus labores.
principal	16 pesetas	Lauriano Zoraida, de 37 años jornalero que no indica lugar de trabajo, su mujer de 28 años y dos hijas de 2 años y de un mes.
principal	No lo indica	Joaquín Castellá y su mujer; el sr Castellá, de 51 años, es un comerciante catalán que se encuentra entre los máximos contribuyentes del Ensanche Norte de Madrid (3.100 ptas al año); es el dueño de la fábrica La Deliciosa . Tiene contratada una sirvienta con sueldo de 180 pesetas anuales que dice trabajar en La Deliciosa.
principal	10 pesetas	Los hermanos Ventura y Emilio Ares, de 20 y 18 años; el mayor trabaja en La Deliciosa , por lo que cobra 3 pesetas al día.
principal	15 pesetas	Juan Ares, hermano de los habitantes del piso contiguo; tiene 30 años, es albañil y trabaja en La Deliciosa por 3 pesetas diarias. Está casado con Guadalupe Pérez de 29 años y tienen un hijo de 6 años y una hija de 4 años.
principal	15 pesetas	José Nadal, de 53 años zapatero, su mujer de 40 años, su suegra y una hija de 8 años.
principal	15 pesetas	Vicente Blázquez, jornalero cervecero de la Deliciosa de 75 pesetas mensuales y su mujer.
segundo izquierda	15 pesetas	Román Hernández, de 21 años, jornalero de la Deliciosa por un salario de 2 ptas diarias; su mujer de 20 años y una hija de 2 años.
segundo interior	15 pesetas	Toribio García Benito, de 36 años jornalero que cobra 2 pesetas al día, su mujer Bernabea Hernández, de 30 años y hermana del cabeza de familia del piso contiguo; con ellos residen otros dos cuñados: Dionisio y Pedro Hernández, también jornalero.
segundo interior	15 pesetas	José López, de 28 años y trabajador como dependiente en La deliciosa , por lo que cobra 90 pesetas mensuales; con él su mujer Paula Ibarra, de 22 años.

en la fábrica, a los que por contrato aparte de suministrarles un sueldo les debía proporcionar un alojamiento, que además a lo que podemos comprobar era bajo para 1880: no superaban las 15 pesetas cuando el precio medio en esa misma calle era de casi 27 pesetas. Obviamente no se trataba

tan sólo de apego del industrial hacia la plantilla de su empresa ni de bondad de un burgués preocupado por las condiciones de vida de los trabajadores; Joaquín

Castellá de esta manera combinaba muy beneficiosamente dos negocios que le podían ser muy lucrativos: por un lado se creaba una mano de obra fiel que al tiempo que eran sus trabajadores eran sus inquilinos y vecinos, y por el otro realizaba una promoción inmobiliaria en la que estaba seguro que no le faltaría nunca el pago de un alquiler. Creaba así el típico círculo paternalista, que como parece sugerirnos la *Gaceta Industrial* por esos años, iba aún más allá:

“Los operarios de “La Deliciosa” tienen empleos casi inamovibles y están satisfechos, porque están bien renumerados. Viven la mayor parte de ellos con sus familias en la misma fábrica, habiendo algunos que hace un cuarto de siglo que ocupan su puesto. Aquellas familias gozan de la ventaja de una caja de ahorros que instituyó el señor Castellá, exclusivamente para ellas, donde mensualmente deposita cada una sus ahorros, lo que les permite acumular paulatinamente un capital que devenga un 6 por 100 de interés anual. Con este sistema altamente moralizador, que quisiéramos ver imitado en todos los centros fabriles porque tiende al mejoramiento de la clase obrera, ha logrado el señor Castellá despertar tan vivamente entre sus operarios el amor al trabajo y a la economía que algunos de ellos, sin más sueldo que el correspondiente a un mero oficial, acreditan más de 40.000 reales en dicha caja”¹⁵⁰

El sistema de Castellá era altamente moralizador pero también altamente rentable para este empresario: era difícil sacarle más partido al sueldo de sus empleados, primero recuperando una parte de él a través de los alquileres que les cobraba, después consiguiendo que fueran inversores con la parte que ahorraban en un sistema financiero del que él mismo era el propietario.

No obstante el comportamiento de Castellá no debe ser interpretado únicamente como una estrategia destinada a obtener el máximo beneficio de sus obreros; alquilando esas mismas habitaciones a otras personas y tal y como estaba el mercado de viviendas en Madrid, seguramente podría haber obtenido aún más dinero. Existían otros objetivos en este negocio plural del industrial catalán y entre los que estaba la protección de una mano de obra cualificada que, aunque pueda ser contradictorio, en el Madrid al que acudían constantes riadas de inmigrantes, era escasa. Bahamonde, en su estudio del mercado de mano de obra madrileña en la segunda mitad del XIX ha señalado

¹⁵⁰ *La Gaceta Industrial*, 1886, pp. 11-13, citado en BAHAMONDE, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, 15, 1980, pág. 151.

como mientras los jornaleros subsistían en una continua alternancia entre el paro y el subempleo, en el Diario Oficial de Avisos de Madrid, se sucedían los anuncios de industriales reclamando a trabajadores cualificados para sus empresas¹⁵¹. Era el efecto paradójico de un crecimiento urbano que se asentaba sobre un fuerte desajuste entre desarrollo económico y afluencia migratoria: Madrid, una ciudad de débil industrialización, o más bien anecdótica, no atraía a la población susceptible de trabajar en fábricas; los jornaleros que acudían a la ciudad venían en busca de trabajos fáciles, en las obras públicas, en los desmontes de nuevos terrenos, en el Ferrocarril. Las fábricas que existían, modestas y poco mecanizadas no les ofrecía ninguna posibilidad de trabajo. La escasez de esa mano de obra cualificada la encareció, hizo de ella una suerte de aristocracia del trabajo (aunque sin exagerar los términos), convirtiendo a los primeros obreros fabriles madrileños como los de la Deliciosa en algo muy parecido a los artesanos de otros tiempos. A poco que nos fijemos en los residentes del edificio que había construido Castellá para sus trabajadores encontraremos como había familias en que varios miembros trabajaban en *La Deliciosa*, hermanos que viven en pisos contiguos, cuñados o padres e hijos que residen en la misma habitación. Eso nos hace sospechar que a la estabilidad laboral de estos empleos que menciona la *Gaceta Industrial*, se le unía una circulación familiar de las ofertas de trabajo, parecida a la misma que se daba en el mundo de los oficios y que apunta hacia la existencia de mercados internos de promoción en la fábrica de gaseosas.

La Deliciosa, por tanto, se asentaba sobre una red de familias que se vinculaban entre sí en la convivencia en un mismo espacio: el edificio del nº 7 de la calle Santa Engracia, en el que estaba presente desde el empresario dueño de la fábrica hasta su más humilde asalariado que cobraba dos pesetas al día. Una red que les integraba guardando la jerarquía pero, que al fin y al cabo, suponía un acercamiento entre patrón y trabajador en un Madrid en que existían intensos condicionantes que separaban a unos grupos sociales de otros. El mapa social de Madrid se convertía así en un claro exponente de las relaciones entre grupos sociales que había configurado su peculiar condición

¹⁵¹ *Ibid.* Pág. 146 y ss.

de ciudad en crecimiento sin desarrollo industrial: mientras las clases propietarias, una elite formada por rentistas, grandes comerciantes y burgueses ennoblecidos venidos de la provincia al calor de la capitalidad en el naciente Estado liberal, mientras esta pequeña cúpula se distanciaba del resto de los estratos sociales asentándose en un espacio urbano propio, el burgués industrial emprendedor, por otra parte escaso en la ciudad seguía en estrecha convivencia con sus trabajadores. Trabajadores fabriles que tampoco eran la nota predominante de las clases populares madrileñas de las que representaban una minoría frente a la cada vez más fuerte proporción de jornaleros. El jornalero, estrato inferior de la sociedad si compartía espacios y relaciones con el cada vez más deteriorado mundo de los oficios y ese gris e indefinido conjunto de trabajadores que se calificaba como empleados. Jornaleros, artesanos, pequeños y medianos comerciantes, modestos empleados configuraban el heterogéneo pueblo madrileño, que se organizaba en los mismos barrios, cada uno según sus necesidades y posibilidades económicas en ese escalonado entramado de calles y precios de alquiler que era el Ensanche Norte.

VI,. LA FAMILIA EN LA NUEVA CIUDAD DEL XIX

“Censura la Iglesia el gran número de uniones ilegales que se realizan entre las clases obreras de Madrid, y presenta este dato como la prueba de inmoralidad y de carencia de sentimientos religiosos, pero no cuenta el cúmulo de obstáculos interesados que opone a la celebración de los matrimonios entre pobres, que llegan a imposibilitarlos casi siempre: por consiguiente, si resulta inmoralidad de dichas uniones, la Iglesia es la responsable en primer término, porque la mujer española, y sobre todo la obrera, tiene repugnancia instintiva al concubinato, y sólo lo acepta cuando se ve compelida a ello por la situación misma en que se halla”

José García y García, *Las causas del escepticismo religioso en la clase obrera*, Memoria presentada a la Comisión de Reformas Sociales, leída el 10 de Abril de 1885¹⁵².

Cuando los higienistas de la segunda mitad del XIX se preocupaban del desigual desarrollo que estaban experimentando los distintos barrios de Madrid en su crecimiento y denunciaban las graves deficiencias que presentaba la vivienda de la que disponían las clases populares, no solían olvidarse de señalar las amenazas que para el buen mantenimiento de las costumbres suponían el hacinamiento y la vida desordenada en las casas de vecindad. Casa de corredor, barriada obrera, barrios bajos eran identificados con vida licenciosa, ausencia de familia y corrupción moral. Lo hemos visto en el discurso de un Méndez Álvaro que temía la pérdida de la beneficiosa influencia del contacto entre clases sociales que se producía en las *casas mixtas* y que consideraba el barrio obrero segregado del resto de la sociedad como un foco de perdición para sus habitantes. Para el Ensanche Norte conocemos las denuncias que hacía su Ermitaño de las habitaciones deterioradas que subsistían en el barrio y que atraían a gentes de mal vivir y costumbres dudosas. Esta imagen de la vida familiar de las clases populares y de los barrios obreros redundaba en el fondo en esa representación dicotómica de la ciudad que oponía barrios altos y barrios bajos, que establecía el contraste entre las costumbres populares y el comportamiento de una emergente clase jornalera y las de una vida burguesa que encontraba en la familia y la domesticidad uno de sus signos de identidad¹⁵³.

¹⁵² CASTILLO, Santiago (pr.): *REFORMAS SOCIALES. Información oral y escrita. 1889-1893*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, vol. II, pág. 433

¹⁵³El origen del discurso burgués acerca de la familia y sus contenidos en PERROT, Michelle (coord.): *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Tomo IV de *La historia de la vida privada de Phulippe Ariès y Georges Duby* Taurus, Madrid, 2001, pág. 119 y ss.

De igual manera que las capas burguesas van a crearse, en su ascenso y consolidación social, un espacio urbano a su medida en el que residir y confluir con la elite aristocrática a la que pretenden asimilarse, también van a generar un discurso acerca de la familia que acabaran elevando a la categoría de modelo ideal y de norma de comportamiento. Este modelo de familia, sancionado por las leyes y el Código Civil en la Restauración, como ha descrito Pilar Muñoz López, funda sus principios en *“la moralidad católica, [la] supremacía de la voluntad privada y [los] vínculos familiares fuertes y tradicionales, centrados cada vez más en una familia reducida (el matrimonio y sus hijos) y progresivamente distanciada de la parentela colateral.”*¹⁵⁴ El hogar nuclear será la forma de convivencia más querida por las clases burguesas emergentes; frente a un mundo preindustrial en el que en la casa confluían el centro de trabajo, el lugar de residencia y el espacio de sociabilidad, el hogar burgués será cada vez más el reducto de la intimidad familiar, un espacio reservado para el matrimonio y los hijos¹⁵⁵. En ello influye poderosamente esa progresiva disociación entre hogar y trabajo que supone una de las transformaciones fundamentales en el despegue de la economía capitalista e industrial y las transformaciones socioculturales que la acompañaron; una disociación que será transmitida al matrimonio, atribuyendo a marido y esposa, al hombre y a la mujer un papel diferenciado en la familia: el marido vinculado a la producción económica y a la obtención de bienes por el trabajo, la mujer confinada a la reproducción social y material de la familia, al cuidado de los hijos en el hogar¹⁵⁶.

Si este discurso puede estar ya presente en su forma más depurada en los años iniciales de la Restauración, no significa que tales pautas de

¹⁵⁴ MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons Estudios – Ediciones de la U.A.M., Madrid, 2001, pág. 42.

¹⁵⁵ GÓMEZ FERRER, Guadalupe: “La vida privada” en *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la Economía y las formas de vida*. Tomo XXXIII dirigido por Antonio Fernández García de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, Espasa, Madrid, 1997, pp. 635-659.

¹⁵⁶ Esta separación en esferas de actuación, masculina y femenina, que cristalizaría en la imagen de la mujer como “ángel del hogar” y que sería fomentada en la época desde la educación más elemental, ha sido descrita por Guadalupe GÓMEZ-FERRER: “Las limitaciones del liberalismo en España: *El Ángel del hogar*” en Pablo FERNÁNDEZ ALVADALEJO y Margarita ORTEGA LÓPEZ (eds.): *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Vol. 3: *Política y Cultura* Alianza Editorial – Ediciones de la U.A.M., Madrid, 1995 pp 515-532.

comportamiento se hallan llevado a la práctica de forma generalizada ni que supongan una forma de actuación común entre ciertos estratos sociales. Y menos en una ciudad como Madrid, en la que, ya se ha señalado, la impronta la marca el mundo de los oficios y no la industrialización, el taller de artesano y el pequeño comercio y no la concentración fabril. Una buena parte de las clases populares, siguen inmersas en ese mundo de organización familiar del trabajo, en que todos los miembros de la familia participan en el negocio; en el que aprendices, criados e hijos se siguen mezclando en un espacio continuo entre residencia y centro de trabajo y comercio. Como hemos visto al estudiar los escasos ejemplos de industria presentes en el Ensanche Norte, ni tan siquiera el burgués emprendedor e industrial dueño de una fábrica, extranjero en muchas de las ocasiones, responde a ese patrón de separación entre trabajo y hogar: el empresario, como el artesano, vive cerca de su taller, sino en él, muchas veces en una casa contigua a la de sus operarios.

La separación entre trabajo y domicilio, en cambio, sí está presente en esa pequeña fracción social de propietarios y rentistas, grandes capitalistas del país que acuden a residir en Madrid. Igualmente la comienzan a cumplir las capas medias madrileñas compuestas por profesionales liberales, empleados de diversos rangos y trabajadores del sector terciario; sin embargo la exclusividad del trabajo del cabeza de familia, será una realidad que dependerá en gran medida de su salario: el trabajo de sus hijos, el de sus mujeres puede ser necesario en muchas ocasiones. Por otro lado, para los estratos medios y superiores, cabe dudar de una verdadera asunción del ideal burgués del hogar como espacio de intimidad. En una ciudad en que el servicio doméstico seguía siendo uno de los principales sectores de empleo, gran parte de la burguesía y de las capas medias, seguía abrazando un ideal de hogar y de familia más propio de la ética nobiliaria, en que el criado, la sirvienta, eran un elemento de ostentación y de representación social. El hogar, más o menos extendido, se mantenía.

En el caso de los jornaleros, sí puede darse la separación radical entre hogar y trabajo, pero no cumplen desde luego de manera estricta esa separación del matrimonio en dos esferas, laboral masculina y doméstica

femenina: la mujer del jornalero, trabaja, ya como costurera, ya como lavandera, de asistenta o como operaria de una fábrica, muchas de las veces de una manera independiente de su marido. Es quizá esto, el trabajo femenino fuera del hogar y al margen de la familia, cuando se producía, uno de los aspectos que levantaba la alarma social respecto al comportamiento de la familia de los obreros, no sólo entre los burgueses, sino entre los mismos trabajadores.¹⁵⁷ Especialmente cuando se trataba de mujeres solteras y jóvenes (por otro lado las que tenían más posibilidades de hacerlo, pues las casadas debían compatibilizar su papel de madre) y que acabarían consolidando el estereotipo de la modistilla de vida licenciosa, candidata al concubinato al margen de la Iglesia. Pero las críticas a los comportamientos de la familia obrera o jornalera no se quedaban ahí: la habitual necesidad que les llevaba a compartir su vivienda con otras familias, la necesidad de acoger a otros miembros de la parentela, la frecuencia con que no regularizaban cristiana o civilmente los matrimonios y, sobre todo, el empleo de los hijos en el trabajo infantil, eran tantos otros puntos para subrayar el envilecimiento de la familia obrera. De hecho como ha señalado Borrás Llop a propósito del trabajo infantil, es común a toda Europa la existencia de un estereotipo negativo de la familia obrera en el proceso de industrialización y cambio social, *“que era vista simplemente como lugar de negación de las virtudes atribuidas al hogar de clase media, en ejercicio pleno de la maternidad, la paternidad y el amor filial, además de la vida morigerada en todos los sentidos”*.¹⁵⁸

Muchos de estos vicios atribuidos al comportamiento familiar, como veremos, eran respuestas a situaciones económicas concretas y no realmente la expresión de la ausencia de un cariño paterno filial (para el caso del trabajo

¹⁵⁷ Así John Rule, en el apartado de su obra acerca de “El trabajo de las mujeres fuera del hogar”, advirtiendo del poco peso que supuso en realidad el trabajo femenino asalariado en la puesta en marcha del sistema fabril en Inglaterra, señala cómo era en realidad la crítica del trabajo de las mujeres no era tanto por su incorporación al mundo laboral en el que ya estaban integradas como miembros de familias de artesanas, costureras a domicilio, o realizando el indispensable trabajo de casa, sino por su “visibilidad” y su carácter externo: el trabajo en la fábrica tenía por consecuencia una pérdida de habilidades en el cuidado del hogar y en la crianza de los hijos, al tiempo que las excluía del control familiar. V. RULE, John: *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*. Crítica, Barcelona, 1990, pp.258-270.

¹⁵⁸ BORRÁS LLOP, J.M.: “Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil” en *Historia de la infancia en la España Contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1996, pág. 247.

infantil), sentimiento que hubiera sido exclusivo de la burguesía¹⁵⁹; de igual manera que muchas veces, como se justificaron los obreros y aquellos que, como José García y García ante la Comisión de Reformas Sociales (ver cita inicial), asumieron su defensa, el concubinato y el amancebamiento no eran tanto muestras de una vida desarreglada como de la incapacidad económica para acceder al matrimonio.

En gran medida cada una de los grupos sociales que hemos esbozado, ofrecía un comportamiento familiar singular que tenía su razón de ser en su posición dentro de la estructura socioeconómica del Madrid finisecular. Sin negar las mediaciones culturales y las influencias que desde el plano de las mentalidades pudieran contribuir a la conformación de los distintos modelos de comportamiento familiar en la sociedad del Madrid del XIX, este capítulo se va a adentrar en el estudio de la familia por la vía que los recientes estudios acerca de estrategias familiares y economías domésticas han abierto¹⁶⁰. Con ello se trata de resaltar el papel mediador que cumplió la familia en el proceso de transformación que experimentó Madrid en la segunda mitad del novecientos. Ya se ha subrayado en un capítulo anterior la importancia del papel que jugaba la familia en los movimientos migratorios, que rara vez se realizaban en solitario y muy frecuentemente en familia; por otro lado la producción historiográfica nos ha ofrecido ya abundantes análisis del funcionamiento de economías domésticas agrarias, que han puesto de relieve la importancia de la elaboración de estrategias económicas en el seno de las familias para asegurar la reproducción patrimonial de los grupos familiares campesinos¹⁶¹. Sin embargo rara vez tales análisis se han llevado a los contextos urbanos, a pesar de las posibilidades explicativas que pueden ofrecer. Para el caso concreto de Madrid, una ciudad en que se combina

¹⁵⁹ Y en este sentido parecen muy pertinentes las críticas del mismo Borrás Llop a las tesis de Ariès sobre el "sentimiento de la infancia" como un producto surgido de la burguesía: *íbid.* 154

¹⁶⁰ Una bien ponderada introducción metodológica acerca del estudio de estrategias familiares y economías domésticas en la que se rehuye tanto de determinismos economicistas como de los derivados de una idealista historia de las mentalidades, en MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 2002

¹⁶¹ Un amplio repertorio de estas estrategias y prácticas en el capítulo "Economías familiares" REHER: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 291-323.

paradójicamente una afluencia constante de la inmigración y una carencia crónica de trabajo, puede ayudarnos a explicar la forma en que se organizó la supervivencia de estos grupos familiares que se dirigían a una *ciudad de las oportunidades* y que acababan muy frecuentemente enrolados en las filas del subempleo y de la mendicidad. Igualmente, un estudio de las estrategias familiares de las clases populares puede ayudarnos a entender el significado de fenómenos como el trabajo infantil y el trabajo de las mujeres fuera del hogar, reconstruyendo el contexto familiar en que se producían. El establecimiento de modelos de comportamiento familiar específicos de cada grupo socioprofesional puede ayudarnos además encontrar diferencias y similitudes entre aquellos grupos en que las fronteras aparecen difuminadas a través de un indicador tan claro del nivel de vida como es el trabajo infantil: ¿en realidad en qué se diferenciaba la vida de aquel que se reconocía como jornalero del que era albañil o pequeño empleado? ¿participaban de esa misma situación de pobreza que obligaba a emplear a sus hijos en el mercado laboral desde la infancia? Adentrándonos en un análisis de estas características podremos ir más allá de la identificación de una estructura de familia predominante, que es cierto que existía, la familia nuclear, pero que a pesar de los discursos que la legitimaban, convivía con otras formas familiares alternativas y que además presentaba distintas características según el grupo social al que nos refiramos. En definitiva, se trata de comprender en qué aspectos la familia y los comportamientos presentaban rasgos comunes al conjunto de la población y en cuáles otros se marcaban las diferencias para completar así un poco más la caracterización del modo de articulación social del Madrid de la segunda mitad del XIX.

VI.1.- Familias nucleares, familias extendidas: los mecanismos de la solidaridad

A partir de los estudios de las estructuras familiares en la España del XIX se ha podido trazar un mapa según el tipo de forma familiar predominante en cada región; así Reher ha considerado que la Península se dividía en dos zonas claramente diferenciadas: la mayor parte se caracterizaría por el dominio de la familia nuclear, mientras que una franja norte (Galicia, País Vasco,

Cataluña y Navarra) ofrecería una mayor presencia de familias complejas y troncales, en virtud de la existencia de reglas peculiares de transmisión hereditaria y de sucesión en la primogenitura de la familia¹⁶². Con todo el valor de síntesis y de generalización que pueda tener esta clasificación geográfica, esto no exime de que, como el mismo Reher reconoce, se den dentro de estas dos grandes áreas familiares, variedades subregionales y de las que las ciudades suelen ser claros ejemplos. La ciudad suele ser un caso duro de encajar en regiones en que existe cierta homogeneidad del funcionamiento familiar;¹⁶³ Madrid es un buen ejemplo de ello, como ciudad en que se ofrecen altas cotas de complejidad en medio de una Castilla en que el sistema de herencia tradicional, igualitario y tendente a la fragmentación del patrimonio, hacía predominante la familia nuclear. El problema radica en que la explicación de la implantación de un tipo u otro de familias y el funcionamiento de estas, se ha realizado por lo general en relación a los sistemas hereditarios en las economías agrarias; el mapa regional de estructuras familiares en España es en este sentido deudor de estudios de ámbito rural y no urbano, que se centra en la población propietaria y no en aquella asalariada, carente de tierras o de un patrimonio que transmitir a sus hijos. Este sector de la población, que en las zonas rurales los componen los jornaleros agrarios, los mozos de labranza y el resto de figuras de trabajadores temporales y sin tierra, se suele presentar como un grupo que ofrece una mayor libertad en sus comportamientos nupciales por carecer de los condicionamientos que impone el especular con el reparto de la herencia familiar, la negociación con la familia del cónyuge acerca de los bienes aportados al matrimonio (dote de la esposa, tierras aportadas por el esposo...); pequeño grupo, que además puede ser flotante dentro de la población de la comunidad rural y que no afectan en realidad a la caracterización de la estructura familiar del conjunto.

¹⁶² REHER: *La familia en España...* pág. 33 y ss.

¹⁶³ Así, por ejemplo las ciudades de Bilbao y Pamplona en el XIX se ofrecen como zonas de una menor complejidad familiar y de mayor presencia de familias nucleares dentro de regiones como la vasca y la navarra en que la fuerza de la familia troncal en el mundo rural es un hecho constatado. Como han explicado González Portilla y Mendiola respectivamente, estas ciudades cumplen un papel fundamental en el funcionamiento de una sociedad organizada familiarmente en formas troncales y de transmisión hereditaria basada en el heredero único y primogénito: las ciudades en estas áreas se constituirían en zona de recepción de los segundones, de los "hijos

Ahora bien, si este sector de la población desheredada, ese conjunto de población no propietaria, puede representar una porción marginal en el mundo rural, no lo es en el Madrid del XIX, en el que la población jornalera e inmigrante crece espectacularmente a partir de 1850; de hecho Madrid se convierte en el foco receptor de los *sin tierra*, de la población expulsada de un mundo rural que es incapaz de mantenerlos económicamente. Por lo tanto, y a medida que se profundice en el fenómeno de jornalización de las clases populares madrileñas, que los jornaleros vayan superando en los registros de población a los artesanos y a los pequeños comerciantes (que aunque reducido, por lo menos poseen un patrimonio que legar), las leyes sucesorias, el reparto de la herencia será un condicionante cada vez menos determinante en la explicación de las pautas de formación del hogar y de la coresidencia. Esto no significa, por el contrario, que en Madrid encontremos una población con menos limitaciones para formar sus familias. Es verdad que el jornalero y el trabajador obrero, con su llegada a la ciudad, va a perder ciertas presiones a la hora de contraer matrimonio, porque no tiene patrimonio y también porque la ciudad, frente a una comunidad rural en que el control del comportamiento de sus miembros puede ser más fuerte, se alza como un espacio de libertad: el concubinato, la unión premarital y la elección conyugal encuentran menos trabas. Pero este entorno urbano que parece abrir ciertos campos de libertad al comportamiento familiar alza barreras en otros puntos, la más poderosa de ellas, el precio de los alquileres y la carestía de las viviendas. Si el funcionamiento de la familia nuclear en Castilla es consustancial, como ha señalado Reher, a pautas de neolocalidad de los recién casados¹⁶⁴, si lo frecuente era hacer justicia al refrán de *el casado, casa quiere* y que los jóvenes matrimonios se instalaran por su cuenta y en casa independiente de la de sus progenitores una vez contraídas nupcias, en la ciudad esta aspiración va a encontrar serias limitaciones. Los altos alquileres muchas veces van a hacer imposible que los nuevos matrimonios se instalen de forma independiente y tengan que buscar formas alternativas de organizar su hogar.

desheredados" que tenderían a una organización familiar nuclear (pues en ella no influyen ya las preocupaciones patrimoniales que empujan a privilegiar un único heredero).

¹⁶⁴ REHER: *La familia en España...* pág. 69.

Una limitación que no sólo influye en las clases más desfavorecidas, sino que se va hacer extensiva a una importante parte de las capas sociales.

El análisis de las estructuras familiares en el Madrid de la segunda mitad del XIX debe por tanto situarse en este particular contexto urbano en el que se ha producido una cierta liberación de las presiones de la comunidad y de los problemas derivados de un mercado matrimonial mediatizado por la circulación de tierras y heredades, pero en el que surgen nuevos condicionantes económicos relacionados con la capacidad de las familias para afrontar el presupuesto de gasto mínimo y necesario, en el que el alquiler de la vivienda supone una partida especialmente cara.

Como se observa en la tabla 39, lo primero que destaca en la población del Ensanche Norte, es esa integración familiar intensa a la que ya se ha hecho referencia cuando nos ocupamos de la evolución demográfica. Los hogares de personas que vivían solas o que lo hacían con extraños, con personas con las que no compartían ningún lazo de parentesco, sino simplemente el pago del alquiler, representaron una proporción escasa del total de los hogares, que además, con la intensificación del proceso de urbanización, tendieron a reducirse. La nota predominante fue, por lo tanto, que en cada vivienda hubiera al menos una familia; los barrios nuevos, alimentados de jornaleros e inmigrantes, no se tradujeron en una población especialmente desarraigada.

Tabla 39: estructuras familiares en el Ensanche Norte 1860-1880 ¹⁶⁵				
	estructuras familiares en 1860		Estructuras familiares en 1880	
tipo de familia	Número de familias / %		Número de familias / %	
solitario	57	4,99	228	4,34
familiares sin núcleo	28	2,45	142	2,71
pareja	178	15,59	805	15,34
viudo hijos	17	1,49	56	1,07
viuda hijos	52	4,55	268	5,11
nucleares	462	40,46	1901	36,22
total nucleares	709	62,08	3030	57,73
Extensas	115	10,07	728	13,87
Pseudoextensas	93	8,14	322	6,13
mult. Colateral	14	1,23	85	1,62
mult. Troncal	24	2,10	105	2,00
mult. Realquilados	53	4,64	430	8,19
total múltiples	91	7,97	620	11,81
total complejas	299	26,18	1670	31,82
realquilados sin núcleos	39	3,42	138	2,63
Dudosos	10	0,88	41	0,78
tamaño de la muestra	1142		5249	100,00

De hecho, parece al contrario, que el proceso de crecimiento y de transformación urbana y social de la ciudad hubiera tenido por consecuencia el refuerzo de los lazos familiares, más allá incluso de las relaciones establecidas dentro del núcleo formado por padre, madre e hijos. Si bien la familia nuclear es la forma más habitual de organización del hogar, junto a ella aparecen

¹⁶⁵ Para la clasificación de estructuras familiares en buena medida se ha seguido el modelo que en su día propusiera Laslett y que ha sido ampliamente utilizado por los historiadores de la familia a partir de entonces; en el caso de España en buena medida siguiendo la estela de los trabajos de David Sven Reher. Sin embargo se ha creído conveniente introducir determinadas modificaciones ya que el modelo clásico, generalmente aplicado a poblaciones pequeñas, muchas veces de carácter netamente rural o agrario, se muestra incapaz de reflejar un fenómeno de naturaleza urbana: la presencia de realquilados, la convivencia de las familias en la ciudad junto a extraños al ámbito familiar con los que se decide compartir el alquiler. Para solucionarlo, junto a la tipología clásica de estructuras familiares, se han introducido tres nuevas clasificaciones: **realquilados sin núcleo familiar**, que reúne a aquellos que comparten hogar sin que medie relación familiar de por medio; **familias pseudoextensas**, en las que se recoge aquellas familias nucleares que se ven obligadas a extender el tamaño de su hogar como miembros con los que no mantiene vínculo familiar alguno; **múltiples realquilados**, en la que se consignan aquellos hogares con varios núcleos familiares sin parentesco entre ellos (a diferencia de las múltiples troncales y las múltiples colaterales). En esta clasificación, los criados no afectan en la adscripción de una familia en una tipología u otra (se suele considerar extensa aquella familia en que hay criados) de tal manera que se ha considerado que un matrimonio como, por ejemplo, los Marqueses de Bédmar, que vivían solos junto a sus 10 criados, había que ubicarlos dentro de las parejas. De haber introducido todas las familias con servicio doméstico en los hogares extensos, el peso de estos podría ser aún mayor de lo que aparece en la tabla.

representadas con fuerza las distintas formas de familias complejas, especialmente las formas de familia extensa.

La familia extensa, aquella en la que aparte del núcleo de padres e hijos reside algún otro familiar, no es en realidad una forma incompatible con un modelo de familia nuclear predominante, sino que puede ser su complemento. La acogida de familiares, de un hermano soltero, de la madre viuda, de un sobrino que acudía a la ciudad era una práctica habitual en todas las clases sociales y responde a los mecanismos de solidaridad que operan entre familias nucleares que tiene lazos de parentesco en común¹⁶⁶. La ayuda entre familias cercanas en los momentos de necesidad es una constante del funcionamiento de la familia nuclear y que se manifiesta con especial intensidad en el momento de disolución de las familias con la acogida de los padres y sobre todo de las madres viudas. La vejez en la sociedad de finales del XIX solía ser una etapa marcada por la inseguridad y por la progresiva pérdida de independencia económica; si era difícil ajustar el presupuesto familiar normalmente, más lo era cuando los hijos se habían ido de casa y, sobre todo, cuando se enviudaba, momento en que era prácticamente imposible mantenerse a la cabeza de una casa.

De los 205 habitantes de Chamberí en 1880 que habían superado los 70 años, tan sólo 70 estaban al frente de su hogar o eran esposas de un cabeza de familia. A esa edad lo normal era haber enviudado (sólo hay cinco mujeres de más de 70 años que conserven a su marido) y con ello se hacía necesario buscar la residencia en otro lugar. Lo más frecuente era acudir a casa de algún hijo o hija casada y residir con ellos: es el caso de Isabel Correa, viuda de 75

¹⁶⁶ Aquí se sigue a Reher en su consideración de que la solidaridad entre miembros de un parentesco más o menos extenso para la elaboración de estrategias de supervivencia coyunturales era una de las características inherentes al funcionamiento de la familia nuclear, frente a una familia troncal, vinculada a un sistema hereditario rígido en que se aseguraba el mantenimiento de la unidad familiar y de patrimonio con los miembros que permanecían en el hogar, ya por pertenecer a generaciones pasadas, ya por quedar condenados al celibato en beneficio de la herencia única del primogénito. Obviamente, para una población jornalera, carente de toda propiedad, ni tan siquiera la constituida por el conjunto de saberes y herramientas que implica el desempeño de un oficio cualificado como el de los artesanos, la existencia de pautas de actuación familiares troncales, puede ser descartada. REHER, David S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Editorial, Madrid, 1996, pág. 69 y ss.

Tabla 40: Los ancianos de 1880: forma de inserción familiar			
Residentes con familiares		Residentes en familias ajenas	
cabezas de familia	65	Realquilados	22
Esposas	5	Internos en el Asilo de las Hermanitas de los pobres	
Madres	21	Internas	24
Padres	14	Internos	13
suegras	19	Criadas	1
Suegros	6	Dudosos	4
Tíos	2		
Hermanos	1		
Cuñadas	1		
Familiares sin especificar	2	Total	205

años que residía en casa de su hija, Ramona Lombarda, en la portería de un lujoso edificio de viviendas en la Ronda de Recoletos, 21. Además de su hija estaba también su yerno, Bautista González, jornalero de 45 años y dos nietas, Concepción de 17 años y Francisca de 10. El hecho de acoger y mantener a la abuela era para los González Lombarda más soportable que en otros casos, pues el hecho de encargarse de la portería, les eximía de pagar alquiler y les proporcionaba una estabilidad no muy frecuente en las familias jornaleras. Pero a veces las desgracias se podían unir y encontramos casos en que la asunción del mantenimiento de los ancianos de la familia podía acarrear problemas de subsistencia. Mercedes López Cabrera que vivía en una modesta buhardilla de 11,25 pesetas de alquiler, en la calle Arango, en una de las viviendas más antiguas del arrabal, así nos lo expresa. De mediana edad (no la indica), era viuda y no le había quedado ningún hijo, para subsistir se empleaba como costurera pero además se había tenido que hacer cargo de su madre, Mercedes Cabrera Orte que también era viuda, contaba ya 86 años y como nos dice la hija al rellenar el padrón, estaba “imposibilitada” por lo que “reclama asistencia”. Otras veces el destino de los viudos era bien distinto; carecían de familia que les acogiera y acudiera en su ayuda y debían de emprender el camino del asilo, es el caso de las 24 mujeres y de los 13 hombres que residían en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres de la calle Santa Engracia y que representan una parte importante de la población anciana del distrito de Chamberí¹⁶⁷.

¹⁶⁷ Conviene tomar este dato con todas las precauciones que siempre exige la inclusión de población institucional; el asilo de las Hermanitas de los Pobres seguro que no absorbía el conjunto de la población enferma y anciana de Chamberí y que había muchos que dirigían sus

Otro de los casos paradigmáticos de acogida de familiares en la familia era el de los sobrinos, que aparecen de forma numerosa entre las familias extensas (hay 343 personas en el Ensanche de las 2.177 personas que se inscriben como familiares del cabeza de familia). La llegada del sobrino a la capital, a casa de sus tíos que llevaban un tiempo ya establecidos era una de las formas diversas en que se realizaba esa inmigración en familia que alimentó el crecimiento demográfico de la ciudad. La presencia de un familiar en la ciudad podía ofrecer una garantía frente a lo desconocido, un primer contacto en la llegada del inmigrante, tanto para jornaleros, de los que ya se han descrito casos de redes de inmigración, como para otros estratos sociales.

Por ejemplo Adriano Hernández Alonso, de 24 años y su hermana Fidela, de 19, los dos nacidos en Zamora, los hallamos viviendo en casa de sus tíos, en la calle Arango 1, duplicado piso principal. Adriano ha venido a estudiar Farmacia a Madrid y encuentra acomodo en la casa de la hermana de su madre, Petra Alonso, que había hecho el mismo trayecto de Madrid a Zamora hacía ya 20 años y se había casado con Vicente Domingo Santamaría, que era propietario de una fundición tipográfica. Con la llegada de los dos sobrinos zamoranos el hogar aumentaba hasta cinco miembros (pues había que sumar también la presencia de una joven criada de 19 años).

No siempre el gesto de acoger a los sobrinos era un acto completamente desinteresado; en ocasiones a la necesidad de los sobrinos se unía la de los tíos y la coresidencia se convertía en una solución satisfactoria para ambos. O también podía ser una estrategia propia dentro de un negocio familiar en que participaban varios núcleos familiares, una necesaria experiencia que formaba parte del aprendizaje del negocio. En el Paseo de la Habana nº 8 existía una tienda de cuyo género de venta no se nos informa, pero cuyo volumen de negocio no debería ser despreciable (pues se pagaba 650 pesetas de contribución anual); el que figuraba como cabeza de familia, José Álvarez Amor

pasos hacia otros centros de beneficencia cercanos, como el de San Bernardino, de mayores dimensiones.

era un asturiano nacido en Piantor de 46 años, llegado hacía 24 a Madrid y de profesión comerciante. Estaba casado con Teresa Menárguez, alicantina de 51 años y que también se declaraba como comerciante. No tenían hijos, si los habían tenido al menos no vivían con ellos, pero sí en cambio un gran número de familiares que residían en la casa y que poco a poco habían venido desde el pueblo del que era originario el cabeza de familia. Primero vino la hermana, Josefa Álvarez Amor, que contaba entonces con 35 años y que llegó en 1868, cuando tenía 23; era soltera y se declaraba dedicada a sus labores. Al tiempo vino José María Álvarez González, un sobrino, hijo de un segundo hermano y que entonces tenía 23 años y se empleaba como dependiente en el negocio familiar. En 1875 llegaron a Madrid otros dos sobrinos más procedentes de Piantor, Oviedo y que además eran hijos de otro hermano diferente del cabeza de familia: Dolores Álvarez Marín, que en 1880 tenía 17 años y Eliseo Álvarez Marín, que a sus 15 años era también dependiente en el negocio familiar. La familia la completaba Zacarías Rodríguez, otro dependiente de comercio, este no perteneciente al grupo de parentesco. Puede que el hecho de traer a sus sobrinos asturianos a la tienda de Madrid fuera una forma que encontró José Álvarez Amor de suplir la ausencia de hijos en su matrimonio que se encargaran del negocio familiar; puede también que fuera una forma de aprendizaje por la que pasaran sus familiares, una manera de adquirir experiencia como comerciantes para que pudieran desenvolverse al frente de otros establecimientos que poseyera el clan: carecemos de los datos para aclararlo¹⁶⁸. Lo que sí demuestra es una forma más en que la familia nuclear podía flexibilizarse cuando las necesidades o los deseos de sus miembros lo exigían. Tanto la acogida de padres viudos, como la de sobrinos que llegan a la capital ya para trabajar ya para estudiar, podían repercutir en una extensión de la familia nuclear original. En realidad la familia nuclear, a pesar de su aparente predominio, no debe ser observada pues como una forma de organización rígida, sólo sometida al cambio que el progresivo nacimiento de los hijos

¹⁶⁸ Esa práctica, la del aprendizaje en la tienda de los tíos como dependiente para luego trabajar por cuenta propia en una tienda propia, sería el que por ejemplo realizó Francisco de Rivas y Urbieto, en su juventud y que ha sido descrita por BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Urbieto, marqués de Mudela. 1834-1882. en en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.*" Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, 523-594

primero y su independencia del hogar de sus padres después, va aumentando y disminuyendo con el tiempo. La familia nuclear, independientemente de los estratos sociales a los que nos refiramos ofrece la capacidad de metamorfosearse coyunturalmente para responder a las necesidades que se le presentaban (como en el caso de los hijos que acogen a su madre viuda) o para afrontar los objetivos a los que como grupo aspiran (conseguir que un sobrino se licencie como farmacéutico).

No obstante, esta flexibilidad de la familia nuclear que se manifiesta de una forma universal, no siempre adquiriría las mismas formas. Existen profundas diferencias sociales en la forma de actuación familiar urbana y en la que juega un papel fundamental los condicionamientos y presiones que cada grupo social experimentaba a la hora de formar sus hogares.

La más importante de ellas en la ciudad era la que imponía los recursos de los que disponía el cabeza de familia para pagar un alquiler: a pesar de una oferta variada de alquileres que se identificaba con una variada calidad de las viviendas y en la que influía, como ha quedado comprobado, la zona en que se encontrara el edificio, no siempre era posible para una familia acceder a una vivienda propia con el sólo sueldo del cabeza de familia: se hacía necesario entonces romper esa división sexual del trabajo que proclamaba el ideal burgués de familia incorporando a mujer e hijos al mercado laboral y si esto no bastaba había que ir un poco más allá y forzar la estructura familiar ideal incluyendo realquilados e inquilinos en el hogar, en una forma de familia extensa característica de las nuevas aglomeraciones urbanas: la vivienda compartida.

Tabla 41: tipologías familiares según la pertenencia socioprofesional del cabeza de familia			
estructuras familiares según la forma de participación de los miembros en 1880			
propietarios	132 familias	empleados	359 familias
Habitantes		Habitantes	
(tamaño medio del hogar)	<u>5,92</u>	(tamaño medio del hogar)	<u>4,59</u>
Cabeza de familia	1,00	Cabeza de familia	1,00
Conyuge	0,67	Cónyuge	0,85
Hijos	1,61	Hijos	1,65
Familiares	0,64	Familiares	0,52
Sirvientes	1,89	Sirvientes	0,30
Realquilados	0,08	Realquilados	0,27
Alquiler medio	118,59 ptas	Alquiler medio	36,76 ptas
Jornaleros	2107 familias	General	
Habitantes		Habitantes	
(tamaño medio del hogar)	<u>4,23</u>	(tamaño medio del hogar)	<u>4,35</u>
Cabeza de familia	1,00	Cabeza de familia	1,00
Cónyuge	0,95	Cónyuge	0,85
Hijos	1,40	Hijos	1,42
Familiares	0,31	Familiares	0,40
Sirvientes	0,00	Sirvientes	0,23
Realquilados	0,57	Realquilados	0,45
Alquiler medio	13,34 ptas	Alquiler medio	30,42 ptas

A continuación se va a proceder a una comparación entre las tipologías de familia de tres de los grupos sociales presentes en el Ensanche Norte: los propietarios, los empleados y de los jornaleros como representantes de las clases altas, capas medias y los estratos populares de la sociedad respectivamente. Tres grupos que, merced a la información que suelen proporcionar en las hojas del padrón acerca de sus recursos económicos (los propietarios a través de la contribución territorial que pagan, los empleados y jornaleros del salario que perciben) permiten establecer ciertas conclusiones acerca de las relaciones que existen entre el nivel de renta del cabeza de familia y su capacidad para formar un hogar a su gusto en una ciudad como Madrid. Para ello nos fijaremos fundamentalmente en tres indicadores. Uno clásico es la presencia de criados y servicio doméstico en los hogares, forma de extensión y ampliación del hogar que en la ciudad se convierte en un signo de ostentación de la situación social y económica y que distingue a aquellas familias desahogadas, capaces de mantener a su propio núcleo familiar y aún extenderlo más allá pagando los salarios de los criados. Diametralmente

opuesto es el significado de la presencia de realquilados en los núcleos familiares que aparecen en aquellas familias incapaces de afrontar el pago de un alquiler por sí sola y en la que la extensión de la familia era ante todo una obligación, una situación a la que se veían forzados. Finalmente se hará hincapié en la diferente presencia de cónyuges en cada tipo de familia. Con ello no se pretende establecer conclusiones acerca de las conductas matrimoniales en cada grupo y de su mayor o menor inclinación hacia la nupcialidad (para lo que los datos que presentamos no tienen ninguna utilidad), sino evaluar en qué medida la capacidad para encabezar y crear de un hogar exigía estar unido en matrimonio, o si por el contrario existía en el Madrid del XIX una cierta libertad para vivir en soltería, si era posible mantenerse como cabeza de familia una vez que se enviudaba. En conclusión, si las formas en que se formaban los hogares eran una cuestión de la aceptación o no de un modelo ideal y moralmente aprobado por la Iglesia de familia o si en realidad se trataba de una cuestión de capacidad económica.

VI.2.- Las familias de los propietarios

Las familias de propietarios se destacan por su mayor tamaño del hogar, que casi alcanza los seis miembros de media; en este tamaño superior de la

Tabla 41-a: Estructuras familiares según la forma de participación de los miembros en 1880	
propietarios	132 familias
Habitantes	5,92
Cabeza de familia	1,00
Cónyuge	0,67
hijos	1,61
familiares	0,64
sirvientes	1,89
realquilados	0,08
alquiler medio	118,59 ptas

familia del propietario influye poderosamente la alta presencia de servicio doméstico que está cercana a alcanzar a la de dos criados por familia y que era una figura presente en la mayoría de ellos. La mayor capacidad económica de los propietarios y la libertad consecuente para organizar sus hogares se manifiesta en otros muchos aspectos que van desde el alquiler significativamente más

elevado que pagan por sus viviendas hasta una presencia ligeramente superior de los familiares en sus hogares. Para las clases superiores la acogida de un familiar rara vez supondría un motivo de preocupación o de estrechez económica y era más una decisión que respondía a razones de tipo afectivo o a la expresión de determinados valores y tradiciones que consideraban propias.

Es el caso, no demasiado frecuente, en que seguía existiendo una vinculación entre la familia y una residencia concreta, en que existía una casa familiar en la que se expresaba el poder y la posición de la familia o que era la causa de los mismos.

Los Stuyck Dulongval representan un claro ejemplo de esa familia ennoblecida y propietaria que permanece varias generaciones en la misma residencia en una forma adaptada de familia troncal de sucesión basada en la primogenitura. Eran descendientes de Jacobo Vandergoten, importante fabricante de tapices holandés al que Felipe V encargó la dirección de la Real Fábrica de Tapices que el monarca creó en Madrid y que vino a instalarse a la capital española en 1733. La dirección de la fábrica se traspasará generación tras generación entre los descendientes de Vandergoten y así encontramos en 1860 al frente de ella a Livinio Stuyck, hijo de un sobrino nieto suyo. Livinio había nacido en 1817 en Madrid y se había casado con Eloísa Dulongval Chirric, gaditana nacida en 1821 con la que por el momento había tenido dos hijos: Gabino, el primogénito, nacido en 1849 y Carlos, de 1854. Livinio Stuyck no dudaba a la hora de inscribirse en el padrón en afirmar el origen de su posición y se declaraba como “director de la Fábrica de Tapices”, pero a estas alturas era algo más que un fabricante manufacturero, tal y como nos lo sugiere las relaciones familiares que había contraído al desposarse con Eloísa Dulongval. Junto a la familia del fabricante tapicero residía parte de su familia política: Juan Poret Dulongval, tío paterno de Eloísa que tenía 60 años y era miembro de la Embajada francesa en Madrid, la esposa Rosalía Chirric, también francesa y la hija de ambos, Emilia Poret Dulongval. Por lo tanto, según el padrón del año 60 la casa de los Stuyck en Santa Engracia nº 1 albergaba una familia extensa, con dos núcleos familiares a la que había que añadir el imprescindible servicio doméstico, integrado por dos sirvientas.

Veinte años más tarde la casa de los Stuyck ha variado sustancialmente, aunque siguen presentes algunos de los ocupantes de 1860: Livinio, jefe de la familia ha muerto dejando viuda a su mujer Eloísa Dulongval, que ya cuenta 59 años. También han desaparecido sus parientes franceses, el tío embajador y su esposa; sí en cambio sigue residiendo en el hogar Emilia Poret Dulongval, la

prima de Eloísa, que ya ha cumplido 56 años, ha permanecido soltera y se ha convertido en un miembro más de la familia de tapiceros. Al padre le ha sucedido en la jefatura del negocio y de la familia el hijo mayor, Gabino, que a sus 31 años ya se ha casado, con una sevillana de 30 años, Rosa Millenet, de origen francés como la gran parte de la familia. Con ella ha tenido cuatro hijos que en sus nombres van perpetuando el recuerdo de los antepasados de la familia: Rosalía de 7 años se llama como su tía abuela, Livinio de 5 como su abuelo, Emilia de 3 como su otra tía abuela, finalmente Francisco de un año. La posición de los Stuyck no ha variado con el tiempo, sino es a mejor: Gabino, el actual jefe de la familia, ya no se reconoce en su profesión de tapicero ni de industrial como su padre sino como los vecinos que han venido a instalarse en este barrio noble que ha crecido en torno a la Fábrica de Tapices, como un propietario; y como buen miembro de la cúpula social, hace gala de un extenso servicio doméstico: cinco criados completan este hogar de 13 miembros.

Si este tipo de prácticas tendentes a la troncalidad podían ser más o menos frecuentes entre los miembros de la elite social, no respondía a una estrategia de solidaridad dictada por la necesidad sino más bien al mantenimiento de ciertas tradiciones y al influjo de ciertas pautas culturales en la elección de la forma en que estructurar la familia. Realmente lo que distingue a las clases altas del resto de los grupos sociales en sus comportamientos familiares urbanos es esa capacidad de elección y de adoptar estructuras familiares a su gusto o conveniencia. En ese sentido es significativo dentro de la estructura familiar de los propietarios la relativamente más baja presencia de los cónyuges en la familia y que alcanza el 0,67 por familia de término medio, es decir, sólo el 67% de las familias de propietarios estaban organizadas en torno al matrimonio del cabeza de familia: el resto eran viviendas de solteros o de viudos que permanecían solos o con sus hijos.¹⁶⁹ Para el propietario, siempre capaz de pagarse un servicio doméstico que garantizara la atención que le era necesaria, la viudez no era un problema para habitar en soledad. Ya se vio en el retrato de la barriada de Indo en que encontrábamos una

¹⁶⁹ Este índice indica el número de cabezas de familia casados por familia; es decir, entre las familias encabezadas por propietarios, el 67% estaban nucleadas en torno a un matrimonio, una proporción que resulta sustancialmente más baja que el general de las familias del Ensanche Norte (en las que se daba un 85%) y a gran distancia que la de los jornaleros (95%).

jovencísima viuda de 21 años, Patricia de la Escosura Espronceda que habitaba solitariamente junto a sus ocho sirvientes¹⁷⁰; pero dentro de la extensa gama de rentistas y pensionistas que existía encontramos casos más modestos. Por ejemplo el de Pascuala de la Peña, una mujer de 73 años y que se presenta en la hoja de empadronamiento como *viuda de González*. Vive en la calle Almagro nº 8, en el entresuelo de un edificio de viviendas por el que paga 75 pesetas al mes, un alto alquiler que puede permitirse gracias a la pensión de 3.000 pesetas que declara recibir anualmente. Para la viuda de González, a diferencia de lo que les sucedía a la mayoría de las mujeres casadas con trabajadores, la pérdida de su marido no había supuesto la pérdida de los recursos para su subsistencia y el obligado recurso a la solidaridad familiar; pero es que tampoco le había supuesto del todo entrar en una vida solitaria, pues su pensión anual le permitía además mantener en el mismo domicilio a Casimira Sainz, una joven de 22 años que había contratado como criada doméstica.

La distancia entre las clases acomodadas y las capas medias y estratos populares es palpable en este punto; los estratos sociales superiores, por capacidad económica, mostraban una autonomía y una libertad en la formación de los hogares que no le estaba permitido al resto de la sociedad. Ello no sólo se expresaba en la posibilidad de elegir los mejores barrios y las casas más lujosas en una ciudad en que se comenzaba a abrir un foso entre las zonas de residencia de la elite social y la del resto de la sociedad. Esta autonomía se manifiesta también en la posibilidad de crearse un espacio propio, un espacio privado, de hacer del hogar un lugar reservado exclusivamente para los miembros del núcleo familiar, tal y como dictaba ese modelo ideal burgués emergente descrito anteriormente.

El cumplimiento de este ideal era en cambio una tarea difícil para el resto de la población madrileña: el alto precio de los alquileres muchas veces obligaba a clases medias y populares a recurrir al hospedaje de un realquilado que contribuyera al pago del alquiler a cambio de la cesión de una habitación, cuando no empujaba directamente a dividir una vivienda inicialmente pensada

¹⁷⁰ Ver tabla 26, pág. 144.

para alojar a una familia en dos hogares distintos ocupados por sendas unidades familiares. El fenómeno del subarriendo de habitaciones y de la convivencia de varias familias sin parentesco en una misma vivienda se muestra con cierta intensidad en el Ensanche Norte a la altura de 1880; si volvemos sobre la tabla 39, observamos que estas formas de hogar, marcadas por la incapacidad económica de las familias de satisfacer un alquiler, representan una forma importante de las formas no nucleares de hogar existentes. En 1880, el 6,13% de las viviendas de Chamberí estaban ocupadas por una familia que había realquilado parte de su casa a al menos un huésped (aunque había bastantes casos en que había dos o más); a esta cifra hay que añadirle el 8,19% de viviendas que eran compartidas por dos o más familias entre las que no existía lazo familiar alguno. Casi un 15% de viviendas en el Ensanche Norte mostraban un cierto hacinamiento de la población.

VI.3.- Las familias de los empleados

Generalmente la acumulación de familias en una misma vivienda, el amontonamiento de habitantes sin lazos familiares, una forma de vida en la que se sospechaba la promiscuidad y la ausencia de relaciones familiares moralmente aceptables, fue un rasgo que se atribuyó a las clases jornaleras y

Tabla 41-b: Estructuras familiares según la forma de participación de los miembros en 1880	
Empleados	359 familias
Habitantes	4,59
Cabeza de familia	1,00
Cónyuges	0,85
Hijos	1,65
Familiares	0,52
Sirvientes	0,30
Realquilados	0,27
Alquiler medio	36,76 ptas

obreras. Sin embargo existían otros estratos sociales que hacían recurso habitual a la práctica del hospedaje y de la vivienda compartida. Los empleados era uno de ellos y así lo dejan ver en sus estructuras familiares.

Ya se ha señalado la amplia variedad de los trabajos y salarios que se escondían detrás de la rúbrica profesional del empleado, que englobaba desde el gran funcionario de Estado, hasta el pequeño trabajador de sueldo fijo que buscaba en esta calificación distanciarse socialmente del jornalero con el que compartía no pocas carencias (porteros, conserjes, guardias del arbolado incluso). La tipología familiar del empleado expresa elocuentemente ese carácter de capa intermedia, heterogénea, que se situaba

como gozne entre la burguesía y los propietarios y una masa popular jornalericada y que comparte características de uno y otro grupo. Así, si al caracterizar el barrio de Almagro occidental encontrábamos ejemplos de un alto funcionariado que compartía espacios públicos y edificios con los propietarios y los representantes de la nobleza que se instalan en las cercanías de la Castellana, es fácil comprender que muchos de ellos asumieran las formas de vida y las pautas de comportamiento de las elites que eran sus vecinas. El empleado y por extensión, los miembros de las clases medias, desde que les es posible van a intentar adoptar todos aquellos signos de distinción que les acerque a la elite. No será raro por tanto la presencia de sirvientes y criadas en los hogares de los empleados mejor retribuidos. Carlos Queipo de Llano, por ejemplo, empleado de 44 años de la Compañía de Ferrocarriles del Norte de la que percibía un sueldo de 3.600 pesetas anuales, se había instalado en un principal del nº 3 de la calle Santa Engracia, en el edificio contiguo al que vivía la estirpe de los Stuyck Dulongval cuyo hogar se ha descrito antes. Lo hacía en compañía de su esposa, Pilar La Jiguera y de sus dos hijos; Luis de 20 años que era estudiante en la Escuela Militar y de Rosalía, de 16 años sin oficio ni ocupación declarada. Y una criada, Josefa Santos, de 24 años y natural de Piedrafita de Castro, Zamora. Lo que había conseguido Carlos Queipo de Llano era a lo más que podía aspirar un empleado, por crecido que fuera su sueldo: una casa de 80 pesetas de alquiler en un barrio en plena revalorización, cercana de la Castellana y de la Plaza de Santa Bárbara, una criada (pues dos ya exigía no sólo el doble de gastos sino una vivienda más amplia) y el hijo estudiando para hacer carrera militar.

La apariencia desahogada de la vida de los Queipo de Llano podía esconder un difícil equilibrio entre los recursos que le proporcionaba su salario y los gastos que la familia creía conveniente ejecutar para mantener un cierto estilo de vida. Si descendemos un poco en la escala salarial de los empleados notamos como se transforman los hogares y los modos de vida. Matías Vargas Argüello, vallisoletano de 35 años que llevaba 16 de residencia en la capital había conseguido colocación en el Ministerio de Hacienda, lo que le significaba un sueldo de 2.500 pesetas anuales, ostensiblemente menor al de los Queipo de Llano y que exigía ciertos recortes en los gastos. El primero era la vivienda,

a la que destinaba 50 pesetas al mes que pagaba por el cuarto izquierda del nº 9 de la Calle Luchana. La residencia seguía siendo céntrica, en una vía especialmente importante del nuevo Madrid que surgía al Norte de la puerta de Bilbao, pero perdía la nobleza que concedían los primeros pisos y ganaba la incomodidad de los cuatro pisos de escaleras. La casa había de ser lo suficientemente grande no obstante para albergar a Matías, su esposa Purificación de 29 años, los dos hijos que había tenido el matrimonio (Blas José y Abelardo de 11 y 5 años respectivamente e inscritos en la escuela) y la suegra viuda que tenía 54 años y no declaraba oficio ni pensión. El sueldo de 2.500 pesetas podía cubrir los gastos y necesidades de esta familia relativamente numerosa pero para extenderla con la contratación de una criada ya había que estirarlo; no obstante la Familia Vargas lo consigue, eso sí, rebajando quizá las exigencias en su elección de la sirvienta y optando por una jovencita, casi niña y que en consecuencia recibiría un salario más reducido, Engracia Alberio Heredia, una muchacha de 13 años de un pueblo de Guadalajara y que llevaba en Madrid desde los 11 años.

Descendiendo un poco más en la escala de salarios y de la carrera profesional del empleado se traspasaba el límite del presupuesto necesario para cumplir este ideal de casa céntrica y digna con servicio doméstico. En el mismo edificio que habitaban los Vargas Argüello en Luchana 9, un piso más abajo, en el tercero izquierda, habitaba Mariano Inclán Martínez, un empleado mucho más modesto. El señor Inclán de 51 años tenía un puesto en el Tesoro Público por el que cobraba 1750 pesetas anuales; estaba casado con Escolástica Sanz de 56 años con la que había tenido al menos una hija que aún permanecía en el domicilio familiar, Rafaela de 27 años: las dos declaraban dedicarse a sus labores. El sostenimiento de esta familia ya reducida en un piso que tenía un alquiler de 60 pesetas al año impedía a este modesto trabajador mantener una criada en el hogar, de hecho aun sin la criada ya era inasumible para un sueldo como el suyo. De esta manera la familia Inclán decidió que si querían permanecer en una vivienda como aquella en una calle del prestigio de la de Luchana, no les quedaba otra que compartirla y por eso una o varias de las habitaciones las ocupaba Antonio

Ponce, un viudo de 56 años, empleado también, de la Intervención Central, que vivía con ellos, como se decía por entonces *“en compañía”*.

Por debajo de las 1.500 pesetas al año de salario se situaban los empleados de más bajo rango: los telegrafistas, los agentes de Consumos, los guardias del Orden Público y trabajadores del Municipio en general. En sus familias no había presencia de sirvientas y el hospedaje era una práctica habitual; ni buscaban las residencias más caras de las grandes avenidas ni de los principales de los edificios de viviendas. Ciriaco Pérez de 44 años, un humilde empleado de una “administración privada”, que tenía un sueldo de 1.000 pesetas anuales como todo ingreso para mantener a su esposa de 36 años y a sus tres hijos, todos menores de 11 años, había encontrado como solución al problema que le debía plantear el pago del alquiler compartirlo con Santiago Hernández, un jornalero que aunque casado, no tenía a su mujer a su lado, que no indicaba tener ni sueldo ni lugar de trabajo fijos. Los seis compartían un segundo en el 12 de la calle Palafox, por el que pagaban en conjunto 25 pesetas al mes; un alquiler barato, si tenemos en cuenta las cifras de la época, propio de una calle estrecha, que aunque perpendicular a la de Luchana donde residían esos empleados con sirvientas que acabamos de conocer, pertenecía al arrabal de Chamberí, una zona que ya sabemos era más popular que burguesa y en el que los jornaleros, pequeños artesanos y comerciantes modestos abundaban.

Empleados de bajo rango y jornaleros no sólo se mezclaban en calles y edificios sino que llegaban a compartir casas y habitaciones confundiendo su estilo y forma de vida, compartiendo experiencias y soluciones a problemas que les eran comunes: la incapacidad de cubrir el presupuesto familiar con el sueldo de su trabajo, el problema de encontrar una vivienda de precio asequible sin tener que llegar a grados excesivos de hacinamiento... de hecho el establecimiento de una frontera entre ambos grupos socioprofesionales resulta bastante arbitrario: muchos de los hijos de los empleados humildes trabajaban como jornaleros a la espera de conseguir un trabajo de cierta estabilidad como el de sus padres, de portero, de guarda en una finca urbana, incluso de empleado de consumos o cualquier otro de los trabajos que

menudeaban en la administración municipal. El paso de un grupo a otro no debería ser una experiencia demasiado inusual sino más bien un lógico anhelo de los trabajadores no cualificados y temporales, la esperanza más habitual que podían tener de una promoción social: conseguir un sueldo fijo.

VI.4.- La familia de los jornaleros

Los jornaleros ofrecen no obstante las suficientes particularidades en su comportamiento familiar para que sean objeto de un análisis específico. Si atendemos a su estructura tipo por el grado de participación de los habitantes en la familia, se observa la importancia que tenía el peso de los realquilados dentro de las familias jornaleras (un índice de 0,57 realquilados por familia jornalera, cuando era un 0,27 para empleados y un 0,45 para el conjunto de la

Tabla 41-c: Estructuras familiares según la forma de participación de los miembros en 1880	
Jornaleros	2107 familias
Habitantes	<u>4,23</u>
Cabeza de familia	1,00
Cónyuges	0,95
Hijos	1,40
Familiares	0,31
Sirvientes	0,00
Realquilados	0,57
alquiler medio	13,34 ptas

población de Chamberí¹⁷¹). Si en el caso de los empleados de menor rango se hacía a veces necesario el compartir un alquiler, admitir un realquilado que contribuyera a cambio de renunciar a una habitación, para el común de las familias jornaleras esto era la norma, una situación por lo menos corriente o cotidiana. Esto no significaba por el contrario, que en sus filas se diera un especial predilección por las

formas de vida familiar no regularizadas, que existiera un especial desarraigo familiar entre la población jornalera; de hecho las familias jornaleras se muestran especialmente proclives a organizarse en torno a un matrimonio, siendo muy raro, aquellas que estuvieran encabezadas por una persona soltera o viuda: tal y como nos lo indica su estructura tipo, en el 95% de los hogares jornaleros existía un cónyuge junto al cabeza de familia. Esto confirma en parte las hipótesis esbozadas cuando nos ocupamos de la inmigración y del crecimiento del demográfico del Ensanche e inclina a considerar a la familia como un factor importante en la supervivencia de la población jornalera, afirmación que se refuerza si nos fijamos en las estructuras familiares de este

¹⁷¹ Ver tabla 41.

grupo de población. La práctica ausencia de hogares solitarios de jornaleros, o en los que no mediara ningún tipo de relación de parentesco, y el predominio, en cambio, de familias organizadas en torno a un núcleo familiar lo subrayan.

Tabla 42: Estructuras de las familias jornaleras en el Ensanche Norte				
	estructuras familiares jornaleras 1860		Estructuras familiares jornaleras 1880	
tipo de familia	numero de familias	% del total	numero de familias	% del total
solitario	6	1,89	34	1,61
familiares sin núcleo	5	1,58	11	0,52
pareja	56	17,67	392	18,61
viudo hijos	6	1,89	28	1,33
viuda hijos	5	1,58	6	0,28
nucleares	141	44,48	864	41,03
total nucleares	208	65,62	1290	61,25
extensas	27	8,52	276	13,11
pseudo extensas	39	12,3	143	6,79
mult. colateral	3	0,95	35	1,66
mult. Troncal	8	2,52	43	2,04
total mult.	11	3,47	78	3,70
total complejas	77	24,29	497	23,60
mult. Realquilados	12	3,79	209	9,92
realquilados sin núcleos	9	2,84	39	1,85
dudosos			26	1,23
	tamaño de la muestra 317		tamaño de la muestra 2106	

A primera vista podría parecer, pues, que el proceso de urbanización en Madrid y de jornalerización de sus clases populares que lo acompañó, no repercutiera en un fenómeno de disolución de la familia que agudizara la sensación de desarraigo que debían crear la inmigración y el abandono de la comunidad de origen junto a la condena a un trabajo descualificado e inestable. Sin embargo no es tanto la bondad de este proceso de transformación social, que habría respetado la institución familiar, como que las relaciones familiares y de parentesco se convirtieron en un instrumento fundamental para la supervivencia, sin cuyo recurso la subsistencia no estaba asegurada para las clases sociales más desfavorecidas. Existían pocas probabilidades de que un jornalero se instalara para vivir sólo dependiendo de su sueldo, como se puede intuir de los escasos hogares solitarios o encabezados por viudos; el ideal liberal del hombre autónomo, que con su trabajo fuera capaz de mantener un hogar en el que quedara la esposa, ángel del hogar, como organizadora de las labores domésticas y garante de la educación de los hijos, estaba lejos de cumplirse para las clases populares; primero porque no hubiera niños que cuidar si estos debían trabajar como y con el padre, segundo porque la esposa

a su vez debía de buscarse un trabajo con el que contribuir a un salario familiar. La insuficiencia del salario de los obreros y jornaleros para afrontar el presupuesto familiar a finales del siglo XIX ha sido insistentemente afirmada; así baste aquí retornar a una de las fuentes clásicas para retratar los niveles de vida de la población obrera, como es la información recogida por la Comisión de Reformas Sociales y cruzarla con la información de salarios de los jornaleros que nos aportan los padrones.

Tabla 43: Presupuesto diario de una familia obrera de tres personas en 1885	
	<u>pesetas</u>
Casa	0,50
pan, dos kg a 36 céntimos	0,72
carbón, un kg	0,23
desayuno (café y leche)	0,36
comida del mediodía	
garbanzos, 125 gr	0,12
carne, 250 gr	0,50
tocino, 72 gr	0,15
Verdura, medio kg	0,08
Cena	
carne, 250 gr	0,50
patatas, 750 gr	0,12
aceite, 125 gr	0,24
luz, aceite mineral	0,10
jabón y varios	0,25
Tabaco	0,10
TOTAL DIARIO	3,97¹⁷²

Aunque se pudieran haber producido fluctuaciones en los precios entre 1880 y 1885¹⁷³, los datos resultan bastante elocuentes: el salario más extendido entre los jornaleros residentes en Chamberí era de 2 pesetas diarias (260 jornaleros de los 401 que indican su salario diario), lo que resulta claramente insuficiente para afrontar el presupuesto familiar. Tan sólo encontramos entre las hojas del padrón cinco jornaleros que reciban un sueldo superior a este presupuesto (los cinco cobran cuatro pesetas diarias), cuyos

¹⁷² COMISIÓN DE REFORMAS SOCIALES, tomo I: "Información oral practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883" Madrid, 1889, pág. 224.

¹⁷³ Y sin embargo, los datos ofrecidos a la comisión de reformas sociales parecen bastante verosímiles; observese por ejemplo, el precio del alquiler, de 0,50 pesetas al día, que son 15 pesetas al mes. Anteriormente, cuando hemos ofrecido los alquileres medios que pagaban los jornaleros en Chamberí, hemos visto que su precio era de 13,34 pesetas.

hogares parecen concordar con las características de este modelo ideal del presupuesto de la Comisión de Reformas Sociales.

- Domingo Fernández, de 50 años, que habita en la calle Vargas nº 6 en un bajo interior por el que paga 10 pesetas mensuales, junto a su mujer y a su hijo, con los que vino de Oviedo hacía dos años. No tiene un lugar de trabajo fijo, pues se declara jornalero ambulante.
- Pedro Maestro Revilla, de 50 años. Habita en el principal de la calle Trafalgar nº 23, por el que paga 30 pesetas de alquiler mensuales. Habita con su mujer y su hijo Julián de 20 años, que también trabaja como jornalero percibiendo un salario diario de 2 pesetas.
- José García, de 38 años, que habita en la calle Santa Engracia nº 27, en el piso tercero, pagando un alquiler de 7,50 pesetas al mes. Casado, su mujer no aparece en el padrón, pero sí un hijo de 14 años que habita con él.
- Eusebio Rodríguez Cantarino, de 47 años, residente en la calle Bravo Murillo nº 9, en un bajo por el que paga 15 pesetas al mes. En realidad podría tratarse de un obrero cualificado, ya que está empleado en la Fundición Sanford, uno de los pocos y modestos ejemplos de industria madrileña de la época. Viudo, convive con una hija 16 años que trabaja como costurera, un hijo de 6 años y una mujer viuda, de 33 años, que probablemente sea su pareja.
- Luis Puertas Serrano, de 28 años; habita en el tejero de Marconel, una extensa posesión de la familia Marconel en el barrio de Gaztambide; trabaja en un café y ocupa un principal interior por el que paga 15 pesetas mensuales junto a su mujer de 30 años y una hija de 4.

La estadística de la Comisión de Reformas Sociales parece encarnarse en estos casos particulares: tanto las estructuras familiares, en torno a los tres individuos, como el precio del alquiler, cercano a las 15 pesetas (es decir, 0,50 al día), concuerdan. De todas maneras, el presupuesto de la Comisión parece más bien un deseo, un ideal, que una realidad y estas cinco familias jornaleras descritas, más que los más puros representantes de la situación jornalera, parecen unos “afortunados”, quizá beneficiados por poseer un trabajo fijo y

cualificado, lo que era la excepción y no la norma. Si descendemos un escalón en los salarios jornaleros, y nos fijamos en los que percibían un sueldo diario de más de 2 pesetas y menos de 4, comprobamos que se trata también de empleados en fábricas y centros de trabajo que requerían una cierta cualificación profesional, lo que les permitía unas condiciones de vida por encima de la media de los jornaleros, tal y como se expresa en unos alquileres altos más frecuentes.

Sin embargo, como ya hemos dicho los que podían cumplir (o acercarse a) el modelo ideal de presupuesto familiar de la Comisión de Reformas Sociales, eran más la excepción que la norma: primero, porque los salarios

jornaleros que cobran más de 2 pesetas y menos de 4 diarias de jornal en 1880					
Alquiler vivienda pesetas	Lugar de trabajo	Salario diario	Alquiler vivienda pesetas	Lugar de trabajo	Salario diario
12,50	Tranvía del Norte	3,50	15,00	Plaza del 2 de Mayo	2,50
0,00	Fábrica de Metal Líquido	3,00	12,50	taller	2,50
15,00	Monteral	3,00	20,00	no indica	2,50
22,50	Casa Moneda	3,00	10,00	Casa de la Moneda	2,50
0,00	litografía - Santa Engracia nº12	3,00	0,00	fábrica de harinas	2,50
15,00	Calle Alfonso X	3,00	0,00	fontanería	2,50
10,00	La Deliciosa	3,00	20,00	Iberia	2,50
25,00	fábrica del sello	3,00	10,00	no indica	2,50
15,00	no indica	3,00	19,00	Cerrajería	2,50
37,00	Platería Meneses	3,00	10,50	no indica	2,50
12,50	Areneros, 8	3,00	15,00	no indica	2,50
25,00	Fábrica del Sello	3,00	0,00	no indica	2,50
15,00	Paseo de los Olmos	3,00	37,00	Peñarolla	2,50
12,50	Bravo Murillo 59	3,00	11,75	Villa	2,50
12,50	Areneros 8	3,00	22,50	su casa	2,50
35,00	no indica	3,00	17,50	Tranvía del Norte	2,50
18,75	Casa Moneda	2,75	0,00	Leoncillo	2,50
11,50	San Hermenegildo 10	2,75	16,00	donde sale	2,50
15,00	en la Villa	2,50	7,50	no indica	2,25
12,50	Patriarcal (Cementerio)	2,50	12,50	no indica	2,25
30,00	Palacio Murga	2,50	10,00	donde sale	2,25
12,50	no indica	2,50	8,75	no indica	2,25
15,00	Casa de la Moneda	2,50	12,50	no indica	2,25
30,00	no indica	2,50	7,50	Fábrica de Alfombras	2,25
35,00	no indica	2,50	25,00	Ayuntamiento	2,25
0,00	Gas	2,50	6,50	no indica	2,25
12,00	Fundición	2,50			

superiores a dos pesetas diarias eran raros entre los jornaleros, y después, porque aunque lo alcanzaran excepcionalmente algunas de las familias, el tamaño de las familias jornaleras nunca se restringía a tres

miembros. Incluso entre los obreros mejor renumerados se debía dar situaciones de escasez cuando en la familia había tres o cuatro hijos de corta edad. En definitiva, el salario del jornalero, incluso el de aquel mejor pagado, era insuficiente para el mantenimiento de su familia, y si hubiera dependido únicamente de él, la familia jornalera habría estado condenada a desaparecer; consecuentemente se hacía necesario que más miembros de la familia participaran activamente en el mercado laboral para que contribuyeran con sus salarios a cubrir las exigencias mínimas del presupuesto familiar. Las familias pues, a medida que aumentaban las bocas que alimentar debían preocuparse de incorporar miembros al mercado laboral, so pena de entrar en situaciones de pobreza. Para ello disponían de varias opciones, desde el trabajo de las esposas hasta el trabajo de los jóvenes, desde la incorporación de algún familiar en edad de trabajar al seno del hogar para que ayudara con los gastos o las tareas de la casa a la residencia en hogares múltiples con otras familias, parientes o no; en fin, hasta las soluciones más dramáticas, como eran la “expulsión” de miembros fuera del hogar de una manera más o menos traumática: hijas que se internaban como sirvientas en casas ajenas, envío de recién nacidos a la Inclusa, abandono de padres en asilos. En definitiva, la familia jornalera, a pesar de su tendencia claramente nuclear, tanto en sus estrategias de supervivencia como en las estructuras que adoptaba, demostraba una gran flexibilidad que le permitía adaptarse a las distintas fases por las que podía atravesar. Veámoslo más de cerca.

El recurso al trabajo de la esposa debía de ser una solución natural entre una población inmigrante rural acostumbrada a compartir el trabajo en las tareas agrícolas; sin embargo, como ya sabemos, el trabajo femenino en general y urbano en particular, aparece subregistrado en las estadísticas oficiales¹⁷⁴. Un trabajo femenino asalariado que, cuando se daba, suponía una

¹⁷⁴ Un texto que demuestra este subregistro del trabajo femenino, aunque sea para otro tiempo y otro contexto económico y laboral diferente al del Madrid de fines del XIX, es el de CAMPS CURÁ, Enriqueta: “De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920) en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRAGA SANGRONIZ, Karmele (eds.): *IV Congreso de la Asociación de demografía histórica – Historia de la población*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999; pp. 549-562. En él la autora comprueba como muchas de las mujeres que figuran en el padrón industrial de la ciudad, entre las que había obreras de alta cualificación y de carreras profesionales largas, se inscribían en el padrón del Ayuntamiento como mujeres dedicadas a sus labores.

ampliación de la actividad laboral de la mujer realizada en el propio domicilio¹⁷⁵ y que de igual manera que la del varón era fundamental para la supervivencia del grupo familiar: el cuidado de los hijos y del resto de los miembros de la familia, así como la administración del gasto y el consumo del hogar. Las actividades, irrenunciables, que la mujer debía realizar como madre, limitaban drásticamente su capacidad de participar en un mercado de trabajo formalizado a ciertas actividades que pudieran ser compatibles: trabajo a destajo en el hogar, que muchas veces por su carácter doméstico, ha pasado sin dejar rastro en las estadísticas oficiales.¹⁷⁶ No obstante la invisibilidad y el subregistro del trabajo femenino, el examen de los padrones nos permite acercarnos a los trabajos reenumerados que realizaban las esposas de los jornaleros.

Tabla 45: Profesiones de las esposas de jornaleros que habitan en el Ensanche Norte			
profesiones esposas de jornaleros 1860		profesiones esposas de jornaleros 1880	
zapatillera	1	vendedora	1
vendedoras	5	sus labores	833
trapera	1	sirvientas	5
tapicera	1	sastra	1
sus labores	57	porteras	2
sirvientas	2	planchadoras	2
sastra	1	ninguna	36
quincallera	1	modista	1
nada	6	lavandera	9
modista	1	jornaleras	108
lavandera	15	fregona	1
jornalera	16	asistentas y domésticas	5
costurera	9	costureras	6
cocinera	1	carnicera	1
cicillera	1	aguadora	1
asistente	1		
ama de gobierno	1		
aguadora	1		

La primera categoría laboral en importancia entre las mujeres jornaleras era la etiqueta indefina de “sus labores”, muchas veces sustituida por fórmulas similares como “tareas propias de su sexo” o “su casa”. La sigue el grupo de

¹⁷⁵ No esta ocasión de insistir en la obsolencia del binomio trabajo asalariado masculino y productivo frente a trabajo femenino doméstico complementario y reproductivo; un buen enfoque del papel que juega la mujer en la economía a partir de fuentes muy similares a las aquí utilizadas en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; p. 197-220.

¹⁷⁶ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO: *Op. cit* pág. 199.

las esposas que, al igual que sus maridos se reconocen como jornaleras y que implica la misma falta de precisión que las dedicadas a las tareas domésticas: ninguna de ellas especifica el lugar de trabajo, el sueldo ni aporta ningún dato que nos pueda ayudar en que consistía ese trabajo como jornaleras. Sin embargo, teniendo en cuenta que pocas eran las mujeres que como jornaleras encabezaban un hogar, podemos sospechar que las que como tales trabajaban no gozaban ni de la consideración social, ni de los mismos salarios que los varones¹⁷⁷. También podría ser que se tratara de mujeres dedicadas a ese abanico de trabajos socialmente considerados como femeninos (lavanderas, costureras, planchadoras), que generalmente no implicaban una gran cualificación y que permitían el desempeño de uno u otro según las ofertas de trabajo disponibles; en definitiva, una situación muy parecida a la del jornalero un día empleado en el tajo y otra descargando trenes. Pero en el caso femenino eran todos ellos trabajos que podían ser compatibilizados con la presencia en el hogar y el cuidado de los hijos menores, que en su mayoría pagados a destajo, se acercaban a las formas de organización del *putting-out system*. Un ejemplo clásico nos lo ofrece el sector textil, que si bien no conocía un desarrollo industrial en Madrid, sí empleaba a contingentes importantes de población femenina en la ciudad, quizá asociadas a talleres de carácter preindustrial, para los que trabajan a domicilio, seguramente a ritmos inconstantes y por un salario mísero, pero que ayudaba a completar el sueldo insuficiente del marido. Todavía a principios del siglo XX, Blasco Ibáñez nos describe el trabajo de estas esposas costureras madrileñas:

“[[A Feli] le era imposible volver á la fábrica de gorras: estaba muy lejos, y además no la admitirían después del escándalo de su fuga. Pero conocía otros oficios menudos é insignificantes, de los que están al alcance de las muchachas pobres y las ayudan a engañar el hambre. Haría “flores” para los corsés, se dedicaría a emballenarlos. Conservaba cierta amistad con la dueña de un taller, por haber trabajado para él cuando escaseaba la faena en la fábrica de gorras. (...)

Se entregó al trabajo con valentía femenil, mostrando esa resistencia de que sólo son capaces los seres nerviosos. Maltrana [su marido], al despertar, veía á Feli ante un montón de corsés, cosiendo animosamente. Inclínaba el rostro, enjuto por la debilidad, y seguía la marcha de la aguja con sus ojos profundos y melancólicos, única belleza que aún se mantenía intacta en ella. Isidro, al volver á su casa á altas horas de la noche, tenía que hacer grandes esfuerzos para que se acostase.

- Déjame acabar esa docena – decía sin levantar la cabeza, tenaz en el trabajo, deseosa de no perder un segundo. (...)

¹⁷⁷ En 1860, de los 331 hogares encabezados por jornaleros en Chamberí, en sólo 11 se encontraba una mujer al frente; en 1880 eran únicamente 33 de los 2106 hogares jornaleros.

Salían cada dos días, luego de cerrada la noche, cargados con aquellos paquetes, por cuyo trabajo daban á Feli unos cuantos reales. (...) Los dos amantes, en su lento regreso, discutían el empleo del dinero que acababan de cobrar. No bastaba para las más rudimentarias necesidades. Feli percibía cincuenta céntimos por cada docena de corsés. Apenas si trabajando día y noche podía juntar un par de pesetas.”¹⁷⁸

Otra de las maneras en las que podía contribuir la esposa con trabajo reenumerado era en el servicio doméstico, como criada externa a la casa, una figura que si bien escasea en el XIX, irá aumentando a medida que las clases altas vayan encontrando más costoso el mantenimiento del servicio en las casas. Pero quizá dentro del servicio, la forma de trabajo más interesante para analizar sea la de portera, en la que encontraba especial acomodo la combinación de las labores del hogar propio y el ejercicio de un trabajo reenumerado. De las 182 habitaciones calificadas como porterías en Chamberí en 1880, 92, la mitad, son hogares encabezados por jornaleros. Es fácil sospechar que en estos casos era la mujer la que se quedaba al frente de la portería mientras el marido buscaba emplearse en una obra o en un tejear de las cercanías. El trabajo, si bien podía no implicar la entrada de más dinero en casa, si estaba reenumerado en especie, en la práctica totalidad de los casos por la exención del pago de alquiler, lo que suponía un colchón de seguridad en una vida, la de la familia jornalera, normalmente marcada por la inseguridad: asegurada la casa y sin tener que preocuparse por el pago del alquiler, las fluctuaciones de la oferta de trabajo en la construcción debían de parecer menos amenazantes.

Menos problemas de compatibilidad que la esposa, debían plantearse en la participación laboral de los hijos: sólo la corta edad y el interés por que fueran a la escuela habían de ser límites a su entrada en el mercado laboral. Sin embargo estos eran obviados en el momento en que era necesario la entrada de un nuevo salario en casa y los siete años podían ser un buen momento para buscar trabajo como nos cuenta Largo Caballero en sus memorias:

¹⁷⁸ BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La Horda*. Prometeo, Valencia, 1919. pp. 255-260. La primera edición de la obra es de 1905.

“Nací el 15 de octubre de 1869 en Madrid, en la Plaza Vieja de Chamberí, en cuyo terreno posteriormente se edificó la casa que en la actualidad ocupa la Tenencia de Alcaldía del distrito. (...)”

Mi madre trabajaba de sirvienta. Yo vivía con un hermano suyo llamado Antonio, de oficio zapatero; era casado y tenía tres hijos, domiciliados en la Plaza de Chamberí en la casa medianera a la que yo nací. Mis primos, mayores que yo, me trataban como a un intruso que les comía su pan. (...)

Para ganar el pan que comía y cuando tenía siete años de edad, mi madre y mis tíos decidieron ponerme a trabajar. Después no he vuelto a pisar una escuela para recibir instrucción”¹⁷⁹

En este momento comienza la vida laboral de Largo Caballero que sufrirá en sus primeros pasos todas las penurias que implicaba la vida del jornalero, agravadas por su condición de aprendiz; primero fue en la “fábrica de cajas de cartón” (que en realidad debía de ser un minúsculo establecimiento) de la que era vecino; en ella:

“Mi obligación consistía en dar engrudo al papel para forrar las cajas, y llevarlas a los comercios de Madrid, esto es, a los clientes. Este trabajo no era muy agradable porque se me cubrían las manos de sabañones ulcerados. Servir las cajas a la clientela me resultaba penoso, pues tenía que hacerlo lloviese o nevase, con frío o con calor, calzando alpargatas, casi siempre rotas aunque mi tío era zapatero.”¹⁸⁰

El bajo salario (tan sólo un real) y las pocas expectativas de progreso hacen abandonar a Largo Caballero su primer empleo y buscarse un nuevo que mejor reenumerado le sirviera también para aprender un oficio:

“Ser encuadernador me parecía algo extraordinario. ¡Manejar libros de ciencia! ¡Yo, que no había tenido en mis manos otros que la Cartilla, el Catón y el Fleury! Ésta era la ilusión, pero la realidad era otra. No hacía más que plegar papel, calentar los hierros para grabar las letras en las tapas de los libros y acompañar a la hija del maestro al mercado. Por esta labor recibía un jornal de dos reales (cincuenta céntimos) a la semana y todavía tenía que estar agradecido, pues en aquellos tiempos se consideraba como un favor que le enseñaran a uno el oficio. ¡Residuos de la época gremial”¹⁸¹

El convencimiento de que bajo su contrato de aprendizaje se escondía una forma de explotación que poco tenía que ver con la formación profesional y la indignación que le produjo el ser pagado con moneda falseada, lleva al joven Largo Caballero a cambiar de nuevo de trabajo. Finalmente, tras un breve paso por un taller de fabricar cuerdas en que lo inolvidable era “el trato bestial y

¹⁷⁹ LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* Ediciones Unidas, S.A., México D.F., 1976; pp. 24-25.

¹⁸⁰ *Ibid.* Pág. 25

¹⁸¹ *Ibid.* Pág. 25

grosero que recibía, al igual que otros aprendices”, el niño acabará a los nueve años ingresando en una cuadrilla de estuquistas en la que aprenderá un oficio de alta cualificación en el que progresará pronto, pues a los diecisiete años ya era oficial y tenía dos ayudantes a su cargo. No obstante, bajo lo que podía parecer un oficio seguro y alejado de la pobreza y riesgos que implicaba la condición de jornalero, un oficio cualificado como el estuquista podía esconder situaciones de precariedad. Así Largo Caballero participará de los problemas que una economía madrileña, demasiado dependiente en su oferta de trabajo de las fluctuaciones de la construcción, planteaba a las clases populares, y como los simples peones de albañiles y los jornaleros que buscaban un jornal en los tajos y en las obras, deberá simultanear distintos tipos de trabajo.

“El oficio de estuquista, de tantos atractivos para mí, tenía sus quiebras. Era oficio de temporada; se trabajaba en primavera y el verano y el invierno se pasaba en paro forzoso. Para suplir, en parte, esa falta de salario, tenía que buscar otras ocupaciones suplementarias. Mi madre había dejado ya el oficio de sirvienta y se dedicaba a vender cosas que no exigían la inversión inmediata de mucho dinero que eran de fácil colocación. Durante el invierno, la ayudaba en este comercio y no era raro encontrarme en algún mercado como el de San Ildefonso, ofreciendo tímidamente a las criadas de servir, pimientos, tomates y cosas semejantes. También iba por los campos recogiendo cardillos para venderlos al día siguiente.

Pero el recurso al cual acudía con preferencia, era trabajar en la “Villa”, esto es, al servicio del Ayuntamiento de Madrid o al de la Diputación Provincial. Muchas cunetas de las carreteras de la provincia y muchos de los hoyos para plantar pinos en la Dehesa de la Villa, los he regado con mi sudor. El municipio daba un jornal de una peseta y cincuenta céntimos por día, y la Diputación veinticinco céntimos más”¹⁸²

La combinación de diversas ocupaciones y la colaboración entre los distintos miembros familiares, incluidos la esposa y los niños y jóvenes presentes en el hogar, eran parte cotidiana de las estrategias económicas que las familias jornaleras debían poner en juego para asegurar su supervivencia y afrontar el pago del alquiler de su vivienda.

Largo Caballero niño, su madre y su tío Antonio Caballero han desaparecido del padrón de 1880, sin embargo sí encontramos a sus primos en la casa de la vieja plaza de Chamberí, en el bajo del nº 9. Quizá la muerte del tío de Largo Caballero precipitara la salida del joven sobrino (que por entonces tendría 11 años). Al frente de la casa estaba la tía del joven estuquista, mujer que con 44 años debe encarar los rigores de la viudedad.

Siguen residiendo allí los tres primos de Largo Caballero: Antonio, Juan y Rafael Caballero, que por aquel entonces contaban con 17, 16 y 11 años respectivamente. Ellos eran, ante la muerte de padre, los que aportaban (al menos cara a la estadística oficial) el salario a la casa, trabajando los tres como jornaleros, mientras la madre se ocupaba de sus labores. Sin embargo estos tres sueldos no habían de ser suficientes para mantenerse y al tiempo pagar un alquiler excesivamente alto, de 25 pesetas; por ello convivían con ellos otra familia de cinco miembros, encabezada por un jornalero viudo de 75 años y completada por dos hijos varones de 32 y 25, la hija casada de 30 y el yerno de la misma edad. Con ello la familia Caballero había introducido en su casa cuatro varones más que trabajaban como jornaleros.

El ejemplo de la familia Caballero nos sirve para introducirnos en otro de los recursos a disposición de las familias cuando, aun introducidos en el mercado laboral el cabeza de familia, la esposa y los hijos, los salarios que obtenían no bastaban para hacer frente a los gastos cotidianos. En el cuadro que se presentaba anteriormente relativo a las estructuras familiares jornaleras se puede comprobar que junto a un predominio claro de la familia jornalera, existía una amplia gama de variedades en las formas de coresidencia que aparecían en un tercio de los hogares jornaleros: desde la familia troncal a la vivienda en que vivían varias familias jornaleras no emparentadas, desde la familia nuclear que acogía a un sobrino recién llegado hasta la que alquilaba una habitación a un inmigrante de paso. No son este tercio de familias extensas y múltiples un producto de la convivencia de diversos sistemas familiares entre la población jornalera de Chamberí, sino en realidad la manifestación de las distintas formas que coyunturalmente podía adoptar una familia nuclear ante distintas situaciones económicas. Si cuando la miseria acechaba el trabajo familiar y el recorte de gastos en el consumo no bastaban para superar la crisis, siempre quedaba una salida: renunciar a un cuarto, a un rincón o una parte de la ya de por sí reducida vivienda para, alquilándola, obtener una fuente de ingreso más (realmente, para reducir el presupuesto familiar en una de sus variables, la de la vivienda).

¹⁸² *Ibid.* Pág. 28-29.

La presencia de realquilados”, “huéspedes” y gentes que viven “en compañía” era una realidad muy extendida entre los jornaleros que habitaban en Chamberí. En 1860 los encontramos en 69 de los 331 hogares encabezados por jornaleros, y en 1880 en 456 de los 2.105 hogares jornaleros. Sin embargo el recurso al hospedaje era más intenso y propio de ciertas fases del ciclo vital; lo era especialmente en los primeros años de la familia, en que se producía las fases más críticas de su ciclo vital, cuando se conjuraba el aumento del presupuesto familiar por el nacimiento de los hijos con la imposibilidad de la mujer de conseguir un trabajo reenumerado, cuando las familias entraban en fases de pobreza que caben ser consideradas de tipo estructural. Entonces, toda reducción en el alquiler de la vivienda podía ser un gran alivio. Luego, cuando los hijos mayores trabajaran y contribuyeran a restablecer un cierto equilibrio presupuestario, se podría prescindir del recurso a los realquilados: la conversión de todas esas bocas que alimentar en brazos para trabajar podía proporcionar al padre jornalero una fase de desahogo cuando alcanzaba la cuarentena de años.

No obstante, la pobreza que empujaba a los jornaleros a subdividir casas no era un riesgo circunscrito a la juventud y a los primeros pasos de vida en familia, sino que reaparecía tras el periodo de cierta seguridad que podía proporcionar la acumulación de hijos trabajadores en casa, a medida que éstos abandonaban el hogar. Los matrimonios jornaleros de edad avanzada cuyos hijos se hubiesen emancipado eran también candidatos a recibir huéspedes, que les ayudaran a superar los problemas económicos. Además, cabía la posibilidad que la muerte se presentara de improviso y que hiciera enviudar a uno de los cónyuges demasiado temprano, con hijos aún excesivamente jóvenes: en ese caso también el hospedaje podía ser una solución aceptable.

En consecuencia, el hogar de un jornalero podía ver pasar a muchos miembros diferentes a lo largo de su existencia, y aunque su tamaño rondara las tres o cuatro personas, en realidad solía alimentarse de muchas más que por un corto espacio de tiempo pasaban por él. Esta flexibilidad del hogar jornalero, que necesitaba crecer o disminuir según las circunstancias, nos lo puede ilustrar perfectamente el caso de Cirilo García Olivares, un jornalero que

entre 1860 y 1880 residió en la calle Sagunto, 3 (barrio de Trafalgar) y cuya historia puede ser seguida a través de los padrones¹⁸³:

En 1860 Cirilo García encabezaba una familia que ya podía ser considerada como madura: él tenía 40 años y su mujer, que se llamaba Antonia González, ya había cumplido los 44 con lo que se podía considerar que ya no llegarían más hijos al hogar. Era una familia reducida para la que se podía esperar entre los jornaleros; tan sólo vivían con ellos dos hijos, varones, León y Manuel, de 11 y 5 años respectivamente. Era pues una familia nuclear que parecía poder mantenerse sin problemas con el trabajo como jornalero y jardinero (dos ocupaciones que simultanea Cirilo García en los distintos padrones) a pesar de pagar un alquiler relativamente alto de 11,25 pesetas (recordemos que el alquiler medio pagado por los jornaleros en 1860 era de 8,66 pesetas). El alquiler no será sin embargo un factor que influya en la evolución de la composición de la familia, pues se mantendrá en un precio relativamente estable rondando entre los 40 y 50 reales en este periodo de veinte años: los cambios en el núcleo familiar de Cirilo García y sus integrantes deben relacionarse con la puesta en marcha de distintas estrategias económicas familiares en las que influyen fuertemente la necesidad económica, la solidaridad sentida hacia la parentela más o menos extensa y puntualmente, el inapelable azar demográfico que en la sociedad preindustrial decide sobre el momento en que nacen y mueren las familias.

Como muestra de solidaridad intrafamiliar debemos considerar la acogida que en 1863 se provee a María Olivares, madre viuda de Cirilo García, que a sus 73 años, seguramente incapaz de mantenerse por sus propios medios, viene a instalarse en el hogar. Solidaridad porque el hogar de Cirilo debía pasar ya por un periodo de cierta estrechez económica, si no vino a provocarlo la llegada de la abuela viuda: la casa no sólo aumenta su tamaño hasta las 6 personas, con la incorporación además de un jornalero realquilado (Antonio Carrera, de 23 años) sino que también amplía el número de sus

¹⁸³ La historia de la familia de Cirilo García ha sido reconstruida a partir de los datos contenidos en los padrones madrileños de los años 1860, 1861, 1863, 1865, 1866, 1867, 1868, 1869, 1871, 1873, 1874, 1876, censo de 1877, padrón de 1879 y de 1880. Archivo de Villa de Madrid, sección de Estadística.

componentes que participan activamente en el mercado laboral formal: el cabeza, el nuevo realquilado que viene a reducir costes a expensas del disfrute íntegro de la vivienda por los García y el joven León, hijo mayor, que a sus 14 años desempeña ya el que será su oficio en lo sucesivo, la carpintería. Pero en estos años, la evolución de los García no es sólo producto de sus decisiones estratégicas, sino que debe mucho a la macabra lotería demográfica. En 1866, cuando Cirilo tiene 46 años y su hijo mayor León 17, se presenta reiteradamente la desgracia: tanto la mujer, Antonia, como el hijo menor de apenas 11 años, mueren. Al año siguiente, es la abuela la que los deja solos a padre e hijo en compañía de un realquilado Antonio Carrera que debía de ser ya como alguien más de la familia. Sin embargo la vida sigue y apenas un año después de caer en la viudedad, cuando Cirilo cuenta con 47 años, acepta en su hogar a Antera García, una asistenta viuda de 42 años que, si al principio podría parecer un nuevo huésped que venía a aportar un salario más con que afrontar el alquiler, se va a confirmar como un claro caso de mancebía hasta que ambos viudos decidan regularizar su situación y contraer matrimonio en segundas nupcias en la Iglesia de Chamberí en 1870. Entretanto, Antonio Carrera, aquel joven realquilado que ya era un miembro habitual de la familia, abandona el hogar tras cinco años de convivencia (en 1868) para comenzar una nueva vida, ya en una casa propia, ya con otra familia. El hueco que dejaba al marcharse hubo de notarse (al menos en lo económico) pues en los sucesivos años vamos a ver cómo junto a la nueva pareja van a convivir más realquilados, especialmente cuando León García, el hijo del primer matrimonio de Cirilo, se casó a los 24 años. Si conocemos el matrimonio de León con Teresa Yagüe, de apenas 20 años, es porque la joven pareja, en una práctica habitual entre las familias nucleares¹⁸⁴ para afrontar los duros comienzos de la vida en común, reside temporalmente en casa de Cirilo. Una estrategia troncal temporal que seguramente no sólo reportaba beneficios a la pareja recién casada, sino también a sus ascendientes, que durante los dos años (entre 1871 y 1873) en que convivieron, se vieron exentos de hacer recurso a un hospedaje que les era habitual: la gran parte del tiempo en que no estuvo presente la mujer de su hijo durante la década de los años 70, su plaza la

¹⁸⁴ REHER: *Op. Cit.* Pág. 115 y ss.

ocupó una pareja de realquilados; en 1870 es una pareja encabezada por un tornero de 30 años, en 1874 un jornalero de 60 años y su mujer, en 1876 por otro jornalero de 66 años y su mujer de 59.

Este periodo de tiempo de convivencia con realquilados se cerrará con un retorno de los hijos al hogar; pero no de León, el hijo carpintero de Cirilo que se había casado, sino con el de los descendientes del anterior matrimonio de su segunda esposa, Antera García, con los que el jornalero de Sagunto 3 había adquirido seguramente un compromiso de solidaridad al formar una nueva familia. Así, en 1879, vemos aparecer en el hogar de esta pareja ya anciana de jornaleros (Cirilo tenía 69 años, lo que era sin duda una edad avanzada para un trabajador sin cualificación ni trabajo estable) a Encarnación Alcober García, hija de Antera. Era Encarnación una costurera de 36 años cuyo marido, tal y como nos informan ellos mismos en la hoja del padrón, había desaparecido hacía 17 años, dejándola al cargo de un hijo (al menos) que por aquel entonces tenía tan sólo un año. El muchacho, de nombre Eugenio, había cumplido pues los 18 años y era ebanista, y junto a su madre había venido a residir con su nuevo abuelo. Y así permanecían en 1880, viviendo bajo una forma peculiar de familia en que la argamasa no era tanto los lazos sanguíneos como la solidaridad surgida de la necesidad y penuria que imponía la vejez de los abuelos, el desamparo de la esposa joven abandonada y la juventud del nieto, ninguno de los cuales habría tenido demasiadas posibilidades de sacar su vida adelante por separado.

La evolución de la familia de Cirilo García no es una historia mínima, anecdótica e insignificante; nos revela de forma excepcional una de las cualidades de la familia jornalera madrileña del siglo XIX y en consecuencia una de las características de este tipo de población: la maleabilidad y capacidad de adaptación de sus hogares como uno de los recursos para hacer frente a un ambiente que les era hostil, en un contexto de escasez de trabajo, de bajos salarios, de ínfima calidad de vida (marcada aún por las crisis de mortalidad epidémica y por la falta de una oferta de vivienda adecuada a sus necesidades y pobreza). En los 20 años en que hemos rastreado la vida de Cirilo, este jornalero procedente del pueblo madrileño de Colmenar de Oreja,

residió siempre en la misma casa del viejo arrabal de Chamberí, en grupos familiares que oscilaron entre las dos y los seis miembros, pero que al cabo del tiempo habían obligado a nuestro protagonista a convivir con un total de 15 personas con las que debió establecer relaciones de más o menos duración e intensidad y sin las que difícilmente él y sus compañeros de viaje habrían corrido la misma suerte: a los 60 años, en el horizonte de un jornalero viudo estaba demasiado presente el asilo benéfico y la muerte, pero mucho más para una viuda como su segunda esposa; para una joven abandonada por su marido que aspiraba a sobrevivir de unas labores de costura que, como se vio, unían largas horas de trabajo a un salario ridículo, Madrid le ofrecía una expectativa no más agradable: la prostitución¹⁸⁵. Sin duda ese fue el destino de otros muchos jornaleros inmigrantes que pasaron por el Chamberí del siglo XIX y que no dispusieron de una familia que les acogiese a su llegada o que no supieron establecer relaciones nuevas con una masa de población que estaba en una situación semejante a la suya. Sobre este abanico de trayectorias vitales desiguales, la del jornalero inmigrante que se establece a duras penas en la ciudad, la del que no lo consigue y es expulsado por la escasez del trabajo, o la del que cae en la mendicidad que acorta su vida y acelera su muerte en un asilo, se produce el crecimiento notable de un Madrid que dobla su población entre 1850 y 1900, que alrededor de su centenario cerca despliega lujosas calles y modernos edificios junto a viviendas obreras pobretonas y carentes de toda infraestructura urbana a su alrededor, sin que para ello se haga necesario la aparición de signos de una modernidad industrializadora. Los que eran imprescindibles en cambio, eran estos inmigrantes jornaleros.

¹⁸⁵ Para el estudio de la prostitución en Madrid nos remitimos de nuevo al estudio de DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001, pp. 141-160 y al artículo de CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Prostitución y legislación en el siglo XIX. Aproximación a la consideración de la prostituta madrileña" en GARCÍA NIETO, María del Carmen (ed.): *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres*. UAM, Madrid, 1986, pp. 247-255. Más recientemente, GUEREÑA, Jean-Louis: *La prostitución en la España Contemporánea*. Marcial Pons, Madrid, 2003. Es también fundamental la consulta de obras de la época entre las que destaco: ESLAVA, R.: *La prostitución en Madrid. Apuntes para un estudio sociológico*. Madrid, 1900 y BERNALDO DE QUIRÓS Y LLANAS AGUINALEDO, José María: *La mala vida en Madrid*. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural, Madrid, Rodríguez Serra, 1901 (reeditado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en 1998).

CONCLUSIÓN

Madrid, que en 1860 contaba con cerca de 300.000 habitantes, en sólo dos décadas alcanzó las casi 400.000 personas inscritas en el censo de 1877. Como ya se ha destacado, este crecimiento no supone un fenómeno espectacular en un contexto de urbanización europea mucho más intensa, pero si nos da una buena medida de la capacidad de crecimiento urbano de una ciudad que a diferencia de otras aglomeraciones europeas, careció de un verdadero proceso industrializador. Tal carencia puede explicar el carácter atenuado de ese crecimiento, pero no debe conducirnos a caracterizar el periodo como el de la reproducción de las viejas estructuras socioeconómicas preindustriales en una sociedad estancada que se perpetúa a sí misma en el tiempo. Bajo la aparente quietud de un Madrid en que los centros industriales, si existen, son anecdóticos, en que aún predomina el pequeño taller y el mundo de los oficios y en que la clase obrera industrial de tipo manchesteriana brilla por su ausencia, se producen una serie de cambios que en tan sólo veinte años van a transformar profundamente la ciudad. El más llamativo de estos cambios es la puesta en marcha del Ensanche que, tras el definitivo derribo de la cerca en 1868 tras la que se encastillaba la ciudad desde tiempos de Felipe IV, va a permitir que Madrid se extienda y se reforme de acuerdo con las pautas de segregación socioespacial propias de la urbanización europea del siglo XIX y que rompen profundamente con la ciudad preindustrial en que convivían en amalgama los distintos grupos sociales. En la conquista que hace de su perímetro, vemos surgir en Madrid barrios burgueses como el de Salamanca o el conformado por los lujosos hotelitos que recorren el Paseo de la Castellana y barriadas obreras de casas de vecindad como las de la calle Virtudes sin que para ello haya de mediar la aparición de grandes concentraciones fabriles.

Esta aparente paradoja, la de la germinación (con muchas limitaciones) de una ciudad moderna sin mediar industrialización no puede ser comprendida sin referencia a la naturaleza dual de un Madrid en que se yuxtaponen las dinámicas sociales, económicas, políticas y culturales de, por un lado, su condición de capital de un estado liberal en progresiva construcción y, por otro, los caracteres propios de una ciudad preindustrial cuya configuración social

sigue profundamente lastrada por el mundo de los oficios. Así, resulta que en la ciudad que acogía a las más importantes sociedades financieras del país y en la que confluía una red de transportes y de comunicación modernizada por el ferrocarril o el telégrafo, era el artesano que trabajaba en un pequeño taller en que se mantenía la solidaridad gremial por encima del sentimiento de pertenencia de clase, junto al pequeño tendero o al rentista inmobiliario los que marcaban la impronta de la vida económica. En definitiva, la evolución de Madrid en la edad contemporánea se resuelve en la tensión entre la pulsión modernizadora del Madrid capital del Estado y la quietud e inercia derivadas de la ciudad de los oficios.

En este sentido, Chamberí como zona de Ensanche socialmente heterogénea, frontera entre la vieja ciudad que pugna por perpetuarse y espacio donde se ensayan las nuevas formas de organización social generadas por el liberalismo, se convierte en un escenario privilegiado para comprender la evolución de la sociedad madrileña a lo largo del siglo XIX y comprender la forma en que se interrelacionaron y ensamblaron los fenómenos derivados de una y otra cara de la ciudad: la naciente capital y la ciudad preindustrial en disolución.

En los momentos previos a la aprobación del proyecto de Ensanche de Castro, Chamberí era un arrabal surgido al Norte de Madrid, espacio residencial secundario en una ciudad que se mostraba cada vez más incapaz de absorber toda la población que afluía a sus puertas. Como espacio urbano periférico se convierte en el receptor de todos aquellos contingentes poblacionales que son expulsados de una ciudad en que la escasez de suelo y la carestía de los alquileres hacen imposible continuar el crecimiento sin derribar la cerca. Sin embargo, frente a lo que se podría sospechar a priori, los 5.000 habitantes que por aquel entonces conforman el arrabal no están alimentados fundamentalmente por estratos sociales marginales ni especialmente pauperizados, sino por un conjunto de población que simplemente no encuentra espacio en el interior del casco antiguo de la ciudad para desarrollar su existencia. De hecho Chamberí se manifiesta en sus rasgos demográficos de 1860 como una población que aunque inmigrante y de

carácter popular, estaba especialmente integrada familiarmente, lo que choca con esa imagen estereotipada del inmigrante rural en la ciudad y cuya experiencia viene marcada por el desarraigo y la soledad que le producen su sustitución de la comunidad de origen por la gran urbe. En ello juega un papel fundamental las formas en que se produjo esa transferencia de población rural a los centros urbanos sobre los que se asienta el crecimiento de las ciudades en la segunda mitad del XIX y muy especialmente el de Madrid. Además debe ser tomada en cuenta la forma en que esa población recién llegada se distribuía en el interior de la ciudad. A diferencia de las corrientes migratorias entre la ciudad y su hinterland de la Edad Moderna, temporales, protagonizadas fundamentalmente por jóvenes y que representaban una estrategia estacional de las familias campesinas para aliviar los periodos críticos de su ciclo vital o como válvula de escape en momentos de crisis agraria, la inmigración a Madrid en el XIX la realizaban familias enteras, que no venían temporalmente sino que pretendían establecerse, expulsados por una economía agraria que estaba experimentando profundas transformaciones y que se mostraba incapaz de mantenerlos en su seno por más tiempo. La población que decidía abandonar su comunidad de origen estaba compuesta generalmente por familias jóvenes, recién formadas, que muy habitualmente decidían emprender el viaje en los momentos económicamente críticos de su economía doméstica: el nacimiento de los primeros hijos, demasiado pequeños para trabajar y cuyos cuidados exigían tal atención de sus madres que las incapacitaba para una participación en el mercado laboral agrícola. Al llegar a Madrid, las familias inmigrantes se dirigían preferentemente hacia el centro, a barrios populares como los de Inclusa y la Latina donde la vivienda deteriorada y barata y la proximidad de los mercados de trabajo y de las instituciones benéficas, les podían ofrecer oportunidades de supervivencia en sus primeros pasos en la ciudad. Sólo más tarde decidían establecerse en lo que era un arrabal en la periferia, una vez que se habían integrado en la ciudad, que habían encontrado una forma de sobrevivir en un mercado laboral marcado por la inestabilidad y la escasez de trabajo, muchas veces después de haber agrandado su familia con nuevos hijos, tal y como nos mostraban las familias jornaleras que encontramos en nuestro análisis detallado de una de las calles más características del arrabal de 1860, la del Cardenal Cisneros.

Antes de 1860 muchas de las familias madrileñas que decidían abandonar el casco viejo de la ciudad para establecerse en el arrabal de Chamberí lo hacían atraídas por el bajo precio de los alquileres de las promociones inmobiliarias que, de manera desordenada, habían ido impulsando un puñado de propietarios de los terrenos; una urbanización que surgía a la sombra del descontrol y de cierta connivencia del Ayuntamiento de Madrid. En su mayor parte se trataba de estratos populares de la población, entre los que ya se hacía notar el peso de un contingente jornalero que iría creciendo con los años. Les acompañaban artesanos y trabajadores más o menos cualificados del mundo de la construcción, algún comerciante en busca de fortuna en un barrio en crecimiento y taberneros que querían evitar las limitaciones que los impuestos sobre los consumos creaban a su negocios. La aparición de unos cuantos establecimientos industriales (la fundición Grouselle y la fundición Sanford sobre todo) fueron también importantes, no tanto por su número o por su tamaño como por su carácter excepcional en la realidad económica madrileña, preindustrial y jornalericizada. Incluso entre estos pioneros de Chamberí se contaba algún que otro representante de las clases medias, en esta época sólo representada por miembros más o menos anónimos, que de forma prematura sentían la necesidad de romper con las viejas formas urbanísticas de la ciudad y que acudían al extrarradio para construirse una residencia a su medida, que expresara en lo arquitectónico los rasgos que la definían en lo social. Surgieron así, antes de 1860, aunque en escaso número pero con la fuerza simbólica de la anticipación, los primeros hoteles y casas aisladas de la burguesía residente en Madrid (que pocas veces madrileña), y que más tarde representaron la forma arquitectónica definitoria de los barrios altos y aristocráticos.

Había surgido de esta manera al otro lado de la cerca Norte de la ciudad, otro Madrid, una ciudad nueva en que se producían formas diferentes de organización sobre el espacio urbano y en las que, en cierta medida, se expresaban anticipadamente algunos de los fenómenos sociales que se van a producir posteriormente, una vez se abra el camino al Ensanche y se desarrolle a gran escala. Esta urbanización arrabalera más o menos espontánea puede ser considerada incluso como un precedente del mismo Ensanche que

manifestaba ya algunos de los rasgos que van a ser característicos del Madrid que se construya y se urbanice a partir del año 60: muy especialmente esa forma de articular la distribución espacial de las diferentes capas sociales que se distinguen en el difuso conglomerado formado por jornaleros, artesanos y clases medias. En el análisis de la distribución de la población del arrabal en 1860 se comprueba como alquileres, anchura de las calles y calidad de los edificios son factores que condicionan el establecimiento dentro del espacio construido expresando en lo urbano las relaciones que existen en la articulación social de Madrid. Los pequeños propietarios, comerciantes, profesiones liberales y rentistas, en los principales de las grandes calles y en las casas más decentes de los paseos arbolados; artesanos y jornaleros, en las calles secundarias y populosas del arrabal; los más desfavorecidos de los trabajadores descualificados, las viudas, las lavanderas y las costureras solteras y toda aquella población de moral y comportamiento reprochable que describía *el Ermitaño*, en las viviendas deterioradas que se sitúan en los márgenes de este barrio de las afueras.

Esta anticipación del arrabal sobre el Ensanche, este crecimiento de la ciudad antes de que fuera legalmente organizado, los rasgos de modernidad que puede presentar como despliegue social y urbano, tan sólo demuestran la necesidad que existía de acometer tal empresa a la altura de 1860, en un Madrid en que se hacía ya imposible el mantenimiento de la cerca que lo contenía. Pero no significaba que se constituyera en un modelo de crecimiento deseado para la ciudad. De hecho, en el proyecto de organización de la futura ciudad que se aprobó finalmente, se consideraba el arrabal de Chamberí precisamente como el contraejemplo, como el tipo de urbanización que se debía evitar y que en consecuencia debería desaparecer del futuro paisaje residencial madrileño. El arrabal de Chamberí, aunque constituía un espacio urbano apto para la residencia de las clases medias y populares (o precisamente por eso) había sido edificado al margen de muchas de las normas que un ingeniero imbuido de las ideas higienistas, como era Castro, consideraba mínimas para un desarrollo urbano conveniente: calles estrechas, trazado viario un tanto improvisado, falta de espacio libre y ajardinado en las manzanas, nulo equilibrio en la distribución de edificios públicos, plazas y

jardines... Poco importa de quién partió la iniciativa, si del mismo Castro o del Ministerio de Fomento, el caso es que en el plano aprobado del nuevo trazado viario que se extendería al Norte de la ciudad, el populoso arrabal desaparecía bajo un gran jardín.

El proyecto de Ensanche de la ciudad aprobado en 1860 y que pretendía ser el documento maestro que ordenara el futuro crecimiento de la ciudad, buscó amortiguar los desmanes que en el ejercicio de la propiedad privada de los terrenos urbanizables pudieran repercutir en las condiciones higiénicas de las nuevas viviendas. Amortiguar la libertad de los propietarios de los terrenos que no suprimirla. Castro se esforzó por encontrar un diseño que armonizara el respeto por la propiedad privada, consustancial al régimen jurídico y político recién instaurado en España (y hacia el que no sentía ningún desapego), con las preocupaciones que progresivamente se habían ido despertando entre los higienistas sobre las condiciones de la vida urbana moderna y, muy especialmente, las que experimentaba una cada vez más mencionada clase obrera. Además de su criticado diseño ortogonal del trazado viario del Ensanche (que no obstante significaba una ruptura revolucionaria en la concepción de la ciudad), Castro puso un especial esmero en el establecimiento de un equilibrio entre anchura de calles, altura de los edificios, distribución de las manzanas y distribución de los espacios ajardinados que garantizaran una nueva ciudad higiénica, libre de cataclismos epidémicos como el que había sufrido Madrid en 1855 a manos del cólera. Incluso se llegó a establecer una normativa para la construcción de casas que impedía algunos de los vicios característicos de la edificación del casco antiguo (establecía un mínimo de metros cúbicos por dormitorio, suprimía las buhardillas, regulaba las condiciones de bajos y sótanos...).

Por lo demás Castro se mostró muy pragmático; quizá excesivamente como para que su proyecto saliera adelante. No sólo aceptó sino que consideró recomendable la división del Ensanche en barrios de características diferenciadas para acoger a las distintas clases sociales; como bien interpretó el ingeniero madrileño, la segregación social en la futura ciudad no necesitaba ser forzada. Bastaba la libre actuación de los propietarios de los terrenos, sobre

todo si estos eran los burgueses especuladores tan propios de Madrid, para que pronto se produjera un desequilibrio llamativo entre los precios de una zona de las afueras y otras. De hecho, tal fenómeno ya se había producido: mientras Castro diseñaba su proyecto, se aceleraba la circulación de compra y venta de los futuros terrenos urbanizables y se iban definiendo zonas de precios más altas que otras. A precio de suelo distinto, calidad de los edificios distinta. La división del Ensanche en barrios burgueses y barrios populares estaba garantizada.

Lo que no supo o no quiso prever el ingeniero Castro fue que esa diferenciación social entre barrios se traduciría también en una desigualdad en condiciones higiénicas de los diferentes espacios urbanos creados. La meticulosidad, de la que se pudo hacer gala en la fijación de normas constructivas higiénicas de la ciudad, no se plasmó en cambio en una verdadera planificación económica de la puesta en marcha del proyecto, a no ser que por tal se considere la reverencia casi religiosa hacia la propiedad que presidió toda la puesta en marcha del plan urbanizador. La regulación posterior que se hizo de las formas de expropiación no sólo no freno, sino que incrementó, el alza de precios y la especulación con el terreno urbanizable, repercutiendo además en un muy lento acondicionamiento de las calles (recuérdese que en un principio los terrenos expropiados para apertura de calles los pagó el Ayuntamiento a precio de mercado) y en una intervención más que destacada de los propietarios en beneficio de sus intereses especulativos y en perjuicio de un equilibrado reparto del presupuesto para infraestructuras urbanas (en lo que jugó un papel determinante la división por zonas que se estableció en la Ley de Ensanche). Al final el Ensanche se convirtió en un negocio más con el que conseguir suculentas plusvalías sin tener que invertir demasiado: son numerosos los ejemplos de obtención de rápidos beneficios por la compra y venta de terrenos en un corto espacio de tiempo en los años que rodean la aprobación del proyecto. La consecuencia para la ciudad fue un alza tal del precio del suelo que se hizo imposible su edificación: no había combinación posible para pagar el suelo urbanizable, construir de acuerdo con las condiciones higiénicas dictadas por Castro y además ofrecer alquiler barato (no tanto porque se quisiera cumplir con ese

objetivo de solucionar el problema de la vivienda obrera, sino porque no había tanto inquilino en Madrid para pisos lujosos). La solución había de ser lógica para un Ayuntamiento tan preocupado por velar por los intereses de los propietarios: se hacía imprescindible rebajar la exigencia en las condiciones higiénicas de las construcciones. El primer paso se dio en 1864 al abandonar la normativa constructiva del Ensanche y sustituirla por la existente para el casco viejo; luego fue la reducción de los espacios ajardinados y de ventilación por edificio, más tarde se permitió la construcción de buhardillas y sotabancos, se autorizó mayor altura en los edificios, se suprimieron las calles de segundo orden... En definitiva: no quedó ni rastro del idealismo higiénico del proyecto original.

Quizá el hecho que mejor simboliza esta disolución de las buenas intenciones higiénicas del proyecto de Ensanche fue la supervivencia misma del viejo arrabal de Chamberí, inicialmente condenado a la demolición y que al final se acabó aceptando a pesar de que hasta violentaba el trazado ortogonal de Castro (que no obstante es su legado que más solidamente ha llegado a los madrileños). La pervivencia del arrabal y de sus edificios no significa por el contrario que éste se mantuviera como un espacio de vivienda barata, adecuada en precios para las capas populares madrileñas. Chamberí y sus alrededores experimentaron, como el resto de los terrenos de Ensanche, una revalorización sin precedentes del precio de su suelo que se transmitió al de los alquileres tanto de las casas nuevas como de las viejas edificaciones. Entre 1860 y 1880 el precio del alquiler medio en Chamberí se incrementó en un 106%, alza incomparable con cualquier dato contemporáneo si tenemos en cuenta la estabilidad salarial de aquellos tiempos.

Sin embargo este alza de precios no se produjo de una manera uniforme en la Zona Norte de Ensanche que englobaba a Chamberí. En ello influyó de manera determinante la distorsión introducida por la aparición en su sector Este, en la ribera de la Castellana, de un nuevo barrio de corte aristocrático, formado por lujosos hoteles rodeados de jardín y reservado para los grandes hombres de Madrid, la elite propietaria y ennoblecida que acabaría conformando la cúpula rectora de la Restauración y que tuvo en las *casas de*

Indo su ejemplo más destacado. La edificación de este barrio, que por otra parte estaba prevista en el proyecto de Castro y que era de esperar por el valor ya adquirido por el paseo que prolongaba el aristocrático eje Recoletos-Prado, tuvo como repercusión la jerarquización en barrios de la futura zona de Ensanche. Así, el precio del suelo y de los alquileres estaba directamente relacionado con la mayor o menor proximidad a la Castellana y al barrio aristocrático, lo que provocó la aparición de tres zonas claramente diferenciadas: precios inalcanzables de alquiler en la zona de Almagro Oriental, que superaban las 100 pesetas; precios medios en el antiguo arrabal (barrio de Trafalgar, extremo Oeste de Almagro occidental y Arapiles), precios bajos en la periferia del arrabal y en las proximidades de los cementerios, en el extremo Oeste de la zona 1 de Ensanche. Con ello se cumplía la profecía de Castro acerca de los “mecanismos naturales” que surgirían para hacer posible esa distribución socioespacial de la población en la ciudad tan deseada y a la vez tan temida por la burguesía de su tiempo (recuérdense las advertencias de Méndez Álvaro).

Chamberí, tras la puesta en marcha del Ensanche, perdió sus precios populares, pero no por ello su impronta social popular. Es más, la aumentó llamativamente constituyéndose en uno de los barrios jornaleros por excelencia, a pesar de los precios relativamente elevados de sus alquileres. Por una parte, el aumento del peso de los jornaleros en la composición de la población de Chamberí es un efecto reflejo lógico de la progresiva jornalerización que experimentaron las clases populares madrileñas. Para comprender esta transformación de los sectores más humildes de la población de Madrid se hace de nuevo necesario apelar a su naturaleza dual como capital del Estado liberal y al tiempo ciudad anclada en unas estructuras económicas preindustriales en proceso de disolución. Madrid, que no encontró otra solución para su desarrollo económico que la inversión en la especulación inmobiliaria, en un crecimiento de la ciudad que se sostenía en los beneficios creados por la propia ampliación urbanística, acabó generando un particular mercado de mano de obra en que abundaba el trabajo no cualificado. La propia construcción de edificios en el Ensanche, las obras públicas que lo acompañaban, que en Madrid se negociaran muchas de las contrataciones

para el trabajo en los ferrocarriles y otras empresas de parecida envergadura... todo ello hizo que la capital se convirtiera, a pesar de su nulo desarrollo industrial y aparente poca capacidad para absorber trabajadores, en un destino esperanzador para todas aquellas familias que el proceso de transformación de las economías agrarias estaba expulsando a ritmos cada vez más acelerados. A ello habría que añadir otras características que completaban en el imaginario del inmigrante la idea (que podía ser bien errónea) de un Madrid como *ciudad de las oportunidades*: en ella no sólo les podía esperar un trabajo temporal sino que la suerte o la ayuda de sus paisanos podía acabar proporcionándoles a él o a sus hijos un buen empleo como ordenanza o similar en la burocracia estatal que crecía en la capital; por otro lado, el hiperdesarrollo de las instituciones de carácter benéfico y asistencial en Madrid siempre podría ser un colchón que asegurara la supervivencia en los momentos más crudos de escasez de trabajo o penuria económica.

Sin embargo, en la especial incidencia con que se produce el aumento de la presencia jornalera en Chamberí (que representa casi el 40% de su población en 1880 y que ha avanzado en los veinte años anteriores en perjuicio de un artesanado y de un sector de trabajadores cualificados de la construcción ambos en retroceso) influyen decisivamente las nuevas funciones que adquieren lo que antes eran terrenos de las afueras de la ciudad al convertirse en parte integrante de ella, en una de sus zonas de Ensanche. El proceso de ampliación de la ciudad pudo ser más lento de lo deseado, producir una vivienda más cara de lo que su población reclamaba, edificarse en condiciones peores de lo prometido, pero lo hizo desde luego a un ritmo y a un volumen mayores de lo que lo hacía un arrabal que se movía entre la ilegalidad y la incertidumbre de ser un día derribado. Chamberí creció en altura, elevó casas de vecindad y se constituyó en la zona más dinámica de crecimiento demográfico en un Madrid que experimentaba una multiplicación de su población. Chamberí había dejado de ser un espacio residencial secundario, un apéndice de la ciudad, para convertirse en el centro de su crecimiento y en uno de los focos de establecimiento de población nueva, tanto de las familias recién formadas como de las recién llegadas. Por otro lado Chamberí, como atestiguan los datos estadísticos demográficos y las descripciones hechas por

los contemporáneos (en las que son especialmente valiosas las del perspicaz médico Hauser), surgió en esta época como un espacio de calidad higiénica intermedia, en una ciudad en que cada día se hacía más clara la antítesis entre los barrios burgueses recién creados (Salamanca, Castellana) a salvo de epidemias, crisis de mortalidad y otras manifestaciones de una urbanización mal desarrollada y unos barrios bajos, los de Latina e Inclusa, en que el deterioro de la vivienda y los ejemplos de hacinamiento se radicalizan, convirtiéndolos en centro de atracción de la población marginal, el mefitismo y los miedos sociales. Pero si Chamberí era en estos años un lugar de residencia que pasó por un espacio urbano más saludable, ello no se debía a que no se conocieran casos de hacinamiento, de vivienda insalubre o que no existiera una población subalimentada como en el resto de los focos jornaleros de la ciudad, pues había ejemplos abundantes. La razón hay que buscarla, paradójicamente, en su propio subdesarrollo urbano. El edificio de vecindad, la alta densidad de ocupación de las habitaciones, el nulo desarrollo del alcantarillado y el desalojo de aguas residuales y otros factores clave en la sobremortalidad urbana son compensados en Chamberí por la existencia de grandes espacios despoblados, una mayor ventilación de sus edificios y otros rasgos que destacaban sus contemporáneos.

¿Se convirtió pues Chamberí en 1880 en un distrito jornalero, un barrio obrero? No, la distribución de jornaleros por calles y edificios sólo produjo en casos contados una cohesión social suficiente para que podamos identificar con claridad espacios totalmente segregados y únicamente integrados por jornaleros, como el caso de la calle Virtudes en que nos detuvimos. Lo normal en el Ensanche Norte era, para satisfacción de Méndez Álvaro, que los jornaleros y los trabajadores habitaran en casas mixtas, en las que convivían con otros estratos sociales, más o menos cercanos, con los que compartían experiencias y problemas muchas veces similares. La disposición socioespacial que ya se daba en el arrabal, esa distribución de clases y grupos sociales que permitía su convivencia en calles cercanas y hasta en los mismos edificios pero que al tiempo establecía diferencias (en el tipo de calles en que unos y otros se instalaban, en el piso de la casa que ocupaban, pequeños propietarios en el principal y jornaleros en las buhardillas) que hacían visible la existencia de una

jerarquía, se va a mantener a pesar de la puesta en marcha del Ensanche y los condicionantes en pro de una segregación socioespacial que desata.

Madrid en este sentido creció y se extendió dejando una fiel impronta en sus edificaciones de los rasgos que caracterizaban a su sociedad, que sí podía haber sido afectada por los cambios que había conllevado la puesta en marcha la revolución liberal pero en la que éstos no habían sido agudizados por el acompañamiento de un cambio económico de tipo industrializador. La forma en que se produjo el proceso de segregación es elocuente al respecto: en realidad, la única gran cesura se había producido entre el conjunto de la población y una elite social en la que, aunque la burguesía podía ser uno de sus componentes, persistían con fuerza los rasgos de una nobleza que marcaba aún el tono de la distinción. Eran aquellos acomodados habitantes del barrio de Almagro, los habitantes de los hotelitos rodeados de su gran servidumbre y a los que significativamente una gran extensión de terreno despoblado les separaba del arrabal. El resto de los grupos sociales, convivían en cierta medida en esa amalgama y cercanía que habían sido tan propias de la ciudad antigua, que lo eran de la ciudad preindustrial. El ejemplo definitivo nos lo ofrecen esos cuatro o cinco grandes industriales que se destacan en Chamberí, directores de las pocas grandes fábricas existentes en Madrid y ejemplos raros de verdadera burguesía industrial (Sanford, Grouselle, los Bonaplata y, por encima de todos, Joaquín Castellá) que a pesar de disponer de fortunas suficientes para instalarse junto al resto de la elite en el Paseo de la Castellana, se verán empujados o inclinados, a residir junto a sus fábricas, muchas veces avecindando con sus trabajadores e incluso, en casos extremos, conviviendo con ellos. Una relación esta, la de la proximidad entre el industrial y el empleado, la de la confusión entre hogar y centro de trabajo, más propia del mundo artesanal que la de una realidad fabril e industrial en que es de esperar cierto antagonismo de clase.

Convivencia de grupos sociales diversos y heterogéneos en un espacio urbano compartido, sí, pero no en igualdad de condiciones. Para una aproximación a los posibles rasgos distintivos y comunes que podían existir entre las formas y condiciones de vida de los distintos grupos que comprendía

la sociedad madrileña del XIX, se ha optado por un tipo de estudio aún poco ensayado en las realidades urbanas: la vida familiar. De la simple puesta en común del análisis de las estructuras familiares y las formas de coresidencia en el hogar con las estrategias económicas domésticas desarrolladas por tres grupos socioprofesionales diferentes, los propietarios, los empleados y los jornaleros, se han identificado las diferentes experiencias de cada uno de ellos en su vida en la nueva ciudad. La familia del propietario nos reafirma en su distancia respecto a los demás grupos sociales; diferencia expresada en su mayor disfrute de bienestar, tanto en la contratación de un servicio doméstico extenso como en una cierta indiferencia (material) ante la viudez, en un tiempo en que esta suponía un grave riesgo a la supervivencia a no ser que se contara con el propio ahorro o una renta del Estado. El empleado, como singular representante de las capas medias, se nos aparece como un grupo social diverso, que si bien puede compartir en sus estratos más bajos situaciones de pobreza similares a la del obrero y el artesano, se ve impelido en cuanto puede a adoptar las formas de vida y los rasgos de una elite burguesa y nobiliaria a la que pretende asimilarse. Grupo social de fronteras difusas, los empleados en particular y las capas medias en general, se nos manifiestan como un estrato social que reclama un estudio más pormenorizado por el importante papel que cumple como gozne entre elite y clases populares en las sociedades urbanas contemporáneas. Y finalmente el jornalero.

Para el jornalero y el trabajador, para el inmigrante que cumplió un papel tan decisivo en el crecimiento de una ciudad como Madrid incapaz en el siglo XIX de mantenerse demográficamente y de generar un desarrollo económico que lo impulsara, la familia se convierte en un elemento fundamental para su supervivencia. Sin la integración familiar, sin la participación económica activa de cada uno de sus miembros, ya mujeres, ya niños, en la reunión del presupuesto familiar necesario para alimentación y vivienda, sin la red de solidaridad que proporcionaba la parentela entendida en un sentido amplio en los casos de necesidad o de enfermedad, difícilmente se hubiera podido explicar la existencia de jornaleros en un contexto tan hostil como les era Madrid. El precio de los alquileres y de las subsistencias hacían imposible la supervivencia de una familia jornalera que tan sólo contara con el sueldo de su

cabeza de familia; se hacía necesario frecuentemente el recurso al trabajo de la esposa y al de los hijos en cuanto tarea renumerada pudiera ofrecerles Madrid. La familia se erigió en este crecimiento económicamente infundado de la ciudad en un instrumento imprescindible para asegurar la reproducción de la mano de obra, pero al tiempo quizá también sirvió de amortiguador de las tensiones sociales que se hubieran producido en su ausencia. La ciudad proporcionaba seguridad al jornalero, arraigo, en un ciudad que hacía votos por expulsarle.

Sin embargo ni tan siquiera a veces el esfuerzo y el trabajo del conjunto de la familia bastaba a inmigrantes y jornaleros para cubrir las necesidades. El problema de la vivienda hizo del realquilado, de la vida en compañía una figura habitual entre las clases populares, especialmente entre los trabajadores asalariados. Así Matías Gómez, en su provocativa intervención en la Comisión de Reformas Sociales, tras quejarse al presidente de la imposibilidad del obrero tipógrafo de acceder a la vivienda con su solo sueldo, le espetaba:

“¿cómo resuelve el conflicto de la habitación el obrero tipógrafo, y como éste otros muchos individuos? Pues lo resuelve estableciendo la cooperación de morada; porque entre nosotros, por más que tengáis entendida otra cosa, la cooperación que predica la escuela economista es rechazada por los tipógrafos; sin embargo, tenemos que apelar a la cooperación de morada, o sea asociarse dos familias y vivir lo que se dice en compañía.”

¿De qué forma era experimentada esa cooperación de morada que establecían dos familias de trabajadores? ¿Pudo contribuir a unirlos en sus problemas y la búsqueda de soluciones comunes? ¿En que otros aspectos la vida urbana pudo hacerles sentir formar parte de una comunidad propia? ¿En qué otros pudieron coincidir y hasta dónde con el resto de los grupos sociales? Son preguntas que habrá que responder más adelante.

APÉNDICE DOCUMENTAL

Chamberí en 1854, según Mesonero Romanos

“El buen instinto del interés privado que adivinó aquellas futuras ampliaciones, dio la preferencia a los sitios presuntos donde habían de verificarse para la formación de caseríos que creciendo de día en día han llegado á formar arrabales considerables. El principal (y que ya es considerado como un distrito de la villa) es el apellidado Chamberí, situado al Norte de ella, el cual desde los modestos límites de unos pobres tejares y de una casa de campo construida á fines del siglo pasado por el marqués de Santiago, y poseída y mejorada considerablemente en los primeros de este siglo por el hacendado D. Saturio Angel de Velasco (que es la que está en la plaza de aquel barrio, y conocida por la de las Columnas), ha llegado a transformarse rápidamente en una población de ochocientos vecinos con cuatrocientas o más casas, algunas de ellas muy lindas é importantes, muchas calles rotuladas y alumbradas de noche, 15 ó 20 fábricas de diferentes objetos, establecimiento de baños hidro-terápicos, fondas y casas de recreo, escuelas, boticas, tiendas, almacenes, talleres, jardines y paseos, y con una iglesia casi terminada, aunque desgraciadamente ruinosa. Según el plano aprobado, esta población avanzando en dirección de las puertas de Bilbao y Santa Bárbara, llegara muy pronto á incorporarse con el resto de la villa.”

MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Nuevo Manual histórico-topográfico-artístico y descripción de Madrid*. Carlos Bailly-Bailliere, Madrid, 1854.

1.- Origen geográfico de la población madrileña en 1851:

Provincia	Nº nativos	%	Provincia	Nº Nativos	%
Albacete	1.062	0,47	Lugo	5.960	2,69
Álava	1.244	0,56	Madrid	95.863	43,31
Alicante	4.670	2,11	Málaga	1.300	0,58
Almería	352	0,15	Murcia	3.439	1,55
Ávila	1.044	0,47	Navarra	2.041	0,92
Badajoz	1.085	0,49	Orense	834	0,37
Baleares	449	0,20	Oviedo	17.195	7,76
Barcelona	1.701	0,76	Palencia	1.217	0,54
Burgos	3.537	1,59	Pontevedra	790	0,35
Cáceres	709	0,32	Salamanca	1.313	0,59
Cádiz	2.598	1,17	Santander	3.388	1,53
Canarias	70	0,03	Segovia	3.458	1,56
Castellón	459	0,20	Sevilla	2.119	0,95
Ciudad Real	5.349	2,41	Soria	1.636	0,73
Córdoba	636	0,28	Tarragona	583	0,26
Coruña, La	2.377	1,07	Teruel	1.000	0,45
Cuenca	4.178	1,88	Toledo	10.980	4,96
Gerona	333	0,15	Valencia	3.579	1,61
Granada	1.875	0,84	Valladolid	2.943	1,32
Guadalajara	6.521	2,94	Vizcaya	2.881	1,30
Guipúzcoa	1.745	0,78	Zamora	892	0,40
Huelva	128	0,05	Zaragoza	3.354	1,51
Huesca	682	0,30	Sin Expresar	1.895	0,85
Jaén	1.070	0,48	Extranjeros	4.848	2,19
León	1.436	0,64			
Lérida	339	0,15	Total.....	221.321	100,00
Logroño	2.170	0,98			

Fuente: TORO MÉRIDA, Julián: “El modelo demográfico madrileño”, *Historia* 16, 59, marzo de 1981, pp.44-51. Elaboración de Toro a partir de Archivo de Villa, Secretaría, 6-61-47

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1860 (1 de 3)			
<u>Jornaleros</u>		<u>trabajadores periurbanos</u>	
mozo de cuerda	3	campesina	1
jornaleros	598	jardineros	20
601	25,13	labradores	19
<u>construcción</u>		hortelano	1
albañil	93	mozo de labranza	7
aprendiz	15	tejeros	6
aserrador	3	mozo de mulas	1
asfaltista	3	pastores	7
ayudantas	4	total	62 2,59
cantero	34	<u>trabajadores de fábrica o similar</u>	
carpintero	54	herrador	3
escayolista	1	herrereros	27
fontanero	1	oficiala en la fábrica de bujías	1
peón	1	papelistas	19
peones camineros	2	polvoristas	4
picapedrero	1	regente de imprenta	1
pintores	19	tipógrafo	2
sobrestante de caminos	1	cigarrera	3
trabajadores	15	fundidores	20
total	247 10,33	molendero de chocolate	1
<u>trabajos femeninos</u>		chispero	1
costurera	126	fogonero	1
lavanderas	98	prensista	1
modistas	22	cajista	4
planchadoras	5	cajista de coches	1
total	251 10,49	cajista de imprenta	3
<u>servicio doméstico</u>		total	92 3,85
ama	2		
ama de cría	1		
ama de gobierno	1		
cocineros	4		
mozo de cuadra	4		
asistente	10		
sirvientes	189		
criadas	1		
guisandera	1		
total	213 8,9		

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1860 (2 de 3)			
oficios y artesanos			
		espartero	2
buñuelero	2	esquilador	4
confitero	1	estampador	3
tahoneros	22	esterero	6
panaderos	26	guanteras	2
adornista	1	joyero	1
alfarero	9	lapidario	1
alfastista	1	latonero	1
alfombrista	1	maquinista	2
alpargatero	1	marmolistas	14
artesana	2	mecánico	1
bordadores	3	paragüista	2
botero	1	platero	1
botonero	1	sastres	43
broncista	2	sombrero	2
bruñidora	1	tapiceros	9
calcetera	1	tejedores	3
calderero	7	silleros	4
canasteros	8	tonelero	1
cepillero	4	tornero	2
cernedor	3	vidriero	4
cerrajero	23	zapateros	47
guarnecedora	3	zapatillero	11
guarnicioneros	7	curtidor	1
cupero	1	hilandera	1
cuchillero	2	mancebo de fragua	1
cordonera	1	pulidor	1
cortador	1	tallista	1
dorador	1	velera	1
ebanista	21	aparador	1
encuadernador	2	lañador	1
		total	333 13,92

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1860 (3 de 3)				
comerciantes			población institucional: clero y militares	
aguadores	12		guardias civiles	21
barbero	10		militar	16
carreros y carreteros	45		religiosos	28
bodeguero	6		sacristanes	1
arriero	7		curial	1
carbonero	2		artificiero	1
cocheros	8		presbítero	1
carnicero	5		total	69 2,88
comerciantes	25		profesiones liberales	
corraleros	13		abogados	7
dependiente de comercio	7		actor	1
fabricantes	5		administrador de minas	1
estanquero	1		administradores	2
tenderos	6		agente industrial	1
taberneros	31		aparejador	1
traperos	21		artista	1
vaquero	1		catedrático de universidad	1
vendedores	24		cantante	1
verduleros	2		farmacéutico	2
posadero	1		fiscal	1
peinadora	1		directores de fábrica	2
quincallera	2		escultores	4
escarolero	1		impresor	5
ganadero	1		ingenieros	5
echador	2		inspector de Hacienda	1
lechero	1		médico	1
total	240	10,03	periodista	1
empleados			pintor retratista	2
alguaciles	3		organista	1
empleado	64		profesores	13
encargado de la cochera	1		veterinario	1
escribientes	7		total	55 2,3
farolero del gas	1		sin profesión declarada y clases pasivas	
dependiente de fábrica	2		casera	2
enterrador y guarda	2		retirados y jubilados	15
barrendero	1		propietarios	41
guardias	30		pensionistas	33
ordenanza	1		total	91 3,80%
portera	1			
portero y vendedor	2		escuela, estudiantes	118
telegrafista	2		nada o ninguna / sin oficio	87
serenos	4		no indican profesion	2039
conserje	1		sus labores	318
conservador	1		enfermos, imposibilitado y pobres	8
cesante	15		dudosos	32
total	138	5,77		

profesiones de los habitantes del partido judicial de Madrid según el Censo de 1860					
jornaleros, baja cualificación y construcción					
jornaleros en el campo	16997				
		subtotal	16997	9,89	
<u>trabajadores de fábrica o similar</u>					
mineros	29				
jornaleros en las fábricas: varones	134				
jornaleros en las fábricas: hembras	344				
		subtotal	507	0,29	
<u>oficios y artesanos</u>					
artesanos: varones	29114				
artesanos: hembras	15228				
		subtotal	44342	25,79	
<u>comerciantes y empleados de comercio</u>					
dedicados al comercio	5788	industriales: hembras	6291		
fabricantes	354	marina mercante: capitanes de buques	10		
industriales: varones	11866	marina mercante: marineros	8		
		subtotal	24317	14,14	
<u>empleados</u>					
empleados activos	5257	empleados cesantes y jubilados	1909		
empleados en ferro-carriles	1320				
		subtotal	8486	4,94	
<u>población institucional: clero y militares</u>					
asistentes al culto	127	ejército: retirados	1679		
institutos religiosos varones	155	armada: activos	141		
institutos religiosos hembras	1111	armada: matriculados	24		
ejército: activos y de reemplazo	13120				
		subtotal	16357	9,51	
<u>profesiones liberales</u>					
catedráticos y profesores	403	boticarios	212		
maestros de enseñanza particular	254	veterinarios y albéitares	211		
primera enseñanza: maestros	285	dedicados a las bellas artes	331		
abogados	1604	arquitectos y mastros de obras	172		
escribanos y notarios	130	agrónomos y agrimensores	35		
procuradores	71	primera enseñanza: maestras	315		
médicos y cirujanos	871				
		subtotal	4894	2,85	
<u>servicio doméstico</u>					
sirvientes varones	18427				
sirvientes hembras	26544				
		subtotal	44971	26,16	
<u>sin profesión declarada y clases pasivas</u>					
propietarios	8080	empleados cesantes y jubilados	1909		
arrendatarios	1065				
		subtotal	11054	6,43	

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1880 (1 de 4)

jornaleros	3811	comerciantes	
mozo de cuerda	5	acicalador	1
trabajadores	7	afilador	2
total	3823	agente de negocios	7
	38,06	aguadores	4
baja cualificación y construcción		almacenista de maderas	1
albañil	184	alquiler de coches	1
aprendiz	29	arenero	1
aserrador	1	barbero	36
barnizador	1	bodeguero	11
camintero	1	cirujanos	3
cantero	91	boticario	1
capataz	1	carreros y carreteros	37
carpintero	293	cocheros	85
empredador	3	cacharrero	4
escayolista	2	cajero	2
estuquista	1	camareros	6
fontanero	1	carbonero	16
gasista	1	carnicero	7
maestros de obras	3	casqueros	2
peón	7	chocolatero	2
peones camineros	1	comerciantes	164
peones conservadores	2	constructores (carruajes, chimenea, coches y máquinas)	4
pintores	85	corraleros	2
plomeros	3	dependiente de comercio	95
solador	1	estanquero	4
tablajeros	13	fabricantes	8
total	724	floreros y floristas	2
	7,21	fresquero	1
trabajadores periurbanos		herbolario	1
arbolista	2	industriales	88
minero	1	lechero	1
tejeros	2	marinos	3
bracero	3	mozo de Café	2
cabrero	1	negociantes	2
mayoral de tejar	1	peinadores	10
cultivador	1	peluquero	15
hortelano	2	pirotécnicos	2
jardineros	29	pollero	1
labradores	12	prendero	2
pastores	3	prestamista	1
pescador	1	repartidor de periódicos	2
total	58	repartidores	4
	0,58	ropavejero	1
trabajos femeninos		sangradores	2
ayudantes de río	2	taberneros	40
costurera	193	tenderos	15
encajera	1	tintoreros	3
lavanderas	115	traperos	10
luteria	1	tratantes	3
modistas	29	vaquero	16
planchadoras	17	vendedores	51
total	358	verduleros	5
	3,56	vinatero	1
		yesero	1
		total	791
			7,87

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1880 (2 de 4)

<u>oficios y artesanos</u>				
abaniqueros	2	estampador	3	
adornista	2	esterero	7	
alfarero	5	galletero	2	
alfombrista	4	gorrera	1	
aparador	1	grabadores	9	
artesano	1	guanteros	6	
bollero	5	guarnecedores	11	
bordadoras	2	guarnicioneros	32	
botero de vino	3	hojalateros	6	
botonero		jabonero	1	
broncista	7	maestro de taller	1	
buñuelero	7	maestro pasamanero y propietario	1	
calderero	13	maestros de coches	2	
cepillero	9	maquinista	3	
cerero	2	marmolistas	24	
cerrajero	117	mecánico	2	
cestero	1	muñequero	1	
chalequera	1	panaderos	50	
charolista	2	pasamaneros	4	
churrera	1	pastelero	1	
cincelador	2	platero	14	
cintera	1	relojero	1	
cofrero	1	sastres	73	
colchonero	2	silleros	18	
confitero	11	sombrerero	27	
cordelera	1	tachueleros	1	
cordonera	8	tallista	18	
cupero	2	tapiceros	29	
cuerdista	1	tejedores	5	
curtidor	3	tonelero	1	
dorador	11	tornero	17	
ebanista	47	veleros	2	
encuadernador	19	vidriero	18	
espaderos	4	zapateros	206	
espartero	6	zapatillero	2	
esquilador	2			
		total	905	9,01

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1880 (3 de 4)				
<u>servicio doméstico</u>			<u>trabajadores de fábrica o similar</u>	
ama	1		ajustador	1
ama de cría	2		almidonero	1
ama de gobierno	6		cajista	36
ama de llaves	1		cajista de coches	4
asistentas	54		cerilleras	2
cocineros	20		cigarrera	11
doméstica	4		fogoneros	3
fregona	1		fundidor de letras	2
institutriz	1		fundidores	24
matrona	1		herrador	4
mozo de caballos	1		herreros	46
mozos	4		litógrafos	14
niñeras	3		marcador	3
nodrizas	4		modelistas	2
sirvientes	1206		molineros	4
total	1309	13,03	obreros	7
			operarios	3
			papelistas	20
			pintor de coches	1
			polvoristas	3
			serrador	1
			tipógrafo	15
			total	207
				2,06
<u>empleados</u>				
agente del Orden Público	2		fotógrafos	8
alguaciles	2		guardias	34
auxiliar facultativo de minas	1		oficial de coches	1
ayudante de Obras Públicas	1		oficial de correos	1
			oficial del consejo supremo de Guerra	1
barrendero	1		orden público	2
bibliotecario	1		ordenanza	1
bombero de incendios	1		perito mercantil	1
carteros	6		porteros	60
conductor de tranvía	2		serenos	2
conductor de tren	1		taquígrafos	2
conservador	1		memorialista	1
dependientes (fábricas y similares)	21		telegrafista	4
empleado	450		tenedor de libros	1
encargado	1		topógrafos	7
escribientes	22		vigilantes	2
escritores públicos	2		total	776
cesantes	129			7,69

Estructura profesional del Ensanche Norte en 1880 (4 de 4)			
profesiones liberales y dedicados a las bellas artes		población institucional: clero y militares	
abogados	43	alferez de navio	1
actor	10	armeros	4
agrimensores	2	brigadier	2
aparejador	4	carabinero del reino	2
arquitectos	4	guardias civiles	16
artista	11	jefe retirado de Marina	1
auditor	1	militar	188
banquero	1	pastor evangélico	1
cantante de opera	1	presbítero	3
catedrático de universidad	5	religiosos	159
consueta	1	sacerdotes	8
consul inglés	1	sacristanes	3
contratante de obras públicas	1	seminarista	1
contratista	1	soldados	5
curial	12	total	394 3,92
delineante	2	sin profesión declarada y clases pasivas	
dibujante	3		
diplomáticos	1		
editores	2		
embajador	1		
escritores	4		
escultores	8		
farmacéutico	9		
fiscal	1		
impresor	17		
ingenieros	27		
jefe de administración	2		
jefe de hacienda	1		
letrado	2		
literato	1		
maestros de escuela	9		
médico	24		
músicos	17		
periodista	7		
pintor de historia	3		
practicante	2		
prestigitador	1		
procuradores	4		
profesores	25		
senador del Reino	1		
teatro	4		
toreros	4		
veterinario	8		
total	288 2,87	retirados y jubilados	65
		propietarios	175
		pensionistas	161
		hacendados	5
		rentistas	10
		total	416 4,14%
		no indican profesion	9027
		ciegos, enfermos, imposibilitados	28
		sus labores	3405
		pobres	4
		dudosos	121
		nada o ninguna	443
		estudiantes, escolares, etc	540

Composición profesional de Madrid en 1886 (J. Jimeno Agius) (1 de 3)					
jornaleros y baja cualificación					
jornaleros varones	25574	mozos de cuerda	608		
jornaleros hembras	1619			total	27801
trabajadores periurbanos					
canteros y picapedreros					
maestros	219				
oficiales y aprendices	309	total	528		
construcción					
albañiles		carpinteros, ebanistas, tallistas, y fabricantes de cajas y baúles		doradores, pintores, papelistas, revocadores, etc	
maestros	512	Maestros	1192	maestros	422
oficiales	1754	Oficiales	3207	oficiales	874
aprendices	365	Aprendices	876	aprendices	241
				total	9443
trabajos femeninos					
modistas, bordadoras y costureras		Lavanderos			
maestras	1226	Varones	168		
oficialas y aprendizas	7829	Hembras	2502	total	11725
comerciantes y empleados de comercio					
peluqueros y barberos	1324	fondistas, posaderos, dueños de casas de comidas, etc...		comerciantes	
peinadoras	447	Varones	185	principales varones	4093
planchadoras	558	Hembras	109	principales hembras	282
vendedores de aves y huevos		dueños de cafés y billares	85	dependientes varones	4565
varones	158	dependientes de los mismos	747	dependientes hembras	105
hembras	67	Aguadores		agentes de bolsa y negocios	232
vendedores de frutas		aguadores varones	743	corredores y comisionistas	221
varones	67	aguadores hembras	90	prenderos	
hembras	49	Taberneros		prenderos varones	289
vendedores de embutidos	175	Varones	1741	prenderos hembras	240
varones	32	Hembras	296	revendedores	
hembras		total	23482	revendedores varones	473
vendedores de pescado		cocheros y mozos de cuadra	1793	revendedoras hembras	625
varones	154	arrieros y carreteros	734	prestamistas	
hembras	33	Drogueros	28	prestamistas varones	93
vendedores de leche		matronas, comadronas o parteras	8	prestamistas hembras	60
varones	251	ortopedistas y callistas	42	carniceros	
hembras	106	Enfermeros		varones	584
vendedores de carbón	675	Varones	26	hembras	73
vendedores de fósforos		Hembras	11	molineros	
varones	312	tintoreros y quitamanchas	61	varones	102
hembras	332			hembras	6

Composición profesional de Madrid en 1886 (J. Jimeno Agius) (2 de 3)					
artesanos					
escultores y marmolistas		buñoleros		fabricantes de maguitos y flores	
maestros	104	barquilleros	68	varones	46
oficiales	151	chocolateros	144	hembras	52
aprendices	50	torneros		sastres	
litógrafos		maestros	83	maestros	598
maestros	123	oficiales y aprendices	121	oficiales	1333
oficiales	129	aserradores	83	aprendices	283
aprendices	93	estufistas y fumistas		estereros	244
grabadores		maestros	33	colchoneros	131
maestros	107	oficiales	56	curtidores	
oficiales	152	aprendices	9	maestros	60
aprendices	38	tapiceros y adornistas		oficiales	137
impresores		maestros	112	aprendices	19
maestros	549	oficiales	233	fabricantes de paraguas, abanicos y bastones	121
oficiales y aprendices	1211	aprendices	76	fabricantes de cestas	118
encuadernadores		pasamaneros y cordoneros		tejedores	138
maestros	148	maestros	92	armeros	
oficiales	351	oficiales	108	maestros	91
aprendices	100	aprendices	39	oficiales	75
relojeros		constructores de coches		aprendices	17
maestros	176	maestros	78	fabricantes de sillas	
oficiales y aprendices	172	oficiales	69	maestros	91
joyeros y plateros		aprendices	24	oficiales	142
maestros	138	zapateros		aprendices	45
oficiales	236	maestros	1090	hojalateros, vidrieros, plomeros, etc,	
aprendices	64	oficiales	2646	maestros	239
panaderos		aprendices	785	oficiales	418
fabricantes maestros	455	fabricantes de sombreros y gorras		aprendices	179
fabricantes oficiales	897	maestros	164	fundidores, vaciadores y bronceistas	
vendedores varones	592	oficiales	304	maestros	100
vendedores hembras	93	aprendices	85	oficiales	177
confiteros		fabricantes de corsés		aprendices	51
varones	346	varones	12	total	20338
hembras	39	hembras	29		
pasteleros y bolleros		herreros, cerrajeros y forjadores			
varones	208	maestros	524		
hembras	16	oficiales	1219		
		aprendices	262		

Composición profesional de Madrid en 1886 (J. Jimeno Agius) (3 de 3)					
profesiones liberales					
pintores al óleo, a la aguada, etc		curiales: escribanos, notarios y procuradores	317	dentistas	
varones	163	curiales: dependientes de los anteriores	165	varones	38
hembras	22	escritores públicos y periodistas: varones	285	hembras	7
dibujantes	41			profesores	
ingenieros y subalternos de los mismos		médicos, cirujanos, comadrones, practicantes y sangradores	1494	de 1ª enseñanza varones	710
de caminos	184	farmacéuticos	276	de 1ª enseñanza hembras	587
de montes	67	veterinarios y herradores	377	de 2ª enseñanza y de escuelas preparatorias	290
de minas	136	actores		de carreras especiales, escuelas normales, de música y declamación varones	1080
agrónomos	92	varones	292	de carreras especiales, escuelas normales, de música y declamación hembras	97
industriales	4	hembras	187	de facultades mayores o Universidades	241
mecánicos	1	acróbatas, gimanastas y bailarinas		de seminarios conciliares	25
astrónomos	5	varones	50	de Academias militares	95
arquitectos y maestros de obras	373	hembras	27		
agrimensores	37	editores y libreros	149		
abogados	1600	toreros	60	total	9574
empleados					
Empleados				memorialistas	25
del Estado activos varones	10482	del municipio activos varones	1224	taquígrafos	23
del Estado activos hembras	2295	del municipio activos hembras	60	calígrafos	19
del Estado cesantes, jubilados y pensionistas varones	3299	del municipio cesantes, jubilados y pensionistas varones	190	fotógrafos	124
del Estado cesantes jubilados y pensionistas hembras	3208	del municipio cesantes jubilados y pensionistas hembras	385	porteros varones	1453
de la provincia activos varones	1205	de ferrocarriles	818	porteros hembras	1152
de la provincia activos hembras	50	de escritorio, casas de comercio y empresas particulares varones	2127	total	28988
de la provincia cesantes, jubilados y pensionistas varones	348	de escritorio, casas de comercio y empresas particulares hembras	66		
de la provincia cesantes jubilados y pensionistas hembras	435				
población institucional: clero y militares					
militares				miembros de instituciones religiosas varones	23
activos , de cuartel y de reemplazo	4639	dedicados al culto católico		miembros de instituciones religiosas hembras	1403
retirados	1699	eclesiásticos	892	total	9685
guardias civiles, carabineros y alabarderos	882	asistentes al culto	147		
servicio doméstico					
dedicados al servicio doméstico varones	5866	dedicados al servicio doméstico hembras	27918	total	33874
sin profesión declarada y clases pasivas					
propietarios					
Varones	3749	hembras	2243	total	5992

Bibliografía

- BAHAMONDE, Ángel: "La Historia urbana" en *Ayer*, 10 número dirigido por J. P. Fusi, Madrid, Marcial Pons, 1993, pp. 47-61
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid 1856-1866*. Madrid, UCM,
- BAHAMONDE, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, 15, 1980, pp. 143-175
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La transformación de la economía" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993,
- BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en FUSI, J.P.: *España. Autonomías Madrid*, Espasa, 1989, pp.517-613
- BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique: "Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración" en BAHAMONDE MAGRO y OTERO CARVAJAL (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*. 2 Vols. Madrid, Comunidad de Madrid – Alfoz, 1986, pp. 21-26.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieto, marqués de Mudela. 1834-1882." en BAHAMONDE MAGRO, Ángel. y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, 523-594
- BAHAMONDE, Ángel, y TORO, Julián: "Mendicidad y paro en el Madrid de la Restauración", *Estudios de Historia Social*, 7, pp. 353-384
- BAHAMONDE MAGRO, ÁNGEL, Y TORO, JULIÁN: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, 1978
- BARREIRO, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*.
- BERNALDO DE QUIRÓS Y LLANAS AGUINALDO, José María: *La mala vida en Madrid .Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, Madrid, Rodríguez Serra, 1901 (reeditado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en 1998)
- BONET CORREA, Antonio (ed): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978
- BORRÁS LLOP, J.M.: "Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil" en *Historia de la infancia en la España Contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruiperez, 1996
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*. Valencia, Prometeo, reedición de 1919.
- BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, Madrid, MOPU, 1983
- CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1985
- CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.
- CAMPS CURÁ, Enriqueta: "De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920) en GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRAGA SANGRONIZ, Karmele (eds.): *IV*

- Congreso de la Asociación de demografía histórica – Historia de la población*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999; pp. 549-562.
- CANOSA ZAMORA E.: “La periferia norte de Madrid en el siglo XIX: cementerios y barriadas obreras” en *Anales de Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXIV, Madrid, 1987, pp. 515 – 533
- CANOSA ZAMORA, J. OLLERO CARRASCO, J. PENEDO COBO, I. RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Historia de Chamberí*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1988
- DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001
- CARBAJO ISLA, M^a. F.: *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*. Madrid, siglo XXI, 1987
- CASTELLS, Luis y RIVERO, Antonio: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)” en *Ayer*, 19 n^o coordinado por Luis Castells, Marcial Pons, Madrid, 1995.
- CASTILLO, Jaime: *Calles y recuerdos de Chamberí*, Madrid, Editorial Chamberí, 1997
- CASTILLO, Santiago (pr.): *REFORMAS SOCIALES. Información oral y escrita. 1889-1893*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, 5 vols.
- DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986.
- DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: “Barrios obreros en el Madrid del XIX: ¿solución o amenaza para el orden burgués?” en BAHAMONDE, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la Sociedad del siglo XIX*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1988, vol. 1, pp. 117-134.
- ESPINOSA ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (eds.): *1851. La creación del Canal de Isabel II. El marco histórico*. Fundación del Canal de Isabel II, Madrid, 2001.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El Futuro Madrid*.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. Ediciones La Librería, Madrid, 2002 (edición facsímil de la de 1876).
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 479-513.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*. Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pp.29-76.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*. Vicens Vives, Barcelona, 1985.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)” en *El Reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales. Actas de los IV Coloquios de Historia*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp.163-180
- GARCÍA ABAD, R. (1999): “La Emigración a la Ría de Bilbao a finales del siglo XIX: aproximación a los factores de expulsión por Partidos Judiciales”, *Actas del Congreso Internacional de la Población. V Congreso de la ADEH*, Logroño, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos

- GARCÍA ABAD, Rocío: "El proceso de toma de decisión de emigrar: Factores migratorios desde un enfoque micro", comunicación presentada al VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, 1-3 de Abril de 2004
- GEA ORTIGAS, María Isabel: *Chamberí*, Ediciones La Librería, Madrid, 2000.
- GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración* Oviedo, 1983
- GÓMEZ FERRER, Guadalupe: "La vida privada" en *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900): La sociedad, la Economía y las formas de vida*. Tomo XXXIII dirigido por Antonio Fernández García de la Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal, Espasa, Madrid, 1997, pp. 635-659.
- GÓMEZ-FERRER, Guadalupe: "Las limitaciones del liberalismo en España: *El Ángel del hogar*" en Pablo FERNÁNDEZ ALVADALEJO y Margarita ORTEGA LÓPEZ (eds.): *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. Vol. 3: Política y Cultura* Alianza Editorial – Ediciones de la U.A.M., Madrid, 1995 pp 515-532.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea – Universidad del País Vasco, 1996
- GONZÁLEZ PORTILLA (dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, Población y Ciudad)*. Fundación BBV, Bilbao, 1995.
- HAUSER, Philip: *Madrid bajo un punto de vista médico-social* (edición a cargo de Carmen del Moral, Madrid, Editora nacional, 1979)
- HOBBSBAWN, E. J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona
- JACQUEMET, Gérard: *Belleville au XIXe Siècle: du faubourg à la ville. Edition Postume par Adeline Daumard*. París, 1984
- JIMENO AGIUS, J: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. Madrid, Establecimiento tipográfico el Correo, 1886
- KOCKA, Jürgen: *Historia social y conciencia histórica*. Marcial Pons, Madrid, 2002
- LARGO CABALLERO, Francisco: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* Ediciones Unidas, S.A., México D.F., 1976
- MARTINI ARMENGOL, Gabriela: *Sobre Taylor y Marx en Madrid: La Implantación de la Organización Científica del Trabajo y la Respuesta de los Trabajadores en la Fábrica Plata Meneses (Madrid, 1950-1982)*, Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2000.
- MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad en el Ensanche de Madrid*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pág. 14
- MAS, Rafael: "Almagro", en *Madrid*, Espasa Calpe, nº 72, 1980, págs. 1420-1440.
- MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*. Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 2002
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Nuevo Manual histórico-topográfico-artístico y descripción de Madrid*. Carlos Bailly-Bailliere, Madrid, 1854.
- MONTESINOS, María: "El Barrio de Pozas" en *Revista de Estudios Geográficos*, nº 84-85, pp. 447 y ss

- MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons Estudios – Ediciones de la U.A.M., Madrid, 2001
- NAVASCUÉS PALACIO, Pedro: "Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 401-421.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid, 1985.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las estructuras comerciales madrileñas en Madrid, 1900-1931: el minifundismo comercial" en BAHAMONDE MAGRO, A. Y OTERO CARVAJAL, L.E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931.* Comunidad de Madrid, 1989. Vol. I, pp. 429-458.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003
- PARADA, Diego Ignacio: *Higiene del habitante de Madrid ó advertencias reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta córte*. Madrid, Imprenta de M. Minuesa, 1876
- PÉREZ MOREDA, V.: "La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al XX" en VVAA: *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*. Madrid, Sociedad Económica Matritense, 1991, pp. 183-213
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Obras Completas. Novelas*. Aguilar, Madrid, 1973
- PERROT, Michelle (coord.): *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Tomo IV de *La historia de la vida privada de Philippe Ariès y Georges Duby* Taurus, Madrid, 2001
- REHER, David S.: "Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930" en VAN DER WOUDE, Ad; DE VRIES, Jan; HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Oxford, pp. 282-299.
- REHER, David-Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI – CIS, Madrid, 1988.
- REHER: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996
- REVENGA, Ricardo: *La muerte en Madrid*. Madrid, 1901
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS: "Un desarrollo tardío del Ensanche Norte: el sector occidental del distrito de Chamberí" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, CSIC, tomo XXIV, 1987, pp. 499-513
- RUÍZ DE AZÚA MARTÍNEZ DE EZQUERECOA, Estibaliz: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Delegación en Corte, Madrid, 1995.
- RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. 1976
- RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: "Desarrollo urbano de la zona Argüelles – Chamberí" e "Historia de la localización industrial" en CÁMARA DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID: *Establecimientos tradicionales*

- madrileños. Cuaderno V, Argüelles y Chamberí*. Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1985. pp. 29-50 y pp. 71-92
- RULE, John: *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*. Crítica, Barcelona, 1990
- SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño*. Madrid, Siglo XXI, 1994
- SERNA, Justo y PONS, Anacleto: "En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis", en FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, coords. *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 73-91.
- SITJÀ MORA, Natalia: "La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación", comunicación presentada al VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, Granada, 1-3 de Abril de 2004.
- Su Ermitaño, *Reseña histórica de Chamberí. Causas de su prosperidad y medios para su acrecentamiento*, Chamberí, 1852
- TARDIEU, Ambrosio: *Diccionario de higiene pública y salubridad... traducido y ampliado por don José Sáenz y Criado*. Imprenta de Maroto e hijos, 1883,
- THOMPSON, E.P.: *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995
- TORO MÉRIDA, Julián: "El modelo demográfico madrileño" *Historia* 16, nº 59, pp. 44-51.
- UGARTE TELLERÍA, Javier: *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*.
- URÍA, Jorge.: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*. Madrid, UGT-Centro de Estudios Históricos, 1996.
- URÍA, Jorge: "La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas", en SUÁREZ CORTINA, ed.: *La cultura española de la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1999, pp. 103-144.